TUCÍDIDES

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

LIBROS VII - VIII

EDITORIAL GREDOS

TUCÍDIDES

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

LIBROS VII-VIII

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JUAN JOSÉ TORRES ESBARRANCH



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 173

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por HELENA RAMOS.



Depósito Legal: M. 38052-1992.

ISBN 84-249-1442-2. Obra completa.
ISBN 84-249-1604-2. Tomo IV.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992. — **6516.**

LIBRO VII

CONTINUACIÓN Y FIN DE LA EXPEDICIÓN A SICILIA

DEL VERANO DEL 414, DECIMOCTAVO AÑO DE GUERRA, AL VERANO DEL 413, DECIMONOVENO AÑO DE GUERRA

SINOPSIS

1-18. DECIMOCTAVO AÑO DE GUERRA. SEGUNDA PARTE.

1-7. *Gilipo salva a Siracusa. Hacia el final del verano.*

1. Desembarco de Gilipo en Hímera, al norte de Sicilia.
2. Gilipo y el corintio Góngilo llegan a una Siracusa en apuros.
3. Ultimátum y primeros ataques de Gilipo. Toma de Lábdalo.
4. Los siracusanos comienzan el tercer muro de contrabloqueo y los atenienses fortifican Plemirio.
5. Gilipo es derrotado en un primer combate.
6. Victoria de Gilipo. El tercer muro siracusano sobrepasa el muro ateniense.
7. La flota corintia llega a Siracusa. Preparativos de Gilipo.

DECIMOCTAVO AÑO DE GUERRA. SEGUNDA PARTE

Gilipo salva a Siracusa. Hacia el final del verano

Desembarco de Gilipo en Hímera, al norte de Sicilia

Entre tanto, Gilipo y Pitén, una vez 1
que hubieron reparado sus naves [1], navegaron a lo largo de la costa desde Tarento hasta la ciudad de los locros epicefirios [2]. Informados allí, esta vez con mayor seguridad, de que Siracusa todavía no estaba comple-

[1] Averiadas por el temporal que habían sufrido. Cf. *supra,* VI 104, 2. Sobre Gilipo cf. *supra,* VI 93, 2, n. 237, y respecto a Pitén, *supra,* VI 104, 1, n. 265.

[2] Sobre los locros epicefirios (epizefirios < *epizephýrioi,* 'situados junto al Cabo Zefirio o Cefirio', el actual cabo Bruzzano) o «locros del oeste» *(Zephýrioi Lokroí:* Píndaro, *Olímpicas* 10, 18), cf. *supra,* III 86, 2, n. 599; Heródoto, VI 23, 1. Se establecieron cerca del cabo Cefirio (llamado así porque constituía una protección contra el Céfiro o viento del Oeste), en un fondeadero muy conocido, y pocos años después de este establecimiento (a comienzos del siglo VII a. C.) se desplazaron hacia el Norte, hasta las faldas de la colina Esopis, donde fundaron la nueva Locros (hacia el 679-673 a. C.), un asentamiento situado a unos 40 km. al noroeste del Cabo Cefirio, en la costa jónica del Brucio, cerca de la punta sur de la Calabria actual. En los escritores antiguos hay desacuerdo respecto al momento y a la iniciativa de su fundación (cf. Estrabón, VI 1, 7; IX 4, 9; Pausanias, III 19, 12; Polibio, XII 5-16). Locros opuntios (del Canal de Eubea) y locros ozolos (del Golfo de Corinto) se dispu-

tamente bloqueada [3] con un muro, y de que aún era posible llegar con un ejército y entrar en ella por las Epípolas, deliberaron sobre si debían arriesgarse a una llegada por mar [4], dejando Sicilia a su derecha, o si debían, dejándola a la izquierda, hacer primero rumbo a Hímera [5] y llegar por tierra [6] tras tomar consigo a los propios himereos y

---

taban la empresa; Estrabón rechazaba la atribución a los locros opuntios defendida por Éforo y creía en la iniciativa de los ozolos, más cercanos a Italia, pero otros autores, además de Éforo, también eran partidarios de una fundación opuntia; tal es el caso de Pausanias (pas. cit.), Timeo y Aristóteles (en POLIBIO, XII 5-16). Locros, que tenía un régimen aristocrático, fue patria del legislador Zaleuco (cf. TIMEO, en F. JACOBY, *Die Fragmente der Griechischen Historiker,* Berlín-Leiden, 1923-1958, 566 F 130); contaba con un antiguo código y en los escritores antiguos encontramos elogios de su buen gobierno *(eunomía)* y su exactitud o rectitud (la *atrékeia* de PÍNDARO, *Olímpicas* 10, 17), características sin duda reflejadas en la regularidad de su urbanismo. En cuanto a la actitud hostil de Locros respecto a Atenas y a su rechazo de la flota ateniense, cf. *supra,* V 5, 2-3; VI 44, 2. Como Tarento, era una decidida enemiga de Atenas.

[3] Cf. *supra,* VI 104, 1, donde vemos que se transmite la falsa noticia de que Siracusa ya había sido completamente bloqueada.

[4] Dejando Sicilia a estribor y entrando en el Puerto Grande, donde los atenienses ya ocupaban una posición (cf. *supra,* VI 102, 3), o en el Puerto Pequeño, donde estaba el arsenal de Siracusa (cf. *infra,* 22, 1).

[5] Hímera se había mostrado hostil a los atenienses (cf. *supra,* VI 62, 2). Sobre esta ciudad véase asimismo *supra,* III 115, 1; VI 5, 1. Hímera *(Himéra)* era la más occidental de las ciudades griegas de la costa norte de Sicilia, en contacto con los fenicios de Solunte y Panormo, sus rivales comerciales. Se encontraba en una terraza fluvial (altiplanicie de S. Nicola) de unos 75 m. de altura junto a la desembocadura del río Hímera («río grande»). Fue el escenario de una memorable victoria sobre los cartagineses en el 480 a. C., en la que Terón de Acragas y Gelón de Siracusa derrotaron al general cartaginés Amílcar; pero, a fines de siglo, un nieto de Amílcar, Aníbal, tomó cumplida venganza y la ciudad fue destruida (cf. DIODORO, XI 49).

[6] Tras dejar a babor la costa de Sicilia y desembarcar en Hímera, donde conseguirían refuerzos, llegarían por tierra a Siracusa. Los ate-

a todas las demás fuerzas a las que lograran persuadir. Y decidieron hacer rumbo hacia Hímera, tanto más cuanto 2 que todavía no se habían presentado en aguas de Regio las cuatro naves áticas que Nicias, a pesar de todo [7], había enviado al enterarse de que ellos estaban en Locros. Anticipándose, pues, a esta flotilla de vigilancia emprendieron la travesía del estrecho, y, tras hacer escala en Regio y Mesene, llegaron a Hímera. Una vez allí, persuadieron a 3 los himereos a ayudarles en la guerra, uniéndose ellos mismos a la expedición y proporcionando armas a todos los marineros de sus naves que no las tuvieran [8] (pues en Hímera pusieron las naves en seco); y enviaron un mensaje a los selinuntios [9] invitándoles a encontrarse con ellos con todo su ejército [10] en un lugar determinado. También les 4 prometieron el envío de un ejército no muy numeroso los

nienses habían efectuado una expedición semejante: cf. *supra,* VI 62.

[7] Nicias había menospreciado el número de naves de Gilipo y no había dado ninguna importancia a las primeras noticias sobre su llegada: cf. *supra,* VI 104, 3. A pesar de este menosprecio, ahora enviaba una flotilla de cuatro naves.

[8] Según el consejo de Alcibíades: cf. *supra,* VI 91, 4. La tripulación de cuatro barcos debía de ser de unos 800 hombres y de éstos vemos que sale un contingente de infantería de unos 700 hombres; quedarían, por tanto, 100 al cuidado de las naves.

[9] Respecto a Selinunte, en la costa suroccidental de Sicilia, cf. *supra,* VI 4, 2. Era la más occidental de las ciudades griegas de Sicilia y su territorio limitaba con el de los élimos de Egesta, con quienes los selinuntios tuvieron frecuentes conflictos. Su acrópolis se encontraba en una colina de escasa altura entre dos pequeños ríos y hoy día es un campo de ruinas impresionante.

[10] Siguiendo la lectura *panstratiâi;* pero por lo que dice en el párrafo 5 («algunas tropas ligeras y de caballería de Selinunte») puede preferirse la lección *stratiâi,* es decir, «con un ejército». Si realmente se pidió a los selinuntios que acudieran «con todo su ejército», Selinunte no dio satisfacción a aquella petición.

de Gela [11] y algunos pueblos sículos; éstos estaban mucho
mejor dispuestos a pasarse a su lado, bien porque recientemente
había muerto Arcónides [12], que reinaba sobre algunos
pueblos sículos de la región [13] y era un poderoso amigo
de los atenienses, bien por la animosa disposición con
5 que Gilipo parecía venir de Esparta. Gilipo tomó, pues,
consigo a sus soldados de a bordo y a sus marineros que
estaban armados [14], unos setecientos hombres, así como
a los hoplitas e infantería ligera de Hímera, en número
de mil entre los dos grupos, más sus cien hombres de caballería,
a algunas tropas ligeras y de caballería de Selinunte,
a un pequeño contingente de Gela y, en fin, a cerca de
un millar de sículos en total [15]; y con estas fuerzas se puso
en marcha hacia Siracusa.

---

[11] Se dio cumplimiento a estas promesas: cf. *infra*, párr. 5 y 33, 1. Sobre Gela cf. *supra*, IV 58, n. 314; VI 4, 3-4.

[12] Arcónides era un rey sículo que unos decenios antes había colaborado con Ducecio, el alma de la lucha sícula contra Siracusa, en la fundación de la colonia de Caleacte (hacia el 446 a. C.; cf. Diodoro, XII 8, 2). Como enemigo de Siracusa era partidario de una política filoateniense.

[13] Su sede era la ciudad de Herbita, situada en las cercanías de la actual Nicosia, a unos setenta km. al sudeste de Hímera y a medio camino entre ésta y Catana.

[14] Esta precisión «que estaban armados» sólo debe referirse a los marineros *(naûtai)*, en cuyo armamento habrían colaborado los himereos (cf. *supra*, párr. 3), no a los soldados de a bordo *(epibatai)*, que, como tales, irían armados. Como vemos, se ponía en práctica la transformación de remeros en hoplitas de acuerdo con la citada recomendación de Alcibíades.

[15] Posiblemente ésta fue la única contribución sícula a la causa siracusana (cf. *infra*, 57, 11; 58, 3). La suma de estas fuerzas reunidas por Gilipo coincide aproximadamente con el total de 3.000 hombres de infantería y 200 de caballería que encontramos en Diodoro, XIII 7, 7.

Gilipo y el corintio Góngilo llegan a una Siracusa en apuros

Mientras tanto, los corintios que habían 2
zarpado de Léucade acudían en su ayuda con el resto de las naves [16] todo lo rápidamente que podían, y Góngilo [17], uno de los comandantes corintios, que había partido el último con una sola nave, llegó el primero a Siracusa [18], un poco antes que Gilipo.
Y encontrándose con que los siracusanos iban a reunirse 2
en asamblea para discutir sobre el modo de poner fin a la guerra [19], se lo impidió [20] y les dio ánimos, anunciándoles que ya estaban en camino otras naves y que también llegaba Gilipo, hijo de Cleándridas, enviado como general

[16] Respecto a estas naves, cf. *supra,* VI 104, 1. Después de haber partido Gilipo y Pitén con cuatro naves, dos lacedemonias y dos corintias, la flota que quedaba en aguas de Léucade sería de trece barcos. Dado que Gilipo y Pitén dejaron sus cuatro naves en Hímera (cf. *supra,* 1, 3) y que las naves de corintios y aliados llegadas a Siracusa serán trece (una en VII 2, 1 más doce en VII 7, 1), de las «diez naves» corintias de las que se habla al final de VI 104, 1 (a las que había que añadir las dos de Léucade y las tres de Ampracia), han de descontarse las «dos» corintias de la flotilla que zarpó con Gilipo y Pitén.

[17] Según Plutarco, *Nicias* 19, 7 (que probablemente saca estos detalles de Filisto, F. Jacoby, *Die Fragmente der Griechischen Historiker* 556 F 56), Góngilo *(Gongýlos)* encontró la muerte en el primer combate contra los atenienses (cf. *infra,* 5, 3).

[18] Tucídides se ha referido al riesgo que para la flotilla de Gilipo y Pitén suponía la llegada a Siracusa por vía marítima (cf. *supra,* 1, 1). En principio, el riesgo era el mismo para Góngilo, pero probablemente suponía una cierta ventaja actuar con una sola nave rápida.

[19] Tras el fracaso de los dos primeros intentos de contrabloqueo, los siracusanos habían perdido las esperanzas de impedir el bloqueo ateniense (cf. *supra,* VI 103, 3 s.) y estaban decididos a gestionar la paz.

[20] *Diekṓlyse,* que ha sido interpretado bien en el sentido de que impidió que su proyecto de negociar la paz prosperara, bien en el de que su intervención hizo suspender la reunión.

3 en jefe [21] por los lacedemonios. Los siracusanos recobraron el ánimo y en seguida efectuaron una salida con todo el ejército para ir al encuentro de Gilipo [22], pues habían sabido que ya estaba cerca. Gilipo, en el camino, había tomado Ietas [23], una fortaleza de los sículos, y en ese momento, tras disponer a sus fuerzas en orden de batalla, llegaba
4 a las Epípolas; y una vez allí subió por el Eurielo, por donde también habían subido los atenienses la primera vez [24], y en compañía de los siracusanos avanzó contra el

---

[21] *Árchōn.* Puede entenderse simplemente como comandante de las naves (cf. *infra,* 20, 1: «a Caricles como comandante») o en el sentido de general en jefe de las fuerzas que defendían Siracusa, de acuerdo con la propuesta de Alcibíades de VI 91, 4. Cf. asimismo *supra,* VI 93, 2.

[22] Podemos pensar en una salida hacia la zona situada al norte del fuerte circular, por la línea que el trazado del muro ateniense tenía que seguir hacia el Norte (recuérdese que el «fuerte circular» levantado en Sica, cf. *supra,* VI 98, 2, se sitúa en la zona meridional de las Epípolas; se piensa que era el fuerte central del que partían las fortificaciones de circunvalación ateniense, un muro que iba hacia el Norte en dirección a Trógilo y el doble muro construido hacia el Sur, hasta el Puerto Grande). Pero es probable que se mantuvieran a la espera de la llegada de Gilipo y que evitaran el riesgo de avanzar demasiado y encontrar luego a los atenienses en orden de batalla interponiéndose entre ellos y la ciudad. No abandonarían las Epípolas y esperarían en un lugar idóneo para reunirse con las fuerzas de Gilipo.

[23] Este topónimo, diversamente transmitido por los manuscritos, ha sido restituido de acuerdo con un fragmento de FILISTO (F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker* 556 F 25). De acuerdo con este pasaje podríamos situar la plaza en un lugar del camino entre Hímera y Siracusa, pero no conocemos la ruta seguida por Gilipo ni su punto de encuentro con las tropas de Selinunte (factor que podría ser causa de algún desvío). Su situación es, pues, desconocida. Cf. asimismo CICERÓN, *Verrinas* II 3, 103, que se refiere a un pueblo llamado *Ietini.*

[24] En la primavera del 414 (cf. *supra,* VI 97, 2). El Eurielo era la principal vía de acceso a las Epípolas, a 6 ó 7 km. de Siracusa.

muro de los atenienses [25]. Se dio el caso de que su llegada se produjo en el momento en que los atenienses ya habían terminado el doble muro de siete u ocho estadios [26] que se extendía hasta el Puerto Grande [27], a excepción de un pequeño tramo junto al mar en el que todavía estaban trabajando. En cuanto a la otra parte del muro, la que desde arriba del fuerte circular [28] se dirigía a Trógilo, en el otro

[25] No se indica dónde se produjo la unión de las fuerzas de Gilipo con las de Siracusa. Es probable que Gilipo pasara por la parte norte de la inacabada circunvalación ateniense y que, tras reunirse con las tropas de Siracusa cerca de su recinto fortificado, atacara desde el Este o el Nordeste con el muro siracusano del invierno del 415-414 a sus espaldas.

[26] La equivalencia de 177,6 m. que se da al estadio no se cumple frecuentemente con exactitud. En los historiadores griegos aparece como una medida variable (en las mediciones intervienen un cierto subjetivismo y otros factores), con oscilaciones que por arriba o por abajo la pueden alejar bastante de la citada equivalencia. Sobre el estadio tucidídeo, cf. K. J. Dover, en A. W. Gomme..., *A Historical Commentary...*, vol. IV, págs. 467-468; R. A. Bauslaugh, «The Text of Thucydides IV 8, 6 and the south channel at Pylos», *Journal of Hellenic Studies* 99 (1979), 1-6. La equivalencia de la distancia a la que se refiere este pasaje es aproximadamente de 1,5 km.

[27] Cf. *supra,* VI 103, 1. En el 414 los atenienses habían comenzado sus obras de asedio con la construcción del «fuerte circular»; luego comenzaron a levantar el muro de circunvalación al norte del fuerte, pero interrumpieron esta fortificación para construir hacia el sur, en dirección al Puerto Grande.

[28] Sobre este muro que se dirigía a Trógilo, cf. *supra,* VI 99, 1. El texto del presente pasaje *(toî dè állōi toû kýklou)* ofrece algunas dificultades y ha sido diversamente corregido e interpretado *(toî dè apò toû kýklou:* Wölfflin; *toî dè állōi ánō:* Marchant; *toî dè állōi toî ánō:* Romilly; supresión de *toû kýklou:* Poppo, Dover; de *toû kýklou pròs tòn Trṓgilon:* Classen, Stahl; etc.). En diversos pasajes anteriores se ha interpretado *kýklos* como «fuerte circular» (aunque no fuera necesariamente circular en sentido estricto), como una posición central fortificada de la que partían los dos grandes tramos de la obra de circunvalación ateniense: el muro hacia Trógilo en dirección norte y el doble muro hacia el Sur en

lado del mar [29], ya se habían amontonado las piedras en la mayor parte del trazado e incluso habían quedado tra-

---

dirección al Puerto Grande (cf. *supra,* VI 98, 2; 99, 1 y 3; 101, 1, etc., y comentarios a estos pasajes como los de K. J. Dover, en *Thucydides Book VI, Book VII, with an introduction and commentary,* Oxford, 1965, apéndice «The Topography of Syracuse and the siege», en A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A Historical Commentary on Thucydides,* vol. IV, Oxford, 1970; reseña de H. P. Drögemüller, *Syrakus. Zur Topographie...,* en *Phoenix* 25 (1971), 282-285; D. Kagan, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition,* Ithaca y Londres, 1981, págs. 228 ss.; 244, nota 35). No hemos entendido *kýklos* como el conjunto del muro de bloqueo ateniense, tal como quieren algunos, apoyándose principalmente en la lectura ofrecida por los manuscritos de este problemático pasaje (cf. H. P. Drögemüller, *Syrakus. Zur Topographie und Geschichte einer griechischen Stadt,* Heidelberg, 1969, págs. 123-127).

[29] Sobre Trógilo cf. también *supra,* VI 99, 1. Era el punto al que se dirigía el trazado del muro ateniense que arrancaba de la parte septentrional del fuerte circular. El lugar no ha sido identificado con exactitud, pero se suele situar en la costa que se encuentra al norte de las Epípolas, en la zona de la Scala Greca (Puerto Stentino o Puerto Stentinello) y de Santa Panagia; las mayores posibilidades son para la hondonada y ensenada de Santa Panagia *(Trṓgilos* puede relacionarse con *trṓgein* «comer, roer», y *trṓglē,* «agujero, gruta»: cf. H. W. Parke, «A note on the topography of Syracuse», *Journal of Hellenic Studies* 44 [1944], 100 ss.). Se ha defendido asimismo otra teoría respecto a la localización de Trógilo, según la cual el lugar estaría situado en la costa este de las Epipolas, suponiendo para ello que el muro siracusano del invierno del 415/414 a. C. no abarcaba toda la parte oriental de las Epípolas hasta su costa norte, sino que se dirigía hacia la costa oriental por la zona meridional de las Epípolas, con lo que el muro de circunvalación ateniense seguiría la misma dirección oriental, paralelo al muro siracusano: cf. A. Piganiol, «Deux notes sur l'expédition de Sicile», *Revue des Études Grecques* 50 (1937), 1-14; H. P. Drögemüller, *Syrakus...,* cit., págs. 84 ss., que sigue las tesis de K. Fabricius y A. Piganiol y sitúa Trógilo en la costa de Mazzarona, donde también hay diversas grutas y pequeñas ensenadas. Pero la tesis más aceptada es la que sitúa Trógilo en la costa septentrional, implicando un trazado hacia el norte del muro siracusano y del muro de asedio ateniense.

mos a medio construir y otros completamente acabados. Tan cerca del peligro estuvo Siracusa.

Ultimátum y primeros ataques de Gilipo. Toma de Lábdalo

Los atenienses, al arremeter súbitamente contra ellos Gilipo y los siracusanos, en un primer momento se quedaron desconcertados, pero luego se colocaron en orden de batalla [30]. Gilipo hizo alto a corta distancia [31] y envió un heraldo para decirles que, si querían salir de Sicilia en el plazo de cinco días llevándose sus pertenencias, estaba dispuesto a concluir una tre- 3
gua. Pero los atenienses recibieron la propuesta con des- 2
precio y despidieron al heraldo sin respuesta. Y a continuación unos y otros, frente a frente, se prepararon para
la batalla. Gilipo, al ver que los siracusanos eran presa 3
de la confusión y que tenían dificultades para mantenerse en formación de combate [32], hizo retroceder a su ejército a un campo más abierto [33]. Nicias, sin embargo, no hizo avanzar a los atenienses, sino que se quedó quieto junto a su muro. Y cuando Gilipo se dio cuenta de que los atenienses no avanzaban, retiró su ejército a la altura llamada

[30] Se refleja otra vez una cierta imprevisión por parte de Nicias. Respecto al lugar exacto de esta formación, el historiador no lo concreta.

[31] Entendemos el *engýs*, «cerca, a corta distancia», con lo anterior *(ho dè thémenos tà hópla)*; algunos lo refieren al *prospémpei* siguiente dándole un valor temporal («envió al acto»). Para el sentido de *tithesthai tà hópla*, «hacer alto o formar en armas» antes de un encuentro para parlamentar, cf. *supra*, II 2, 4.

[32] Para una situación semejante, cf. *supra*, VI 98, 3.

[33] Hacia el Norte y Noroeste. Respecto al interés por el espacio abierto *(eurychōría)* en los combates navales, circunstancia que permitía maniobrar mejor y desarrollar la habilidad táctica, cf. *supra*, II 83, 2, n. 546; 86, 5-6, etc. Aquí se plantea la cuestión del espacio en un combate de tierra.

4 Temenitis [34], y allí vivaquearon. Al día siguiente, condujo al grueso del ejército y lo alineó enfrente de los muros de los atenienses a fin de que no pudieran acudir en ayuda a ninguna parte, y envió una parte de sus tropas al fuerte de Lábdalo [35] y lo tomó, e hizo matar a todos los hombres que cogió en él; aquel lugar no estaba a la vista de los
5 atenienses. Ese mismo día una nave ateniense en misión de vigilancia delante del puerto [36] fue apresada por los siracusanos.

---

[34] La altura llamada Temenitis *(ákra Temenîtis)* era la parte alta, situada al norte y nordeste del teatro, que dominaba el barrio de Temenites (cf. *supra,* VI 75, 1, n. 182). Esta altura, donde vivaqueó el ejército de Gilipo, estaba protegida por el muro que los siracusanos habían construido durante el invierno anterior.

[35] Este fuerte, una de las primeras obras atenienses en el 414, estaba en el borde septentrional de las Epípolas, pero no conocemos su emplazamiento exacto. Cf. *supra,* VI 97, 5; 98, 2.

[36] Como es sabido (cf. *supra,* VI 50, 5), Siracusa tiene dos puertos, el *Porto Grande,* la bahía cuya entrada es la boca que se abre entre Ortigia y Plemirio, y el *Porto Piccolo,* situado entre Ortigia y Santa Lucía. En algunos pasajes (cf. *infra,* VII 22, 1; 23, 2) Tucídides distingue entre los dos puertos; en otros se refiere explícitamente al Puerto Grande (cf. *supra,* VI 50, 4; 65, 3; 99, 4; 101, 1; 101, 3; 102, 3; VII 2, 4; 4, 4; 36, 3; 59, 3), y en bastantes casos habla del «puerto» sin especificar refiriéndose por lo general al Puerto Grande (cf. *infra,* 4, 4: *ek mychoû toû liménos* «desde el fondo del puerto»; 23, 3; 25, 5; 52, 2; 56, 1; 62, 1; 69, 4; 70, 1). Pero en el presente pasaje (como en el caso del «puerto de los siracusanos» al que se refiere en VII 4, 4) parece referirse al Puerto Pequeño, donde estaba la flota siracusana. La misión de la nave aquí mencionada sería la de vigilar una posible salida de la armada de Siracusa. Pero, como se demuestra, una nave aislada era insuficiente si el grueso de la flota estaba en el extremo interior del Puerto Grande. De ahí el cambio de la estrategia naval ateniense que veremos en VII 4, 4.

Los siracusanos comienzan el tercer muro de contrabloqueo y los atenienses fortifican Plemirio

Después de estos hechos, los siracusanos y sus aliados comenzaron a construir un muro sencillo [37] a través de las Epípolas, partiendo de la ciudad, por la parte de arriba [38] y en sentido transversal [39], a fin de que los atenienses, si no lograban impedir su construcción, ya no fueran nunca capaces de cercarles con un muro. 4
2 Y hacía poco que los atenienses habían vuelto a la parte de arriba, después de haber terminado el muro del lado del mar [40], cuando Gilipo (en vista de que había algún punto débil en el

[37] Muro sencillo *(teîchos haploûn)* a diferencia del muro doble *(teîchos diploûn)* de los atenienses (cf. *supra,* VI 103, 1; VII 2, 4). Sobre este muro sencillo, cf. asimismo *infra,* 11, 3. Se trataba del tercer intento de contrabloqueo por parte de los siracusanos (cf. *supra,* VI 99, 2; VI 101, 2-102, 4), que a toda costa querían levantar un muro transversal respecto al muro de circunvalación ateniense, para impedir que éste llegara a término y así evitar el bloqueo. Los dos anteriores, el muro al sur de las Epípolas y la empalizada de la zona pantanosa, habían sido tomados y destruidos por los atenienses, que así habían logrado completar el cerco por la parte sur del fuerte circular.

[38] «Por la parte de arriba» *(ánō)* de las Epípolas (a diferencia del primer muro de contrabloqueo, situado «más abajo del fuerte circular»: *kátōthen toû kýklou,* VI 99, 3), o simplemente en la parte de arriba por oposición a la zona de abajo por donde el doble muro ateniense se dirigía al Puerto Grande, o en el sentido de «hacia el interior», Epípolas arriba. Por la meseta y a partir de la parte norte del muro de invierno del 415-414, en dirección oeste (Dover), de acuerdo con la tesis generalmente aceptada. Según otra teoría, a partir del sector nordeste de la ciudad y en dirección noroeste (Drögemüller).

[39] *Pròs tò enkársion,* «en ángulo recto» respecto al trazado del muro ateniense. El primer muro de contrabloqueo fue descrito de manera semejante: *enkársion teîchos,* «un muro transversal». Cf. *supra,* VI 99, 3. Sobre este tercer muro y el primer muro de contrabloqueo cf. asimismo *infra,* 7, 1.

[40] Cf. *supra,* 2, 4.

muro ateniense) [41] tomó de noche a su ejército y marchó
3 contra él. Los atenienses (se daba el caso de que se hallaban vivaqueando fuera) [42], tan pronto como se dieron cuenta, salieron a su encuentro; pero Gilipo los vio y retiró en seguida a sus hombres. Entonces los atenienses elevaron la altura de aquella parte del muro y ellos mismos montaron la guardia en aquel sitio [43], en tanto que dispusieron a los demás aliados por el resto de la fortificación, asignándoles el sector que cada contingente debía vigilar.

4 Por su parte, Nicias decidió fortificar el lugar llamado Plemirio; se trata de un promontorio situado enfrente de la ciudad [44], que, al formar un saliente, estrecha la bocana del Puerto Grande; le parecía que si se fortificaba la zona, resultaría más fácil la entrada de suministros, pues sus naves echarían el ancla a una menor distancia del puerto de Siracusa [45] y no tendrían, como ahora, que efectuar salidas

---

[41] Bien en la meseta, al sur del fuerte circular, bien en un tramo entre la meseta y el mar. No nos indica el sitio. En cuanto a otro ataque espartano por sorpresa durante la noche, cf. *supra*, el de Brásidas contra Anfípolis en IV 103, 1. Cf. A. Powell, «Mendacity and Sparta's Use of the Visual», en A. Powell (ed.), *Classical Sparta: Techniques behind her success*, Londres, 1989, págs. 173-192.

[42] Fuera de las fortificaciones. *Éxō toû teíchous* dice el escoliasta. Es de suponer que no estaban fuera todas las tropas, sino que se trataba de pelotones avanzados cuya misión sería dar la alarma al observar cualquier movimiento enemigo.

[43] Se ha observado que esto no implica una desconfianza general respecto a la lealtad de los aliados, pero era algo sabido que un pequeño número de traidores era suficiente para entregar una fortificación al amparo de la noche.

[44] Al norte de la actual Península de la Magdalena, en la parte sur del Puerto Grande y frente a la isla de Ortigia.

[45] Se refiere aquí al Puerto Pequeño, donde fondeaba la flota siracusana (cf. *supra*, 3, 4, n. 36). En este momento la flota ateniense estaba en la parte interior del Puerto Grande; si iba a anclar en Plemirio podría

contra el enemigo desde el fondo del puerto si se producía
algún movimiento de la flota siracusana. Entonces Nicias
comenzó a prestar mayor atención a la guerra naval, vien-
do que desde la llegada de Gilipo habían disminuido sus
esperanzas por tierra [46]. Trasladó, pues, unas tropas y 5
las naves a aquel lugar [47], y construyó tres fuertes, donde
fue depositada la mayor parte de los pertrechos, y desde
entonces fondearon allí los grandes transportes y las naves
rápidas. Y así fue igualmente entonces cuando comenzó 6
el sufrimiento de las tripulaciones; al tener el agua escasa
y no en las proximidades, y también cuando los marineros
salían en busca de leña, morían a manos de la caballería
siracusana, dueña del terreno. Los siracusanos, en efecto,
habían situado un tercio de su caballería en la aldea vecina
al Olimpieo [48] a causa de las tropas de Plemirio, para im-

---

controlar mejor los movimientos y vigilar más eficazmente a la flota siracusana. Sería menor, sin embargo, su vigilancia de la parte siracusana del Puerto Grande.

[46] Las noticias de la llegada de Gilipo habían disipado la desesperanza en Siracusa y ahora su presencia producía el efecto contrario en Nicias, un desánimo que se reflejará en el pesimismo de su carta (cf. *infra,* 11-15).

[47] La posición, sin embargo, era peor para la comunicación por tierra entre la flota y el grueso del ejército.

[48] El Olimpieo era el santuario de Zeus Olímpico, situado en una elevación al sur del Anapo y el Ciane y a 1,3 km. al oeste de la costa de la parte central del Puerto Grande. Cf. *supra,* VI 64, 1. El núcleo de población del que formaba parte había sido fortificado por los siracusanos en el invierno del 415-414 (cf. *supra,* VI 75, 1). El templo de Zeus Olímpico era un edificio de mediados del siglo VI a. C., de características muy similares al templo de Apolo de la misma Siracusa, el más antiguo —se piensa— de los grandes templos dóricos de Sicilia. En cuanto al dominio de la caballería siracusana, cf. asimismo *infra,* 11, 4; 13, 2; 44, 8; 78, 7; PLUTARCO, *Nicias* 19, 6; G. R. BUGH, *The Horsemen of Athens,* Princeton, 1988, pág. 103.

7 pedir que salieran a saquear el país. Por otra parte, Nicias había sido informado de que las restantes naves corintias [49] estaban navegando hacia allí, y, para vigilarlas, envió veinte naves, con orden de estar al acecho en aguas de Locros y Regio y en los accesos a Sicilia.

Gilipo es derrotado en un primer combate

5 Entre tanto, Gilipo proseguía la construcción del muro a través de las Epípolas [50], utilizando las piedras que los atenienses habían amontonado previamente para sí, y al mismo tiempo ordenaba continuas salidas de los siracusanos y sus aliados y los situaba delante del muro [51], y los atenienses, por su parte,
2 formaban enfrente de ellos. Cuando Gilipo juzgó que había llegado el momento oportuno, inició el ataque; pero al trabar combate lucharon entre los muros, en un terreno donde la caballería de los siracusanos no era de ninguna
3 utilidad. Los siracusanos y sus aliados fueron vencidos y, una vez que hubieron recogido a sus muertos en virtud de una tregua y que los atenienses hubieron erigido un trofeo, Gilipo reunió al ejército y les dijo que el error no había sido de ellos, sino suyo, puesto que con la formación que había ordenado —dispuesta demasiado adentro entre los muros— [52] había privado de su utilidad a la caballería y a los lanzadores de dardos, y que por eso en
4 seguida iba a conducirlos de nuevo al ataque. Y los exhortó a considerar que por lo que hacía a los preparativos

[49] Cf. *supra*, 2, 1. Habían zarpado de Léucade.

[50] Cf. *supra*, 4, 1.

[51] Debían de estar alineados en dirección sur o sudoeste, con el muro de contrabloqueo detrás de ellos y el muro de invierno a su izquierda.

[52] Los muros siracusanos, el muro de invierno y el tercer muro de contrabloqueo, y el doble muro ateniense. Nótese, por otra parte, la diplomacia de Gilipo.

materiales no iban a llevar la peor parte, mientras que en lo tocante a su moral, no sería tolerable que quienes eran peloponesios y dorios no pretendieran vencer y expulsar del país a jonios, isleños y chusma de diversa procedencia [53].

Victoria de Gilipo. El tercer muro siracusano sobrepasa el muro ateniense

Después de esto, cuando fue el mo- 6
mento oportuno [54], los condujo de nuevo contra el enemigo. Por su parte, Nicias y los atenienses consideraban que, aun en el caso de que aquéllos no se decidieran a presentar batalla, era menester para ellos no permitir el avance de un muro perpendicular al suyo (pues la construcción de los siracusanos ya estaba a punto de desbordar el extremo del muro ateniense, y si lo rebasaba iba ya a significar lo mismo para ellos vencer todo el tiempo en los combates o no combatir en absoluto) [55], y, en consecuencia, fueron a su vez al encuentro
de los siracusanos. Gilipo, tras hacer avanzar a sus hoplitas 2
más lejos de los muros que la vez anterior, trabó contacto con el enemigo; había situado a la caballería y a los lanzadores de jabalina en el flanco de los atenienses, en un cam-

[53] El tema de la diversidad racial y de la superioridad dórica ya apareció en un discurso de Hermócrates. Cf. *supra,* VI 77, 1, n. 191. Los dorios (Siracusa, Selinunte, Gela, Camarina, y, en parte, Hímera, eran dorias) estaban convencidos de su superior marcialidad respecto a las otras razas. La denominación de jonios en sentido amplio incluía a los atenienses, y con el término isleños se refiere a los pueblos de las islas del Egeo, una parte esencial del Imperio Ateniense. Estas palabras de Gilipo referentes a la heterogeneidad de las fuerzas atenienses recuerdan el reproche con el que Alcibíades se refería a los siciliotas (cf. *supra,* VI 17, 2). El tono despectivo se subraya con la expresión *xýnklydes ánthrōpoi,* masa heterogénea, chusma de diversa procedencia, reclutada aquí y allí, etimológicamente «mezclados o juntados por las olas».

[54] Fue el día siguiente. Cf. *infra,* 11, 2; PLUTARCO, *Nicias* 19, 7.

[55] Puesto que ya no se podría llegar a un bloqueo total de Siracusa.

po abierto donde terminaban las obras de los muros de
3 ambos bandos. En el curso de la batalla la caballería se lanzó contra el ala izquierda de los atenienses, que estaba frente a ella, y la puso en fuga; a causa de esto el resto del ejército también fue vencido por los siracusanos y fue
4 rechazado hasta el interior de sus fortificaciones. Y durante la noche siguiente los siracusanos lograron adelantarse en la edificación de su muro y desbordaron la construcción de los atenienses, de modo que en adelante ya no cabría la posibilidad de ser obstaculizados por los atenienses [56], y éstos ya no podrían bloquearlos con un muro, aun en el caso de imponerse en el campo de batalla.

La flota corintia llega a Siracusa. Preparativos de Gilipo

7 Después de estos hechos, las doce naves restantes [57] de los corintios, ampraciotas y leucadios entraron en el puerto tras burlar la vigilancia de los atenienses (las mandaba el corintio Erasínides) [58], y sus tripulaciones ayudaron a los siracusanos en la construcción
2 del resto del muro transversal [59]. Entre tanto, Gilipo marchó a otras regiones de Sicilia en busca de refuerzos, tra-

---

[56] Los atenienses ya no podrían detener o interrumpir el avance del muro de contrabloqueo de los siracusanos, que esta vez conseguirían su objetivo (cf. *supra,* 4, 1). Gilipo prolongará este muro hacia el vértice occidental del triángulo de las Epípolas y no sólo conseguirá que el muro de asedio ateniense quede cortado en su trazado septentrional, sino que obstaculizará cualquier intento enemigo de establecerse en la meseta; una eventual victoria parcial de los atenienses no obtendría ningún resultado si no se conseguía conquistar y destruir el muro de contrabloqueo siracusano. Así los sitiadores se irán convirtiendo en sitiados.

[57] Cf. *supra,* VI 104, 1.

[58] Personaje desconocido. Sobre su nombre se observa alguna vacilación en la tradición manuscrita; en B (Vaticanus Gr. 126, del siglo XI) leemos Trasónides *(Thrasōnídēs).*

[59] Cf. *supra,* 4, 1, n. 39. El texto es problemático y ha sido corregido.

tando de reunir contingentes navales y de tierra, y al mismo tiempo con la intención de atraer a su causa a aquellas ciudades que no mostraban entusiasmo o a las que todavía se mantenían completamente al margen de la guerra.
Y otros embajadores siracusanos y corintios fueron envia- 3
dos a Esparta y a Corinto a fin de que se hiciera pasar un nuevo ejército en transportes o en barcos mercantes, o por cualquier otro medio que conviniera, puesto que los
atenienses también enviaban a buscar otras tropas. Y, 4
mientras tanto, los siracusanos equipaban una flota y efectuaban maniobras con el propósito de atacar con ella, y en todo lo demás también estaban muy animados.

La carta de Nicias. Comienza el invierno

Nicias escribe a Atenas

Nicias, que se daba cuenta de ello y 8
veía cómo de día en día aumentaba la fuerza de los enemigos así como la dificultad de su propia situación, enviaba, también él, mensajeros a Atenas; en otras muchas ocasiones había dado parte pormenorizado de los acontecimientos, y ahora lo hizo con más interés que nunca, pues pensaba que su situación era crítica, y que no habría ninguna posibilidad de salvación si con la mayor prontitud no se ordenaba el regreso de sus tropas o no se le enviaban refuerzos en una cuantía nada escasa.
Ante el temor de que los enviados, bien por incapacidad 2
oratoria, bien porque les fallara la memoria [60] o por que-

[60] Con la lectura *mnémēs* del manuscrito B, generalmente aceptada, frente al *gnṓmēs* de los otros manuscritos; no parece que se refiera a

rer presentar un relato que agradara al pueblo [61], no expusieran la realidad de la situación, escribió una carta [62], pensando que de esta manera los atenienses se enterarían de la mejor forma de su opinión personal, sin que fuera desfigurada por el mensajero, y que así deliberarían sobre la
3 verdadera situación. Y cuando los hombres enviados por Nicias partieron con esta carta y con las instrucciones sobre lo que debían decir ellos mismos, él se dedicó al cuidado del ejército, con mayor preocupación por su defensa que por exponerlo voluntariamente al peligro.

---

una «falta de juicio o de inteligencia» por parte de los mensajeros, sino a un problema de memoria.

[61] El deseo de agradar al auditorio y los fallos de memoria, que aquí son presentados como objeciones a los mensajes orales, eran también argumentos fundamentales en el enfrentamiento de Tucídides con sus predecesores, logógrafos y poetas. Cf. *supra,* I, 21, 1; 22, 1-4.

[62] El recurso a un mensaje escrito *(epistolḗ),* del que los embajadores eran portadores, no era algo nuevo. El mismo Nicias se refiere a otros mensajes de este tipo (cf. *infra,* 11, 1) y Cleón también recurrió a ello en los días de Esfacteria (ÉUPOLIS, fr. 308 KOCK; LUCIANO, *Sobre una falta cometida al saludar* 3); cf. asimismo JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 23; 7, 4. No se trataba, sin embargo, de un procedimiento habitual, ya que tradicionalmente el mensajero *(ángelos)* era correo de comunicaciones orales, con los riesgos para una transmisión fiel que el procedimiento implicaba. Este cambio de método comentado aquí por Tucídides puede verse en el proceso de transición de una cultura básicamente oral a otra presidida por el uso de la escritura (cf. *supra,* I 21, 1, n. 147).

Operaciones en Tracia

Al final del mismo verano, el estratego 9
ateniense Evetión [63], juntamente con Perdicas [64], emprendió una expedición contra Anfípolis con un importante contingente de tracios [65]; no logró tomar la ciudad, pero hizo que las trirremes doblaran la costa hasta el Estrimón [66] y desde el río puso sitio a la plaza, tomando como base Himereo [67]. Y así acabó el verano.

Llega a Atenas el mensaje de Nicias

Ya había comenzado el invierno si- 10
guiente [68] cuando llegaron a Atenas los enviados de Nicias. Comunicaron todo lo que se les había encargado de palabra, contestaron a las cuestiones que les fueron formuladas, y entregaron la carta. Y el secretario de la

---

[63] Estamos en septiembre-octubre del 414 a. C. Este breve capítulo relativo a Tracia está incrustado, de acuerdo con el orden cronológico, entre la redacción y envío de la carta y su llegada a Atenas. Véase la alusión en ARISTÓFANES, *Aves* 1369 (cf. ARISTOPHANES, *Birds*, ed., trad. y not. de A. H. SOMMERSTEIN, Warminster, 1987, pág. 289). Respecto a Evetión o Eveción *(Evetíōn)*, nada sabemos con seguridad sobre este personaje, que sólo aparece en este pasaje; véase, no obstante, *Inscriptiones Graecae* I^3, 371 (cf. *Supplementum Epigraphicum Graecum*, X 229).

[64] La última vez que fue mencionado por Tucídides (cf. *supra*, VI 7, 3-4), Perdicas era enemigo de Atenas. Desde entonces hasta este momento, el rey macedonio habría dado otro de sus habituales giros, cf. *supra*, I 57, 2-3; IV 83, 5, n. 491.

[65] Seguramente mercenarios. Cf. *infra*, 27, 1; *supra*, V 6, 2 ss.

[66] Sobre Anfípolis y el Estrimón, río que abrazaba la ciudad, cerca de su desembocadura, cf. *supra*, IV 102 ss. Anfípolis había sido perdida por los atenienses en el 424. Cf. asimismo *supra*, V 6-12, respecto a la campaña de Cleón contra Anfípolis, V 83, 4, sobre otro proyecto ateniense contra la ciudad del Estrimón; respecto a una tregua con los calcideos de la costa tracia, cf. *supra*, VI 7, 4, n. 25.

[67] No conocemos su emplazamiento.

[68] El del 414-413.

ciudad [69] se adelantó y la leyó a los atenienses. Decía en esencia lo que sigue [70]:

El contenido de la carta de Nicias

11 «Los acontecimientos anteriores, atenienses, los conocéis por otros muchos informes; pero ahora más que nunca es oportuno que seáis informados de la situación en que estamos y que decidáis en consecuencia.
2 Después de haber derrotado a los siracusanos, contra quienes fuimos enviados [71], en la mayor parte de las batallas, y de haber construido las fortificaciones en las que ahora nos encontramos, ha llegado el lacedemonio Gilipo con un ejército procedente del Peloponeso y de algunas ciudades de Sicilia. En el primer combate ha sido vencido por nuestras fuerzas, pero al día siguiente su numerosa caballería y sus lanzadores de dardos nos han forzado a reti-
3 rarnos al interior de nuestros muros. Ahora, pues, nosotros hemos interrumpido las obras de circunvalación debido al

---

[69] Sólo encontramos a este funcionario con el mismo título *(ho dè grammateùs ho tês póleōs)* en PSEUDO PLUTARCO, *Vida de los doce oradores* 841 s. Aristóteles nos habla de tres tipos de secretario, uno de los cuales era el encargado de dar lectura de los documentos ante la asamblea popular y el consejo (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 54, 3-5 (trad., intr. y notas de M. GARCÍA VALDÉS, Madrid, B.C.G., 1984): el «secretario del pueblo» *(grammateùs tôi dḗmōi)* de *Inscriptiones Graecae* II² 223 A, 10 —siglo IV a. C.—). Sobre el secretario de la *boulḗ* *(grammateùs têi boulêi, grammateùs tês boulês* —siglo V—; *grammateùs katà prytáneian* —siglo IV—), cf. *supra,* IV 118, 11, n. 760.

[70] Esta carta, a diferencia de los tratados transmitidos por Tucídides, no parece ser el mensaje literal; como en los discursos, se trata de una exposición del historiador que en esencia refleja con fidelidad las ideas realmente expresadas, según el principio enunciado en I 22, 1.

[71] Este reconocimiento de Siracusa como verdadero objetivo de la expedición contrasta con las instrucciones dadas a los tres estrategos en el 415 (cf. *supra,* VI 8, 2) y con la opinión expresada por el mismo Nicias en VI 47. Ahora las circunstancias le obligan a reconocer la verdad.

gran número de enemigos y estamos inactivos, ya que ni siquiera podríamos hacer uso de todo nuestro ejército al absorber la guardia de los muros una parte de nuestras fuerzas hoplíticas. Ellos, en cambio, han logrado construir un muro sencillo en sentido transversal al nuestro, de modo que ya no es posible cercarlos a no ser que se consiga tomar al asalto ese muro transversal con un numeroso ejército. Lo que ha pasado es que, aunque en apariencia nos- 4
otros estamos sitiando a otros, somos más bien nosotros mismos quienes sufrimos esta suerte, al menos en tierra, pues a causa de su caballería ni siquiera podemos efectuar incursiones de cierto alcance por su territorio.

Han enviado, además, embajadores al Peloponeso en 12
busca de otro ejército, y Gilipo se dirige a las ciudades de Sicilia con el propósito de persuadir a luchar a su lado a las que ahora se mantienen al margen de la guerra y para obtener de las otras, si puede, más tropas de infantería y refuerzos navales. Tienen el proyecto, según las 2
informaciones que he recibido [72], de efectuar un ataque combinado, contra nuestros muros con sus fuerzas de tierra y por mar con sus naves. Y que a ninguno de vosotros 3
le parezca extraño que sea también por mar. Porque nuestra flota —y esto también lo saben ellos perfectamente [73]— al principio estaba en unas condiciones óptimas, tanto por

[72] No se refiere sólo a los informes procedentes de la observación de los movimientos y preparativos de los siracusanos (cf. *supra*, 7, 4; *infra*, 12, 5), sino también a auténticas informaciones proporcionadas por los elementos filoatenienses de Siracusa (cf. *infra*, 48, 2; 49, 1; 73, 3; 86, 4).

[73] El conocimiento de la situación del ejército ateniense por parte de los siracusanos tampoco se limitaría a los datos procedentes de su propia observación; los desertores del lado ateniense (cf. *infra*, 13, 2) serían una buena fuente.

lo que respecta a la impermeabilidad de las naves como
en lo referente al buen estado de sus tripulaciones; pero
ahora nuestras naves hacen agua [74], debido al largo tiem-
po que ya llevan en el mar, y las tripulaciones han sufrido
4 pérdidas. No es posible sacar las naves a tierra y ponerlas
a secar, porque las del enemigo son iguales o incluso supe-
riores en número y constantemente nos tienen a la espera
5 de que puedan efectuar una salida contra nosotros. Son
visibles sus maniobras en este sentido, y las iniciativas de
ataque están en manos de los siracusanos y también tienen
mayor libertad para poner en seco sus naves, pues ellos
no han de estar fondeados al acecho de otros.

13 A nosotros, en cambio, a duras penas se nos presen-
taría esta posibilidad [75] con una gran abundancia de naves
aunque no nos viéramos obligados, como ocurre ahora,
a utilizarlas todas en la vigilancia. Porque, si aflojamos
la guardia, por poco que sea, nos quedaremos sin suminis-
tros, que ahora ya nos llegan con dificultad pasando por
2 delante de su ciudad. Y nuestras tripulaciones han sufrido
pérdidas y todavía las siguen sufriendo por lo siguiente.
Los marineros, al recoger leña o ir a por botín y agua
a una gran distancia, caen a manos de la caballería; los
esclavos, desde que nuestras fuerzas se han equilibrado,
se pasan al enemigo; y en cuanto a los extranjeros, aque-

[74] *Nêes diábrochoi,* «naves empapadas de agua» y, por consiguiente, más pesadas y lentas en sus maniobras. Además de posibles fisuras, se refiere a que el agua penetraba en la madera por su larga permanencia en el mar. Se evidencia uno de los puntos débiles de la trirreme, que necesitaba continuos períodos en tierra para secar, carenar y calafatear y así mantener su eficacia (cf. J. S. Morrison, J. F. Coates, *The Athenian Trireme,* Cambridge, 1986, págs. 152-153).

[75] La posibilidad de elegir el momento de atacar o de varar las naves.

llos que se embarcaron por obligación [76] tan pronto como pueden se dispersan por las ciudades [77], mientras que de aquellos que al principio fueron seducidos por una gran soldada, y que creían que iban a enriquecerse más que a combatir [78], una vez que han visto, en contra de lo esperado, que hay una resistencia por parte enemiga tanto por lo que respecta a la flota como en todo lo demás, unos se marchan con cualquier pretexto con la idea de desertar [79], y otros huyen como cada uno puede ingeniárselas, y Sicilia es grande para ello. Incluso hay algunos que han traficado con esclavos de Hícara [80] y que han persuadido a los trierarcos a embarcarlos en su lugar, acabando así con la eficacia de la flota.

---

[76] Se refiere a las tropas que las ciudades del Imperio enviaban por imposición de Atenas.

[77] De Sicilia, naturalmente, cuya capacidad para dar refugio a los fugitivos se subraya a continuación.

[78] Sobre el aspecto comercial y el afán de lucro que animaba la expedición, cf. asimismo *supra*, VI 31, 5 y 44, 1.

[79] *Ep' automolías prophásei.* Pasaje oscuro y discutido que ha sido objeto de diversas interpretaciones, ninguna plenamente satisfactoria. Se traduce literalmente «so pretexto de deserción», pero resulta difícil de explicar que se pueda alegar la deserción como pretexto. Es posible que se trate de una expresión confusa equivalente a un simple *ep' automolíai,* «a fin de desertar»; pero podemos entender «con cualquier pretexto que oculte el verdadero fin de la deserción». Algunos interpretan que los unos marchan con la idea de pasarse directamente al enemigo, en una actitud de deserción declarada, mientras que los otros huyen para buscar refugio en cualquier lugar de Sicilia que no sea Siracusa. Hay asimismo quien entiende «con el pretexto de la deserción de sus esclavos», es decir, para ir en su busca. Y tampoco faltan correcciones como la de Steup, que suprime *automolías* («con cualquier pretexto», sin el término 'deserción'), o la de Passow, que sustituye *automolías* por *autonomías,* es decir, «so pretexto de autonomía», con el pretexto de ser ciudadanos libres.

[80] Sobre la toma de esta ciudad, cf. *supra,* VI 62, 3-4.

14 Os escribo esto a vosotros que sabéis perfectamente cuán breve es el período de máxima eficiencia de una tripulación [81] y cuán pocos son los marineros que, una vez puesta en movimiento la nave, logran mantener la caden-
2 cia de los remos. Pero la más embarazosa de todas estas dificultades la constituye el hecho de que yo, que soy el estratego, me veo incapaz de poner fin a estos desmanes —pues vuestro carácter es difícil de controlar—, y también el que ni siquiera tenemos los medios para completar las dotaciones de nuestras naves, posibilidad que se ofrece al enemigo desde muchas partes; en nuestro caso, en cambio, es preciso que lo que tenemos y lo que perdemos [82] proceda del mismo sitio, de lo que poseíamos a nuestra llegada, pues Naxos y Catana, las ciudades que ahora son nuestras
3 aliadas, no disponen de recursos. Y tan sólo con que el enemigo obtenga una nueva ventaja, la de que los países de Italia que nos aprovisionan [83], al ver en qué situación estamos sin que nos enviéis ayuda, se pasen a su lado, entonces habrá ganado definitivamente la guerra sin combatir [84], porque nosotros nos veremos obligados a capitular.

---

[81] Algunos editores entienden «cuán pequeña es la parte eficiente de una tripulación»; habría en este caso una cierta tautología en las palabras de Nicias.

[82] Es decir, las dotaciones actuales y los hombres para hacer frente a las bajas tienen un mismo origen, las fuerzas originarias de la expedición. Dada la falta de colaboración de los aliados locales en cuanto a recursos humanos, el ejército ateniense tenía un preocupante futuro de pérdida de eficacia y reducción de efectivos.

[83] Tucídides no habla mucho de los suministros procedentes de Italia. Cf. *supra,* VI 103, 2, donde se hace una referencia general, e *infra,* 25, 1-2, donde encontramos una referencia concreta a la madera para construcción naval.

[84] Cf. *infra,* 25, 9.

Habría podido enviaros otro mensaje más agradable, 4
pero no más útil ciertamente, si es preciso que conozcáis perfectamente la situación de aquí para tomar una decisión en consecuencia. Y conociendo al mismo tiempo vuestro carácter y sabedor de que queréis oír las palabras más halagadoras, pero que luego buscáis un culpable si los hechos no se corresponden a las palabras, he considerado por ello más seguro manifestaros la verdad.

En cuanto a lo que fue el primer objetivo de nuestra 15
venida, tened ahora la certeza de que ni soldados ni jefes nos hemos hecho merecedores de vuestro reproche. Pero una vez que toda Sicilia se está uniendo y que están a la espera de otro ejército procedente del Peloponeso, tomad una decisión sin tardanza, considerando que, al no ser suficientes nuestras tropas de aquí ni siquiera para enfrentarse a la situación actual, se hace preciso o enviarlas a buscar o enviar otro ejército no inferior con tropas de tierra y fuerzas navales, dinero en no escasa cuantía, y, en fin, un sucesor para mí, ya que no estoy en condiciones de
permanecer en mi puesto a causa de una nefritis. Cuento 2
con vuestra indulgencia, pues mientras he tenido salud os he prestado muchos y buenos servicios desde mis puestos de mando. Y en cuanto a lo que vayáis a hacer, hacedlo tan pronto como comience la primavera y sin ningún retraso, conscientes de que el enemigo conseguirá los refuerzos de Sicilia en muy poco tiempo y, aunque tal vez algo más lentamente, también tendrá los del Peloponeso, si no prestáis atención, bien burlando vuestra vigilancia, como ya ha ocurrido anteriormente, bien anticipándose a vuestra acción» [85].

[85] Es curiosa la buena conciencia de Nicias, que acusa a sus conciudadanos de una negligencia en la que él había destacado. Su falta de deci-

PREPARATIVOS EN GRECIA: DICIEMBRE DEL 414 - FEBRERO DEL 413 Y FIN DEL DECIMOCTAVO AÑO DE GUERRA

Medidas atenienses para socorrer al cuerpo expedicionario

16 Esto era lo que manifestaba la carta de Nicias. Los atenienses, después de escucharla, no relevaron a Nicias del mando, pero, hasta que no llegaran a Sicilia otros comandantes elegidos para colaborar con él, le asignaron dos colegas entre los hombres que se encontraban allí, Menandro y Eutidemo [86], a fin de que en su situación de enfermedad no tuviera que afrontar solo todas las responsabilidades; votaron asimismo enviar otro ejército, con fuerzas navales y de tierra, compuesto por atenienses de las listas de reclutamiento [87] y por aliados; y para compartir el mando con Nicias eligieron a Demóste-

sión e imprevisión habían contribuido a éxitos del enemigo como la travesía de Gilipo de Regio a Mesene (cf. *supra,* VII 1, 2) y su rápido éxito en las Epipolas, o la llegada de la flota corintia (cf. *supra,* 7, 1). ¡Lamentable sino el de una expedición cuyo mando supremo había quedado en las manos de un viejo general, cansado y enfermo!

[86] Eutidemo parece ser el mismo hombre que firmó los tratados del 421 (cf. *supra,* V 19, 2; 24, 1); debe de ser asimismo el «Eutidemo, hijo de Eudemo» que fue estratego en el 418-17 (cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century b. C.,* Oxford, 1969, ed. rev. 1988, núm. 77 lín. 9 = *Inscriptiones Graecae,* I^2 302); luego no se nos habla de él en la retirada de Siracusa o en otro sitio, por lo que es probable que encontrara la muerte en la última batalla del puerto. Este Menandro aparece aquí por primera vez (cf. *infra,* 43, 2 y 69, 4) y es probable que sea el mismo personaje mencionado por JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 16, como estratego del 405-4. No se sabe si salió con vida de Egospótamos, si murió en la batalla o si fue ejecutado por Lisandro (cf. JENOFONTE, *ibid.* II 1, 30 ss.).

[87] Cf. *supra,* VI 26, 2; 43, n. 114.

nes, hijo de Alcístenes, y a Eurimedonte, hijo de Tucles [88]. A Eurimedonte lo enviaron a Sicilia inmediatamente, por 2 el solsticio de invierno [89], con diez naves y con ciento veinte talentos de plata [90] y al mismo tiempo con la orden de anunciar a las tropas de Sicilia que iban a llegarles refuerzos y que se estaría al cuidado de ellos.

Preparativos en Atenas y en Corinto

Demóstenes se quedó preparando la 17 expedición a fin de emprenderla al comienzo de la primavera; para ello exigió a los aliados la leva de un ejército y en Atenas se procuró dinero, naves y hoplitas. Por otra parte, los atenienses enviaron veinte naves 2 en torno al Peloponeso [91], con la misión de cuidar de que

[88] Demóstenes debía de ser uno de los hombres con mayor experiencia militar de los que tenía entonces Atenas; en Tucídides aparece como un general enérgico e inteligente (cf. *supra,* III 91, 1, n. 642; 95 ss.; IV 3 ss., 29 s.). Eurimedonte tenía experiencia en los asuntos de Sicilia, ya que del 425 al 424 había participado en la primera expedición ateniense a Sicilia, al final de la cual había sido multado por no haber dado cumplimiento a las esperanzas de Atenas (cf. *supra,* IV 2, 2 y *passim* hasta IV 65, 3).

[89] El 21 de diciembre del 414 a. C. El envío de una flota en el período del mal tiempo (cf. *supra,* VI 21, 2, n. 68) demuestra que Atenas se daba cuenta de la gravedad de la situación.

[90] La mayor parte de los códices, salvo H, dan la cifra de «veinte» talentos, una cantidad ridícula para un cuerpo expedicionario como aquél. Es probable, pues, que el manuscrito H esté en lo cierto. Diodoro, XIII 8, 7, habla de «ciento cuarenta» talentos.

[91] Estas naves probablemente son las mismas que encontramos luego en Naupacto (cf. *infra,* 17, 4; 19, 5; 31, 4); por ello podemos pensar que se había retirado la flotilla ateniense con base en Naupacto que hemos encontrado en otras ocasiones (cf. *supra,* II 69, 1; 80, 4; 81, 1). Así se explicaría que los barcos corintios enviados a Sicilia en otoño del 414 (cf. *supra,* VI 104, 1) no mostraran ninguna inquietud por la posibilidad de que los atenienses los interceptaran.

nadie pasara a Sicilia desde Corinto o el Peloponeso.
3 Lo que ocurrió fue que los corintios, al llegarles los embajadores con la noticia de que la situación de Sicilia había mejorado, considerando que su anterior envío de naves no había sido inoportuno, se animaron mucho más y por su parte se pusieron a preparar un envío de hoplitas a Sicilia a bordo de barcos de carga, mientras que los lacedemonios se disponían a enviar por el mismo procedimiento otras
4 fuerzas del resto del Peloponeso. Los corintios, además, equiparon veinticinco naves, a fin de intentar un enfrentamiento naval con la flota de vigilancia con base en Naupacto [92], de forma que los atenienses de Naupacto tuvieran menos facilidades para impedir que se hicieran a la mar sus barcos de carga si debían cuidarse de la vigilancia de sus trirremes que les plantaban cara.

Preparativos lacedemonios y fin del decimoctavo año de guerra

18 Los lacedemonios también preparaban una invasión del Ática, de acuerdo con la decisión que ya habían tomado anteriormente [93] y a instancias de los siracusanos y corintios, que, al enterarse de los refuerzos que Atenas enviaba a Sicilia, les urgían a ello, a fin de que el envío de refuerzos fuera obstaculizado por la invasión [94]. Y Alcibíades les aconsejaba con insistencia

[92] Las veinte naves a las que se hace referencia en el párrafo 2. Respecto a esta neutralización por parte de la flota corintia (comparada a los cazas de escolta o de cobertura de bombarderos de la Segunda Guerra Mundial por G. M. de Ste. Croix, *The Origins of the Peloponnesian War*, 1972, pág. 186), cf. asimismo *infra*, 19, 3-5; 31, 4; 34; y *supra*, II 80, 4, donde la flota peloponesia logró burlar la vigilancia de la escuadra ateniense de Naupacto.

[93] Cf. *supra*, VI 93, 2.

[94] En realidad, Atenas podía permitirse el envío de un mayor número de hoplitas sin hacer peligrar la defensa de su área fortificada de la ciudad, el Pireo y los Muros Largos. Otras invasiones con el mismo fin,

que fortificasen Decelia [95] y que no cejaran en el empeño de la guerra. Pero lo que sobre todo infundió un cierto 2
ánimo en los lacedemonios fue considerar que los atenienses, al mantener una doble guerra, contra ellos y contra los siciliotas, podían ser más fácilmente dominados, y pensar asimismo que aquéllos habían sido los primeros en romper el tratado de paz [96]. Porque en la guerra anterior la transgresión había venido principalmente de su lado, puesto que los tebanos habían marchado contra Platea en plena vigencia de un tratado de paz [97] y, a pesar de haberse estipulado en los pactos precedentes que no se tomarían las armas contra nadie si la otra parte estaba dispuesta a someterse a un arbitraje [98], ellos mismos no habían aceptado las propuestas de arbitraje que les hacían los atenienses [99]. Y por ello consideraban que era natural que no les hubiera favorecido la fortuna y se explicaban así la desgracia de Pilos y los demás contratiempos sufridos [100]. Pero, 3

como la que quería salvar a Mitilene, no alcanzaron su objetivo. Más importante era la ausencia de la flota que Atenas necesitaba para tomar represalias contra el Peloponeso.

[95] Cf. *supra*, VI 93, 2. Decelia estaba en territorio ático junto a la frontera entre Ática y Beocia, en el camino de Atenas a Oropo, en una excelente situación para controlar la región (cf. *supra*, VI 91, 6).

[96] El tratado de paz del 421. Cf. *supra*, VI 105, 1-2.

[97] Cf. *supra*, II 2, 1-3. Los espartanos, aun sin participar directamente en el ataque a Platea, se consideraban corresponsables debido a su alianza con los tebanos. El tratado al que aquí se refiere es, naturalmente, el de treinta años entre Esparta y Atenas, por oposición a la paz de Nicias del 421; según el razonamiento de los espartanos, el primero fue violado por Esparta y el segundo por Atenas.

[98] Referencia al tratado de paz de treinta años del 445 a. C. (cf. *supra*, I 115, 1, n. 710).

[99] Cf. *supra*, I 140, 2; 145.

[100] La creencia de que los dioses castigaban la violación de los juramentos era una de las más arraigadas en la teología griega. Los esparta-

una vez que los atenienses, partidos de Argos con sus treinta naves, habían devastado parte del territorio de Epidauro y de Prasias [101] y otras regiones, y que al mismo tiempo se dedicaban al bandidaje desde su base de Pilos, y que, cuantas veces surgían diferencias sobre alguno de los puntos conflictivos del tratado, no querían doblegarse a pesar de las propuestas de arbitraje lacedemonias, entonces los lacedemonios, considerando que la misma transgresión, de la que antes se habían hecho culpables, se había cambiado en esta ocasión al bando de los atenienses, estaban llenos
4 de entusiasmo respecto a la guerra. Y en ese mismo invierno hicieron circular entre los distintos aliados la orden de proporcionar hierro [102], y prepararon los demás utensilios necesarios para la construcción de fortificaciones en territorio enemigo. Al mismo tiempo, con el propósito de enviar socorro en barcos mercantes a los de Sicilia, ellos mismos se los procuraron y obligaron a hacer lo propio a los otros peloponesios. Así acabó el invierno y con él acabó el decimoctavo año de esta guerra, cuya historia escribió Tucídides.

---

nos están aquí convencidos de que sus desgracias obedecían a un castigo divino. Los atenienses tenían las mismas creencias, aunque a veces no lo parezca (cf. *supra,* II 17, 1-2); así lo demuestra su restablecimiento de los delios en su isla a raíz de unas derrotas y en obediencia a un mandato del oráculo (cf. *supra,* V 32, 1). Cf. asimismo *infra,* VII 50, 4.

[101] Cf. *supra,* VI 105, 1-3. Se refiere a Epidauro Limera, en Laconia, no a la más conocida Epidauro de Argólida.

[102] Hierro necesario para las grapas y clavijas que afianzaban la construcción.

DECIMONOVENO AÑO DE GUERRA: 413-412 A. C.

VERANO DEL AÑO DECIMONOVENO: MARZO-OCTUBRE DEL 413

ACTIVIDAD EN GRECIA: MARZO DEL 413

Invasión del Ática y fortificación de Decelia. Refuerzos peloponesios hacia Sicilia

En cuanto comenzó la primavera siguiente [103], más pronto que en otras ocasiones, los lacedemonios y sus aliados invadieron el Ática; los conducía Agis, hijo de Arquidamo, rey de los lacedemonios. Primero devastaron el país por la parte del llano y después comenzaron a fortificar Decelia, distribuyéndose el trabajo entre las distintas ciudades. 19
2 Decelia se encuentra a una distancia de unos ciento veinte estadios de la ciudad de Atenas, y la distancia respecto a Beocia es semejante o algo superior [104]. El fuerte era construido en una posición que dominaba el llano y las mejores zonas de la región a fin de hostigar a los atenienses, y era visible desde la misma Atenas [105].

---

[103] Del 413 a. C.

[104] Decelia, en el camino hacia Oropo, entre el Pentélico y el Parnes, está a unos 18 km. de Atenas por el camino más corto, de modo que el valor del estadio sería aquí de 150 m.; según otros cálculos, se obtiene una distancia de algo más de 20 km., con lo que el estadio tendría el valor más alto que se le ha dado en otras ocasiones. Por el contrario, la distancia directa entre Decelia y la frontera de Beocia es bastante menor, de unos 9 ó 10 km. a través del Parnes. Pero es probable que Tucídides haga el cálculo pensando en una ruta que iba a Beocia pasando por Oropo, con un importante rodeo.

[105] Desde Decelia, Agis podía observar el tráfico del puerto del Pireo: cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 35.

3 Mientras los peloponesios y sus aliados que estaban en el Ática trabajaban en las obras de fortificación, los del Peloponeso, más o menos por la misma época, enviaron los hoplitas a Sicilia a bordo de los barcos de carga; los lacedemonios habían elegido para ello a sus mejores hilotas y neodamodes [106], reuniendo entre unos y otros unos seiscientos hoplitas, y su comandante era el espartiata Écrito; y los beocios enviaron trescientos hoplitas, al mando de los tebanos Jenón y Nicón y de Hegesandro de Tespias [107].
4 Éstos fueron, pues, los primeros en partir, y lo hicieron desde el cabo Ténaro de Laconia [108] poniendo rumbo a alta mar. No mucho tiempo después de su partida, los corintios enviaron quinientos hoplitas, en parte de la misma Corinto y en parte tomados a sueldo entre los arcadios [109], y como comandante designaron al corintio Alexarco. También los sicionios contribuyeron con doscientos hoplitas enviados en unión de los corintios, a las órdenes del sicionio
5 Sargeo [110]. Por otra parte, las veinticinco naves que los corintios habían equipado en invierno [111] se mantenían fondeadas frente a las veinte áticas de Naupacto, en espera de que sus hoplitas embarcados en los cargueros partieran del Peloponeso; éste era desde un principio el objetivo por el que habían sido equipadas, para que los atenienses no

[106] Cf. *supra,* V 34, 1, n. 78.

[107] Estos personajes sólo aparecen en este pasaje y no tenemos otros datos respecto a ellos.

[108] El punto más meridional de Laconia. Respecto a la navegación directa, por alta mar, entre Grecia y Sicilia, cf. *supra,* VI 13, 1; Pseudo-Demóstenes, XXXII 5, 8; Plutarco, *Dion* 25, 1 ss.

[109] Hubo mercenarios arcadios en ambos bandos. Cf. *infra,* VII 57, 9.

[110] Tanto Alexarco como Sargeo sólo aparecen en este pasaje; no sabemos nada más de ellos.

[111] Cf. *supra,* 17, 4.

prestaran más atención a los barcos de carga que a las trirremes.

Expedición ateniense al Peloponeso. Partida de la flota de Demóstenes rumbo a Sicilia

Entre tanto, mientras se procedía a la 20
fortificación de Decelia y en el mismo comienzo de la primavera, también los atenienses enviaron treinta naves en torno al Peloponeso, al mando de Caricles [112], hijo de Apolodoro, a quien se ordenó que, al llegar a Argos, pidiera que, en virtud de la alianza, embarcaran hoplitas argivos [113]. Por 2
otra parte, de acuerdo con lo previsto, enviaron a Demóstenes a Sicilia con sesenta naves atenienses y cinco de Quíos [114], con mil doscientos hoplitas atenienses sacados de las listas [115] y el mayor número de tropas de las islas que pudieron obtener de cada una de ellas, y con todo lo que de utilidad para la guerra pudieron procurarse entre todos los otros aliados sometidos a su imperio. Y se le ordenó que primero se uniera a Caricles en su navegación y en su campaña en torno a Laconia. Así pues, Demós- 3
tenes hizo rumbo a Egina, donde se puso a esperar las partes de su ejército que se habían retrasado, y a que Caricles hubiera tomado consigo a los argivos.

[112] Se suele identificar con el personaje del mismo nombre que fue miembro de los Treinta. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 2.

[113] Se refiere a la alianza entre Atenas y Argos estipulada en el 417 a. C. Cf. *supra*, V 82, 5.

[114] Tras la represión de la sublevación de Mitilene, Quíos y Metimna eran los únicos estados del Imperio que tenían su propia flota. Cf. *infra*, 57, 4.

[115] Cf. *supra*, 16, 1.

Sicilia en marzo-mayo del 413. La caída de Plemirio

Los siracusanos se disponen a combatir por mar

21 En Sicilia, por la misma época de esta primavera, Gilipo regresó a Siracusa con el mayor número de tropas que pudo reclutar en cada una de las ciudades a las
2 que logró persuadir [116]. Y convocando a los siracusanos les dijo que era preciso equipar el mayor número posible de naves y probar la suerte de una batalla naval, pues presumía que con ella conseguiría, con vistas al éxito de la guerra, un resultado digno del riesgo que
3 se iba a correr. Hermócrates, por su parte, también contribuía en no pequeña medida en la labor de convencerles de que no debían desanimarse ante la idea de tener que enfrentarse a los atenienses por mar. La experiencia por mar —les dijo— no era para los atenienses una herencia de sus antepasados ni un bien para siempre, sino que en realidad eran más gente de tierra que los siracusanos, y era la amenaza de los medos la que les había forzado a convertirse en marinos. Les dijo que, frente a hombres audaces como los atenienses, quienes respondían con audacia les parecían enemigos mucho más duros; que era con la osadía de sus empresas con lo que aquéllos atemorizaban a los demás cuando no eran superiores en fuerza, y que con la misma arma ellos podrían provocar idéntico
4 efecto en sus adversarios. Estaba convencido —añadió— de que, si los siracusanos, en contra de lo esperado, se atrevían a oponerse a la flota ateniense, obtendrían, debido al espanto que se apoderaría de los atenienses, una ven-

[116] Cf. *supra,* 7, 2.

taja superior al daño que la técnica de los atenienses podría infligir a la inexperiencia siracusana; y por ello les exhortaba a poner su flota a prueba sin ninguna vacilación. Así los siracusanos, persuadidos por Gilipo, por Hermócrates y por algún otro, se dispusieron a entablar la batalla naval y equiparon sus naves.

Se entabla la batalla por tierra y por mar

Gilipo, una vez que estuvo preparada 22
la flota, hizo salir de noche a todas las fuerzas de infantería con el plan de atacar él por tierra los fuertes de Plemirio, a la vez que treinta y cinco trirremes avanzaban a una señal convenida desde el puerto grande y otras cuarenta y cinco daban la vuelta [117] desde el pequeño, donde tenían el arsenal, con la intención de unirse a las de dentro [118] y avanzar en un ataque combinado contra Plemirio, a fin de que los atenienses fueran desbaratados por ambos lados [119]. Los atenienses, por su parte, 2
equiparon a toda prisa sesenta naves, y con veinticinco de ellas entablaron combate con las treinta y cinco siracusanas del puerto grande, mientras que con las restantes salieron al encuentro de las que daban la vuelta desde el arsenal; y en seguida se produjo el choque frente a la bocana del puerto grande, y unos y otros lucharon encarnizadamente durante mucho tiempo, en un caso tratando de forzar la entrada, y en otro de impedirlo.

---

[117] La vuelta a la isla de Ortigia (cf. *supra,* VI 3, 2), el islote bajo y rocoso que separaba los dos puertos. Había sido la primera área de asentamiento y era un sitio ideal para una colonia, pues tenía un magnífico puerto natural al Sur y otro más pequeño al Norte y contaba con fuentes de agua dulce, como la famosa fuente Aretusa en el lado oriental.

[118] Las que venían del interior del Puerto Grande.

[119] Por dos frentes, por tierra y por mar.

23 *Gilipo toma Plemirio, pero la flota siracusana es derrotada*

Entre tanto, como los atenienses de Plemirio habían bajado a la orilla del mar y tenían su atención puesta en la batalla naval, Gilipo se anticipó a ellos y, al alba [120], se lanzó por sorpresa contra los fuertes; tomó primero el mayor y después los dos más pequeños, pues las guarniciones de éstos no opusieron resistencia al ver que el mayor había sido con-
2 quistado con facilidad. Los hombres del que fue tomado primero que se refugiaron en distintas embarcaciones y en un barco de carga fueron puestos a salvo en el campamento con dificultad, pues, al llevar ventaja en la batalla las naves siracusanas del Puerto Grande, fueron perseguidos por una trirreme muy marinera. Por el contrario, cuando fueron tomados los otros dos fuertes, entonces ya estaban siendo vencidos los siracusanos, y los hombres que huían de ellos pudieron pasar más fácilmente a lo largo de la costa.
3 Lo que ocurrió fue que las naves siracusanas que habían entablado la batalla frente a la bocana del puerto, después de haber forzado la línea de las naves atenienses, penetraron sin ningún orden y, al estorbarse entre sí, entregaron la victoria a los atenienses; éstos las pusieron en fuga e hicieron lo mismo con aquellas que al principio les habían
4 vencido en el puerto. Hundieron once naves de los siracusanos y mataron a la mayor parte de los hombres, a excepción de los de tres naves, a los que hicieron prisioneros;

[120] Gilipo hizo salir a sus tropas de noche (22, 1: *hypò nýkta)* para atacar los fuertes al alba *(háma heõi),* y el movimiento de las naves debió de comenzar antes del alba *(perì órthron;* cf. *supra,* VI 101, 3), en un momento en que la visibilidad todavía no era buena. Sobre la habilidad de Gilipo, cf. E. Heza, «Ruse de Guerre - Trait caractéristique d'une tactique nouvelle dans l'oeuvre de Thucydide», *Eos* 16 (1974), 227-244, esp. 240 ss.

por su parte, perdieron tres naves. Y después de recoger los pecios de los siracusanos y levantar un trofeo en el islote situado frente a Plemirio, se retiraron a su campamento.

Importancia de la toma de Plemirio

Así les fue a los siracusanos por lo 24
que respecta a la batalla naval; pero lograron ocupar los fuertes de Plemirio y levantaron tres trofeos por su conquista. Demolieron uno de los dos fuertes conquistados en último lugar, repararon los otros dos y establecieron en ellos una guarnición [121]. En la toma de los 2
fuertes muchos hombres murieron o fueron hechos prisioneros, y en total se capturó un considerable botín, pues, como los atenienses se servían de los fuertes como almacén, había allí muchas mercancías de los comerciantes, grano y mucho material de los trierarcos, ya que incluso se cogieron cuarenta velas de trirreme con el resto del aparejo, y tres trirremes que estaban en seco [122]. Pero lo que 3
causó más daño al ejército ateniense, más que ninguna otra cosa, fue la propia conquista de Plemirio, pues a partir de entonces ya no era segura la entrada de los barcos por-

[121] A continuación *(infra,* párr. 3) se nos dice que también fueron dejadas allí algunas trirremes de vigilancia. Nótese, por otra parte, que en este párrafo han comenzado los trofeos *(tropaîa)* siracusanos (cf. *infra,* 41, 4; 45, 1; 54; 72, 1), mientras que los atenienses ya están tocando a su fin (cf. *supra,* VI 70, 3; 94, 2; 97, 5; 98, 4; 100, 3; 103, 1; VII 5, 3; 23, 4; *infra,* 34, 8; 54). Cf. W. R. CONNOR, *Thucydides,* Princeton, 1984, págs. 185 ss.

[122] Las velas se empleaban en los traslados, pero no eran útiles en los combates (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 2, 27); de ahí que se dejaran en tierra, si era posible, ante la inminencia de una batalla. En cuanto a las tres trirremes que estaban en seco, se ha pensado que por estas fechas los atenienses debían de tener más barcos que tripulaciones (cf. *supra,* 12, 3-14, 2).

tadores de suministro, dado que los siracusanos se mantenían allí al acecho con sus naves y los interceptaban, y ya no llegaban los transportes sin que mediara una batalla; fue un acontecimiento que, en general, causó consternación y desánimo en el ejército.

Diversas acciones tras la toma de Plemirio

25 Después de este episodio, los siracusanos despacharon doce naves a las órdenes de Agatarco de Siracusa [123]. Una de ellas se dirigía al Peloponeso y llevaba embajadores con la misión de explicar que su situación era esperanzadora y de incitar a que se activara con mayor energía la guerra de Grecia. Las once restantes hicieron vela hacia Italia, pues se habían enterado de que navegaban hacia allí unos barcos repletos de mercan-
2 cías para los atenienses. Consiguieron interceptar estos barcos y destruyeron la mayor parte, y en el territorio de Caulonia [124] incendiaron la madera de construcción naval
3 que estaba destinada a los atenienses. A continuación se dirigieron a Locros y, mientras estaban allí fondeados, arribó uno de los barcos de carga procedentes del Peloponeso
4 que llevaba hoplitas de Tespias [125]. Los siracusanos los embarcaron en sus naves y emprendieron la navegación de regreso hacia su patria a lo largo de la costa. Los atenienses los aguardaban junto a Mégara [126] y consiguieron capturar una nave con su tripulación, pero no pudieron apresar las otras, que lograron ponerse a salvo en Siracusa.

---

[123] Volveremos a encontrarlo como uno de los dos comandantes de la flota siracusana. Cf. *infra*, 70, 1.

[124] Caulonia estaba en la costa sudoriental de la actual Calabria, a unos 40 km. al nordeste de los locros epicefirios. Respecto a la abundancia de madera para la construcción naval en Italia, cf. *supra*, VI 90, 3.

[125] Cf. *supra*, 19, 3-5.

[126] Mégara Hiblea. Cf. *supra*, VI 4, 1.

Hubo también una escaramuza en el puerto con motivo 5
de las estacas que los siracusanos habían plantado en el
mar delante de los arsenales viejos [127], a fin de que sus
naves fondearan en el interior y los atenienses no pudieran
navegar contra ellas y averiarlas con sus embestidas. Frente 6
a esta estacada, los atenienses acercaron una nave de gran
tonelaje [128], provista de torres de madera y parapetos, y
desde unas chalupas [129], enlazando con cabos las estacas,
las arrancaban izándolas con el cabrestante, o las dobla-

---

[127] Mientras que el arsenal nuevo estaba en el Puerto Pequeño (cf. *supra,* 22, 1), estos «arsenales viejos» debían de estar en el Puerto Grande, cerca del extremo septentrional, donde era necesario preparar una barrera de protección contra un eventual ataque ateniense.

[128] *Naûs myriophóros.* El término griego *myriophóros* significa «capaz de transportar diez mil unidades», pero esta unidad de peso o de volumen no es precisada y no sabemos con seguridad si se trata de talentos, ánforas, medimnos o alguna otra medida. Tucídides debía de contar con que sus lectores lo entendían y no se imaginaba la imprecisión que tendría el término con el paso de los siglos. Si se refería al talento (26,196 kg., cf. *supra,* IV 118, 5, n. 753), nos encontramos con un barco de extraordinario tonelaje (unas 260 toneladas) en aquella época. En cualquier caso, aunque no podamos precisar más, lo cierto es que era «de gran tonelaje».

[129] El pasaje es en general un tanto problemático. Si aquí se refiere a chalupas, botes o pontones *(ákatoi)* —de los que también se discute su tamaño (algunos manuscritos dan *akatíōn,* diminutivo, en lugar de *akátōn)*—, la misión del navío de gran tonelaje sería de protección, ya que el trabajo de arrancar las estacas se realizaría desde las embarcaciones más pequeñas (aunque no demasiado pequeñas para las maniobras del cabrestante). Algunos, sin embargo, sugieren otras posibilidades, como la de que Tucídides escribiera *akateíōn* sc. *histōn* (cf. A. Breusing, *Die Nautik der Alten,* Bremen, 1886, pág. 84), «trinquetes o mástiles» con una polea en sus extremos por la que pasaría el cable que iría desde las estacas hasta el cabrestante, en cuyo caso las maniobras de extracción se realizarían desde el barco grande.

ban hacia atrás [130], o bien buceaban y las aserraban. Los siracusanos lanzaban proyectiles contra ellos desde los arsenales, y los otros les respondían desde el navío, y al final los atenienses quitaron de en medio la mayor parte de las
7 estacas. La parte oculta de la estacada era la que causaba más problemas; pues algunas estacas habían sido plantadas sin que sobresalieran de la superficie del mar, con lo que resultaba peligroso acercarse, por temor a encallar la nave como en un escollo al no haberlas visto a tiempo; pero incluso éstas lograron aserrarlas unos nadadores que se sumergieron por una soldada. Los siracusanos, sin em-
8 bargo, levantaron de nuevo la estacada. Muchos otros ingenios maquinaron unos contra otros, como era natural en dos ejércitos que estaban cerca y alineados frente a frente, y recurrieron a escaramuzas y estratagemas de todas clases.

9 Los siracusanos también enviaron emisarios a las diversas ciudades [131], emisarios elegidos entre los corintios, los ampraciotas y los lacedemonios, con la misión de anunciar la conquista de Plemirio y explicar, respecto a la bata-

---

[130] *Anéklōn* entendido en el sentido de «doblar» (como en Hipócrates, *Fracturas* 2, donde *anáklasis* se refiere al movimiento de los miembros desde las junturas). Otros lo interpretan con el significado de «partir» o «quebrar».

[131] Entendemos *Korinthíōn kaì Amprakiōtôn Lakedaimoníōn* dependiendo de *présbeis*, «emisarios», no de *póleis*, ciudades. Así parece confirmarse en VII 32, 1, donde se ve que los emisarios fueron al oeste y al sur de Sicilia, no a Grecia. Otros, sin embargo, se inclinan por la otra posibilidad que ofrece la sintaxis, y entienden que la embajada se envió a Corinto, Ampracia y Esparta. Preferimos la primera interpretación. Los emisarios debieron de elegirse entre corintios, ampraciotas y lacedemonios en la creencia de que una embajada compuesta por dorios de Grecia, y no por sicilianos, resultaría más efectiva. Respecto a estos contingentes en las fuerzas de Gilipo, cf. *supra,* VI 104, 1; VII 7, 1.

lla naval, que habían sido derrotados no tanto por la fuerza del enemigo como por su propio desorden; debían hacer ver, además, que su situación era esperanzadora, y pedir que se unieran para acudir en su ayuda contra el enemigo con naves e infantería, teniendo en cuenta que también eran esperados los atenienses con un nuevo ejército, y que, si ellos lograban anticiparse aniquilando las fuerzas que entonces tenían en la isla, aquello supondría el fin de la guerra. Éstas eran las acciones en las que estaban ocupados los contendientes de Sicilia.

Viaje de Demóstenes alrededor del Peloponeso (mayo-junio del 413)

Entre tanto, Demóstenes, una vez que 26
tuvo reunido el ejército con el que debía acudir a Sicilia, levó anclas de Egina e hizo rumbo al Peloponeso, donde se reunió con las treinta naves atenienses de Caricles [132], y, tras tomar a bordo los hoplitas argivos [133], hicieron vela hacia Laconia. Primero 2
devastaron una parte del territorio de Epidauro Limera [134] y luego, arribando a la costa de Laconia que mira a Citera, donde se encuentra el templo de Apolo [135], devastaron

---

[132] Cf. *supra,* 20, 1.

[133] Estos hoplitas argivos sólo tenían que colaborar en el ataque a Laconia, no en la expedición a Sicilia. Cf. *infra,* párr. 3.

[134] Cf. *supra,* 18, 3; VI 105, 2.

[135] Este desembarco debió de efectuarse en algún lugar de la bahía de Beas, pero el santuario que aquí se menciona no ha sido identificado. PAUSANIAS, III 22, 9, menciona un templo de Apolo en el ágora de Beas, pero Tucídides no habla de la ciudad. El topónimo se conserva en el actual Golfo *Viatikós,* enfrente de Citera. Esta isla había sido ocupada por los atenienses en el 424 (cf. *supra,* IV 54, 4), y su evacuación era una de las exigencias del tratado del 421 (cf. *supra,* V 18, 7), pero el hecho de que un contingente de Citera estuviera en las fuerzas atenienses de Siracusa (cf. *infra,* 57, 6) indica que no había sido evacuada.

algunas zonas de la región y fortificaron un lugar en for-
ma de istmo [136], a fin de que los hilotas lacedemonios que
desertaran pudieran refugiarse allí y, al mismo tiempo, pa-
ra efectuar rapiñas como piratas desde aquel sitio, lo mis-
3 mo que desde Pilos [137]. Una vez que hubo colaborado en
la toma del lugar, Demóstenes, sin más tardar, siguió na-
vegando a lo largo de la costa rumbo a Corcira, a fin de
tomar consigo las tropas de los aliados de aquella región
y efectuar cuanto antes la travesía hacia Sicilia. Caricles,
en cambio, permaneció allí hasta que hubo terminado la
fortificación del lugar y luego, tras dejar una guarnición
en la plaza, regresó a casa con sus treinta naves a la vez
que hacían lo mismo los argivos.

---

[136] Parece que era el istmo que unía la Península (actualmente isla) de *Onugnathos* al continente, o bien la punta sudoriental de la misma *Onugnathos;* pero ha habido muchos hundimientos en esta costa desde la época clásica, por lo que resulta más difícil una identificación. Este fuerte ateniense fue abandonado durante el invierno del 413-12 (cf. *infra,* VIII 4).

[137] Cf. *supra,* V 14, 3; VI 105, 2. La posición del fuerte de Beas era muy interesante porque estaba en un extremo opuesto a Pilos, con lo que se podía hostigar a los espartanos desde dos direcciones, y, como en el caso de Pilos, tenía una situación idónea para que los atenienses llegaran por mar.

LOS MERCENARIOS TRACIOS. DIFICULTADES DERIVADAS DE DECELIA

Inútil llegada de los mercenarios tracios. Digresión sobre las consecuencias de Decelia

En este mismo verano también llegaron a Atenas mil trescientos peltastas tracios, de la tribu de los díos [138], armados de espada corta, que debían haber zarpado con Demóstenes rumbo a Sicilia; pero, como llegaron demasiado tarde, los atenienses decidieron devolverlos a Tracia, de donde habían venido. Retenerlos para la guerra que se les hacía desde Decelia les parecía costoso, pues recibían una dracma por hombre y día [139]. 27 2

En efecto, desde que Decelia [140] fue ocupada, primero por todo el ejército que la fortificó en el curso de este verano, y después por las guarniciones enviadas sucesivamente por las diversas ciudades que la utilizaban como base para atacar el territorio, causó numerosos daños a los atenienses e hizo que su situación se deteriorara debido, principalmente, a la destrucción de bienes y a la pérdida de 3

---

[138] Sobre este pueblo, que habitaba en la zona del Ródope, cf. *supra,* II 96, 2, n. 634.

[139] Una dracma al día era una soldada normal hasta este momento (cf. *supra,* III 17, 3, n. 112). La consideración de que era un gasto excesivo es un claro indicio de que las finanzas atenienses acusaban el esfuerzo que la expedición a Sicilia suponía y los daños derivados de la ocupación de Decelia.

[140] Aquí empieza la digresión sobre los efectos de Decelia, *excursus* situado en el marco de los capítulos dedicados a los mercenarios tracios (27-30). El excesivo coste de su mantenimiento, que no está al alcance de la deteriorada economía ateniense, es el motivo con el que se abre (27, 2) y se cierra (29, 1) la digresión.

4 vidas humanas; porque antes las invasiones duraban poco [141] y no les impedían disfrutar la tierra el resto del tiempo, pero entonces el enemigo se había instalado permanentemente, y unas veces atacaba con fuerzas más numerosas, mientras que otras la guarnición regular, como era obligado [142], hacía correrías por la región y se dedicaba al pillaje; y estaba presente Agis, rey de los lacedemonios, para el que la guerra no era cosa baladí, y todo ello causaba
5 grandes daños a los atenienses. Se veían privados de todo su territorio, y más de veinte mil esclavos, en su mayor parte artesanos [143], se habían pasado al enemigo; habían

---

[141] La invasión más larga, la del 430, había tenido una duración de cuarenta días (cf. *supra,* II 57, 2). Sobre la defensa del Ática ante las invasiones, los fuertes fronterizos y el uso de la caballería, y sobre la importancia de la fortificación enemiga de Decelia, cf., por ejemplo, I. G. Spence, «Perikles and the defence of Attika during the Peloponnesian War», *Journal of Hellenic Studies* 110 (1990), 91-109, con bibliografía sobre el tema; G. R. Bugh, *The Horsemen of Athens,* Princeton, 1988, págs. 79 ss.

[142] El pasaje es oscuro y probablemente corrupto. Hay diversas interpretaciones y correcciones respecto a algunos términos del texto *(ex anánkēs têi isēs phrourâs katatheoúsēs...).* La dificultad principal es seguramente la del sentido que debe darse al *ex anánkēs.* Algunos lo entienden en el sentido de «para atender a sus necesidades», «acuciados por la necesidad de procurarse víveres», pensando que la guarnición de Decelia debía bastarse a sí misma. Preferimos entenderlo en el de «como era obligado», «como tenía que ser». Otros interpretan *ex anánkēs* = *anankaías* y traducen «con la guarnición habitual imprescindible».

[143] La cifra de esclavos es importante y es indicativa del elevado número de población servil existente en Atenas (número objeto de discusiones: cf. A. H. M. Jones, *Athenian Democracy,* Oxford, 1957, págs. 16-17; 78-79; C. Mossé, «La esclavitud en Grecia», en *Clases y luchas de clases en la Grecia Antigua,* Madrid, 1977, págs. 12 ss.). Por otra parte, es normal que fueran *cheirotéchnai,* «artesanos», dado que las actividades artesanales no constituían un trabajo honorable para los ciudadanos y solían ser desempeñadas por extranjeros y esclavos. Puede asimismo pen-

perdido todos sus rebaños y animales de carga; y en cuanto a los caballos, dado que la caballería realizaba salidas diarias —bien para efectuar cabalgadas contra Decelia, bien para vigilar el territorio—, unos quedaban cojos debido a las continuas penalidades pasadas en aquella tierra dura, mientras que otros resultaban heridos.

Sigue la digresión. Resistencia de Atenas ante las dificultades. Penuria financiera

Por otra parte, el transporte de víveres 28
desde Eubea [144], que antes se efectuaba con mayor rapidez desde Oropo, por tierra y pasando por Decelia, se volvió muy costoso al hacerse por mar, dando la vuelta a Sunio [145]; la ciudad necesitaba importarlo absolutamente todo, y de ciudad
que era pasó a ser una plaza fuerte. De día, los atenienses 2
montaban guardia por turnos en las fortificaciones y, de noche, la hacían todos a excepción de la caballería, unos en los distintos puestos de guardia [146] y otros en las mura-

---

sarse que un número considerable de estos veinte mil procedía de los mineros de Laurio (cf. *supra,* I 142, 4; VI 91, 7, n. 233; R. Osborne, *Demos: The Discovery of Classical Attika,* Cambridge, 1985, págs. 111, 242, con bibliografía sobre el tema).

[144] Eubea era de gran importancia para los atenienses, que en el 431 habían trasladado su ganado a la isla (cf. *supra,* II 14, 1). Su pérdida en el 411 (cf. *infra,* VIII 96, 2) será un duro golpe para Atenas.

[145] Sunio es el cabo meridional del Ática. En principio, a igual distancia y en condiciones normales, no era más caro el transporte marítimo, sino que más bien ocurría lo contrario. Por consiguiente, el aumento del coste del que aquí se habla ha de explicarse por otras causas: la mayor distancia de la ruta marítima, la especial dificultad del transporte de animales por mar, y, sobre todo, el hecho de que entonces, con la ocupación de Decelia, se hubiera multiplicado enormemente la necesidad de las importaciones, como Tucídides subraya a continuación.

[146] Pasaje probablemente corrupto que ofrece algunas dificultades. Cf. *infra,* VIII 69, 1, donde vemos un texto y una situación similares.

llas, y sufrían penalidades tanto en invierno como en vera-
3 no [147]. Pero lo que sobre todo les tenía cogidos era el hecho de sostener dos guerras al mismo tiempo, y habían llegado a una exaltación bélica tal [148] que antes nadie hubiera creído que fuera posible si hubiera oído hablar de ella. Porque, a pesar de que ellos mismos sufrían el cerco de los peloponesios con una fortificación en su territorio, ni aun así se retiraron de Sicilia, sino que, a su vez, impusieron allí un cerco semejante a Siracusa, una ciudad que por sí misma no era en nada inferior a Atenas. Y hasta tal punto sorprendieron a los griegos respecto a su poderío y audacia (por cuanto al principio de la guerra algunos consideraban que los atenienses resistirían un año, otros que dos, y otros que tres años, pero ninguno les daba un período más largo si los peloponesios invadían su territorio), que al año decimoséptimo de la primera invasión marcharon a Sicilia, cuando en todos los aspectos ya se encontraban agotados por la guerra [149], y se cargaron con el nuevo peso de una guerra en nada inferior a la que ya soste-
4 nían con el Peloponeso. Por todo ello, debido a los muchos daños provocados por Decelia y a los otros considerables gastos que se les vinieron encima, también en esta ocasión

[147] Esta descripción no se refiere sólo al verano del 413, sino a una situación que se prolongará hasta el final de la guerra.

[148] Así como aquella doble guerra tenía cogidos y agobiados a los atenienses, la excitación bélica los dominaba igual que una pasión.

[149] No se desprende lo mismo de otros pasajes como VI 12, 1, y, sobre todo, VI 26, 2, donde se habla de una recuperación de Atenas en el 415. Aquí se refleja más bien la opinión de los otros griegos que, según las palabras atribuidas a Alcibíades de VI 16, 2, veían a Atenas agotada por la guerra, menospreciando su capacidad de reacción y resistencia. En cuanto al uso que sigue del término «Peloponeso», cf. T. Wick, «The meaning of ΠΕΛΟΠΟΝΝΗΣΟΣ in Thucydides», *Classical Philology* 73 (1978), 45-47.

se vieron en la penuria financiera. Y fue por esa época cuando impusieron a sus súbditos el pago del vigésimo sobre el tráfico marítimo en sustitución del tributo, por considerar que de esta forma ingresarían más dinero [150]; porque sus gastos no eran iguales que antes, sino que se habían hecho mucho mayores, por cuanto la guerra también se había hecho más importante, mientras que los ingresos disminuían [151].

Regreso de los mercenarios. La matanza de Micaleso

Así, pues, en seguida hicieron regresar 29
a los tracios [152] que habían llegado demasiado tarde para partir con Demóstenes, dado que no querían meterse en gastos en vista de su presente penuria financiera; encomendaron a Diítrefes [153] el encargo de llevarlos y le ordenaron que al mismo tiempo, en el curso del viaje a lo largo de la costa (pues debían pasar por el Euripo) [154], se sirviera de ellos, si de algún modo le era
posible, para causar daños al enemigo. Diítrefes los hizo 2
desembarcar en el territorio de Tanagra [155], donde efectuó

---

[150] Esta medida debió de tomarse en el 413, y, dado que los ingresos por el tributo se evalúan por esa época en unos novecientos talentos anuales, se calcula que el volumen de tráfico necesario para obtener una cifra más alta mediante una tasa del cinco por ciento sería superior a los dieciocho mil talentos.

[151] Los ingresos que disminuirían serían los procedentes del Ática, ya que Atenas, como se acaba de manifestar, seguía controlando el tráfico marítimo.

[152] Cf. *supra*, 27, 1-2.

[153] Se suele identificar con el personaje del mismo nombre que aparece en VIII 64, 2, como comandante de la zona tracia en el 411 y como ferviente oligarca.

[154] El Euripo es el estrecho entre Eubea y la costa continental, por la parte de la euboica Calcis y de Aúlide de Beocia.

[155] La ciudad de Tanagra estaba a unos 8 km. del mar.

un saqueo a toda prisa; luego, al atardecer, atravesó el Euripo desde Calcis de Eubea y desembarcándolos en Beo-
3 cia los condujo contra Micaleso [156]. Durante la noche vivaqueó, sin que su presencia fuera advertida, junto al templo de Hermes [157], que está a unos dieciséis estadios de Micaleso; y tan pronto como se hizo de día se plantó ante la ciudad, que no era grande, y la tomó; cayó sobre una población desprevenida y que no esperaba en absoluto que un enemigo se internara tan lejos del mar para atacarla; la muralla, además, era débil y estaba caída en algunos tramos, y en otros se le había dado una altura insuficiente [158]; para colmo, las puertas se encontraban abiertas de-
4 bido a la tranquilidad reinante. Irrumpiendo en Micaleso, los tracios se pusieron a saquear las casas y los templos y a asesinar a las personas, sin ninguna consideración por las de mayor o menor edad, sino matando sin excepción a todo el que encontraban, incluso niños y mujeres, y también animales de carga, y todo cuanto veían con vida [159]. La raza de los tracios, cuando se siente segura, es muy sanguinaria, igual que los pueblos bárbaros más crueles.
5 En esta ocasión, entre no pocos alborotos y todo tipo de

---

[156] Ciudad de Beocia situada al noroeste de Tanagra y a una distancia similar del mar, en el camino hacia Tebas; estaba en la zona de la actual Ritsona.

[157] Sobre este santuario, cf. LIVIO, XXXV 50, 9.

[158] Tebas, en su control sobre la federación beocia, no debía de favorecer la fortificación de otras ciudades que pudieran serle desleales. Cf. *supra*, III 33, 2, n. 206, donde encontramos un caso similar.

[159] Se ha comentado la especial indignación con la que el historiador comenta este episodio, un episodio de escasa importancia en el curso de la guerra. La matanza de mujeres y niños efectuada por aquel pueblo bárbaro chocaba con las costumbres griegas. Sin ninguna significación estratégica, Micaleso fue, además, víctima de un trágico azar, un episodio absurdo de guerra.

matanzas, se precipitaron sobre una escuela de niños, que era la más importante del lugar, y en la que los niños habían entrado hacía poco, y los asesinaron a todos. Esta desgracia, la más grave de todas para la ciudad entera, se abatió sobre ella de forma más inesperada y terrible que ninguna otra.

Los tebanos expulsan a los tracios

Los tebanos acudieron en auxilio tan 30
pronto como se enteraron; sorprendieron a los tracios, que ya se habían retirado un poco, les arrebataron el botín, y, tras ponerlos en fuga, los persiguieron hasta el Euripo [y el mar] [160], donde estaban fondeados los transportes que los habían llevado. Les causaron bajas, la 2
mayor parte en el momento del embarque [161], porque los tracios no sabían nadar y los tripulantes de los barcos, al ver lo que ocurría en tierra, fueron a echar el ancla fuera del alcance de los dardos. Por el contrario, en la primera parte de la retirada, ante la caballería tebana, que había iniciado el acoso, los tracios, no sin habilidad, habían sabido mantenerse en guardia gracias a su tradicional táctica de lanzarse en destacamentos contra el enemigo y reagruparse en seguida, y muy pocos de ellos habían caído en este repliegue. Una parte encontró la muerte en la ciudad misma, sorprendida mientras se entregaba al saqueo. En total murieron doscientos cincuenta tracios de los mil trescientos que eran. A su vez, de los tebanos y los otros 3
que habían acudido con ellos, los tracios dieron muerte a unos veinte hombres, entre jinetes y hoplitas, y también

---

[160] Se suele considerar una glosa para suprimir, ya que el Euripo es el nombre del mar en aquel lugar. Pero puede entenderse «hasta el mar, en la zona del Euripo».

[161] La mayor parte de las 250 bajas de las que se habla a continuación.

a Escirfondas, uno de los beotarcas tebanos [162]. En cuanto a los de Micaleso, una parte considerable de su población
4 fue aniquilada. Tales fueron los acontecimientos de Micaleso, ciudad que, proporcionaimente a su tamaño, sufrió un desastre no menos digno de conmiseración que cualquier otro de los ocurridos durante esta guerra [163].

Los refuerzos en camino: junio del 413

Actividad de los atenienses en la costa occidental de Grecia

31 Entre tanto Demóstenes, que después de las obras de fortificación en Laconia [164] había zarpado rumbo a Corcira, se encontró con un carguero fondeado en Fía [165], en el territorio de los eleos, en el que los hoplitas corintios iban a efectuar la travesía hasta Sicilia, y hundió el barco, pero los hombres lograron escapar y, procurándose más tarde otra embarcación, se
2 hicieron a la mar [166]. A continuación, Demóstenes llegó a Zacinto y Cefalenia [167], donde reclutó hoplitas y envió

[162] Los once beotarcas, de los que cuatro pertenecían a Tebas, eran elegidos anualmente. Sobre ellos, cf. *supra,* II 2, 1, n. 12; IV 91, n. 546. Escirfondas, que sólo aparece en este pasaje, es un personaje desconocido. Respecto al pasaje que sigue, cf., por ejemplo, *supra,* III 113, 6; *infra,* 87, 5-6; D. Lateiner, «Pathos in Thucydides», *Antichthon* 11 (1977), 42-51.

[163] Para una observación semejante, cf. *supra,* III 113, 6, n. 811.

[164] Cf. *supra,* 26, 2-3.

[165] Cf. *supra,* II 25, 3; Estrabón, 343 (VIII 3, 12). Estaba en el lado occidental del promontorio en cuya parte oriental está el actual puerto de Katákolo, a unos 10 km. al norte de la desembocadura del río Alfeo.

[166] Sobre estos hoplitas corintios, cf. *supra,* 17, 3; 19, 4.

[167] Las dos islas eran aliadas de Atenas desde el comienzo de la guerra. Cf. *supra,* II 7, 3; 30, 2.

a pedir otros a los mesenios de Naupacto [168]; pasó luego al continente de enfrente, a la costa de Acarnania, y concretamente a Alicia y Anactorio [169], que estaban en poder de los atenienses. Mientras estaba por aquella zona, vino 3 a su encuentro Eurimedonte, que volvía de Sicilia, adonde antes [170], durante el invierno, había sido enviado para llevar dinero al ejército, y, entre otras noticias, le comunicó que cuando ya estaba en la travesía de regreso se había enterado de que Plemirio había sido tomado por los siracusanos. A reunirse con ellos acudió también Conón [171], 4 que tenía el mando en Naupacto, y les comunicó que las veinticinco naves corintias que estaban fondeadas frente a su flota no sólo no deponían su actitud hostil, sino

[168] Los mesenios de Naupacto habían abandonado Mesenia protegidos por Atenas al finalizar la rebelión de los hilotas contra Esparta hacia el 460 a. C. (cf. *supra,* I 103, 3). Cf. asimismo *infra,* 57, 8.

[169] Alicia estaba en la parte occidental de Acarnania, frente a la isla de Léucade y al nordeste de Cefalenia; se encontraba a 3 km. de la costa y se identifica con la actual Kandyla. Anactorio estaba en la costa meridional del Golfo de Ampracia, en el extremo sudeste de la bahía que hay entre Accio y la actual Vonitsa. Anactorio era originariamente una colonia corintia, pero en el 425 fue tomada por los atenienses y acarnanios, y ocupada por éstos desde entonces (cf. *supra,* IV 49).

[170] Cf. *supra,* 16, 2.

[171] Es ésta la primera aparición y la única mención en Tucídides (cf. asimismo párr. 5) del famoso general ateniense que desempeñó un importante papel en los últimos años de la guerra y, sobre todo, en el período que siguió a su desastroso final, en unos años en que fue el principal artífice de la recuperación ateniense con la victoria de Cnido sobre la flota espartana (394 a. C.), la reconstrucción de los Muros Largos (393 a. C.) y el restablecimiento de la Confederación Ático-delia (cf. J. J. Torres Esbarranch, «Conón. Ensayo de una biografía», *Convivium* 15-16 (1963), 133-166; R. Seager, «Thrasybulus, Conon and Athenian Imperialism, 396-386 B. C.», *Journal of Hellenic Studies* 87 (1967), 95-115; P. Funke, «Konons rückkehr nach Athen im spiegel epigraphischer Zeugnisse», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 53 (1983), 149-189.

que se disponían a presentar batalla, de modo que les pidió que le enviaran naves, puesto que, en su opinión, las dieciocho que tenían no eran suficientes para enfrentarse con las veinticinco de aquéllos [172]. Demóstenes y Eurimedonte enviaron pues a Conón las diez naves más marineras que tenían consigo a fin de que se unieran a las de Naupacto, y ellos se dedicaron al reclutamiento de tropas; Eurimedonte navegó a Corcira, donde pidió a los corcireos que equiparan quince naves y se ocupó de alistar hoplitas [173] (tras interrumpir su viaje de regreso, ya compartía el mando con Demóstenes, de acuerdo con la elección efectuada). Demóstenes, por su parte, reunía honderos y lanzadores de jabalina en Acarnania y en las regiones circundantes.

Emboscada en Sicilia a los refuerzos siciliotas a Siracusa

32 Entre tanto los emisarios que, después de la toma de Plemirio, habían salido de Siracusa para dirigirse a las diversas ciudades de Sicilia [174], una vez que las hubieron convencido y que hubieron reunido un ejército, se disponían a conducirlo a Siracusa. Pero Nicias fue informado a tiempo y mandó aviso a los sículos que controlaban el camino y que eran aliados suyos —a

[172] La diferencia numérica entre las dos flotas no parece importante si tenemos en cuenta que dieciséis años antes Formión, comandante entonces en Naupacto, había atacado y derrotado una flota peloponesia de 47 naves con sus 20 trirremes (cf. *supra,* II 83, 1-84, 5). Ahora, evidentemente, la relación no es tan desfavorable, por lo que la preocupación de Conón ha de obedecer a otras causas, como podrían ser los progresos del enemigo en el combate naval o el hecho de que los mejores barcos y tripulaciones atenienses estuvieran en la flota de Sicilia.

[173] Desde el 427 Corcira estaba unida a Atenas por una alianza plena. Cf. *supra,* III 75, 1; I 44, 1, n. 265; *infra,* 33, 6.

[174] Cf. *supra,* 25, 9.

los de Centóripa, de Alicias [175] y de otros lugares— para que no dejaran vía libre a los enemigos sino que se agruparan y les impidieran el paso, pues no iban a intentarlo por otra ruta, ya que los acragantinos no les concedían el tránsito por su territorio [176]. Cuando los siciliotas ya se habían 2
puesto en camino, los sículos [177], tal como les habían pedido los atenienses, les tendieron una emboscada en tres puntos, y cayendo sobre ellos súbitamente y sin que estuvieran en guardia, dieron muerte a unos ochocientos hombres y a todos los emisarios excepto uno, el corintio; éste condujo a Siracusa a los que lograron escapar, unos mil quinientos soldados.

---

[175] Sobre Centóripa (o Centoripa) cf. *supra*, VI 94, 3. Estaba en la parte oriental de Sicilia, a unos 40 km. al noroeste de Catana y su nombre sobrevive en la actual Centorbi. Alicias (o Halicias), en cambio, se hallaría en la Sicilia occidental, donde los escritores antiguos la localizan en el interior entre Entela y Lilibeo, al norte de Selinunte y al sur de Egesta. Los refuerzos de Selinunte, conociendo el rechazo de los de Acragas, intentarían el paso por el territorio de Alicias, que se concertaría con otros sículos situados hacia el este. Algunos, sin embargo, considerando demasiado lejana la posición de Alicias, han pensado en la existencia de otra población del mismo nombre más cercana a Centóripa o han pretendido corregir el texto tucidídeo sustituyendo *Alikyaíous* (de Alicias o alicieos) por *Agyrinaíous* (de Agirio, lugar cercano a Centóripa). Pero no parece necesario todo eso. Alicias y Centóripa podrían considerarse los extremos occidental y oriental de una ruta interior.

[176] Respecto a la neutralidad de Acragas, cf. *infra*, 33, 2; 50, 1; 58, 1. Acragas debía de haber apoyado a Siracusa contra Leontinos en 428-27 (cf. *supra*, III 86, 2), pero había acogido favorablemente a Féax en el 422-21 (cf. *supra*, V 4, 6). Sobre el permiso de paso, cf. *supra*, IV 78, 2, n. 451; V 47, 5, n. 106; *infra*, 35, 2. Cf. R. A. BAUSLAUGH, *The Concept of Neutrality in Classical Greece*, Berkeley, Los Ángeles, 1990, págs. 47; 148-157.

[177] Cf. *supra*, III 88, 3, n. 622; 90, 1, n. 636; VI 2, 4-5; 11.

Más ayuda siciliota a Siracusa. Los refuerzos atenienses llegan a Italia

33 Más o menos por los mismos días también les llegó un socorro de Camarina [178] compuesto por quinientos hoplitas, trescientos lanzadores de jabalina y trescientos arqueros. Y los de Gela enviaron fuerzas navales, una flotilla de cinco naves, así como cuatrocientos lanzadores de jabalina y doscientos
2 jinetes. En aquel momento, casi toda Sicilia [179], incluidos, con excepción de los acragantinos (éstos no estaban con ninguna de las dos partes), los otros que antes se mantenían a la expectativa, se alineaba con los siracusanos y acu-
3 día en su ayuda contra los atenienses. Pero los siracusanos, como se habían visto afectados por el desastre en el territorio de los sículos, se abstuvieron de intervenir de inmediato contra los atenienses.

Entre tanto, Demóstenes y Eurimedonte, estando ya dispuestas las fuerzas proporcionadas por Corcira y los pue-

---

[178] En invierno del 415-14 (cf. *supra,* VI 88), Camarina, aliada a la vez con Atenas y Siracusa, todavía no se definía; pero la conquista de Plemirio por los siracusanos debió de inclinar la balanza. Igualmente debió de acabar de convencer a Gela, que en VII 1, 4, había prometido el envío de un «ejército no muy numeroso».

[179] «Toda Sicilia» se refiere a las ciudades griegas de la isla, prescindiendo de sículos, sicanos y cartagineses. Y la expresión, con la única excepción de Acragas, constituye una exageración puesto que sólo cuatro ciudades (Selinunte, Gela, Camarina e Hímera) combatían ahora al lado de Siracusa; Acragas, como aquí se reconoce, era neutral; Naxos y Catana (a pesar de los problemas de ésta: cf., por ejemplo, *supra,* VI 50, 3) estaban con Atenas; y Mesene, aunque no mantenía buenas relaciones con Atenas (cf. *supra,* VI 74, 1), no aparece luego entre los aliados de Siracusa (cf. *infra,* 58, 1-2). De todas formas, ya había un importante bloque de base doria y se estaban cumpliendo los pronósticos de Hermócrates y de Atenágoras (cf. *supra,* VI 33, 4; 37, 2). Cf. R. A. Bauslaugh, *ob. cit.,* págs. 151 ss.

blos del continente [180], efectuaron la travesía del Golfo Jo-
nio con todo el cuerpo expedicionario y llegaron al Pro-
montorio Yapigio [181]. Partiendo de allí hicieron escala 4
en las islas Quérades [182] de Yapigia y embarcaron unos
ciento cincuenta lanzadores de jabalina yápiges de la tribu
mesapia [183]; y tras renovar un antiguo pacto de amistad
con Arta [184], quien como soberano del lugar les había pro-
porcionado los lanzadores, llegaron a Metapontio [185], ciu-
dad de Italia [186]. Luego, tras persuadir a los metapontios 5
a enviar con ellos, de acuerdo con el tratado de alianza [187],
trescientos lanzadores de jabalina y dos trirremes, tomaron
consigo estas fuerzas y navegaron a lo largo de la costa

---

[180] Cf. *supra*, 31, 2, 5.

[181] Actualmente Sta. María di Leuca. Cf. *supra*, VI 30, 1.

[182] Las islas Quérades están situadas frente al puerto de Tarento, a escasa distancia. La Yapigia, según Heródoto, IV 99, 5, comprendía la península situada al sur de Tarento, de Tarento a Sta. María di Leuca; los griegos —dice Estrabón, VI 3, 1; IX 2, 13— la llamaban Mesapia.

[183] Yápiges era un genérico que designaba un conjunto de poblaciones, mientras que el étnico mesapio constituía una especificación. Sobre el origen básicamente ilirio de las poblaciones yapigias, cf. Heródoto, VII 170, 2.

[184] Arta era rey de los mesapios (cf. Ateneo, III 108f-109a). Se discute sobre el origen de sus relaciones de amistad con los atenienses. Podrían proceder de una época anterior a la guerra o del período de la primera intervención ateniense en la zona (427-424 a. C.). Se ha pensado asimismo que podría referirse a estas relaciones el tratado documentado en *Inscriptiones Graecae* I^2 53.

[185] Ciudad situada a unos treinta kilómetros al sudoeste de Tarento, en la parte central del golfo; se la consideraba colonia de los aqueos del Peloponeso. Cf. Estrabón, VI 1, 15.

[186] El nombre «Italia» es usado aquí en su sentido restringido, referido al Bruttium y a Lucania, de acuerdo con el uso común de la época. Cf. *supra*, I 12, 4, n. 89. Pero Tucídides también lo usó en su sentido más amplio.

[187] No tenemos información respecto a esta alianza.

hasta el territorio de Turios. Allí se encontraron con que los adversarios de los atenienses acababan de ser derrota-
6 dos a consecuencia de una guerra civil [188]. Y queriendo pasar revista a todas sus fuerzas en aquel lugar, después de reunir a las que hubieran podido quedarse atrás y persuadir a los turios a colaborar con ellos en la expedición de la forma más decidida, y, en vista de que la ciudad estaba en aquel momento de suerte, a estipular una alianza por la que tendría los mismos enemigos y los mismos amigos que los atenienses [189], permanecieron en Turios para resolver todo aquello.

Batalla naval entre los corintios y los atenienses de Naupacto

34 Por la misma época, los peloponesios de las veinticinco naves [190] que estaban fondeadas frente a la flota de Naupacto para proteger el paso de los transportes rumbo a Sicilia se prepararon con vistas a la batalla naval, y, después de equipar nuevas naves, de modo que el número de las suyas fuera escasamente inferior al de las áticas [191], fueron a echar el ancla en Eríneo

---

[188] Respecto al rechazo de Turios a Gilipo en el 414, cf. *supra*, VI 104, 2. Turios vivía una gran inestabilidad (cf. *supra*, VI 61, 6, n. 156) y en este momento en política estaba claramente dominada por la tendencia filoateniense. Cf. *infra*, 57, 11. Cambiará de bando tras el fracaso de la expedición a Sicilia: cf. *infra*, VIII 35, 1.

[189] Se trata de una alianza plena, defensiva y ofensiva a la vez. En esta alianza dos estados prometen ayudarse si uno de ellos decide atacar a un tercero, lo que la diferencia de la alianza puramente defensiva *(epimachía)*, en la que dos estados sólo se prometen ayuda en el caso de que uno de ellos sea atacado por un tercero. Cf. *supra*, I 44, 1, n. 265.

[190] Cf. *supra*, 17, 4; 19, 5; 31, 4.

[191] En el cap. 31, 4, las naves atenienses eran 28, las 18 de Conón y las 10 enviadas por Demóstenes y Eurimedonte, por lo que las naves corintias añadidas a las 25 sólo serían una o dos para totalizar 26 ó 27. Pero en seguida se nos dice (cf. *infra*, párr. 3) que ahora las naves

de Acaya [192], en la región de Ripas [193]. Como la costa 2
en que fondearon tenía forma de media luna, las tropas de tierra de los corintios y de los aliados de la zona [194] venidas en su auxilio se colocaron a ambos lados, en los promontorios que se adentraban en el mar, mientras que las naves ocupaban el espacio intermedio y lo cerraban. El comandante de la flota era el corintio Poliantes [195]. Por 3
su parte, los atenienses navegaron contra ellos desde Naupacto con treinta y tres naves al mando de Dífilo [196].

atenienses alcanzaban un total de 33, con lo que también podrían ser más las nuevas naves corintias.

[192] Eríneo se sitúa (cf. PAUSANIAS, VII 22, 10) en la costa oriental de Acaya, a una distancia por mar de 170 estadios de Patras y 60 de Egio, al norte de Ripas, lo que lleva a pensar en la bahía donde se encuentra el actual pueblo de Kamares, a 29 km. al este de Patras y a casi 10 al oeste de Egio. También se ha pensado en el actual pueblo de Lambiri, a 26 km. al este de Patras, donde desemboca el río Salmeniko. El lugar estaría a unos 15 km. al sudeste de Naupacto. El nombre de Eríneo se aplicaría a la bahía y al lugar, probable puerto de Ripas, que no hay que confundir con Eríneo de Dóride (cf. *supra,* I 107, 2) ni con el río de Sicilia que se menciona en VII 80, 6 y 82, 3.

[193] Ciudad de Acaya al noroeste de Egio, ya deshabitada a comienzos de la era cristiana, situada por ESTRABÓN, 387 (VIII 7, 5) entre el Cabo Río y Egio.

[194] Aliados de Acaya, región neutral al comienzo de la guerra (cf. *supra,* II 9, 2), que después, en el 417, se alineó con Esparta (cf. *supra,* V 82, 1).

[195] Un personaje del mismo nombre aparece en JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 1, como uno de los dos corintios que en el 395 se dejaron corromper por el dinero persa. No podemos saber si es el mismo de este pasaje.

[196] Dífilo, mencionado sólo en este pasaje, era uno de los estrategos del 413-412. Debía de haber llegado con 6 naves que, unidas a las 18 de Conón y a las 10 proporcionadas por Demóstenes, y restando una que Conón habría necesitado para su regreso, darían el total de 33 de este párrafo. Conón sería uno de los estrategos del 414-413, mientras que Dífilo lo sería del año siguiente y habría llegado a Naupacto a mediados de julio como relevo. Cf. CH. W. FORNARA, *The Athenian Board of Generals from 501 to 404,* Wiesbaden, 1971, págs. 64-65.

4 Al principio los corintios se mantuvieron quietos, pero luego, una vez que les fue izada la señal cuando se creyó que era el momento oportuno, se lanzaron contra los atenienses y entablaron la batalla. Las dos flotas resistieron
5 mucho tiempo. Tres naves corintias fueron destruidas, mientras que de las atenienses ninguna se fue realmente a pique, pero siete quedaron sin posibilidad de navegar, puesto que habían sido embestidas frontalmente y sus partes salientes [197] habían sido destrozadas por las naves corintias, que para este fin tenían reforzadas sus serviolas [198].
6 La batalla fue equilibrada y de modo que cada una de las dos partes pudiera juzgar suya la victoria; no obstante, cuando los atenienses se apoderaron de los pecios debido a que el viento los empujó hacia alta mar y a que no hubo un nuevo ataque de los corintios, las dos flotas se separaron y no se produjo ninguna persecución, ni captura de prisioneros de ninguno de los dos bandos, ya que los corintios y los peloponesios se salvaron fácilmente al combatir cerca de tierra, y por parte ateniense no resultó hundida
7 ninguna nave. Sin embargo, cuando la flota ateniense se retiró a Naupacto, los corintios en seguida levantaron un trofeo, considerándose vencedores por haber inutilizado más barcos que sus adversarios y porque estimaban que ellos

[197] La *parexeiresía* era la galería o parte saliente que tenía la trirreme a uno y otro lado; allí estaban los tranitas, los remeros situados más arriba y más al exterior. El ataque frontal de las naves enemigas podía dañar estas superestructuras y acabar con algunos tranitas, sin que se viera afectada la flotación de forma definitiva. Cf. *supra,* IV 12, 1, n. 60; *infra,* 40, 5.

[198] Estas *epōtídes* eran dos pescantes que sobresalían como orejas en la proa a ambos lados del espolón; su misión normal era la de soporte del ancla, pero cuando eran reforzados se convertían en una poderosa arma de ataque. Cf. *infra,* 36, 2; 62, 3.

no eran los derrotados por las mismas razones por las que los otros no podían creerse vencedores. Los corintios pensaban que el triunfo era suyo por el hecho de que no habían sufrido un gran fracaso, mientras que los atenienses se consideraban derrotados por no haber obtenido una gran victoria [199]. No obstante, una vez que se hubo retirado 8
la flota peloponesia y que sus fuerzas de tierra se hubieron dispersado, los atenienses, considerando que habían vencido, también levantaron un trofeo en Acaya, a unos veinte estadios de Eríneo, donde habían fondeado los corintios. Así acabó esta batalla naval.

Los refuerzos atenienses llegan al territorio de Regio

Entre tanto, Demóstenes y Eurimedonte, una vez que los turios estuvieron preparados para marchar a su lado con setecientos hoplitas y trescientos lanzadores de jabalina, dieron orden a la flota de navegar a lo largo de la costa hacia el territorio de Crotona [200], mientras que ellos, tras pasar revista a todas las fuerzas de tierra a orillas del río Síbaris [201], las condujeron a través del territorio de Turios. Pero cuando estaban 2
junto al río Hilias [202], como los crotoniatas les enviaron

35 (margin)

[199] Actitud que se explica por la acostumbrada aplastante superioridad naval ateniense durante la Guerra Arquidámica. Pero las tácticas evolucionaban y, en esta ocasión, los corintios habían sabido sacar partido a los ataques de proa. Respecto a los trofeos y al carácter indeciso de algunas batallas, cf., por ejemplo, *supra,* I 30, 1, n. 216; 54, 1-2; 105, 5-6, n. 610; II 92, 4-5, n. 604.

[200] Ciudad situada al sudeste de Turios en la costa de Calabria.

[201] El río Síbaris desemboca cerca de la ciudad de Turios. Ésta había sido fundada junto al sitio de la antigua Síbaris, destruida en el 510 a. C.

[202] Este río, que probablemente servía de frontera entre el territorio de Crotona y el de Turios, no aparece mencionado en otro lugar, por lo que resulta difícil su identificación. Podría tratarse del torrente Fiumenica.

a decir que no accedían a que el ejército pasase a través de su territorio, bajaron hasta el mar, junto a la desembocadura del Hilias, y vivaquearon allí; y la flota fue a aquel lugar a su encuentro. Al día siguiente, se embarcaron y navegaron a lo largo de la costa, efectuando escala en las ciudades, con la excepción de Locros [203], hasta que llegaron a Petra [204], en el territorio de Regio.

Segunda batalla en el puerto de Siracusa

Disposiciones tácticas de los siracusanos

36 Entonces los siracusanos, informados de su llegada, quisieron hacer una nueva tentativa con la flota y también con las fuerzas de tierra que habían reunido precisamente con ese fin en la idea de lle-
2 varla a efecto antes de que llegaran. Respecto a la flota, tomaron todas las disposiciones en la medida en que la anterior batalla naval les había hecho advertir que obtendrían alguna ventaja, y, en particular, redujeron la longitud de las proas de sus naves para darles una mayor soli-

---

[203] Locros, igual que Tarento, era contraria a Atenas. Cf. *supra*, 1, 1, n. 2.

[204] Su identificación no es segura, pero es probable que sea «Leucopetra, promontorio en el territorio de Regio» (Cicerón, *Filípicas* I 7), que puede identificarse verosímilmente con el actual *Capo delle Armi*, promontorio de Calabria orientado hacia el Sur (cf. Plinio, *Historia Natural* III 43 y 74), o tal vez con *Punta di Pellaro*, promontorio orientado al Oeste que mira a Sicilia (cf. Estrabón, 259 —VI 1, 7—). Como no sabemos nada más de Demóstenes y Eurimedonte hasta su llegada a Siracusa (cf. *infra*, 42, 1), parece verosímil que pasaran a Sicilia desde Petra sin llegar a la misma Regio, ciudad que no había acogido muy amistosamente a los atenienses de la primera expedición (cf. *supra*, VI 44, 3).

dez [205], adosaron gruesas serviolas a las proas y, partiendo de las serviolas, fijaron unos puntales que se introducían en las amuras y tenían una extensión de unos seis codos por dentro y por fuera [206]. De esa misma manera los corintios habían adaptado la proa de sus barcos para combatir contra la flota de Naupacto [207]. Y los siracusanos pen- 3
saban que de ese modo no quedarían en desventaja frente a las naves atenienses, que no oponían la misma forma de construcción, sino que tenían la parte de proa más afilada ya que no practicaban tanto la táctica del choque frontal, proa contra proa, como la de efectuar una maniobra de rodeo [208] para embestir lateralmente con el espolón; pensaban asimismo que la batalla en el Puerto Grande, donde el espacio no sería mucho mientras que serían muchas las naves, sería favorable para ellos, pues, embistiendo proa contra proa, con los espolones destrozarían la parte delantera de los barcos enemigos al golpear éstos, sólidos y gruesos [209], contra proas huecas y endebles. A los atenienses, 4

[205] Al acortar y adaptar las proas con vistas a un ataque frontal, se reducía evidentemente la velocidad de las naves, pero ésta no era el factor más importante para combatir en un espacio pequeño.

[206] El codo equivalía a unos 44 cm., por lo que la longitud total de los puntales era de unos 2,60 m. Estos puntales o arbotantes eran dos piezas arqueadas de madera *(antērídes)* que, para reforzar las serviolas ante una posible colisión, se insertaban detrás de cada serviola e iban a apoyarse en un bao transversal después de introducirse por una abertura de las amuras. No iban simplemente a las amuras, sino que penetraban; de ahí que se hable de su extensión «por dentro y por fuera».

[207] Cf. *supra,* 34, 5.

[208] La superioridad de sus tripulaciones y de sus naves daba una importante ventaja a los atenienses en este tipo de maniobras. Con su mayor velocidad y su mejor técnica en el rodeo las trirremes sorprendían a sus adversarios por los costados o por la popa. Cf. *supra,* II 89, 8.

[209] No sólo los espolones, sino también las serviolas y refuerzos.

en cambio, en aquel espacio estrecho no les sería posible ni la maniobra de rodeo ni la de penetración de la línea enemiga [210], que eran las tácticas en las que tenían más confianza, ya que ellos, en la medida de lo posible, no les darían ocasión de realizar la penetración, y la estrechez del espacio les impediría efectuar maniobras de rodeo.
5 En fin, la táctica del choque proa contra proa, movimiento que antes se atribuía a la impericia de los pilotos, ellos iban a utilizarla más que ninguna otra, pues en ella tendrían su principal ventaja [211], ya que a los atenienses, una vez rechazados, no les sería posible ciar a no ser hacia tierra, una tierra de poca extensión y a escasa distancia como era precisamente la franja situada junto a su campamento, mientras que ellos tendrían a su disposición el resto
6 del puerto. Y si los atenienses eran forzados a ceder, irían a agolparse en un espacio pequeño, todos en el mismo, y, al topar unos con otros, se produciría una gran confusión (que era lo que más daño había causado a los atenienses en todas las batallas navales), dado que no dispondrían de todo el puerto para ciar, como era el caso de los siracusanos; y los atenienses tampoco tendrían la posibilidad de efectuar un rodeo para salir a un espacio más amplio, ya que serían ellos quienes controlarían el mar abierto tanto para atacar como para ciar, sobre todo te-

[210] Sobre estas maniobras, la de rodeo *(períplous)* y la de penetración de la línea *(diékplous)*, y sobre la necesidad de espacio para su práctica, cf. *supra*, I 49, 3, n. 292; II 83, 2, n. 546; 83, 5; 84, 1-4, n. 555; 89, 8, etc.

[211] Se resumen en estos párrafos (3-6) las razones de los siracusanos en apoyo de su planteamiento táctico. Sobre su notable estructura dialéctica, cf. THUCYDIDE, *La Guerre du Péloponnèse, Livres VI et VII*, por L. BODIN, J. DE ROMILLY, París, 1975, págs. XXII-XXIII; 168-169. Se analizan las ventajas y desventajas de las dos flotas en aquella situación.

niendo en cuenta que Plemirio sería hostil a los atenienses y que la bocana del puerto no era grande.

Los siracusanos inician el ataque por tierra y por mar

Con estos cálculos, hechos de acuerdo 37
con su experiencia y teniendo en cuenta sus fuerzas, y al mismo tiempo con la mayor confianza que les había dado la anterior batalla naval, los siracusanos iniciaron un ataque combinado con las tropas de tierra y con
las naves. Un poco antes, Gilipo hizo salir las tropas de 2
tierra de la ciudad y las condujo frente al muro ateniense [212], por la parte que miraba a la ciudad. Por su parte, las fuerzas del Olimpieo [213] —todos los hoplitas que ocupaban el lugar, unidos a la caballería y a las tropas ligeras de Siracusa— avanzaron desde allí contra la otra parte del muro; e inmediatamente después las naves de los siracusanos y de los aliados levaron anclas para dirigirse contra
el enemigo. Los atenienses, que primero pensaban que 3
aquéllos efectuarían una tentativa sólo con las tropas de tierra, cuando vieron que también las naves se dirigían súbitamente contra ellos, se alarmaron, y, mientras unos fueron a ocupar sus puestos en los muros o delante de ellos para hacer frente a los atacantes, otros salieron al encuentro de los numerosos jinetes y lanzadores de jabalina [214] que avanzaban a toda prisa desde el Olimpieo y desde fuera de él, y otros, en fin, subieron a las naves o acudieron en su ayuda a la orilla, y, una vez embarcadas las tripulaciones, sacaron setenta y cinco naves contra el enemigo. Las de los siracusanos eran unas ochenta.

---

[212] El doble muro ateniense de las Epípolas al Puerto Grande.

[213] Cf. *supra,* VI 70, 4; 75, 1; VII 4, 6.

[214] También había hoplitas (cf. *supra,* 37, 2), pero por este lado destacarían las fuerzas ligeras y de caballería, que además avanzarían por delante de los hoplitas, tropas de movimientos más lentos.

Primeras escaramuzas

38 Durante gran parte del día las dos flotas se estuvieron tanteando en continuos avances y retrocesos; pero, al no poder conseguir ninguna de las dos alguna ventaja digna de mención —si exceptuamos el hecho de que los siracusanos hundieron una o dos naves atenienses—, acabaron separándose; y al mismo tiem-
2 po las tropas de tierra se retiraron de los muros. Al día siguiente, los siracusanos se mantuvieron quietos, sin dar ningún indicio de lo que iban a hacer a continuación. Pero Nicias, habiendo observado que en la batalla naval las fuerzas habían estado equilibradas y suponiendo que el enemigo intentaría un nuevo ataque, obligó a los trierarcos a reparar todas las naves que hubieran sufrido algún daño e hizo que los cargueros fondearan delante de la estacada ateniense, estacada que habían plantado en el mar delante de sus naves para que hiciera las veces de puerto cerrado.
3 Colocó los cargueros con intervalos de cerca de dos pletros [215] con el fin de proporcionar un refugio seguro y una nueva salida con tranquilidad si alguna nave era forzada a retroceder [216]. Los atenienses pasaron todo el día hasta que se hizo de noche dedicados a esos preparativos.

[215] Según Heródoto, II 149, 3, el pletro equivalía a una sexta parte del estadio (= 29,6 m. partiendo de un estadio de 177,6 m.). Dos pletros serían, pues, unos 60 m. (cf. *supra,* VI 102). Teniendo en cuenta, sin embargo, la variabilidad de equivalencias del estadio, podemos pensar en una distancia entre los 46 y 65 m. Cf. *supra,* 2, 4, n. 26.

[216] Se ha discutido respecto a la forma de esta estacada (semicircular, un par de líneas convergentes, tres lados de un rectángulo, o simplemente un par de líneas paralelas); en todo caso, debía de tener varias salidas importantes, puesto que una sola salida estrecha a las aguas del Gran Puerto hubiera resultado peligrosa al dificultar una rápida partida de la flota ante un ataque siracusano, y con una única boca estrecha no se explicaría, además, la barrera de cargueros de la que se habla en este

Estratagema siracusana

Al día siguiente, a una hora más temprana que la vez anterior, pero con la misma táctica de un ataque combinado con las tropas de tierra y con la flota, los siracusanos avanzaron contra los atenienses. Frente a frente las dos flotas de la misma manera, pasaron de nuevo buena parte del día en tanteos recíprocos, hasta que el corintio Aristón [217], hijo de Pírrico, el mejor piloto del bando siracusano, persuadió a los comandantes de su flota para que mandaran aviso a las autoridades competentes de la ciudad con la orden de trasladar cuanto antes el mercado [218], llevando sus puestos de venta junto al mar, y de obligar a cuantos tenían productos comestibles a llevarlos todos allí para venderlos. Su propósito era hacer desembarcar a los marineros para tomar rápidamente la comida junto a las naves y al cabo de poco, en el mismo día, volver a atacar a los atenienses, que ya no lo esperarían.

39

2

pasaje, barrera que hubiera sido innecesaria. Respecto a la gran eficacia de esta medida, cf. *infra,* 41, 2-3.

[217] Según PLUTARCO, *Nicias* 25, 4, también fue Aristón, que luego moriría en la batalla final del Puerto Grande, quien aconsejó la táctica descrita en el capítulo 36. Cf. asimismo DIODORO, XIII 10, 2.

[218] El texto griego dice *tèn agoràn tôn pōlouménōn,* literalmente «el mercado de los productos en venta», «el mercado de productos alimenticios», con un complemento un tanto superfluo, para distinguirlo de los que privadamente tenían productos comestibles que en principio no eran para la reventa *(hósa tis échei edṓdima).* Se diferencia, pues, el «mercado», o el «mercado municipal o de abastos», de los particulares que almacenaban comestibles, no necesariamente para la venta, aunque también puede incluir a particulares que vendieran algunos productos.

La batalla naval. La táctica siracusana del ataque frontal con las proas reforzadas

40 Los comandantes siguieron el consejo y enviaron un mensajero, y el mercado fue preparado. Entonces los siracusanos se pusieron de repente a ciar y volvieron a la ciudad; desembarcaron rápidamente
2 y tomaron la comida allí mismo. Los atenienses, creyendo que los siracusanos habían ciado hacia la ciudad porque tenían conciencia de su inferioridad, desembarcaron con tranquilidad y, entre otras cosas, se ocuparon de los preparativos de la comida, convencidos de que por aquel día ya no habría más com-
3 bates en el mar. Pero los siracusanos subieron de repente a las naves y zarparon de nuevo al ataque. Y entonces los atenienses, en medio de una gran confusión y sin haber comido la mayor parte de ellos, se embarcaron sin ningún orden y finalmente lograron a duras penas hacerse tam-
4 bién a la mar al encuentro del enemigo [219]. Durante algún tiempo las dos flotas evitaron el contacto, manteniéndose en guardia; pero luego a los atenienses no les pareció conveniente seguir demorándose y ser víctimas del cansancio por su propia voluntad y decidieron atacar cuanto antes [220], por lo que, después de una arenga, se lanzaron contra el
5 enemigo y entablaron la batalla. Los siracusanos aguantaron el asalto y, dirigiendo las proas de sus naves contra las proas enemigas, de acuerdo con la táctica prevista, causaron importantes destrozos todo a lo largo de las partes salientes [221] de las naves atenienses gracias al modo como habían reforzado los espolones; al mismo tiempo sus hom-

[219] Según Jenofonte, *Helénicas* II 1, 22-28, Lisandro consiguió su victoria de Egospótamos gracias a una estratagema semejante.

[220] Según Plutarco, *Nicias* 20, 4 ss., Nicias estaba poco dispuesto a entablar esta batalla, pero fue presionado por Menandro y Eutidemo.

[221] Cf. *supra*, 34, 5, n. 197. Se refiere a las estructuras externas.

bres de los puentes infligían grandes daños a los atenienses con los dardos que lanzaban [222], y mucho mayores aún eran los que les causaban los siracusanos que a bordo de embarcaciones ligeras daban vueltas en torno a los barcos enemigos y, metiéndose debajo de las filas de remos y efectuando pasadas a lo largo de sus costados, lanzaban desde ellas sus dardos contra los marineros.

Victoria siracusana

Al final, combatiendo valerosamente y 41
de acuerdo con aquella táctica, vencieron los siracusanos, y los atenienses volvieron las espaldas y pasando entre los cargueros se refugiaron en su fondeadero.
Las naves siracusanas fueron en su persecución hasta los 2
cargueros, pero allí encontraron el obstáculo de las vergas portadoras de delfines de metal [223], que estaban puestas en alto desde los cargueros encima de los accesos al fondeadero. Dos navíos siracusanos, en la exaltación de la 3
victoria, se acercaron demasiado a ellas y fueron destruidos, y uno de ellos fue capturado con su tripulación.
Después de hundir siete naves atenienses y causar averías 4

---

[222] Con esta táctica los siracusanos prescindían de lo que era esencialmente naval y acercaban el combate en el mar a las características de la lucha en tierra (cf. *supra,* II 83, 2, n. 546; 84, etc.). Aquí vemos la importancia de un arma de tierra, como era la de los lanzadores, en una doble actuación, desde los puentes y desde las embarcaciones ligeras. Luego los atenienses adoptarán esta táctica (cf. *infra,* 62, 2-4; 67, 2), aunque con poca eficacia, puesto que con ella no podían aprovechar la ventaja de la superior experiencia de sus hombres y de la mayor maniobrabilidad de sus barcos.

[223] Estos «delfines» eran pesos en forma de pez que estaban suspendidos de unas antenas, de tal forma que, cuando se acercaba una nave enemiga, se hacía balancear el delfín y se dejaba caer sobre la nave, con lo que se podía provocar un gran destrozo. La palabra griega no indica el metal, que podía ser hierro o plomo.

en muchas más, de hacer prisioneros a muchos hombres y matar a otros, los siracusanos se retiraron y levantaron trofeos por los dos encuentros navales. Desde entonces tuvieron el firme convencimiento de ser, y con mucho, más fuertes en el mar, y contaban con someter igualmente a las fuerzas de tierra. Y así se preparaban para atacar de nuevo por tierra y por mar.

Llegada de los refuerzos atenienses. La batalla nocturna de las Epípolas: julio del 413

Demóstenes y Eurimedonte ante Siracusa. Planes de Demóstenes

42 Estando así las cosas, se presentaron Demóstenes y Eurimedonte con el socorro enviado por Atenas. Las naves, contando las extranjeras, debían de ser setenta y tres [224], y había unos cinco mil hoplitas, entre atenienses y aliados [225], un buen número de lanzadores de jabalina bárbaros y griegos amén de honderos y arqueros, y el resto del armamento estaba en con-
2 sonancia [226]. Al punto una enorme consternación se apoderó

[224] Demóstenes había partido con 65 barcos (cf. *supra,* 20, 2), a los que se deben sumar los 15 obtenidos en Corcira (cf. *supra,* 31, 5) y restar los 10 enviados a Conón. Eurimedonte, que había zarpado hacia Sicilia con 10 barcos (cf. *supra,* 16, 2), debió de dejar 9 en la isla y se uniría a Demóstenes en Corcira sólo con 1. Finalmente, en su viaje por la costa de Italia, obtuvieron 2 de Metapontio (cf. *supra,* 33, 5). Todo ello da, efectivamente, un total de 73.

[225] Cf. *supra,* 17, 1; 26, 1; 26, 3; 31, 2 y 31, 5. Sobre los lanzadores bárbaros, cf. *supra,* 33, 4.

[226] Respecto a la impresionante llegada de esta flota, cf. Plutarco, *Nicias* 21, 1. La expedición pudo entrar en el Puerto Grande, cuya boca tiene apenas 1,5 km. de ancho, a pesar de que los siracusanos, desde

de los siracusanos y sus aliados. Se preguntaban si no les llegaría nunca el momento final que les liberara del peligro, viendo que la fortificación de Decelia no había evitado en absoluto que se dirigiera contra ellos un ejército igual o muy semejante al primero, y que el poder de Atenas se manifestaba muy grande por todas partes. Por el contrario, entre las tropas atenienses de la primera expedición se produjo un cierto alivio, pensando que les llegaba el final de sus desgracias [227].

Demóstenes, al ver cómo estaba la situación, pensó que 3
no se podía perder tiempo ni permitir que le ocurriera lo mismo que le había ocurrido a Nicias [228]. Nicias, en efec-

la toma de Plemirio, controlaban los dos lados. De todas formas, pronto se verá que, para aliviar a las fuerzas de Nicias, Demóstenes se metió en una ratonera. Él sabía que un espacio estrecho y cerrado no era el campo de batalla que convenía a su flota. La situación del primer cuerpo expedicionario era crítica; se encontraba encerrado en un espacio pequeño al pie de las Epípolas, controladas ya totalmente por los siracusanos, y sus barcos estaban bloqueados al fondo del Puerto Grande. Demóstenes optaba, pues, por el gran riesgo de entrar en el mismo encierro, sin pensar en otras estrategias que tal vez le hubieran dado mejor resultado.

227 *Hōs ek kakôn*, literalmente «como fuera de males», es decir, «como si vieran el final de sus desgracias», en oposición a lo que se dice antes de los siracusanos, que no veían «el final que les liberara del peligro».

228 Se critica la indecisión de Nicias que, en contra de la opinión de Lámaco (más cercano a la postura actual de Demóstenes), no se inclinó por un ataque directo y rápido, ni aprovechó la ventaja inicial en el 415, sino que se retiró a Catana. Esta inclinación a demorarse de Nicias (que luego volvió a manifestar cuando no obstaculizó la llegada de Gilipo) dio confianza a los siracusanos y fue una de las claves del fracaso ateniense. Sobre el paréntesis que sigue, sobre si representa el punto de vista de Tucídides o el juicio de Demóstenes, cf. CH. SCHNEIDER, *Information und Absicht bei Thukydides. Untersuchung zur Motivation des Handelns*, en *Hypomnemata*, 41, Gotinga, 1974, págs. 56 ss. Cf. asimismo L. EDMUNDS, *Chance and intelligence in Thucydides*, Cambridge, Mass., 1975, págs. 109 («The Spartan Character of Nicias») y 132; G.

to, había causado temor en el momento de su llegada, pero como no atacó inmediatamente a los siracusanos, sino que pasó el invierno en Catana, fue menospreciado, y Gilipo se le adelantó llegando del Peloponeso con su ejército. Ejército que ni siquiera hubieran llamado los siracusanos si Nicias hubiera atacado inmediatamente. Porque, al pensar que ellos solos se bastaban, se hubieran percatado de su inferioridad cuando el muro de asedio los hubiera cercado, de modo que ni siquiera les hubiera sido de la misma utilidad la ayuda en el caso de que la hubieran hecho venir. Por consiguiente, Demóstenes, considerando todo esto y consciente de que también él en esta ocasión inspiraba el mayor temor a los adversarios el primer día, quiso sacar partido cuanto antes de la consternación que por el mo-
4 mento causaba su ejército. Y observando que el muro transversal de los siracusanos, con el que habían impedido que los atenienses les cerraran el cerco, era un muro sencillo [229], y que, si se apoderaban de la subida a las Epípolas

---

DONINI, «Thuc. 7, 42, 3; Does Thucydides Agree with Demosthenes' View?», *Hermes* 92 (1964) 116-119; V. HUNTER, *Thucydides, the Artful Reporter,* Toronto, 1973, cap. 6, y *Past and Process in Herodotus and Thucydides,* Princeton, 1982, pág. 41. Para E. CH. KOPFF, «An unrecognized Fragment of Philistus», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 17 (1976), 23-30, se trataría de una interpolación procedente de Filisto. Pero sobre ello cf. M. W. DICKIE, «Thucydides, not Philistus», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 17 (1976), 220-221; A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *ob. cit.,* vol. V, pág. 425, n. 1; W. R. CONNOR, *ob. cit.,* pág. 192. El prestigio que Nicias había tenido (reflejado después en el *Laques* de Platón) había ido decayendo y a principios del 414 ya se hablaba de «vacilar como Nicias» *(mellonikiân,* en ARISTÓFANES, *Aves* 640): cf. H. D. WESTLAKE, «Nicias in Thucydides», *Classical Quarterly* 35 (1941) 58-65; A. S. VLACHOS, *Partialités chez Thucydide,* Atenas, 1970 (= ed. griega, Μερολημψίες τοῦ Θουκυδίδη, Atenas, 1974, págs. 59-146).

[229] No un doble muro como era el de asedio ateniense.

y luego del campamento allí instalado [230], se podría conquistar fácilmente ese muro (pues nadie resistiría entonces su ataque), estaba impaciente por acometer el proyecto, y pensaba que para él era el modo más corto de poner fin a la guerra, porque o se adueñaba de Siracusa, si tenía 5 éxito, o retiraría el ejército y no sufrirían más pérdidas inútiles ni el cuerpo expedicionario ateniense ni la ciudad entera.

Así pues, como medida preliminar, los atenienses efec- 6 tuaron una salida y saquearon el territorio siracusano de la zona del Anapo; y con su ejército tuvieron la supremacía, como al principio, tanto por tierra como por mar, puesto que los siracusanos no salieron a responderles por ninguno de los dos frentes, salvo con la caballería y con los lanzadores de jabalina del Olimpieo [231].

Éxito inicial del ataque nocturno de Demóstenes. Contraataque beocio

A continuación Demóstenes decidió 43 efectuar una primera tentativa contra el muro transversal con máquinas de guerra [232]. Pero como las máquinas, al acercarlas, fueron incendiadas por el enemigo que se defendía desde el muro, a la vez que fueron rechazados los asaltos que en muchos pun-

---

[230] No se había hablado de este campamento siracusano, del que encontramos una nueva referencia en VII 43, 4.

[231] Cf. *supra*, 37, 2 s.

[232] Una tentativa previa a la ofensiva general. Estos asaltos debieron de efectuarse contra la cara sur del muro de contrabloqueo siracusano, pues si los atenienses hubieran podido desplegar sus tropas de día contra la cara norte, no hubiera sido necesario el ataque nocturno que se describe a continuación. Por lo que respecta a las máquinas, se trataría de arietes e ingenios semejantes, como los que usaron los peloponesios contra Platea: cf. *supra*, II 76, 4. En cuanto al uso del fuego en los asedios y a los procedimientos para incendiar máquinas de guerra, cf., por ejemplo, *supra*, II 77; ENEAS EL TÁCTICO, *Poliorcética*, introd., trad. y notas

tos lanzó el resto del ejército, ya no le pareció conveniente perder más tiempo [233], sino que, tras persuadir a Nicias y a los otros compañeros en el mando [234], se dispuso a emprender la ofensiva contra las Epípolas de acuerdo con
2 lo que había planeado. Pensaba que de día era imposible acercarse y subir sin ser visto; ordenó por ello que se cogieran víveres para cinco días y, tras tomar consigo a todos los albañiles y carpinteros, así como todo el material, tanto el de los arqueros [235] como todo aquello que, en caso de éxito, necesitarían para construir un muro [236], a la hora del primer sueño [237], en compañía de Eurimedonte y Menandro, se puso en marcha con todo el ejército hacia las Epípolas [238], mientras que Nicias se quedaba en los muros.

3 Cuando llegaron a los pies de las Epípolas, por la parte del Eurielo, por donde también había subido al principio el primer ejército [239], pasaron inadvertidos a la vigilancia

de J. Vela Tejada, Madrid, B.C.G., núm. 157, 1991, capítulo XXXIII; Aineias the Tactician: *How to survive under siege*, trad., introd. y coment. de D. Whitehead, Oxford, 1990.

[233] El retraso en la ejecución del proyecto de Demóstenes se relaciona con una cierta resistencia por parte de Nicias: cf. Plutarco, *Nicias* 21. Desde los días de Pilos, las relaciones entre Nicias y Demóstenes no debieron de ser muy cordiales, y en esta ocasión es probable que Nicias pusiera objeciones al plan de su colega.

[234] Menandro, Eutidemo y Eurimedonte. Cf. *supra*, 16, 1.

[235] Iban los arqueros con su armamento; durante las obras tenían la misión de proteger a los que trabajaban en ellas de los ataques enemigos.

[236] El muro de asedio cuyo avance había impedido el muro de contrabloqueo siracusano.

[237] Cuando el sueño era más profundo, al finalizar el primer sueño. Cf. *supra*, II 2, 1. A la misma hora se produjo el ataque a Platea.

[238] Desde las fortificaciones atenienses marcharon en dirección noroeste, hacia el Euríelo.

[239] Cf. *supra*, VI 97, 2.

de los siracusanos y, tras avanzar hasta el fuerte siracusa-
no que había allí, lo tomaron y mataron a algunos hom-
bres de la guarnición; la mayor parte, sin embargo, logró 4
escapar y de inmediato se refugió en los campamentos [240]
que, en número de tres, se encontraban sobre las Epípolas
dentro de fortificaciones avanzadas, siendo uno de los si-
racusanos, otro de los demás siciliotas, y otro de los alia-
dos; dieron allí la noticia del ataque, después de advertir
igualmente a los seiscientos siracusanos [241] que estaban en
la primera línea de guardia de esa parte de las Epípolas.
Éstos acudieron de inmediato, pero los atenienses que iban 5
con Demóstenes se encontraron con ellos y, a pesar de su
ardorosa resistencia, los pusieron en fuga. Luego estos ate-
nienses [242] prosiguieron en seguida su avance, a fin de no
retardarse, gracias al ímpetu del momento, en la consecu-
ción del objetivo por el que habían subido; mientras tanto

---

[240] El primer fuerte que se encuentra Demóstenes debía de estar en la zona del Eurielo. Por lo que respecta a los tres fuertes avanzados en los que se encontraban los campamentos, su situación ha sido objeto de debate. Estos *protechísmata* no podían estar al oeste del final del muro de contrabloqueo, puesto que en el párrafo 5 vemos que los atenienses llegaban a este muro antes de encontrarse con los enemigos procedentes de los *protechísmata.* Hay quien los sitúa al norte del muro de contrabloqueo para proteger el extremo septentrional de las Epípolas. Pero es muy posible que estuvieran unidos al mismo muro de contrabloqueo (que iría de Este a Oeste y giraría en dirección sudoeste después de rebasar el muro de asedio ateniense) como prolongaciones del mismo por su cara sur, pero con posibilidad de salida por el lado norte, y con el fin primordial de defender este importantísimo muro.

[241] Era el cuerpo de hoplitas escogidos que se había formado en el 414 (cf. *supra,* VI 96, 3) y que había sufrido importantes pérdidas en el primer encuentro con los atenienses (cf. *supra,* VI 97, 3-4).

[242] Las tropas que iban con Demóstenes, que ahora avanzan hacia el este por la parte septentrional del muro de contrabloqueo, mientras que los otros contingentes comienzan a demoler el muro.

otros destacamentos lograron tomar desde el primer momento [243] el muro de contrabloqueo siracusano, sin que sus guardias opusieran resistencia, y se pusieron a demoler
6 las defensas. Los siracusanos y sus aliados, así como Gilipo y sus tropas, acudieron en auxilio desde los fuertes avanzados; aquel golpe de audacia ejecutado de noche les había cogido por sorpresa y, cuando se lanzaron contra los atenienses, todavía estaban desconcertados, por lo que en un primer momento tuvieron que retroceder ante la pre-
7 sión de aquéllos. Pero después, cuando los atenienses ya avanzaron con mayor desorden, por considerarse vencedores y por querer abrirse paso cuanto antes a través de todas las fuerzas enemigas que todavía no habían entrado en combate, a fin de no permitir que se reagruparan si ellos cedían en el ímpetu de su ataque, entonces los beocios [244] fueron los primeros en hacerles frente, y, lanzándose contra ellos, les hicieron volver las espaldas y los pusieron en fuga.

Dificultades del historiador para obtener información sobre esta batalla. Derrota de los atenienses

44 A partir de ese momento los atenienses se encontraron en una situación de gran confusión y en medio de muchas dificultades, tanto es así que no ha sido fácil obtener información de ninguna de las dos partes [245] respecto al modo como se desarrollaron las distintas fases de la batalla. Porque si de día, a pesar de verse las cosas con mayor

[243] Como primera acción, primera acción equivocada, puesto que debían comenzar por controlar y derrotar al enemigo, el objetivo más importante, según el orden de preferencia que vemos en el plan de Demóstenes: cf. *supra,* 42, 4.

[244] Los trescientos hoplitas mencionados en VII 19, 3. Cf. asimismo *supra,* 25, 3.

[245] Cf. *supra,* V 26, 5; 68, 2. Véase asimismo Ch. W. Fornara, *The*

claridad, ni aun así lo saben todo aquellos que están presentes en los combates, sino que a duras penas cada uno se da cuenta de lo que tiene ante sus ojos, en una batalla nocturna, la única que se entabló entre dos grandes ejércitos en el curso de esta guerra, ¿cómo podría saber nadie nada con exactitud? Había, es cierto, una luna brillante, 2
pero se veían unos a otros de la manera que es natural a la luz de la luna, pues distinguían la silueta del cuerpo, pero les faltaba seguridad en el reconocimiento de los rasgos distintivos [246]. No eran pocos, además, los hoplitas de ambos bandos y se movían en un espacio reducido. Entre 3
los atenienses, algunos ya habían sido vencidos, mientras que otros, todavía con el impulso del primer asalto, seguían avanzando sin experimentar la derrota. Pero una gran parte del resto de su ejército o hacía poco que habían subido o todavía estaban subiendo, de forma que no sabían a dónde debían dirigirse, puesto que, al haberse producido la derrota, las tropas de vanguardia ya se encontraban en un completo desorden y era difícil reconocerlas a causa del griterío. Y es que los siracusanos y sus aliados, con- 4
siderándose vencedores, se exhortaban unos a otros con grandes voces (pues en medio de la noche era imposible comunicarse de otra manera) y al mismo tiempo recibían a pie firme a sus atacantes; los atenienses, por su parte, se buscaban entre ellos, pero consideraban enemigo a todo lo que les venía de frente, aunque resultaran ser camaradas que en su huida volvían hacia ellos; y con las frecuentes demandas de contraseña (ya que no había otro modo de reconocerse) provocaban una gran confusión entre sus fi-

Nature of History in ancient Greece and Rome, Berkeley, Los Ángeles, 1983, pág. 134.

[246] No podían, pues, distinguir entre amigos y enemigos. Cf. PLUTARCO, *Nicias* 21, 7.

las al pedirla todos a la vez, y acabaron por revelarla al
5 enemigo [247]. Por el contrario, los atenienses no llegaban a conocer del mismo modo la contraseña de los siracusanos por el hecho de que éstos, victoriosos y sin haberse desperdigado, se reconocían con menos dificultad, y así, si los atenienses se encontraban con un grupo de enemigos respecto al cual estaban en condiciones de superioridad, éstos por conocer la contraseña ateniense lograban escapar, mientras que si
6 ellos no respondían, eran aniquilados [248]. Pero lo que les causó el mayor daño, más que ninguna otra cosa, fue el canto del peán, pues, al ser muy semejante en ambos bandos, los dejaba perplejos. Porque cuando entonaban el peán los argivos, los corcireos y todos los contingentes dorios [249] que combatían al lado de los atenienses, su canto infundía tanto miedo a los atenienses como cuando cantaban los
7 enemigos [250]. De ahí que al final, topando unos con otros una vez que cundió el desconcierto, amigos contra amigos y ciudadanos contra ciudadanos, no sólo eran presa del miedo, sino que llegaban a las manos los unos contra los

---

[247] En relación con este pasaje se cita a TÁCITO, *Historias* III 22: *crebris interrogationibus notum pugnae signum*. En cuanto al santo y seña, recuérdese que su uso para el reconocimiento en las batallas era normal, incluso a la luz del día (cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 8, 16).

[248] Naturalmente en los casos en que los atenienses se encontraban con fuerzas siracusanas numéricamente superiores.

[249] Cretenses, rodios, mesenios de Naupacto y exiliados de Mégara. Cf. *infra*, 57, 6-9.

[250] El canto del peán como plegaria antes de la batalla o como himno de acción de gracias después de la victoria era de uso universal en el mundo griego (cf. *supra*, VI 32, 3); pero en Tucídides el peán como grito de guerra en la batalla o como señal de ataque es algo que sólo lo encontramos en conexión con los pueblos dorios o beocios, nunca con los atenienses o jonios. Cf. *supra*, I 50, 5 (corcireos); II 91, 2 (peloponesios); IV 43, 3 (corintios); 96, 1 (beocios); *infra*, 83, 4 (siracusanos).

otros y a duras penas se separaban. Luego, en la per- 8
secución, muchos [251] se lanzaron por los acantilados, ya
que el camino que descendía de las Epípolas era estrecho,
y encontraron la muerte; y cuando los que se habían salva-
do consiguieron bajar al llano desde lo alto, los más de
ellos, y sobre todo los soldados de la primera expedición
gracias a su mejor conocimiento del lugar, lograron refu-
giarse en el campamento; sin embargo, de los que habían
llegado últimamente, algunos equivocaron el camino y an-
duvieron perdidos por la comarca; a éstos, cuando se hizo
de día, la caballería siracusana los rodeó y acabó con ellos.

Trofeos siracusanos

Al día siguiente los siracusanos levan- 45
taron dos trofeos, uno en las Epípolas,
en la zona por donde se había producido
la subida, y otro en el lugar donde los
beocios habían comenzado a resistir; y
los atenienses recogieron sus muertos en virtud de una
tregua. Hubo no pocas bajas entre sus hombres y los de 2
los aliados [252], pero, en relación con los muertos, fue to-

[251] Suprimiendo un *hoi* que daría al *polloì* el significado de «la mayor parte». Habría, sin embargo, la posibilidad de mantenerlo, entendiendo «la mayor parte» en relación al número de caídos, no al de los efectivos del ejército ateniense. Por otra parte, el «lanzarse por los acantilados» debe entenderse, naturalmente, en el sentido de que los animaba la esperanza de descender andando entre asperezas, sin la idea de suicidio. En general, la meseta no termina en precipicios elevados e impracticables, sino que hay muchos sitios en los que una bajada en la oscuridad de la noche puede llevar a romperse la crisma. Respecto a este desastre de las Epípolas, cf. V. D. Hanson, *The western way of war. Infantry Battle in Classical Greece,* Londres, 1989, cap. 16: «Confusion, Misdirection and Mob Violence», pág. 185-193.

[252] Tucídides no da cifras, pero Plutarco, *Nicias* 21, 11, y Diodoro, XIII 11, 5, hablan, respectivamente, de dos mil y de dos mil quinientos muertos.

davía superior el número de armas capturadas, porque, de los que se vieron forzados a saltar desembarazados de sus armas [sin los escudos] [253] desde lo alto de los barrancos, algunos perecieron, pero otros se salvaron.

46 *Optimismo siracusano tras la victoria. Acciones diplomáticas*

Después de esto, los siracusanos, como ocurre a raíz de un éxito inesperado, cobraron nuevos ánimos, como ya había pasado antes, y enviaron a Sicano [254] con quince naves a Acragas, que se encontraba en una situación de guerra civil [255], con el fin de ganarse a la ciudad si era posible; y Gilipo partió de nuevo por tierra hacia las otras regiones de Sicilia, con el propósito de traer consigo un nuevo ejército, porque, después de aquel éxito en las Epípolas, tenía la esperanza de tomar al asalto los muros de los atenienses.

---

[253] En este texto *(psiloì áneu tôn aspídōn)* los editores suelen poner entre corchetes *áneu tôn aspídōn,* considerándolo una interpolación. *Psiloí* no significa aquí «soldados de infantería ligera», en oposición a los hoplitas (cf. *supra,* I 60, 1, n. 341), sino hoplitas que han abandonado sus armas, por lo que puede traducirse por «sin armas», desembarazados de armas o ligeros de armas, y convierte en innecesaria la precisión que sigue.

[254] Elegido general en otoño del 415 (cf. *supra,* VI 73, 1), había sido depuesto durante el verano siguiente tras los reveses siracusanos (cf. *supra,* VI 103, 4). Ahora se vuelve a contar con él. Cf. asimismo *infra,* 70, 1.

[255] Sobre la política de Acragas, cf. *supra,* 32, 1, n. 176.

Conferencia de los estrategos atenienses después de la derrota

Desmoralización ateniense. Demóstenes, partidario de la retirada

Entre tanto, los estrategos atenienses 47
deliberaban respecto a la situación creada por el desastre sufrido y por el estado de absoluta impotencia en que se hallaba el ejército. Veían, en efecto, que ninguna de sus tentativas les salía a derechas y que los soldados estaban abrumados por su permanencia en el lugar. Las en- 2
fermedades los agobiaban, y ello por dos motivos: porque era la época del año en que los hombres están más expuestos a la enfermedad, y al mismo tiempo porque el lugar en que habían acampado era pantanoso e insalubre [256]; y en todos los demás aspectos la situación les parecía extremadamente desesperada. En vista de ello, Demóstenes 3
era del parecer de que no se debía continuar allí, sino que, tal como proyectó [257] al decidir jugarse el todo por el todo en las Epípolas, una vez que se había fracasado, su voto era a favor de la retirada sin pérdida de tiempo, mientras todavía

[256] Podemos pensar en la malaria, en infecciones intestinales y enfermedades transmitidas por mosquitos propias de zonas pantanosas. La época del año era finales de julio-principios de agosto. La influencia de los climas y de las estaciones en la salud humana era algo que interesaba mucho a los médicos de la escuela de Hipócrates. En relación con esta descripción, cf. Diodoro, XIII 12. Dieciocho años más tarde una «peste» atacará en estos mismos lugares al ejército cartaginés. Cf. M. Grmek, «Les ruses de guerre biologiques dans l'Antiquité», *Revue des Études Grecques* 92 (1979), 141-163.

[257] Cf. *supra*, 42, 5. Demóstenes ya había dicho que evacuaría Sicilia en caso de no lograr su propósito de completar el cerco de Siracusa mediante la toma de las Epípolas.

hubiera posibilidad de cruzar el mar [258] y de mantener una cierta superioridad al menos con las naves llegadas última-
4 mente como refuerzo del cuerpo expedicionario [259]. Afirmaba, además, que para la ciudad era más útil hacer la guerra contra los que levantaban fortificaciones en su territorio [260] que hacerla contra los siracusanos, a quienes ya no sería fácil someter; y añadía que no era razonable proseguir el asedio gastando inútilmente enormes sumas de dinero.

Nicias prefiere continuar

48 Ésa era la opinión de Demóstenes. Nicias, por su parte, también consideraba que la situación era grave, pero no quería mostrar con proclamas la debilidad de esta situación, ni que sus votos por la retirada abiertamente manifestados en una nutrida asamblea [261] fueran anunciados al enemigo, puesto que entonces serían mucho menores las posibilidades de tomar aquella medida sin ser descubiertos en el momento en que
2 quisieran tomarla. Por otra parte, la situación del enemi-

---

[258] Mientras fuera posible efectuar la travesía antes de la época del mal tiempo, circunstancia que haría más peligrosa la vuelta. Sorprende un poco que Demóstenes ya piense en ello a principios de agosto. Obsérvese, por otra parte, su constante preocupación por evitar la pérdida de tiempo: cf. asimismo *supra*, 42, 3; 43, 1.

[259] Pasaje diversamente interpretado. Hacemos depender el *toû strateúmatos* del *taîs nausí* dando al *krateîn* un valor absoluto. Otros entienden *toû strateúmatos* como régimen de *krateîn* e interpretan: «de mantener un control sobre el ejército propio con las naves llegadas últimamente» o «de imponerse sobre el ejército enemigo...».

[260] Alusión a la fortificación de Decelia: cf. *supra*, 19, 1-2.

[261] Nicias parece pensar en una asamblea de todos los atenienses del cuerpo expedicionario (cf. párr. 4), aunque estas deliberaciones, como se dice luego en VII 60, 2, se hacían en conferencias de los estrategos con los taxiarcos y los trierarcos. Luego se difundirían las decisiones.

go, a juzgar por lo que él sabía sobre ella mejor que los otros, todavía permitía abrigar una cierta esperanza de que evolucionara peor que la suya, si ellos persistían en el asedio, pues llegarían a agotar a los siracusanos por la falta de recursos, tanto más cuanto que, con las naves que ahora tenían, era mayor su superioridad en el mar. Había, además, en Siracusa un grupo que quería poner la situación en manos de los atenienses, un grupo que le había hecho propuestas y que se oponía a que levantara el asedio [262]. Conocedor de todo esto, de hecho todavía estaba 3
vacilante y examinaba la situación sin tomar partido, pero, en las declaraciones públicas que entonces hizo, afirmó que no retiraría el ejército. Sabía bien, dijo, que los atenienses no aprobarían aquella forma de proceder suya de retirarse sin que ellos mismos hubieran votado en este sentido [263]. Porque sobre ellos no iban a votar personas que conocieran

[262] Esta «quinta columna» probablemente estaba animada por antiguos ciudadanos de Leontinos que en el 422 habían sido asimilados como ciudadanos de Siracusa; ya habían manifestado su descontento (cf. *supra,* V 4, 3-4) y los atenienses se habían dirigido a ellos en la proclama efectuada a su llegada a Siracusa (cf. *supra,* VI 50, 4). Sobre este grupo filoateniense, del que tenemos escasa información respecto a su importancia y composición, cf. asimismo *infra,* 49, 1. Según W. Liebeschuetz, «Thucydides and the Sicilian Expedition», *Historia* 17 (1968), 289-306, serían demócratas radicales de Diocles. Cf. L. A. Losada, *The Fifth Column in the Peloponnesian War,* tesis, Columbia Univ., 1970, pág. 144, n. 75 (= *Mnemosyne,* suppl. 21, Leyden, 1972).

[263] El pueblo ateniense había enviado a los estrategos con plenos poderes, *autokrátores* (cf. *supra,* VI 8, 2); Nicias y sus colegas podían, por consiguiente, decidir el final de la campaña si consideraban alcanzados los objetivos o si juzgaban imposible su cumplimiento. Pero esta decisión podía, a su regreso, ocasionarles problemas en la Asamblea Ateniense; Nicias lo sabía (cf. *supra,* 14, 4; *infra,* párrafo 4). Respecto al comentario que sigue, cf. *supra,* III 38, 4-7; V. Hunter, «Thucydides, Gorgias and Mass Psychology», *Hermes* 114 (1986), 412-429, esp. 424-425.

la situación por haberla visto directamente, como era su caso, y no de oídas a través de la estimación de otros, sino que quienes iban a hacerlo se dejarían persuadir por las
4 calumnias que algún orador expusiera hábilmente. Añadió que muchos de los soldados allí presentes, la mayoría incluso, y los mismos que ahora proclamaban a gritos que estaban en una situación insostenible, una vez llegados a Atenas, pregonarían lo contrario, que los estrategos se habían retirado traicionándolos por dinero [264]. Por consiguiente, conociendo el carácter de los atenienses [265], no quería, por lo que a él se refería, perecer a manos de los atenienses bajo una acusación infamante e injusta, sino que prefería sufrir aquella suerte, si ello era preciso, a manos de los
5 enemigos, afrontando el peligro por decisión propia. Finalmente, por lo que respecta a los siracusanos, dijo que su situación, a pesar de todo, era todavía peor que la suya, pues, al mantener tropas extranjeras a sueldo, gastar a la vez dinero en las guarniciones de los fuertes, y sostener además una gran flota desde hacía ya un año, no sólo se veían en dificultades financieras, sino que las perspectivas económicas eran todavía peores. Ya habían gastado dos mil talentos [266] y tenían, además, muchas deudas, y si prescindían de una parte cualquiera de sus efectivos actuales

---

[264] Esta acusación de soborno se había hecho a los tres estrategos que volvieron de Sicilia en el 424, después de la Paz de Gela (cf. *supra*, IV 65, 3). Cf. asimismo, *supra*, VI 103, 4. En las ciudades griegas estas acusaciones se formulaban con bastante facilidad.

[265] Cf. *supra*, 14, 4. Aquí tiene primacía la preocupación de Nicias por su honor y su propio interés; el bien común, que en otras ocasiones había inspirado en parte su patriotismo (cf. *supra*, VI 16, 1; 47), queda ahora postergado. Cf. L. Edmunds, *Chance and Intelligence in Thucydides*, Cambridge, Mass., 1975, págs. 86-87.

[266] Es éste el único dato sobre los gastos de Siracusa en este período.

por no poder atender a su sostenimiento, su fuerza, que se apoyaba más en las tropas mercenarias que en un servicio obligatorio como el ateniense, se derrumbaría. En con- 6
secuencia, concluyó, era preciso desgastar [267] al enemigo continuando el asedio, y no retirarse vencidos por el dinero, cosa en la que eran muy superiores [268].

Triunfo de Nicias ante la segunda propuesta de Demóstenes. Los atenienses continúan en Siracusa

Nicias sostenía con firmeza sus opinio- 49
nes porque conocía perfectamente la situación de Siracusa, tanto en lo relativo a las dificultades financieras como respecto a que en ella había un grupo numeroso [269] que quería que las cosas estuvieran bajo el control de los atenienses y le enviaba mensajes para que no levantara el asedio, y al mismo tiempo porque confiaba en que, cuando menos en el campo naval, tendría la misma superioridad que antes [270].

---

[267] *Tríbein*, «desgastar» o «agotar» a los siracusanos: cf. *infra*, 49, 2; VIII 46, 4. Otros entienden el *tríbein* en el sentido de «esperar», «dejar pasar el tiempo» *(diatríbein)*, pero para ello tendría que efectuarse una corrección en 49, 2. Cf. n. 271.

[268] Cf. *supra*, I 141, 2-5.

[269] Entendemos «numeroso» aceptando la conjetura de Linwood *(polý* por *pou)* y teniendo en cuenta que Plutarco, *Nicias* 20, 5, habla de *ouk olígoi*, «no pocos».

[270] Respecto a esta idea de superioridad naval proporcionada por la segunda expedición, cf. *supra*, 47, 3; 48, 2. De todas formas, es un pasaje corrompido, del que tenemos diversas interpretaciones, según se acepten las lecturas *tharrôn* y *ethársēse* del Códice B, y el *kratētheís* de los manuscritos al final, o las correcciones de Herwerden *(mâllon* por *tharrôn* y *kratēsein* por *kratethēís)* o de otros. Aceptamos el texto conjetural de Bodin-Romilly, que siguen a Herwerden. No lo hacen así A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A historical commentary...*, cit., Oxford, 1945-1981, vol. IV, pág. 427, que entienden «confiaba por lo menos en la flota, arma en la que antes había perdido su superioridad» o «en la que antes había sido vencido». E interpretando el *kratētheís*

2 Demóstenes, en cambio, no aceptaba de ningún modo la idea de mantener el asedio. Si no se debía retirar el ejército sin un decreto de los atenienses, sino que era preciso seguir desgastando a los siracusanos [271], en ese caso, dijo, era necesario hacerlo trasladándose a Tapso o a Catana [272], desde donde podrían efectuar incursiones contra muchas partes del territorio con sus fuerzas de tierra, sosteniéndose así mediante el saqueo de los bienes de sus enemigos y siendo para éstos fuente de daños; y con las naves podrían combatir en mar abierto, no en espacios estrechos, cosa que favorecía al enemigo [273], sino en escenarios amplios, donde las enseñanzas de su experiencia les serían útiles, y donde podrían efectuar retiradas o ataques sin tener que depender de una base exigua y circunscrita como punto de partida o lugar de arribada.
3 En suma, no le agrada-

como participio apositivo con valor concesivo tendríamos «a pesar de la derrota, confiaba por lo menos en la flota, en la que antes ya había confiado». Y también hay quien entiende «tenía más confianza que antes en obtener la victoria, al menos con la flota» o «tenía confianza en que, al menos con la flota, controlaría la situación más que antes». Todo ello según se combinen los distintos elementos que han sido objeto de corrección.

[271] Cf. *supra*, n. 267. Como en 48, 6, *tríbein* en el sentido de «desgastar», «agotar», con lo que mantenemos la lectura *autoùs* de los manuscritos. Otros siguen a Krüger, quien da la corrección *autoû* por *autoùs*, entendiendo el *tríbein* en el sentido de «esperar», «perder el tiempo», con lo que la traducción sería «sino que era preciso aguardar allí». Pero la idea de debilitar o desgastar a los siracusanos ya ha aparecido varias veces (cf. *supra*, 48, 2: *autoùs ektrychṓsein*, «agotar a los siracusanos», y el citado 48, 6).

[272] Tapso estaba en una pequeña península entre Siracusa y Mégara (cf. *supra*, VI 4, 1, n. 13). Catana, la actual Catania, se encontraba a unos 20 km. al norte (cf. *supra*, III 116, 1; VI 3, 3). Gran parte de la ciudad antigua fue destruida por erupciones del Etna.

[273] Cf. *supra*, 36, 3-4, nn. 208 y 210; *infra*, 67, 3.

ba en modo alguno, dijo, continuar en el mismo sitio, sino que era partidario de levantar el asedio cuanto antes y sin demorarse [274]. Y Eurimedonte compartía esta opinión [275].
4 Pero de la oposición de Nicias se siguieron dudas y dilaciones, unidas a la sospecha de que Nicias insistía porque sabía algo más de lo que decía. Y de esta manera los atenienses se retrasaron y permanecieron en el lugar.

Eclipse de luna retiene a los atenienses tras su cambio de opinión ante los preparativos de Siracusa: agosto del 413

50 Entre tanto, Gilipo y Sicano se presentaron en Siracusa, Sicano después de fracasar en su misión de Acragas (pues, estando él todavía en Gela, había sido expulsada la facción favorable a los siracusanos) [276]; Gilipo, en cambio, llegó con otro ejército numeroso reclutado en Sicilia y con los hoplitas que en primavera habían sido enviados desde el Peloponeso a bordo de cargueros y que habían arribado a Selinunte procedentes de Libia [277].
2 Habían sido llevados por el viento a las costas de Libia, donde los de

[274] Cf. *supra,* 47, 3.

[275] No se dice nada respecto a la opinión de Menandro y Eutidemo (cf. *supra,* 16, 1).

[276] Cf. *supra,* 46. Sobre la *stásis,* «disensión», «guerra civil» o «facción política», cf. M. A. Barnard, *Stasis in Thucydides. Narrative and Analysis of Factionalism in the Polis,* tesis, Chapel Hill, 1980; H. J. Gherke, *Stasis. Untersuchungen zu den inneren Kriegen in den griechischen Staaten des 5. und 4. Jahrhunderts v. Chr.,* Munich, 1985.

[277] Sobre el envío de estos hoplitas, cf. *supra,* 19, 3-4. Selinunte era aliada de Siracusa (cf. *infra,* 58, 1) y una de las ciudades más cercanas a la costa cartaginesa. Cf. *supra,* VI 2, 6.

Cirene [278] les habían proporcionado dos trirremes y pilotos para la travesía; luego, durante su viaje a lo largo de la costa, habían combatido al lado de los evesperitas [279], que eran asediados por los libios, y, después de vencer a los libios, desde allí habían proseguido su navegación a lo largo de la costa hasta llegar a Neápolis [280], emporio cartaginés, punto desde donde la distancia a Sicilia —de dos días y una noche de navegación— es la más corta; y desde aquella ciudad habían cruzado el mar hasta llegar
3 a Selinunte [281]. Luego que llegaron esos refuerzos, los

[278] Sobre la fundación y situación de Cirene, cf. *supra,* I 110, 1, n. 654. Cirene había sido fundada por Tera, que a su vez era colonia de Esparta (cf. *supra,* II 9, 4, n. 63); la ayuda prestada a los hoplitas peloponesios se explica así por razones de afinidad étnica entre cireneos y lacedemonios. Las ruinas de Cirene se encuentran cerca de la actual El Beida, al este del Golfo de Sirte o Sidra, en Libia, a unos 1.400 km. de Trípoli, en una ruta recorrida por Apuleyo. Cf. L. Bertrand, *Vers Cyrène, terre d'Apollon,* París, 1935, con sus impresiones de un viaje de Siracusa a Cirene, con su jardín de Afrodita (cf. Píndaro, *Píticas* IV, V y IX; Heródoto, *Historia* III 13, n. 69; IV 145 ss; 169 ss; 181; 186; 199 y 203 (trad. y notas de C. Schrader, Madrid, B.C.G., núm. 21, 1979); A. Laronde, *Cyrène et la Libye hellénistique,* París, 1987; B. Gentili (ed.), *Cirene. Storia, Mito, Letteratura,* Urbino, 1990.

[279] Su ciudad, situada al sudoeste de Cirene, en el lado oriental del Golfo de Sidra, después fue llamada Berenice; estaba donde actualmente se encuentra Bengasi.

[280] Neápolis estaba en la costa oriental del actual Cabo Bon (cf. Estrabón, 834 —XVII 3, 18—, y Plinio, *Historia Natural* V 24) y se identifica con la moderna Nabeul, a unos 50 km. al sudeste de Túnez.

[281] La distancia de Nabeul a Selinunte es de 230 km. A propósito de este largo viaje desde el Peloponeso a Sicilia (salieron en marzo-abril —VII 19, 3— y llegaron en agosto), pueden hacerse algunas reflexiones. Se ha de pensar primero en la extraordinaria influencia de los factores meteorológicos en la navegación de la época: el viento condiciona la derrota y lleva a África a unos barcos que navegaban rumbo a Sicilia. Y el hecho de que, una vez en África, se elija una ruta más larga (Cirenaica-

siracusanos se dispusieron a lanzar de nuevo un doble ataque contra los atenienses, con las naves y con las fuerzas de tierra. Por su parte, los estrategos atenienses, viendo que el enemigo se reforzaba con un nuevo ejército, mientras que su situación no iba a mejor, sino que cada día se hacía más difícil en todos los sentidos, y sobre todo por el agobio que suponía la mala salud de la tropa, comenzaron a arrepentirse de no haber levantado antes el campo, y, como Nicias ya no les oponía la misma resistencia que antes, sino que se limitaba a pedir que no se votara públicamente, hicieron circular por todas las unidades, con el mayor secreto posible, la orden de zarpar del campamento y de estar preparados para cuando se diera la señal.
4 Y cuando ya estaban a punto de hacerse a la mar, una vez hechos los preparativos, se produjo un eclipse de luna; se hallaba en plenilunio [282]. La mayor parte de los atenienses, llenos de escrúpulos de conciencia, comenzaron a pedir a los estrategos que suspendieran la salida, y Nicias (que tenía una inclinación un tanto excesiva por la adivinación y por prácticas del mismo estilo) [283] declaró que ni

Neápolis-Selinunte) en vez de otra directa de Cirene a Siracusa es una prueba de la preferencia por la navegación costera y del temor que inspiraban las travesías por alta mar.

[282] Este eclipse de luna tuvo lugar el 27 de agosto del 413 a. C. Tucídides debía de tener algunos conocimientos astronómicos (cf. *supra,* II 28, n. 218) y podía saber que un eclipse de luna sólo era posible en fase de plenilunio. Sobre este eclipse, tal vez el más famoso de la Antigüedad por su influencia en la historia de los atenienses, cf. asimismo Plutarco, *Nicias* 22; Diodoro, 13, 12, 6; Plinio, *Historia Natural* 2, 54; W. K. Pritchett, *The Greek State at War, part III: Religion,* Univ. of California Press, Berkeley, Los Ángeles, 1979, págs. 109-110; 146-148.

[283] Desde antiguo (cf. Diodoro, XIII 12, 6) se ha querido inculpar a Nicias para descargar de su culpa a «la mayor parte» de los atenienses. Tucídides ve a Nicias en el marco de superstición de su época, ni más

siquiera se pondría a discusión la posibilidad de ponerse en movimiento antes de aguardar tres veces nueve días [284], tal como prescribían los adivinos. Ésta fue, pues, la razón por la que los atenienses aplazaron su partida y se quedaron en Sicilia.

---

ni menos (cf. *infra,* VIII 1, 1); el único reparo era que hubiera sido de desear otra actitud en un hombre de su educación y responsabilidad, que no fue capaz de usar hábilmente los servicios de los adivinos, tal como habían hecho, por ejemplo, Pisístrato y Pericles. Un adivino más inteligente —observó Fustel de Coulanges a propósito de este eclipse— «habría manifestado que, para un ejército que quiere emprender la retirada, la luna que oculta su luz constituye un presagio favorable». Sabido es que los *mánteis* no estaban siempre de acuerdo y que la prescripción de los adivinos de Nicias fue objeto de debate en Atenas. Filócoro (F. Jaboby, *Die Fragmente der griechischen Historiker* 328 F 135), un historiador que era adivino profesional, atribuía la catástrofe a la prematura muerte de Estílbides (cf. Aristófanes, *Paz* 1029, Plutarco, *Nicias* 23), que privó a Nicias de su *mántis émpeiros.* Filócoro explicaba que el *omen* del eclipse era claramente favorable para unos hombres que preparaban una retirada; un eclipse de luna, que ocultaba la luz y producía oscuridad, era, según Filócoro, un signo esperanzador para cualquier empresa que necesitara pasar desapercibida. Sobre los escrúpulos religiosos de los antiguos, cf. asimismo *supra,* 18, 2, n. 100; *infra,* 86, 4. Y respecto a los presagios en Tucídides y a la superstición de Nicias, cf. asimismo A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A historical commentary...,* cit., vol. IV, págs. 428-429; C. A. Powell, «Religion in the Sicilian expedition», *Historia* 38 (1979), 15-31; S. I. Oost, «Thucydides and the Irrational», *Classical Philology* 70 (1975), 189-196; N. Marinatos, «Thucydides and Oracles», *Journal of Hellenic Studies* 101 (1981), págs. 138-140; y *Thucydides and religion,* Königstein, 1981.

[284] *Trìs ennéa heméras (= períodos selénēs:* veintisiete días). Expresión oracular. Cf. *supra,* V 26, 4. Se trata de una perífrasis poética del ciclo lunar prescrito por los adivinos. Cf. Plutarco, *Nicias* 23. Serían días desfavorables *(apophrádes hemérai).* Según otros (cf. Autoclides, en F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 353 F 7; Diodoro, XIII 12, 6) sólo se trataría de tres días.

TERCERA BATALLA POR TIERRA Y EN EL PUERTO DE SIRACUSA: SEPTIEMBRE DEL 413

Decisión siracusana de no dar cuartel a los atenienses. Ataque por tierra

Enterados también de esto los propios 51
siracusanos, se sintieron mucho más impulsados a no dar tregua a los atenienses, en vista de que estos mismos habían acabado por reconocer que ya no eran superiores a ellos ni por mar ni por tierra (pues en caso contrario no hubieran tomado la decisión de zarpar), y al mismo tiempo porque no querían que los atenienses fueran a establecerse en algún otro punto de Sicilia y resultaran más difíciles de combatir, sino que deseaban obligarles a entablar batalla con sus naves allí mismo, cuanto antes, y en las condiciones
que fueran más favorables para ellos. Equiparon, pues, 2
sus naves y se dedicaron a efectuar maniobras durante los días que les parecieron convenientes. Y cuando llegó el momento, el primer día atacaron los muros atenienses y, en una salida contra ellos que hizo una tropa no muy numerosa de hoplitas y soldados de caballería por una de las puertas, aislaron del resto a un grupo de hoplitas y, después de ponerlos en fuga, los persiguieron; y como la entrada era estrecha, los atenienses perdieron setenta caballos[285] y unos cuantos hoplitas.

[285] Los jinetes debieron de ponerse a salvo a pie abandonando sus caballos para entrar más rápidamente por aquella estrecha puerta.

Error de Eurimedonte y victoria naval siracusana

52 Por ese día el ejército siracusano se retiró; pero al siguiente salieron con las naves, que eran setenta y seis [286], y al mismo tiempo marcharon contra los muros con las tropas de tierra. Los atenienses a su vez zarparon contra el enemigo con ochenta y seis naves [287] y, luego que se encontraron, entablaron la bata-
2 lla. A Eurimedonte, que ocupaba el ala derecha ateniense y quería envolver las naves adversarias, y que en esta maniobra se había desplazado excesivamente hacia tierra, los siracusanos y sus aliados, que ya habían vencido al centro ateniense, lo aislaron también, encerrándolo en la parte más curva y profunda del puerto [288], y lo aniquilaron junto con las naves que lo seguían [289]. Luego se dedicaron a perseguir al resto de las naves de los atenienses y a acosarlas hacia tierra.

---

[286] DIODORO, XIII 13, 1, dice que fueron setenta y cuatro. Según PLUTARCO, *Nicias* 24, 1 ss., muchachos siracusanos participaron en este combate a bordo de embarcaciones de pesca.

[287] Antes de la llegada de los refuerzos de Demóstenes, los atenienses se hicieron a la mar con 75 trirremes (cf. *supra,* 37, 3); luego perdieron «una o dos» en el primer día de combate (VII 38, 1), y en el segundo hundieron «siete» y averiaron «muchas más» (41, 4). Demóstenes y Eurimedonte llegaron con 73 (42, 1); debían de ser transportes, difíciles de reconvertir, y, por otra parte, las bajas, enfermedades y deserciones disminuirían las tripulaciones.

[288] *En tôi koílôi kaì mychôi toû liménos* es el texto griego de la mayoría de manuscritos. Algunos editores, sin embargo, suprimen el *mychôi,* por considerarlo pleonástico, y parten del Manuscrito C, que eliminaba el *kaí.* Esta parte interior debe de ser la Ensenada de Ortigia. Al comenzar la batalla, la flota ateniense miraría hacia el Este o Nordeste, mientras que la siracusana estaría orientada en dirección oeste-sudoeste. De este modo la tierra a la que se acercó excesivamente Eurimedonte, al tratar de envolver al enemigo desde el ala derecha ateniense, debía de ser la costa de Ortigia, en el extremo norte del puerto.

[289] Según DIODORO, XIII 13, 4, fueron siete.

Combates en torno al campamento naval ateniense

Gilipo, viendo que las naves del enemigo eran vencidas y empujadas fuera de su estacada y de su propio campamento [290], con la intención de aniquilar a los hombres que desembarcaban y facilitar a los siracusanos el remolque de las naves haciéndose suya la costa, acudió en su ayuda a la lengua de tierra [291] con una parte de sus tropas. Pero los tirrenos [292] (pues eran 2 ellos quienes hacían la guardia en este sector del campamento ateniense), al ver que los hombres de Gilipo avanzaban desordenadamente, efectuaron una salida contra ellos y, cayendo sobre los primeros, los pusieron en fuga y los acosaron hasta el pantano conocido con el nombre de Lisimelia [293]. Después, al presentarse ya un mayor número 3 de tropas de los siracusanos y sus aliados, acudieron a su vez los propios atenienses, que, temiendo por sus naves, entablaron combate con ellos y, resultando vencedores, los persiguieron y mataron a un pequeño número de hoplitas; y, por lo que respecta a sus naves, lograron salvar la mayor parte y las reunieron en su campamento. Sin embargo, los siracusanos y sus aliados apresaron dieciocho y dieron

[290] Mientras que las de Eurimedonte se encajonaban en Ortigia, las otras, las del derrotado centro ateniense, debieron de ser empujadas en dirección oeste y sudoeste, yendo a parar a una zona situada al sur de la base ateniense, entre el campamento y la desembocadura del Anapo. Y Gilipo debió de acudir desde Plemirio o desde el Olimpieo.

[291] Es la única mención de esta *chēlé* (cf. *supra,* I 63, 1, n. 363), «dique», «muelle», «rompeolas» o «malecón», y en este caso, más probablemente, «lengua de tierra». Se desconoce su situación exacta, pero debía de estar al norte de la desembocadura del Anapo, entre el mar y el área pantanosa de Lisimelia.

[292] Respecto a los etruscos, cf. *supra,* VI 103, 2; *infra,* 57, 11.

[293] En área pantanosa situada entre el muro occidental, en la parte sur del doble muro ateniense, y la desembocadura del Anapo.

4 muerte a todos sus tripulantes [294]. Contra las demás lanzaron, con el propósito de incendiarlas [295], un viejo carguero al que prendieron fuego después de llenarlo de sarmientos y ramas de pino (pues el viento soplaba hacia los atenienses). Pero los atenienses, temiendo por sus naves [296], idearon a su vez medios para impedir la acción del fuego y se libraron del peligro apagando las llamas y evitando que se acercara el carguero.

Trofeos en ambos bandos

54 Después de esto, los siracusanos levantaron un trofeo por la batalla naval y por haber aislado a los hoplitas junto al muro, en la parte alta, cuando también habían capturado los caballos; y los atenienses también erigieron uno por la huida de las tropas de tierra hacia el pantano que habían provocado los tirrenos y por la que ellos mismos habían causado con el resto del ejército.

---

[294] En circunstancias similares, hacia el mes de junio del mismo verano, los siracusanos habían sido menos crueles y habían hecho prisioneros en lugar de dar muerte a los enemigos capturados (cf. *supra,* 41, 4).

[295] Según Diodoro, XIII 13, 6, la idea fue de Sicano. Respecto al desarrollo de la *téchnē,* de los ingenios bélicos y de las máquinas incendiarias, cf., por ejemplo, *supra,* II 77; IV 100; 115, 2; VI 64, 1, n. 161. Cf. S. Saïd, M. Trédé, «Art de la guerre et expérience chez Thucydide», *Classica et Mediaevalia* 36 (1985), 65-85, y la bibliografía allí citada.

[296] Algunos editores, siguiendo a Mueller, suprimen este «temiendo por sus naves» *(deísantes perì taîs nausìn),* que también se encuentra en el párrafo 3.

La moral de ambos bandos. El catálogo

Abatimiento ateniense

Como ya era evidente la victoria de 55 los siracusanos, victoria obtenida, además, con la flota (mientras que antes tenían miedo de las naves llegadas con Demóstenes), los atenienses se encontraban en el más completo desánimo; y, si era grande su desengaño, todavía era mucho mayor su arrepentimiento por haber emprendido la expedición. Porque, al ser aquéllas las 2 únicas ciudades, entre todas las que alguna vez habían atacado, de características similares a las suyas [297] —ciudades con un régimen democrático como el suyo y poseedoras de naves, caballos y gran cantidad de recursos—, como no pudieron hacer valer contra ellas el arma de la diferencia, con la que hubieran logrado someterlas, ni mediante un cambio de régimen, ni tampoco mediante una gran superioridad de medios militares [298], sino que, por el contra-

[297] Las ciudades de Sicilia. Respecto a la semejanza entre atenienses y siracusanos, cf. *supra,* VI 20, 3; *infra,* VIII 96, 5; S. Saïd, M. Trédé, art. cit., pág. 81. Sobre la democracia de Siracusa, cf. *supra,* VI 32, 3-41; 72, 4-73, 2; S. Berger, «Democracy in the Greek West and the Athenian Example», *Hermes* 117 (1989), 303-314.

[298] Texto griego algo rudo y problemático que ha dado lugar a diferencias de interpretación y a que algunos, en un intento de clarificarlo, quieran alterarlo (con la supresión de *tò diáforon).* Creemos que no es necesario. Los adversarios de Sicilia tienen dos características que los igualan a Atenas: democracia y abundancia de recursos. En relación con estos dos puntos están los dos campos en que Atenas no puede hacer valer el arma de la diferencia que en otras ocasiones le daba la victoria. En el terreno político, no contaba con la diferencia que le proporcionaban los adversarios con regímenes aristocráticos u oligárquicos; en estos ca-

rio, el fracaso los acompañó en la mayoría de los casos, si ya antes de aquellos últimos acontecimientos se hallaban en dificultades, ahora, después de haber sido derrotados por mar —cosa que no hubieran creído posible—, su apuro era todavía mucho más grande.

Excitación de los siracusanos

56 Los siracusanos, por su parte, en seguida comenzaron a navegar sin temor a lo largo y a lo ancho del puerto, y abrigaban la idea de cerrar su bocana, para que los atenienses, por mucho que se lo propusieran, ya no pudieran salir sin que ellos lo advirtieran.
2 Porque ya no se cuidaban tan sólo de su salvación, sino también de impedírsela al enemigo, pues pensaban, y estaban en lo cierto, que en aquellas circunstancias su situación era de absoluta superioridad, y que, si lograban derrotar por tierra y por mar a los atenienses y a sus aliados, su proeza resultaría hermosa a los ojos de los griegos, pues, en lo tocante a los demás griegos, unos se verían libres inmediatamente y otros perderían el miedo (ya que el poderío que les quedara a los atenienses ya no tendría capacidad para soportar la guerra que luego se emprendería contra ellos); y los siracusanos, al atribuírseles la autoría de aquellos beneficios, serían objeto de una enorme admiración entre los demás pueblos y en las generaciones futuras.
3 La lucha merecía la pena por esos motivos, y también porque estaban aventajando no sólo a los atenienses, sino también a sus numerosos aliados, y además no lo hacían

sos, Atenas podía intervenir como paladín de la democracia y podía obtener el apoyo de los pueblos para establecer gobiernos democráticos. En el campo de la economía y de los recursos militares, tampoco tenía la diferencia que le otorgaba una superioridad manifiesta. Eran, pues, enemigos muy iguales y Atenas no tenía la ventaja de la diferencia. En el fondo la idea es clara.

ellos solos, sino al lado de quienes habían acudido en su ayuda, ejerciendo el mando en unión de los corintios y lacedemonios; y exponían su propia ciudad al peligro de la primera línea al mismo tiempo que realizaban un importante avance en el terreno naval [299]. Ésta fue, en efecto, 4
la mayor concentración de pueblos que se produjo en torno a una sola ciudad, a excepción de la suma total de los que en el curso de esta guerra se alinearon al lado de Atenas o de Esparta.

Efectivos atenienses

He aquí la lista de pueblos [300], de uno 57
u otro bando, que, contra Sicilia o en favor de Sicilia, acudieron para participar en la conquista o en la defensa del país y combatieron delante de Siracusa. Se alinearon a uno u otro lado no tanto por razones de justicia o de afinidad étnica [301] como por la situación en que

[299] Los mismos factores de la situación ateniense en Salamina. Y Siracusa, como hacía Atenas por su victoria frente a los persas, se excitaba por la gloria que suponía liberar a Grecia del dominio ateniense. De todas formas, el poderío de Atenas, en contra de lo que aquí parece, no estaba acabado.

[300] Aquí empieza el «Catálogo de Aliados», una relación de las fuerzas de ambos bandos que nos lleva a pensar en el conocido «Catálogo de las Naves» del canto segundo de la *Ilíada,* origen de una tradición que se extiende en la literatura histórica. En este caso, el interés del catálogo radica en el comentario de las relaciones internacionales; pero se echan en falta los números de efectivos, detalle que Tucídides nos da en otras ocasiones.

[301] La justicia a la que se hace referencia es una justicia basada en el principio de reciprocidad (cf. *supra,* I 32, 1). Respecto a la relación de parentesco o afinidad étnica *(syngéneia),* cf., por ejemplo, *supra,* I 34, 3; III 2, 3; parece que implicaba una obligación de ayuda mutua. Pero la realidad, como se ve en alianzas que siguen, no siempre estaba de acuerdo con la idea de justicia entendida como reciprocidad y con las obligaciones derivadas de la afinidad étnica.

cada participante se encontraba, en función de sus intereses o presionados por la necesidad.

2 Los atenienses [302], como jonios que eran, acudieron por propia voluntad para atacar a los siracusanos, que eran dorios, y a su expedición se unieron algunos pueblos que conservaban su misma lengua y sus mismas instituciones:

---

[302] En primer lugar se da la relación de efectivos atenienses (57, 2-11). El criterio fundamental de la división es geográfico (criterio que también se sigue en el orden de enumeración dentro de las categorías) y en la clasificación en grupos y subgrupos se tienen en cuenta además otros criterios como la situación política o la raza. Podemos dar la siguiente sinopsis:

I. — ALIADOS DE GRECIA Y DEL EGEO: 2-10

- A) *Atenas y sus colonias:* 2-3
- B) *Súbditos:* 4-6
  1. Jonios, más los caristios: 4
  2. Eolios: 5
  3. Dorios: 6
- C) *Formalmente independientes:* 7-8
  1. Islas del noroeste: 7
  2. Mesenios. Exiliados megareos: 8
- D) *Esencialmente independientes*
  Argivos, mantineos y otros contingentes mercenarios: 9-10.

II. — ALIADOS DE ITALIA Y SICILIA: 11

- A) *Griegos*
  1. Italiotas
  2. Siciliotas
- B) *Bárbaros*
  1. De Sicilia
  2. De fuera de Sicilia.

Dentro de estos grupos se anotan algunos matices y se hacen otras observaciones: súbditos sujetos a tributo o a entrega de naves, participación determinada por el interés o por la necesidad, casos de enfrentamiento entre miembros de la misma raza, etc.

los lemnios, los imbrios [303], los eginetas —los que entonces ocupaban Egina— [304], así como los hestieos que vivían en Hestiea [305], en Eubea; todos ellos colonos de Atenas.

De los demás, unos se unieron a la expedición en 3
calidad de súbditos, otros como aliados autónomos, y algunos incluso como mercenarios [306]. Entre los pueblos so- 4
metidos y sujetos a tributo [307] estaban los eretrieos, los calcideos, los estireos y los caristios [308] procedentes de

---

[303] En cuanto a Lemnos e Imbros, recuérdese que Atenas ya las poseía a comienzos del siglo v a. C. (cf. *supra*, I 115, 3, n. 719; III 5, 1, n. 34).

[304] Respecto a Egina y a sus habitantes, de estirpe doria, expulsados por los atenienses al principio de la guerra, cf. *supra*, II 27, 1, n. 213. Aquí los «eginetas» son, pues, los «colonos atenienses establecidos en Egina». El «entonces» de este pasaje indica probablemente que fue escrito después del 405 a. C., cuando Lisandro restableció a la población originaria después de Egospótamos (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 9).

[305] Cf. *supra*, I 114, 3, nn. 707 y 708. Los hestieos eran un caso similar a los eginetas, ya que los atenienses los expulsaron y los sustituyeron.

[306] Los mercenarios aparecen luego unidos a los autónomos, pueblos aliados de Atenas, pero independientes. Cf. *supra*, VI 69, 3. Entre estos autónomos o independientes, distinguirá dos subgrupos, los que lo son formalmente o en apariencia y los esencialmente independientes, que participan de forma realmente voluntaria.

[307] Algunos editores eliminan *kaì phórou hypotelôn* («y sujetos a tributo») por no convenir a Quíos y Metimna, miembros autónomos de la Confederación de Delos (cf. *supra*, VI 85, 2), que aquí son incluidos entre los súbditos *(hypékooi)*, o porque se ve un cierto pleonasmo en la expresión, ya que los súbditos por esencia estaban sujetos a tributo.

[308] Caristo estaba en el fondo de una bahía en el extremo meridional de Eubea; Estira se encontraba a unos 20 km. al noroeste de Caristo, en la costa sudoccidental, y, después de la expedición a Sicilia, fue absorbida por Eretria. Respecto al origen dríope de Caristo, Tucídides recoge una tradición que consideraba dríope a Caristo, mientras que Estira era reconocida como jonia. HERÓDOTO, VIII 46, 4, en cambio, clasificaba Estira y Citnos como dríopes, pero no decía nada respecto a Caristo.

Eubea; de las islas los ceos, los andrios y los tenios [309]; y de Jonia los milesios, los samios y los quiotas. Entre estos últimos, los quiotas no estaban sujetos a tributo, sino que los acompañaban como pueblo autónomo que proporcionaba naves [310]. Estos pueblos, todos jonios y de origen ateniense [311], a excepción de los caristios (que son dríopes) [312], formaban la parte más importante de las fuerzas que seguían a los atenienses y, aunque como súbditos iban obligados, no dejaban de ser jonios que marchaban contra
5 dorios. A éstos se añadían los pueblos eolios: los metimneos, súbditos sujetos a la entrega de naves, pero no tributarios [313], y los tenedios y los enios [314], sometidos a tribu-

---

[309] Ceos o ceyos *(keîoi)*, habitantes de Ceos, isla de las Cícladas situada al sudeste del Ática, muy cerca del Cabo Sunio; a pesar de esta denominación colectiva, que también aparece en las listas de tributos (cf. B. D. Meritt, H. T. Wade-Gery, M. F. McGregor, *The Athenian tribute lists,* Cambridge, Mass.-Princeton, N. J., 1939-1953, I, págs. 306-307), la isla tenía cuatro ciudades, probablemente con entidad política propia. Los andrios y tenios eran los habitantes de Andros y Tenos, islas situadas al sudeste del extremo meridional de Eubea. La lectura tenios *(tếnioi)* de este pasaje la ofrece el Códice B, mientras que los otros manuscritos dan *téïoi,* lo cual es imposible, dado que Teo era una ciudad de la costa continental de Jonia, no una isla.

[310] Cf. *supra,* I 19, n. 138; 96, 1, n. 527; IV 129, 2, n. 833.

[311] Cf. *supra,* I 2, 6, n. 18; VI 76, 3. Opinión que la propaganda política divulgaba para justificar el imperialismo ateniense.

[312] Los dríopes eran un pueblo que los griegos consideraban prehelénico y que al parecer era originario del Valle del Esperquio, al sur de Tesalia.

[313] Metimna, en la costa septentrional de la isla de Lesbos, había permanecido fiel a Atenas durante la sublevación capitaneada por Mitilene y no había sido ocupada por los clerucos atenienses. Cf. *supra,* III 50, 2.

[314] Los tenedios eran los habitantes de Ténedos, isla situada al norte de Lesbos y al sur de la entrada del Helesponto, muy cerca de la costa de Asia Menor (cf. *supra,* III 2, 3). Los enios eran los habitantes de

to. Éstos eran eolios que se veían obligados a combatir contra sus fundadores eolios [315], los beocios, alineados al lado de los siracusanos, mientras que los plateos, beocios enfrentados a beocios, eran los únicos que lo hacían, como era natural, impulsados por el odio [316]. En cuanto a los 6 rodios y los citereos [317], dorios unos y otros, los citereos, colonos de los lacedemonios, empuñaban sus armas al lado de los atenienses contra los lacedemonios llegados con Gilipo, y los rodios, de estirpe argiva y dorios, se veían obligados a hacer la guerra contra los siracusanos, dorios como ellos, y contra los de Gela, que eran colonos suyos [318] y prestaban servicio al lado de los siracusanos.

Entre los pueblos de las islas en torno al Peloponeso, 7 aunque los cefalenios y los zacintios los acompañaban en

---

Eno, ciudad situada en la costa de Tracia oriental, junto a la desembocadura del río Hebro (cf. *supra,* IV 28, 4).

[315] Sobre la afinidad étnica entre beocios y lesbios, cf. *supra,* III 2, 3, n. 15.

[316] Respecto a la enemistad entre Tebas y Platea y a las relaciones de amistad de ésta con Atenas, cf. *supra,* II 2, 1, n. 15; II 2-6; 71-78; III 20-24; 52-68; 68, 5, n. 494. Naturalmente, la antigua enemistad se había convertido en odio implacable después de la destrucción de Platea (cf. *supra,* III 68, 2-5). Sobre la amistad *(philía)* y la enemistad o el odio *(echtra, echthos)* en Tucídides, cf. J. R. Wilson, «Shifting and permanent philia in Thucydides», *Greece and Rome* 36 (1989), 147-151.

[317] Respecto a los rodios y a su origen dorio, recuérdese que el contingente rodio que participó en la guerra de Troya era mandado por Tlepólemo, uno de los hijos de Heracles (cf. Homero, *Ilíada* II 653 ss.), y que Rodas, a juicio de Píndaro, *Olímpicas* 7, 13 ss., había sido colonizada por Argos. Sobre Citera, isla situada junto a Laconia, al sur del Cabo Malea, cf. *supra,* IV 53-54, donde vemos la ocupación ateniense de la isla en el 424; en el tratado de paz del 421 estaba prevista su devolución a los lacedemonios (cf. *supra,* V 18, 1), pero la presencia de un contingente citereo en Sicilia al lado de los atenienses demuestra que no se había efectuado la restitución. Cf. asimismo *supra,* 26, 2.

[318] Cf. *supra,* VI 4, 3.

calidad de aliados autónomos, lo hacían más bien apremiados por su condición de insulares, dado que los atenienses eran los señores del mar [319]; y los corcireos, que no sólo eran dorios, sino que también eran claramente corintios, seguían a los atenienses contra los corintios y los siracusanos a pesar de ser colonos de unos y hermanos de raza de otros, y aunque en apariencia los seguían por obligación, no lo hacían menos por voluntad propia, a causa
8 de su odio a los corintios [320]. De Naupacto y de Pilos, ocupada a la sazón por los atenienses, fueron llevados a la guerra los que actualmente reciben el nombre de mesenios [321]. Y a un pequeño número de exiliados megareos su desgraciada situación los llevó a combatir contra los selinuntios, que también eran megareos [322].

9 En los casos restantes, su participación en la expedición fue realmente voluntaria [323]. Los argivos, dorios en marcha contra otros dorios, acompañaron a los atenienses,

---

[319] Respecto al dominio del mar por parte de la flota ateniense y a los problemas en este sentido de la insularidad, cf., por ejemplo, *supra*, I 56, 2, n. 320; III 91, 2, n. 646; IV 120, 3, n. 783; V 84, 1; 97; VI 85, 2. Sobre Cefalenia y Zacinto, cf. asimismo *supra*, 31, 2.

[320] Sobre el origen de la enemistad entre Corinto y Corcira, cf. *supra*, I 13, 4, n. 95. Cf. asimismo I 38.

[321] Para distinguirlos de los antiguos, que quedaron sometidos a los lacedemonios y perdieron su antiguo nombre, ya que Mesenia, la parte sudoccidental del Peloponeso, quedó incorporada al territorio lacedemonio. Sobre la expulsión de estos mesenios, cf. *supra*, I 103, 3. Cf. asimismo *supra*, 26, 2; 31, 2.

[322] Estos exiliados habían tenido que abandonar la ciudad a raíz del establecimiento de un régimen oligárquico y antiateniense en el 424 (cf. *supra*, IV 74, 2, n. 408); a este grupo pertenecían los ciento veinte hombres pertrechados con armas ligeras de VI 43.

[323] Después de referirse a los formalmente independientes, aquí empieza la segunda sección de los aliados autónomos *(apò symmachías autónomoi)*, los verdaderamente independientes.

jonios, no tanto en virtud de su alianza como por su odio a los lacedemonios y con vistas a las inmediatas ganancias particulares de cada uno [324]; los mantineos y los otros mercenarios arcadios lo hicieron porque estaban acostumbrados a marchar contra los que sucesivamente les eran señalados como enemigos, y así en aquella ocasión no estaban menos dispuestos, en su afán de lucro, a considerar enemigos a los otros arcadios que iban en compañía de los corintios [325]; los cretenses y los etolios se dejaron convencer igualmente por la soldada [326], y en el caso de los cretenses se dio la circunstancia de que, habiendo sido fundadores de Gela juntamente con los rodios [327], no fueron a combatir al lado de sus colonos, sino que fueron contra ellos
voluntariamente y por una soldada. También prestaron 10
su ayuda algunos acarnanios, en parte con vistas al lucro, pero sobre todo por amistad hacia Demóstenes y simpatía hacia los atenienses, de quienes eran aliados [328].

Estos pueblos pertenecían al área que tiene sus límites 11
en el Golfo Jonio [329]. Pero con ellos también participaron

---

[324] La alianza a la que se hace referencia es la del año 417 a. C. (cf. *supra,* V 82, 5). Cf. asimismo *supra,* 20, 1. La enemistad entre Argos y Esparta era una hostilidad tradicional, constante en las relaciones de los dos estados.

[325] Cf. *supra,* 19, 4.

[326] Respecto a los cretenses, cf. *supra,* VI 43, donde vemos que eran ochenta arqueros. En cuanto a los etolios, que aquí aparecen como amigos de Atenas, mientras que en su aparición anterior (cf. *supra,* III 94 ss.) eran enemigos, habrían sido reclutados por Demóstenes cuando se hallaba en Corcira (cf. *supra,* 31, 1-5; 33, 3).

[327] Cf. *supra,* VI 4, 3.

[328] Esta amistad hacia Demóstenes era resultado de su brillante campaña de 426-25, campaña muy beneficiosa para los acarnanios. Sobre las relaciones de éstos con Demóstenes y sobre su alianza con Atenas, cf. *supra,* II 68, 7-8; III 94 ss.; 100 ss.; 102, 3-5; 105-114.

[329] El Adriático. Cf. *supra,* I 24, 1; II 97, 5; VI 13, 1; 30, 1; 44, 2.

en la expedición, entre los italiotas, los turios y los metapontios, arrastrados a aquel destino por las circunstancias de guerra civil que entonces vivían [330]; entre los siciliotas, los naxios y los cataneos; entre los bárbaros lo hicieron los egesteos, que eran los que habían llamado a los atenienses, y la mayor parte de los sículos [331]; y entre los pueblos de fuera de Sicilia, algunos tirrenos, a causa de su desacuerdo con los siracusanos [332], y un contingente de mercenarios yápiges [333]. Todos ésos fueron los pueblos que participaron en la expedición al lado de los atenienses.

Efectivos siracusanos

58 En el campo contrario [334], acudieron en auxilio de los siracusanos los camarineos, que eran vecinos suyos, los de Gela, que habitaban a continuación, y luego, dado que los acragantinos eran neutrales [335], los selinuntios, que están establecidos más allá de Acra-

---

[330] Cf. *supra,* 33, 5-6, respecto a las luchas civiles de Turios y a su resultado favorable a los atenienses. Con relación a Metapontio (VII 33, 5), Tucídides no se ha referido a sus luchas civiles.

[331] Cf. *supra,* VI 88, 3-5; 103, 2.

[332] Cf. *supra,* VI 88, 6, respecto a la oferta de ayuda de algunas ciudades etruscas, y DIODORO, XI 88, 4, sobre un conflicto entre siracusanos y etruscos.

[333] Cf. *supra,* 33, 4.

[334] La relación de los efectivos siracusanos es más sencilla que la de los atenienses (cf. *supra,* 57, 2, n. 302):

I. — ALIADOS DE SICILIA: 58, 1-3

- A) *Griegos (siciliotas):* 1-2
  1. De la costa sur (de Este a Oeste): 1
  2. De la costa norte: 2
- B) *Bárbaros (sículos):* 3

II. — ALIADOS DE GRECIA: 58, 3

- A) *Del Peloponeso y colonias peloponesias*
- B) *De Beocia.*

[335] Cf. *supra,* 32, 1; 33, 2; 46; 50, 1.

gas. Estos pueblos ocupaban la parte de Sicilia orientada 2
hacia Libia; de la zona que mira al mar Tirreno llegaron los himereos [336], que son los únicos griegos que habitan en aquella parte, y los únicos también de aquella costa que
aportaron su ayuda. Éstos fueron los pueblos griegos de 3
Sicilia, todos ellos dorios [337] e independientes, que combatieron al lado de los siracusanos; de los bárbaros sólo lo hicieron los sículos que no se habían pasado a los atenienses. De los griegos de fuera de Sicilia estuvieron los lacedemonios, que proporcionaron un comandante espartiata [338], además de *neodamodes* e hilotas [el término *neodamodes* significa «recientemente liberado»] [339]; los corintios, los únicos que se presentaron con naves y tropas de tierra; los leucadios y los ampraciotas, movidos por su afinidad étnica [340]; de Arcadia, mercenarios enviados por los corintios; también hubo sicionios [341], obligados a tomar parte en la guerra, y de fuera del Peloponeso acudieron los beocios.

---

336 Cf. *supra,* 1.

337 En este caso se respetaron las obligaciones derivadas de la afinidad étnica *(syngéneia).* No obstante, Hímera (cf. *supra,* VI 5, 1) había sido fundada por calcideos, a los que se agregó un grupo de siracusanos, dorios; tenía pues un carácter mixto, aunque institucionalmente era una ciudad calcidea.

338 Gilipo. Cf. *supra,* VI 93, 2.

339 La explicación del término *neodamôdēs,* término que ya ha aparecido antes (cf. *supra,* V 34, 1), es problablemente una glosa. Eran hilotas liberados que formaban un cuerpo de hoplitas. Cf. P. Oliva, *Sparta and her social problems,* Praga, Amsterdam, 1971, págs. 166 ss.; el análisis de cuestiones y bibliografía de la *Revue des Études Grecques* 96 (1983), 208-209; y J. F. Lazenby, *The Spartan Army,* Warminster, 1985, págs. 14 ss.

340 Cf. *supra,* VI 104, 1; VII 7, 1; Léucade y Ampracia eran colonias de Corinto: cf. *supra,* I 26, 1, nn. 187 y 188.

341 En el 417 Esparta había intervenido en Sición para imponer un gobierno más favorable a su política: cf. *supra,* V 81, 2.

4 En comparación con estos contingentes llegados de fuera, los propios siciliotas aportaron un número de efectivos superior en todas las armas, como era de esperar al habitar ciudades populosas; se reunieron, en efecto, muchos hoplitas, naves y caballos, además de una ingente cantidad de tropas de otras clases. Y a su vez los propios siracusanos, en comparación con todos los demás juntos, proporcionaron, puede decirse, un mayor número de fuerzas, tanto por la importancia de la ciudad como porque eran los que se hallaban en mayor peligro.

La última batalla en el Puerto Grande

Los siracusanos cierran la boca del puerto

59 Éstas fueron las ayudas que se reunieron en uno y otro bando, y en aquel momento ambos contendientes tenían consigo todas las suyas, y ya no les llegó ningún refuerzo más a ninguna de las dos partes.

2 Así pues, los siracusanos habían pensado [342] con toda razón que, después de la victoria obtenida en la batalla naval, sería para ellos una hermosa proeza hacer prisionero a todo el ejército ateniense, tan poderoso como era, y no dejarlo escapar por ninguna de las dos vías, ni por
3 mar ni por tierra. Cerraron, pues, de inmediato el Puerto Grande, cuya bocana es de unos ocho estadios [343], con trirremes, barcos mercantes y otras embarcaciones cruzadas

[342] Cf. *supra,* 56, 2. Un manuscrito, el B, añade *kaì hoi xýmmachoi,* «y sus aliados», detrás de «los siracusanos».

[343] La anchura de la boca desde el extremo sur de Ortigia hasta el islote del extremo de Plemirio es de 1,04 km. y hasta el saliente occidental de Plemirio (Cabo Farrugia) es de 1,24 km.

que hicieron anclar en el paso, y efectuaron los demás preparativos por si los atenienses todavía se atrevían a presentar batalla naval; y sus planes no fueron cosa de poca monta en ningún aspecto.

Consejo de los mandos atenienses ante el peligro. Planes de evacuación

Cuando los atenienses vieron el cierre 60
del puerto y se dieron cuenta de las restantes intenciones de los siracusanos, juz-
garon que era necesario deliberar. Y re- 2
unidos en consejo los estrategos y los taxiarcos [344], en vista de las dificultades presentes de todo tipo, y en especial ante el hecho de que en ese momento ya no tenían víveres (dado que, cuando estaban a punto de zarpar [345], habían mandado orden a Catana de que no se los siguieran enviando) y de que tampoco los tendrían en el futuro, a no ser que se hicieran con el dominio del mar, decidieron abandonar los muros de la parte alta [346] y, tras cerrar junto a las naves con un muro transversal el menor espacio imprescindible para albergar la impedimenta y los enfermos, poner allí una guarnición y con el resto de las tropas equipar todas las naves, tanto las que estuvieran en mejores condiciones para navegar como las que lo estuvieran menos, embarcando en ellas a todo el mundo; y a continuación, entablar una batalla naval decisiva; y si vencían, trasladarse a Catana, y si no, prender fuego a sus naves y retirarse por tierra en perfecto orden por el camino por el que fueran a encontrar cuanto

[344] Sobre los taxiarcos, oficiales subordinados a los estrategos, cf. *supra,* IV 4, 1, n. 21. Corresponderían a los comandantes de batallón de un ejército moderno.

[345] Cf. *supra,* 50, 3-4. Antes de que el eclipse de luna hiciera cambiar sus planes.

[346] Las fortificaciones de las Epípolas y, posiblemente, parte del doble muro entre la meseta y la costa.

antes el refugio de un lugar amigo, bárbaro o griego. Y una vez tomada esta resolución, se pusieron manos a la
3 obra. Descendieron con toda cautela desde los muros de la parte alta y equiparon todas las naves obligando a embarcar a todo aquel que, estando en edad militar, les pare-
4 cía de alguna utilidad [347]. De este modo se llegó a equipar un total de unas ciento diez naves [348], e hicieron subir a bordo muchos arqueros y lanzadores de jabalina acarnanios y de otros pueblos extranjeros, y se procuraron todo lo demás como fue posible, dentro de los límites de su estado de necesidad y con un plan como el previsto.
5 Luego, una vez que estuvo dispuesto casi todo, Nicias, viendo que los soldados estaban desanimados por haber sufrido, contra su costumbre, una grave derrota naval, y que, a causa de la escasez de víveres, querían afrontar el riesgo cuanto antes, los reunió a todos y comenzó por dirigirles una arenga en la que les habló de este modo:

Arenga de Nicias

61 «Soldados atenienses y aliados: la lucha que se avecina va a ser un desafío común, de cada uno de nosotros no menos que de nuestros enemigos, con idéntico envite para todos, la salvación y la patria; porque si ahora vencemos con las naves, cada uno tendrá la posibilidad de volver a ver su propia ciudad, don-

[347] Dado que los soldados y los miembros de las tripulaciones debían estar en edad militar (cf. *supra,* I 105, 4), esta precisión debe de referirse a los esclavos y acompañantes de la expedición (cf. *supra,* VI 31). Aquella situación crítica obligaba a ello.

[348] Dado que en la batalla anterior los atenienses habían utilizado ochenta y seis trirremes (cf. *supra,* 52, 1), de las que al menos habían perdido dieciocho (cf. *supra,* 53, 3), en esta ocasión emplearían todas las naves disponibles, incluso las que no estaban en las mejores condiciones.

dequiera que se encuentre [349]. No debéis desanimaros ni 2
hacer como aquellos que tienen menos experiencia, que, tras los fracasos de los primeros combates, se mantienen todo el tiempo en un estado de temerosa expectación en consonancia con las desgracias sufridas. Por el contrario, 3
todos los atenienses que estáis presentes, con experiencia ya de muchas guerras, y todos los aliados, que siempre nos habéis acompañado en nuestras expediciones, acordaos de las sorpresas que en las guerras desbaratan cualquier cálculo, y preparaos con la esperanza de que el apoyo de la suerte pueda estar de nuestro lado y con la idea de volver a combatir de un modo que sea digno de este numeroso ejército vuestro que tenéis ante vuestros ojos.

Todos los remedios en los que hemos apreciado efica- 62
cia, dada la estrechez del puerto, contra la aglomeración de naves que va a producirse, y contra las disposiciones que el enemigo ha tomado en los puentes de sus barcos, motivos por los que hemos sufrido daños en anteriores enfrentamientos, ahora también han sido puestos a punto [350] por nosotros, en la medida que lo permiten las circunstancias, después de estudiarlos con los pilotos. En efecto, 2

---

[349] Generalmente se entiende con valor local («la ciudad que en alguna parte tiene», «su propia ciudad, dondequiera que esté»). Algunos, sin embargo, dan al *poú* un valor irónico e interpretan: «de volver a ver la ciudad que es de suponer que tiene». Respecto a esta arenga (61-64) y a las siguientes (66-68 y 77), cf. R. Leimbach, *Militärische Musterrhetorik. Eine Untersuchung zu den Feldherrnreden des Thukydides*, Stuttgart, 1985, págs. 98-127.

[350] «También», es decir, que «han puesto a punto» todos los remedios, igual que el enemigo «ha tomado disposiciones». Estas disposiciones de los siracusanos, además de las reformas efectuadas en sus trirremes en función de su planteamiento táctico, se refieren al aumento de los efectivos dispuestos en los puentes. A ello responden los atenienses con preparativos similares.

subirán a bordo muchos arqueros y lanzadores de jabalina, y una multitud de hombres que no utilizaríamos en caso de reñir una verdadera batalla naval en mar abierto debido al estorbo que ello supondría, a causa de la sobrecarga de las naves, para la eficiencia de nuestra ciencia naval; pero en la batalla de infantería que aquí nos veremos obligados a librar a bordo de las naves, estos hombres
3 constituirán un ventajoso refuerzo [351]. Hemos hallado, además, todo lo necesario para dar adecuada respuesta con nuestras naves a las innovaciones de las suyas; y en particular contra el grosor de sus serviolas, el dispositivo que más daños nos ha causado, hemos ideado el lanzamiento de garfios de hierro [352], que impedirán el retroceso de la nave que embista si las tropas de a bordo cumplen en se-
4 guida su cometido. A esta situación extrema de tener que librar una batalla de infantería a bordo de las naves nos vemos, pues, obligados, y no nos interesa ciar ni permitir que los enemigos lo hagan, tanto más cuanto que la costa nos es hostil, salvo en el tramo que ocupan nuestras tropas de tierra.

63 Acordándoos de eso, es preciso que luchéis con denuedo y hasta el límite de vuestras fuerzas, y que no os dejéis empujar hacia la costa, sino que, cuando una nave aborde

---

[351] Se trataba, pues, como se dice en los párrafos 2 y 4, de «reñir una batalla de infantería a bordo de las naves», «una batalla de tierra desde las naves» (cf. asimismo *infra,* 63, 2; 67, 2-3); para ello adoptaban una táctica que ahora se planteaba como una innovación, pero que en realidad era anticuada (cf. *supra,* I 49, 1-3, n. 289; II 83, 1-3, n. 546), una táctica que no convenía a los atenienses (cf. *supra,* II 89, 8), que de este modo tenían que renunciar a las ventajas derivadas de su mayor experiencia naval.

[352] Respecto a estos garfios de hierro *(kheìr sidērâ:* «mano de hierro»), contra los que los siracusanos idearán una medida para neutralizarlos (cf. *infra,* 65, 1-2), cf. *supra,* IV 25, 4, n. 120.

a otra nave, no consintáis en separaros antes de haber echado por la borda a los hoplitas del puente enemigo. Estas 2
exhortaciones las dirijo a los hoplitas no menos que a los marineros, por cuanto ese cometido compete más bien a los de arriba; y hasta ahora por lo menos contamos con la ventaja de ser superiores en la mayor parte de los combates de infantería [353]. Y a los marineros les recomiendo, 3
y al mismo tiempo les suplico [354], que no estén excesivamente intimidados por el recuerdo de los anteriores reveses, ya que ahora cuentan con mejores disposiciones en los puentes y con mayor número de naves; que asimismo tengan presente en su ánimo que merece la pena preservar aquel sentimiento de placer experimentado por los que, al ser considerados atenienses [355] aun sin serlo, habéis sido ad-

[353] Apreciación excesivamente optimista aunque pueda encontrar algún apoyo como el del combate descrito en VII 53, 2-3.

[354] Respecto a la expresión, cf. Platón, *Carta* VII 338b.

[355] Ciudadanos atenienses. De este pasaje parece desprenderse que en estas tripulaciones de remeros de las trirremes atenienses de Sicilia había un importante componente formado por elementos que, sin tener la ciudadanía, eran cultural y lingüísticamente atenienses. Respecto a su composición, se ha pensado en algunos pasajes relativos a la presencia de *xénoi* (extranjeros-aliados) en la flota ateniense (cf. *supra,* I 121, 3, n. 763; 143, 1, n. 922), aunque, por lo que se dice a continuación en este mismo capítulo sobre el temor que inspiraban a los súbditos, parece mejor pensar en mercenarios reclutados en las ciudades del Imperio, o, sobre todo, entre extranjeros de estados no incluidos en el Imperio. En este sentido, recuérdese la afirmación de un orador corintio en I 121, 3, de que «la potencia de Atenas es más mercenaria que propia». Y a la luz de este pasaje, en el que se destaca su afinidad con los atenienses y su familiaridad con la lengua y las costumbres áticas, parece lógico pensar, al menos en buena parte, en los extranjeros residentes en Atenas, los metecos (cf. *supra,* I 143, 1; S. Hornblower, *Thucydides,* Londres, 1987, pág. 98), que debían de ser los más próximos al modo de vida ateniense y más seguros que los mercenarios (cf. C. González Román, «Los metecos atenienses: un punto de vista sobre las clases sociales en

mirados por toda Grecia por vuestro conocimiento de nuestra lengua y por vuestra imitación de nuestras costumbres, vosotros, que habéis participado no menos que nosotros en las ventajas de nuestro imperio, tanto en lo relativo al respeto inspirado a nuestros súbditos como en lo referente al hecho, mucho más importante, de no veros sometidos
4 a la injusticia. Por tanto, dado que sois los únicos en estar libremente asociados a nuestro imperio, actuad ahora de acuerdo con la justicia y no lo traicionéis. Llenos de desprecio, en cambio, por los corintios, a quienes habéis vencido muchas veces, y por los siciliotas, de los que ninguno se atrevió a enfrentarse a vosotros cuando nuestra flota se hallaba en todo su esplendor [356], rechazadlos y demostradles que, pese a la situación de debilidad y a los reveses, vuestra ciencia sigue siendo superior a la fuerza de los contrarios favorecida por la fortuna.

64 Y a los que de vosotros sois atenienses [357] aún debo recordaros otra cosa: que no dejasteis en los arsenales [358]

---

la Antigua Atenas», en *Clases y luchas de clases en la Grecia Antigua,* Madrid, 1977, pág. 139). De todas formas, los distintos elementos no ciudadanos de aquellas tripulaciones, cualquiera que fuera su origen, debían de gozar de una cierta consideración de atenienses por el mero hecho de servir en la flota. Sobre el tema de la composición de las tripulaciones de la flota ateniense, cf. M. Amit, «The Sailors or the Athenian Fleet», *Athenaeum* 40 (1962), 157-178, y *Athens and the Sea,* Bruselas, 1965, págs. 30-49, que defiende una composición habitual de ciudadanos (tetes, zeugitas) y metecos, y en una proporción mucho mayor a la de los posibles mercenarios y esclavos; R. Meiggs, *The Athenian Empire,* Oxford, 1972, págs. 439-441, con un comentario sobre este pasaje. Cf. asimismo *supra,* III 16, 1; VI 31, 3. Eran los «marines» del poder imperial de Atenas: cf. I. F. Stone, *El juicio de Sócrates,* Madrid, 1988, pág. 158.

[356] Cf. *supra,* 12, 3; 14, 1.

[357] Hoplitas y marinos de ciudadanía ateniense.

[358] Los *neōsoíkoi,* los «arsenales» de Atenas.

otras naves como éstas, ni jóvenes en edad de servir como hoplitas, y que, si obtenemos un resultado distinto a la victoria, nuestros enemigos de aquí se harán inmediatamente a la mar contra Atenas, y los nuestros que quedaron allí no serán capaces de defenderse de los enemigos de allí ni de los que desde aquí irán contra ellos. Y en este caso vosotros quedaríais de inmediato en manos de los siracusanos —contra los que sabéis bien con qué propósito vinisteis— [359], mientras que los de allí quedarían en las de los lacedemonios. Así que, empeñados en esta lucha 2
única por una doble causa, manteneos firmes más que nunca y tened presente, cada uno individualmente y todos en conjunto, que aquellos de vosotros que ahora vayan a estar en las naves son para los atenienses su infantería y su flota, lo que queda de la ciudad y el gran nombre de Atenas [360], y ante tal envite, si alguien supera a otro por sus conocimientos o por su valor, no hallará una ocasión mejor que ésta para demostrar sus cualidades, siendo útil a sus propios intereses a la vez que salvador de la comunidad».

Preparativos siracusanos

Después de pronunciar esta arenga, 65
Nicias dio inmediatamente la orden de subir a las naves. Por su parte, a Gilipo y a los siracusanos, al ver las disposiciones del enemigo, les era posible darse cuenta de que los atenienses iban a presentar batalla por mar; y habían recibido informes, además, que les adver-

[359] Respecto al objetivo oficialmente declarado, cf. *supra,* VI 8, 2. Sobre la intención, no oficial, de someter a Sicilia, que se deduce de otros pasajes, cf. *supra,* VI 1, 1; 6, 1; 15, 2; 90, 2. En cuanto a la opinión de los siracusanos a este respecto, cf. *infra,* 68, 2.

[360] La situación recuerda a la de Salamina. La suerte de Atenas está en manos de la flota, pero aquí es otro el espíritu de las tripulaciones.

tían respecto al lanzamiento de garfios de hierro; así que se equiparon contra las demás medidas del enemigo, de la manera que cada una requería, y también contra ésta.
2 Cubrieron con pieles las proas y las partes superiores de las naves en una gran extensión, a fin de que los garfios
3 resbalaran sin hacer presa al ser lanzados. Y cuando todo estuvo dispuesto, los generales siracusanos y Gilipo exhortaron a sus hombres hablándoles de esta manera [361]:

Arenga a los siracusanos

66 «Que vuestras empresas anteriores son gloriosas y que será glorioso el futuro por el que se va a entablar la lucha, me parece, siracusanos y aliados, que los más de vosotros ya lo sabéis (pues de otro modo no os hubierais ocupado de ello con tanto empeño), pero si alguno no se ha dado cuenta en la medida que conviene, se lo vamos a explicar.

2 A los atenienses, que vinieron a esta tierra con vistas al sometimiento de Sicilia primero, y luego, si tenían éxito, del Peloponeso y el resto de Grecia [362], poseedores ya del mayor imperio que un pueblo griego haya tenido en el pasado y en el presente, vosotros, los primeros en hacerles frente con la flota, el arma con la que han efectuado todas sus conquistas, ya los habéis vencido en las pasadas batallas navales, y en ésta de ahora es natural que también
3 obtengáis la victoria. Porque cuando los hombres se sienten frustrados en aquello en que pretenden ser superiores, la opinión que les queda de sí mismos es más pobre de lo

[361] Podemos pensar en un discurso pronunciado por un representante, al que Tucídides no nombra, o en que este discurso sea una composición del historiador basada en diversas alocuciones. En todo caso, no hay por qué pensar en Gilipo como portavoz; el espíritu es sobre todo siracusano (cf. *infra,* 68, 2).

[362] Cf. *supra,* VI 90, 3.

que sería si al principio no se hubieran considerado superiores; y como sufren un fracaso que defrauda las esperanzas fundadas en su presunción, se abandonan de una forma que no guarda proporción con la capacidad de su fuerza; y es también natural que ahora les ocurra esto a los atenienses.

Para nosotros, en cambio, nuestro potencial primero, 67
con el que afrontamos el riesgo a pesar de ser todavía unos inexpertos, ahora se halla consolidado y, al habérsele sumado la creencia de que somos los más fuertes, ya que hemos vencido a los más fuertes, se ha doblado la esperanza de cada uno; y en las empresas, por lo general, la mayor esperanza produce el mayor celo.

En cuanto a la imitación de nuestras disposiciones 2
efectuada por el enemigo, sus contramedidas resultan familiares a nuestra forma de combatir y en ningún caso nos cogerán desprevenidos. Ellos, en cambio, cuando haya muchos hoplitas en los puentes, en contra de su costumbre, y se encuentren a bordo muchos lanzadores de jabalina, acarnanios y otros animales de tierra [363], permítase la expresión, gente que ni siquiera sabrá encontrar la posición correcta para lanzar los dardos, ¿cómo van a evitar la ruina de sus naves y el barullo general de unos chocando con los otros al no poder moverse en su forma habitual?

---

[363] El término *chersaîoi* no se refiere normalmente a seres humanos, sino que se suele usar oponiendo los animales de tierra a los marinos y alados (cf. Heródoto, II 123, 2; IV 192; VII 119; Plutarco, *Timoleón* 43a; Aristóteles, *Historia de los animales* 505b9, etc.). Pero en algún caso también lo encontramos referido, por extensión, a seres humanos (cf. Eurípides, *Andrómaca* 458, donde se opone un peón de tierra a un marinero), o a sus obras o actividades, como ciudades o viajes. Aquí tiene un sentido de desprecio, equivalente o similar al de nuestras expresiones «marinero de agua dulce» o «gente de secano», «palurdo», etc.

3 Y desde luego no van a sacar ningún provecho del número de sus naves, si es que alguno de vosotros abriga este temor de que no va a combatir con una flota numéricamente igual; porque, al ser muchas en poco espacio, serán más lentas para maniobrar a voluntad y muy fáciles de ser da-
4 ñadas por las disposiciones que hemos tomado. Pero la pura verdad [364] la tenéis que conocer a partir de los informes que nosotros creemos haber obtenido de buena fuente. En medio de males que rebasan todos los límites y forzados por su presente situación sin salida, han caído en la locura de jugarse el todo por el todo, de la manera que sea, confiando menos en sus disposiciones que en la fortuna, con el fin de forzar la salida de sus naves o, tras este intento, efectuar la retirada por tierra, convencidos de que no podrían encontrarse en una situación peor que la presente.

68 Marchemos, pues, con ira contra tal desbarajuste y contra esa fortuna de nuestros enemigos más acérrimos que se ha puesto en nuestras manos, y pensemos que es absolutamente legítimo que, frente a un adversario, se considere justo aplacar la indignación del ánimo con el escarmiento del agresor, y también que rechazar al enemigo, como vamos a conseguir, es, según se dice, el más dulce de los
2 placeres. Y que son nuestros enemigos, e incluso nuestros peores enemigos, todos lo sabéis, pues vinieron contra nuestra tierra para esclavizarla, y si en ello hubieran tenido éxito, hubieran infligido a los hombres el trato más duro, a los niños y a las mujeres el más ignominioso, y a toda

[364] Frente a lo que precedía, que eran especulaciones y pronósticos, ahora el orador pasa a «la verdad más cierta» y hace constar un hecho, la desesperada decisión ateniense de retirarse.

la ciudad el título más vergonzoso[365]. Por todo eso, 3
conviene que nadie se ablande y que no se considere ganancia una retirada suya sin riesgos por nuestra parte; pues la van a tener que emprender de todos modos, incluso si se hacen con esta victoria. Pero si la acción se lleva a cabo, como es natural, de acuerdo con nuestros deseos[366], si el enemigo es castigado y a Sicilia entera le devolvemos consolidada la libertad que antes ya disfrutaba, nuestra lucha será una gesta gloriosa. Y entre todos los riesgos que pueden correrse, los más raros son aquellos que, como los presentes, causan el menor daño después de un fracaso y el mayor beneficio en caso de éxito».

Últimas exhortaciones de Nicias. La flota leva anclas

Después de exhortar también ellos a 69
sus soldados con esta arenga, los generales siracusanos y Gilipo dieron orden de subir a las naves tan pronto como se percataron de que los atenienses lo hacían.
Nicias, espantado por la situación y viendo qué grave 2
era el peligro y qué cerca se hallaba ya, puesto que estaban prácticamente a punto de hacerse a la mar, pensando, como les suele ocurrir a los comandantes en los combates decisivos, que en el terreno de los hechos todavía lo tenían

---

[365] Como había ocurrido en Escione (cf. *supra,* V 32, 1) y en Melos (cf. *supra,* V 116, 4), los hombres serían asesinados, las mujeres y los niños pasarían a ser esclavos y la ciudad sería entregada a otros. A los generales siracusanos les interesaba pintar un futuro sombrío para excitar a sus hombres, pero en otros pasajes de Tucídides no hay ninguna sugerencia de que el plan ateniense respecto a Siracusa fuera la matanza y la esclavitud. Sobre ello, cf. asimismo Diodoro, XIII 2, 6, quien se refiere a una decisión secreta. Respecto al «título más vergonzoso» *(aischístē epíklēsis),* es probable que fuera el de *anástatos pólis,* «ciudad asolada» o «ciudad despoblada» (cf. *supra,* VI 76, 2), o tal vez el de esclava o vasalla de Atenas, según reza el escolio.

[366] Cf. *supra,* 66, 2.

todo por completar y que en lo tocante a las palabras tampoco se habían explicado suficientemente, de nuevo se dirigió a cada uno de los trierarcos en una exhortación individual, llamándolos por el nombre de su padre, por el suyo y por el de su tribu [367], y pidiendo al que disfrutaba de algún lustre personal que no se traicionara a sí mismo, y al que contaba con antepasados ilustres que no oscureciera las virtudes de sus mayores, al mismo tiempo que les evocaba su patria, la tierra más libre de todas, y la independencia sin imposiciones de que todos gozaban en su vida diaria [368]; y les añadía todas las demás exhortacio-

---

[367] El uso del patronímico era normal, y a los trierarcos, pertenecientes por lo general a grandes familias, la evocación del nombre del padre les solía poner ante recuerdos gloriosos. En cuanto al nombre de la tribu, su uso en lugar del nombre del demo se explica por el hecho de que los demos no solían tener tradiciones marciales (salvo en algún caso como el de Acarnas), mientras que las tribus tenían como epónimos a héroes, que eran un paradigma de valor; por otra parte, el ejército ateniense estaba estructurado a partir de la organización tribal (cf. *supra*, II 34, 3, n. 261; VI 98, 4), por lo que el nombre de la tribu despertaba más el sentimiento de camaradería. Nicias recurre, pues, para halagar a sus hombres, al antiguo procedimiento de demostrarles un gran interés por sus cosas y un perfecto conocimiento de sus nombres, el procedimiento para el que en Roma se utilizaría a unos esclavos especializados, los *nomenclatores*. En cuanto al pasaje y al encadenamiento de causas, cf. M. Trédé, «Les causes multiples et l'organisation de la période chez Thucydide», en *Actes du IX^e Congrès, Rome 13-18 avril 1973*, Paris, 1975, tomo I, págs. 166-176, esp. 168.

[368] Otra evocación de la organización liberal de la sociedad ateniense, ahora en un momento patético. Véase un pasaje del discurso fúnebre de Pericles: II 37, 1-3. Respecto a estos pasajes, cf. H. R. Rawlings, *The Structure of Thucydides' History*, Princeton, 1981, págs. 154-161; D. Lateiner, «Nicias' Inadequate Encouragement (Thucydides 7.69.2)», *Classical Philology* 80 (1985), 201-213; S. Flory, «The Meaning of τὸ μὴ μυθῶδες (I.22.4) and the usefulness of Thucydides' History», *Classical Journal* 85 (1990), 209-210.

nes que en circunstancias críticas como aquélla los hombres no dirían si se cuidaran de no causar la impresión de decir lo que siempre se ha dicho —los tópicos repetidos de modo semejante en todas las ocasiones respecto a mujeres, niños y dioses patrios—, pero que, a pesar de todo, pronuncian a voces por considerarlas útiles ante el terror del momento.

Cuando juzgó que esas exhortaciones habían sido, si 3
no las suficientes, sí las indispensables, Nicias se retiró y condujo las tropas de tierra junto al mar, donde las desplegó ocupando el mayor tramo de costa que pudo, para contribuir con ello a elevar todo lo posible la moral de los hombres que estaban a bordo de las naves. Por su 4
parte, Demóstenes, Menandro y Eutidemo (éstos eran los que habían embarcado como estrategos en las naves atenienses) [369] zarparon de su campamento y enfilaron hacia la barrera del puerto y el paso que se había dejado [370], con el propósito de forzar la salida.

La gran batalla en el puerto

Pero los siracusanos y sus aliados ha- 70
bían zarpado antes con un número de naves semejante al de la vez anterior [371] y hacían la guardia junto a la salida, con una parte de ellas, y en el resto del puerto, formando un círculo, para poder abalanzarse a la vez sobre los atenienses desde todos los lados; y al mismo tiem-

---

[369] Cf. *supra,* 16, 1.

[370] Cf. *supra,* 59, 3. La barrera *(zeûgma)* era la cadena de embarcaciones en la boca del Puerto Grande descrita en aquel pasaje, donde no se nos decía nada del paso, paso sin duda necesario para el propio tráfico siracusano y para su conexión con el Puerto Pequeño. Esta salida se cerraría con cadenas (cf. *infra,* 70, 3).

[371] Setenta y cuatro según Diodoro, XIII 14, 4; en la batalla anterior habían sido setenta y seis trirremes (cf. *supra,* 52, 1).

po sus tropas de tierra tomaban posiciones para prestar su ayuda en los sitios donde arribaran las naves. Estaban al mando de la flota siracusana Sicano y Agatarco [372], cada uno al frente de una de las dos alas, mientras que Pitén y los corintios ocupaban el centro.

2 Cuando los primeros atenienses [373] llegaron a la barrera, iniciaron el ataque y con el primer impulso que llevaban vencieron a las naves alineadas frente a ella y trataron de romper las cadenas [374]; pero después de esto, cuando los siracusanos y sus aliados se lanzaron contra ellos desde todos los lados, la batalla ya no se desarrolló sólo frente a la barrera, sino que se extendió por todo el puerto, y fue de una violencia sin parangón con ninguna de
3 las precedentes. Grande era en uno y otro bando el ardor de los remeros en lanzar sus naves al ataque cuando se les daba la orden, y grande la habilidad de los pilotos en responder a las maniobras enemigas, y la rivalidad entre unos y otros; y la infantería de a bordo, cuando una nave abordaba a otra, se cuidaba de que la actividad desplegada en cubierta no desmereciera de la habilidad de los otros; en una palabra, todo el mundo se afanaba en mostrarse el primero en el desempeño del cometido que se había
4 asignado a cada uno. Y al encontrarse muchas naves en un espacio pequeño (ésta fue, en efecto, la batalla en que el mayor número de naves combatió en el espacio más

---

372 Sobre estos personajes, cf. *supra,* VI 104, 1; VII 25, 1; 46; 52, 2.

373 El texto griego dice *hoi álloi Athēnaîoi,* «los otros atenienses», refiriéndose sin duda a los primeros atenienses que entraron en contacto con el enemigo, para distinguirlos del resto de la flota, atacada en seguida desde todas partes.

374 Los «cierres» *(klḗseis)* serían las cadenas que unirían las embarcaciones de la barrera y que cerrarían la salida. Cf. *supra,* 59, 3; 69, 4; DIODORO, XIV 14, 2.

reducido, pues sumadas las de los dos bandos faltaba poco
para llegar a las doscientas)[375], fueron escasas las manio-
bras de embestida[376], debido a que no era posible ciar
ni efectuar la penetración a través de la línea enemiga; fue-
ron, en cambio, muy frecuentes los choques fortuitos en
los que una nave topaba con otra al intentar huir o cuando
iba a abordar a una tercera. En tanto que una nave 5
avanzaba para abordar a otra, los hombres de los puentes
de la nave enemiga lanzaban contra ella dardos, flechas
y piedras en gran cantidad; y cuando se producía el en-
cuentro, la infantería iba al cuerpo a cuerpo y trataba de
saltar al abordaje a la nave de los otros. A causa de la 6
falta de espacio, ocurría con frecuencia que, mientras se
abordaba a otros, se era a la vez abordado, y que dos,
y a veces más naves, se quedaban enganchadas a una sola
sin poder evitarlo; y los pilotos se veían obligados por una
parte a la defensa y por otra al ataque, y no en un solo
punto cada vez, sino en diversos sitios y frente a ataques
simultáneos desde todas partes; y el enorme fragor produ-
cido por las muchas naves que se encontraban era causa,
al mismo tiempo, del espanto de las tripulaciones, y de
la imposibilidad de oír las órdenes que a voces daban los
cómitres. Incesantes fueron las exhortaciones y los gritos 7
que en uno y otro bando profirieron los cómitres, tanto

---

[375] Es la suma de las 110 naves atenienses (cf. *supra,* 60, 4) y de las setenta y tantas siracusanas (cf. *supra,* párrafo 1).

[376] Las acometidas con el espolón por los flancos y la popa. Cf. *supra,* I 49, 3, n. 292; II 83 ss.; 89, 8; 91, 3; VII 36, 4. Respecto a la maniobra de «ciar», recuérdese el comentario del escoliasta a I 50, 5; se remaba para que la nave retrocediera sin girar, a fin de no evidenciar que se daba a la fuga (cf. asimismo I 51, 1; 54, 2; III 78, 2; VII 36, 4; 40, 1); era un movimiento similar al de la infantería cuando se retiraba paso a paso (cf. JENOFONTE, *Anábasis* V 2, 32).

por exigencias de su oficio como por el afán de victoria del momento; a los atenienses les decían a voz en grito que debían forzar la salida y que ahora era la ocasión, si habían de hacerlo alguna vez, de esforzarse con todo ardor por alcanzar la salvación regresando a su patria; y a los siracusanos y sus aliados, que sería una gesta gloriosa impedir que el enemigo escapara y engrandecer así con la
8 victoria la patria de cada uno. Del mismo modo, los estrategos de una y otra parte, si veían alguna nave que ciaba sin verse obligada a ello, llamaban por su nombre al trierarco y le preguntaban, en el caso ateniense, si se retiraban por pensar que aquella tierra encarnizadamente hostil les era más familiar que el mar adquirido con no poco esfuerzo [377]; y, por parte siracusana, si ante aquellos atenienses, que, como sabían muy bien, estaban ansiosos por escapar de cualquier manera, iban ellos a huir cuando los otros estaban huyendo.

Las tropas de tierra contemplan la batalla naval. El descalabro ateniense

71 Entre tanto, la infantería de ambos bandos que desde tierra contemplaba la batalla naval, mientras la suerte de ésta se mantenía indecisa, se hallaba sometida a una ansiedad y tensión anímica grandes; la del lugar en su afán por un éxito aún mayor, y los invasores por su temor a una suerte toda-
2 vía peor que la presente. Como todas las esperanzas de los atenienses estaban puestas en sus naves, su miedo por el futuro era indescriptible, y a causa de la variabilidad de la batalla naval, también se veían obligados a tener una

[377] *Tês ou di'olígou pónou kektēménēs thalássēs.* Sin el *pónou* (que se apoya en el Manuscrito B, en Dionisio y en los escolios, pero que falta en los otros códices), el sentido sería «poseído durante tanto tiempo». Sobre la posesión ateniense del mar, cf. *supra,* I 143, 4-5; II 13, 2; 62, 2.

visión variable desde tierra [378]. Al contemplarse la escena 3
desde cerca y no fijarse todos a la vez en el mismo punto, si algunos veían que los suyos vencían en alguna parte, cobraban ánimos y dirigían su invocación a los dioses para que no los privaran de la salvación; aquellos, en cambio, que miraban a un lugar en el que eran vencidos prorrumpían en lamentos acompañados de gritos y a la vista de lo que ocurría incluso tenían el ánimo más abatido que los que intervenían en la acción; otros, en fin, que dirigían su mirada hacia algún punto de la batalla naval donde las fuerzas estaban equilibradas, ante lo prolongado de aquella indecisa lucha, manifestaban con los movimientos de sus cuerpos, atenazados por el miedo, las mismas fluctuaciones de su espíritu y pasaban por un trance terrible, pues continuamente se veían a punto de escapar o a punto de
estar perdidos. En el mismo ejército ateniense, mientras 4
la batalla se mantuvo igualada, se pudo oír de todo al mismo tiempo, lamentos, gritos, manifestaciones de victoria o de derrota, y todas las demás exclamaciones de diversa índole que un gran ejército en una situación de grave peligro puede verse obligado a proferir.

Semejantes eran los sentimientos que experimentaban 5
los hombres a bordo de las naves, hasta que los siracusanos y sus aliados, tras alargarse la batalla durante mucho tiempo, pusieron en fuga a los atenienses y, lanzándose sobre ellos de una forma espectacular, en medio de exhortaciones y de un tremendo griterío, los persiguieron hasta
tierra. Entonces las tropas navales, las que no habían sido 6
apresadas en el mar, tras ser empujadas en diversas direc-

---

[378] Texto problemático; seguimos a A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *A historical commentary...*, vol. IV, págs. 448-449. Cf. WÖLFFLIN, *Hermes* 17 (1982), 176.

ciones, fueron a parar al campamento; y en las tropas de tierra ya no hubo más diferencias [379], sino que todos, en un impulso unánime, con lamentos y gemidos y sin poder soportar lo sucedido, se pusieron en movimiento, unos en auxilio de las naves, otros hacia lo que quedaba de los muros, para montar allí la guardia, y otros, en fin, y eran la mayor parte, ya no miraban más que por sí mismos
7 y por cómo podrían salvarse. El pánico que en aquel momento se produjo no fue inferior a ninguno de los habidos en cualquier otra ocasión. La suerte que sufrían era similar a la que ellos mismos habían provocado en Pilos [380] cuando, al ser destruidas sus naves, los lacedemonios habían perdido a sus hombres desembarcados en la isla; y ahora, de modo semejante, no les quedaba a los atenienses ninguna esperanza de salvarse por tierra, a no ser que ocurriera algún acontecimiento extraordinario.

Después de la batalla

Los atenienses deciden retirarse por tierra

72 Después de reñir esta violenta batalla naval en la que unos y otros perdieron muchas naves y hombres, los siracusanos y sus aliados, que habían obtenido la victoria, recogieron los pecios y los muertos,
2 y luego hicieron rumbo a la ciudad y erigieron un trofeo. Los atenienses, en cambio, ante la magnitud de sus infor-

[379] Las diferentes reacciones, sentimientos o puntos de vista a los que se refieren los párrafos 3 y 4.

[380] Cf. *supra,* IV 14-15; IV 33 ss. y sus ecos en VII 70, 5; 71, 4. Sobre las similitudes entre la gran batalla naval de Siracusa y las acciones de Pilos, cf. W. R. Connor, *ob. cit.,* pág. 197.

tunios, ni siquiera pensaron en pedir permiso para recoger
los muertos y los pecios [381], sino que decidieron empren-
der la retirada en seguida, en el curso de aquella misma
noche. Pero Demóstenes habló a Nicias y le propuso la 3
idea de equipar una vez más las naves que les quedaban
y forzar, si les era posible, la salida del puerto al amane-
cer, argumentando que el número de naves útiles que con-
servaban era todavía superior al del enemigo. A los ate-
nienses, en efecto, les quedaban unos sesenta barcos, mien-
tras que los de sus adversarios no llegaban a cincuenta [382].
Sin embargo, aunque Nicias estuvo de acuerdo con la 4
propuesta y ambos trataron de equipar las naves, los mari-
neros no quisieron embarcar [383] debido a que estaban cons-
ternados por la derrota y no creían ya en la posibilidad
de vencer. Y desde ese momento todos fueron del parecer
de efectuar la retirada por tierra.

[381] La renuncia al levantamiento de los muertos, un deber religioso cuya infracción era considerada una falta muy grave, es muy significativa respecto a la gravedad de la situación que siguió inmediatamente a la batalla. Ha de recordarse el cuidado con que los atenienses (y en especial un hombre tan religioso como Nicias) cumplían con esta obligación: cf. *supra,* IV 44, 5-6, nn. 237 y 238.

[382] Los atenienses habían perdido, pues, cincuenta naves, y los siracusanos unas treinta. Cf. *supra,* 60, 4, n. 348; 70, 1, n. 371.

[383] Esta negativa de las tropas resulta particularmente trágica a la vista de lo que se dice en VII 73, 2, pues es muy probable que el plan de Demóstenes hubiera tenido éxito. En esta ocasión, en la que Nicias, por fin, no se había opuesto como otras veces, la idea de Demóstenes se encontró con la desesperación de los soldados, desesperación extrema que explica aquel inusitado y grave acto de indisciplina.

Estratagema de Hermócrates para retrasar la retirada

73 Pero el siracusano Hermócrates [384], adivinando su propósito y considerando el peligro de que un ejército tan importante, tras retirarse por tierra y establecerse en algún lugar de Sicilia, quisiera hacerles de nuevo la guerra, se dirigió a los que tenían el mando [385] y les explicó —exponiéndoles las consideraciones que él mismo se hacía— que no se debía consentir que el enemigo se retirara aquella noche, y que era preciso que todos los siracusanos y sus aliados salieran de inme-

---

[384] En este momento ya no tenía el mando de tropas como general: cf. *supra,* VI 103, 4. Sobre el personaje, cf. *supra,* IV 58, n. 317, etc. Este Hermócrates, alma de la defensa siracusana y principal artífice de la victoria, no escaparía al trágico destino de algunos grandes personajes que fueron víctimas de oscuras pasiones políticas; luego sería acusado de traición y desterrado, y al final encontraría la muerte en la plaza de Siracusa, cuando intentaba regresar a su patria. Fue un personaje histórico (del que, además de Tucídides, nos hablan Jenofonte, Timeo de Tauromenio, Polibio, Diodoro y Plutarco, y que aparece en el *Timeo* y el *Critias* de Platón) que alcanzó una dimensión heroica y se acabó convirtiendo en un «personaje histórico sin cronología» apareciendo como personaje de novela en una obra como el *Quéreas y Calírroe* de Caritón de Afrodisias. Cf. CARITÓN DE AFRODISIAS, *Quéreas y Calírroe,* trad. y notas de J. MENDOZA, introd. de C. GARCÍA GUAL, Madrid, B.C.G., 1979; y el reciente artículo de A. BILLAULT, «De l'histoire au roman: Hermocrate de Syracuse», *Revue des Études Grecques* 102 (1989), 540-548. Es una figura elogiada en diversas ocasiones por Tucídides, que destaca sus cualidades tanto políticas como militares: brillante orador y defensor de la unidad siciliota, en IV 59-64; audaz a la hora de elaborar planes de guerra, en VI 33-34; capaz de infundir confianza, en VI 72-73; hábil orador y político, en VI 76-80; de nuevo audaz, en VII 21, 3-4; y astuto estratega en este pasaje. Cf. F. T. HINRICHS, «Hermokrates bei Thukydides», *Hermes* 109 (1981), 46-59.

[385] *Toîs en télei oûsin,* «los que tenían el poder o el mando», «las autoridades o cargos públicos»; el valor de *hoi en télei* depende del contexto y en este caso se refiere sin duda a los generales y jefes militares.

diato para levantar barricadas en los caminos y guardar los desfiladeros tras haberse anticipado a ocuparlos [386]. Ellos eran de esa misma opinión tanto como él, y creían 2
que había que actuar de aquella manera, pero también pensaban que los hombres, en su entusiasmo por acabar de salir de una gran batalla y dándose la coincidencia de que era fiesta (pues aquel día se daba la circunstancia de que celebraban una fiesta con sacrificios en honor de Heracles), no estarían fácilmente dispuestos a acatar sus órdenes, porque, a causa de la extraordinaria alegría de la victoria, la mayor parte se había dado a la bebida durante la fiesta, y los jefes esperaban que les obedecerían en cualquier cosa antes que en tomar las armas en aquel momento y salir de la ciudad [387]. Y como, al hacerse esas reflexio- 3
nes, los jefes no veían ninguna posibilidad de actuar, y Hermócrates ya no conseguía convencerlos, en esas circunstancias maquinó la siguiente estratagema, temeroso de que los atenienses se anticiparan pasando tranquilamente durante la noche a través de los lugares más difíciles. Envió a algunos de sus amigos en compañía de unos jinetes [388] al campamento ateniense cuando estaba oscureciendo; éstos avanzaron hasta llegar a una distancia desde donde podían ser oídos, llamaron a algunas personas haciéndose pasar por amigos de los atenienses (Nicias tenía de hecho algunos confidentes que le informaban de lo que ocurría

---

386 Texto discutido. Aceptamos el *prodialabóntas* de Jones.

387 Se ha observado que era tan recalcitrante el ejército siracusano en la victoria como el ateniense en la derrota.

388 Texto también discutido que es posible aceptar sin correcciones. Los jinetes irían como escolta de los amigos personales de Hermócrates, cuya autoridad le permitiría disponer de ellos a pesar de no tener entonces el mando.

en el interior de la ciudad)[389] y les pidieron que dijeran a Nicias que no retirara el ejército durante la noche, pues los siracusanos vigilaban los caminos, sino que emprendiera la retirada de día después de prepararse con tranquili-
4 dad. Después de decir esto, se volvieron, y los que escucharon el mensaje se lo comunicaron a los estrategos atenienses[390].

Preparativos para la retirada y anticipación siracusana

74 Los estrategos, haciendo caso de la advertencia, suspendieron la marcha por aquella noche, sin caer en la cuenta de que era un engaño[391]. Y dado que, a pesar de todo[392], no habían conseguido partir inmediatamente, decidieron quedarse también el día siguiente, a fin de que los soldados se prepararan para marchar con las cosas más útiles, en la medida de lo posible, y, tras abandonar todo lo demás, emprender la marcha

[389] Cf. *supra,* 48, 2; 49, 1.

[390] No era posible cometer más errores; después de desaprovechar la ocasión de emprender la retirada mientras el enemigo estaba ocupado en la fiesta, ahora prestaban oídos a unos mensajeros dudosos y, por si fuera poco, aún retrasarían un día más la partida.

[391] Los mismos atenienses habían recurrido a una estratagema similar (cf. *supra,* VI 64, 2 ss.); es extraño que ahora no concibieran ninguna sospecha. Plutarco, *Nicias* 26, responsabiliza a Nicias de la imprudencia. Sobre el juicio negativo de Plutarco respecto a Nicias y sobre la figura de este ateniense en Filisto, Timeo y la tradición historiográfica siracusana, cf. L. Piccirilli, «Nicia in Filisto e in Timeo», *Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica* 118 (1990), 385-390, donde se encontrará más bibliografía relativa a la visión de este personaje en Tucídides y otros autores.

[392] A pesar de que las circunstancias parecían llevar a una partida inmediata y a pesar de que había sido ésta su primera intención. Debieron de pensar esto en la noche del primer día (el día de la batalla), se quedarían luego durante el segundo día, y emprenderían la retirada al tercer día.

llevándose sólo lo necesario para su subsistencia personal. Pero, entre tanto, los siracusanos y Gilipo se les anticipa- 2
ron a salir con sus tropas de tierra, y cerraron los caminos de la región por la que era previsible que pasaran los atenienses, montaron guardia en los vados de los torrentes y los ríos y tomaron posiciones a la espera del ejército enemigo, para detenerlo donde pareciera oportuno. Por otra parte, se acercaron con sus naves a las naves atenienses para arrastrarlas desde la costa; los mismos atenienses, tal como habían decidido [393], habían prendido fuego a unas pocas, y las demás, después de ponerlas a remolque en los sitios donde cada una había ido a parar, los siracusanos se las llevaron tranquilamente a la ciudad sin que nadie se lo impidiera.

Retirada y destrucción del ejército ateniense de Sicilia

Un ejército humillado abandona el campamento

Después de esto, cuando a Nicias y a 75
Demóstenes les parecieron suficientes los preparativos, tuvo lugar al fin la partida del ejército, al tercer día de la batalla naval [394]. La situación era terrible, y no 2
sólo por el hecho en sí de tener que retirarse después de

[393] Cf. *supra,* 60, 2.

[394] Al tercer día contando desde la batalla naval, con el cómputo inclusivo, es decir, dos días después de la batalla naval, con un solo día en medio entre el día de la batalla y el día de la partida. Esta sección de la retirada del ejército ateniense vencido ha sido objeto de elogios; T. B. Macaulay, *Life and Letters,* vol. I, Nueva York y Londres, 1875, pág. 387, la llamaba «the ne plus ultra of human art»; cf. W. R. Connor, *ob. cit.,* págs. 198-209.

haber perdido todas las naves y cuando, en vez de la esperanza de antes, todo eran peligros para ellos mismos y para la ciudad, sino también por las diversas impresiones de dolor que, en el momento de abandonar el campo, turba-
3 ban la vista y el corazón de cada hombre. Como los cadáveres estaban insepultos, cuando uno veía el de algún compañero tendido en el suelo, caía en un sentimiento de tristeza acompañado de miedo [395], y los heridos y enfermos que eran abandonados con vida causaban a los vivos mucha más pena que los muertos y eran más desventura-
4 dos que los que ya habían perecido. Recurriendo a súplicas y lamentos, ponían en un aprieto a los otros pidiéndoles que los llevaran consigo y llamando a voces a cada uno de los amigos y parientes que veían pasar; se colgaban a sus camaradas de tienda cuando éstos emprendían la marcha y los seguían hasta donde podían, y aquellos a quienes abandonaban el ánimo o las fuerzas del cuerpo se quedaban atrás, no sin muchas invocaciones a los dioses y muchos gemidos; y así todo el ejército se anegaba en lágrimas y se encontraba en un aprieto de tal envergadura que no le era fácil la partida, a pesar de partir de una tierra enemiga, y de que no había bastantes lágrimas para llorar las desgracias ya sufridas y las que temían tener que sufrir en un incierto futuro.

5 Grande era el sentimiento de humillación [396] y muchos

---

[395] Miedo a la ira de los dioses provocada por la grave falta de dejar a sus amigos y parientes sin sepultura. Cf. Sófocles, *Antígona* 459.

[396] *Katêpheia*, «sentimiento de vergüenza que hace bajar la cabeza», palabra que en Tucídides únicamente aparece en este pasaje y que con anterioridad sólo encontramos en Homero (cf. *Ilíada* III 51; XVI 498; XVII 556, etc.); en la tragedia encontramos términos de la misma familia y en Hipócrates leemos *katêpheîs ophthalmoí*, «ojos hundidos». Una voz de cuño épico y trágico, perfecta para expresar la actitud de una gente

los reproches que se dirigían a sí mismos. No parecían otra cosa que una ciudad reducida por asedio que huía furtivamente, y una ciudad nada pequeña, ya que el total de la turbamulta que estaba en camino no era inferior a los cuarenta mil hombres [397]. Todos ellos llevaban consigo las cosas de utilidad que cada uno podía, e incluso los hoplitas y jinetes, en contra de lo habitual [398], llevaban ellos mismos sus propios víveres entre las armas, unos por falta de siervos y otros por desconfianza, porque ya hacía tiempo que habían empezado a desertar y en aquel momento eran muchísimos los que desertaban. Pero ni siquiera así llevaban lo suficiente, pues ya no había trigo en el campamento. Para colmo, su abyección [399] en todos los demás 6
aspectos, aunque por el igual reparto de males [400] encontraba un cierto alivio en el hecho de que era compartida con muchos, no les parecía, a pesar de todo, fácil de soportar en aquel momento, especialmente cuando conside-

vencida que huye cabizbaja y furtivamente. Luego hablará de *aikía*, «abyección» y de *tapeinótēs*, «abatimiento». Todo el pasaje está lleno de acertadas pinceladas en las que vemos el hundimiento moral y físico del ejército vencido.

[397] Esta cifra de 40.000 hombres aparece también en Isócrates, VIII 86. La cantidad no se refiere sólo a los combatientes, sino que debe de incluir también a los esclavos y acompañantes. Faltan datos sobre algunos contingentes, pero Tucídides debió de efectuar el cálculo de acuerdo con los que aparecen en VI 43, VII 16, 2 y 42, 1.

[398] Este pasaje es una prueba del uso de esclavos por parte de las fuerzas hoplíticas. Respecto a la presencia de sirvientes en el ejército ateniense, cf. *supra*, III 17, 3, n. 113.

[399] *Aikía*, «abyección», situación de abatimiento o humillación, otra palabra con resonancias de la épica y la tragedia (cf. Sófocles, *Edipo en Colono* 748; Homero, *Ilíada* XXIV 19, etc.), que en Tucídides sólo aparece en este pasaje.

[400] Sobre el igual reparto de males, cf. *infra*, 77, 2.

raban desde qué situación de esplendor y arrogancia habían partido y a qué final y a qué abatimiento habían
7 llegado. Nunca un ejército griego experimentó un mayor cambio de fortuna. Ocurría que, en vez de llegar con el propósito de esclavizar a otros, ahora eran más bien ellos mismos quienes se marchaban con el temor de sufrir aquella suerte; y, en vez de las plegarias y los peanes con los que habían zarpado, ahora volvían en medio de voces de mal agüero, muy distintas a las del principio [401]; y marchaban por tierra en lugar de a bordo de las naves, y más pendientes de sus fuerzas hoplíticas que de su flota. Sin embargo, ante la gravedad del peligro que todavía se cernía sobre ellos, todo aquello les parecía llevadero.

Nicias recorre las filas

76 Viendo Nicias que el ejército se hallaba descorazonado y que estaba en una crisis muy grave, se puso a recorrer las filas tratando de animar y tranquilizar a sus hombres en la medida que lo permitían las circunstancias, y redoblando continuamente sus gritos delante de cada grupo junto al que pasaba, movido por su ardor y por su voluntad de ser útil haciéndose oír lo más lejos posible [402]:

---

[401] Frente a las plegarias y peanes del principio (cf. *supra,* VI 32), ahora todo eran lamentos y reproches, voces de mal agüero. Las previsiones no habían tenido cumplimiento: cf. J. de Romilly, «Les prévisions non vérifiées dans l'oeuvre de Thucydide», *Revue des Études Grecques* 103 (1990), 370-382.

[402] Aquí ha llamado la atención la ausencia de una expresión introductoria como *élexe toiáde,* «les habló de este modo» (cf. *supra,* 60, 5; 65, 3). La brusca transición al discurso directo era, según algunos críticos antiguos, signo de emoción; cf. Longino, *Sobre lo sublime* 27 (intr., trad. y notas de J. García López, Madrid, B.C.G., núm. 15, 1979).

Alocución de Nicias

«Incluso en nuestra situación, atenienses y aliados, es preciso tener esperanza (en el pasado otros se han salvado de situaciones peores que ésta), y no debéis haceros excesivos reproches ni por nuestras desgracias ni por los inmerecidos sufrimientos de este momento. Yo mismo, que no supero a ninguno de vos- 2
otros por mi vigor (ya veis en qué estado me encuentro a causa de mi enfermedad) [403], y que, por lo que respecta a la suerte, no parezco quedar detrás de nadie, ni en la vida privada ni en ningún otro aspecto, ahora me veo zarandeado por los mismos peligros que el último de los hombres; y sin embargo, he pasado la vida en la observancia de muchas prácticas en honor de los dioses y realizando muchas acciones justas e irreprochables en beneficio de los hombres [404]. Como contrapartida de esa situación, mi 3
esperanza en el futuro sigue siendo, a pesar de todo, firme, y nuestras desgracias no me espantan, sin duda, como si fueran merecidas [405]. Es incluso verosímil que remitan,

77

[403] Cf. *supra,* 15, 1.

[404] Cf. *supra,* 75, 6; aquí vemos la *isomoiría tôn kakôn,* «el igual reparto de males». Nicias habla de su caso, tal vez con alguna oscuridad en la relación de los puntos, y, frente a su inferioridad física, nos recuerda su conocida superioridad en la fortuna, a pesar de la cual, y pese a su religiosidad y a su hombría de bien, se ve en el mismo infortunio que el último de los hombres. De todas formas (cf. párrafos 1 y 3), no son desgracias merecidas; son fruto del azar y la suerte es alternante, por lo que hay que mantener la esperanza. Su mala racha, sin embargo, no va a cambiar. Cf. *supra,* 86, 5, respecto al merecimiento y a la suerte. Se ha observado, por otra parte, que ha sido la misma religiosidad de Nicias (su actitud respecto al eclipse: cf. *supra,* 50, 4) la que ha desencadenado la desgracia en la que ahora se encuentran los atenienses. Una trágica paradoja.

[405] Recoge las dos ideas del párrafo 1: a) es preciso mantener la esperanza *(elpída échein);* b) las desgracias por las que pasan no son mereci-

pues la suerte ha favorecido suficientemente al enemigo, y si con nuestra expedición hemos suscitado la envidia de
4 algún dios, ya hemos recibido bastante castigo[406]. Otros, en efecto, antes que nosotros han marchado contra un enemigo y, habiendo errado de acuerdo con su naturaleza humana, han sufrido males soportables[407], y así es razona-

das *(parà tèn axían)*. El tema de la «esperanza» como incentivo para perseverar en las dificultades es básico en este capítulo; cf. R. A. Gervasi, *The Concept of «elpis» in Thucydides*, tesis, Ohio State Univ., 1981, págs. 122 ss.

[406] Según la religiosidad tradicional, si la expedición ha sido un acto de *hýbris* («desmesura»), de ello ha derivado el *phthónos*, la envidia o el reproche de la divinidad, que ha impuesto su castigo. Nicias sigue anclado en esta mentalidad tradicional. (Cf., por ejemplo, Heródoto, *Historia* IV 205, n. 702, VII 10, n. 92, VIII 77, n. 396 (trad. y notas de C. Schrader, B.C.G., núms. 21, 82, 130, publicados, respectivamente, en 1979, 1985, 1989), donde se nos habla de una *Hýbris*, personificación del expansionismo persa, que es madre de *Kóros* («hartazgo»), personificación de Jerjes: cf. Píndaro, *Olímpicas* XIII 10; Esquilo, *Agamenón* 766; y, con una filiación inversa, Solón, fr. 5 Diehl, y Teognis, 153). Tucídides recoge las ideas del político ateniense, pero efectúa su análisis desde una óptica racionalista, viendo todo el entramado de fuerzas en juego y observando desde luego la importancia de la psicología humana, individual y colectiva, como motor de la historia. Sobre el tema de la envidia de los dioses *(phthónos)*, del hartazgo y la desmesura *(kóros, hýbris)*, de la ceguera o infortunio enviado por los dioses *(átē)* y del castigo o venganza de la divinidad *(némesis)*, cf. asimismo, Solón, en *Líricos Griegos*, vol. I, text. y trad. de F. R. Adrados, Barcelona, Colección Hispánica, 1956, págs. 182 ss.; 188 ss.; Théognis, *Poèmes élégiaques*, text. y trad. de J. Carrière, París, 1948, 151 ss., págs. 35 ss.; Esquilo, *Persas* 745 ss.; 820 ss.; Sófocles, *Edipo Rey* 873 ss.; Eurípides, *Alcestis* 1135; *Troyanas* 768; Heródoto, I 28 ss.; VIII 109, 3; etc. Véase también J. Alsina, *Literatura Griega. Contenido, problemas y métodos*, Barcelona, 1967, págs. 133 ss.; M. P. Nilsson, *Historia de la Religiosidad Griega*, trad. esp. de M. Sánchez Ruipérez, Madrid, 1953, págs. 68 ss. Respecto a la «envidia» *(phthónos)* de los hombres, cf. *supra*, II 35, 2.

[407] Cf. *supra*, V 105; Jenofonte, *Ciropedia* VI 1, 37. En este pasaje (77, 3-4) se han señalado ecos del «Diálogo de Melos». Respecto a lo

ble que ahora esperemos una suerte más favorable de parte de la divinidad (pues en este momento somos más merecedores de su compasión que de su envidia); y vosotros viendo qué excelentes hoplitas sois y en qué gran número marcháis perfectamente formados, no os espantéis en exceso; considerad, en cambio, que dondequiera que acampéis os convertiréis de inmediato en una ciudad, y que ninguna otra ciudad de Sicilia podría resistir fácilmente vuestro ataque ni sería capaz de desalojaros una vez establecidos en alguna parte.

En cuanto a la marcha, cuidaos de que sea segura y 5
ordenada, y que cada uno no tenga otro pensamiento que el de que el lugar donde se vea obligado a combatir, si obtiene la victoria, lo tendrá como patria y baluarte.
El camino se hará con igual rapidez de noche y de día, 6
pues nuestras provisiones son escasas, y si logramos alcanzar alguna plaza amiga habitada por sículos (éstos aún nos son fieles por miedo a los siracusanos), pensad que ya estáis en lugar seguro [408]. Ya se les han enviado mensajeros con el encargo de que nos salgan al encuentro y traigan víveres consigo. En suma, daos cuenta, soldados, de que 7
es necesario ser valientes, puesto que si os acobardáis no hay cerca ningún lugar en el que podáis salvaros, y sabed asimismo que, si ahora lográis escapar del enemigo, todos conseguiréis aquello que sin duda anheláis ver de nuevo, y los atenienses volveréis a enderezar el gran poderío de nuestra ciudad, por muy caído que ahora se encuentre. Por-

que sigue, cf. C. Mossé, «Armée et cité grecque (à propos de Thucydide, VII, 77, 4-5)», *Revue des Études Anciennes* 65 (1963), 290-297.

[408] Los atenienses no tendrían la oportunidad de comprobar la fidelidad de los sículos después de la derrota. Cf. *infra*, 80, 5.

que son los hombres los que constituyen una ciudad, y no unas murallas o unas naves vacías de hombres»[409].

Comienza la marcha. El penoso avance de los tres primeros días

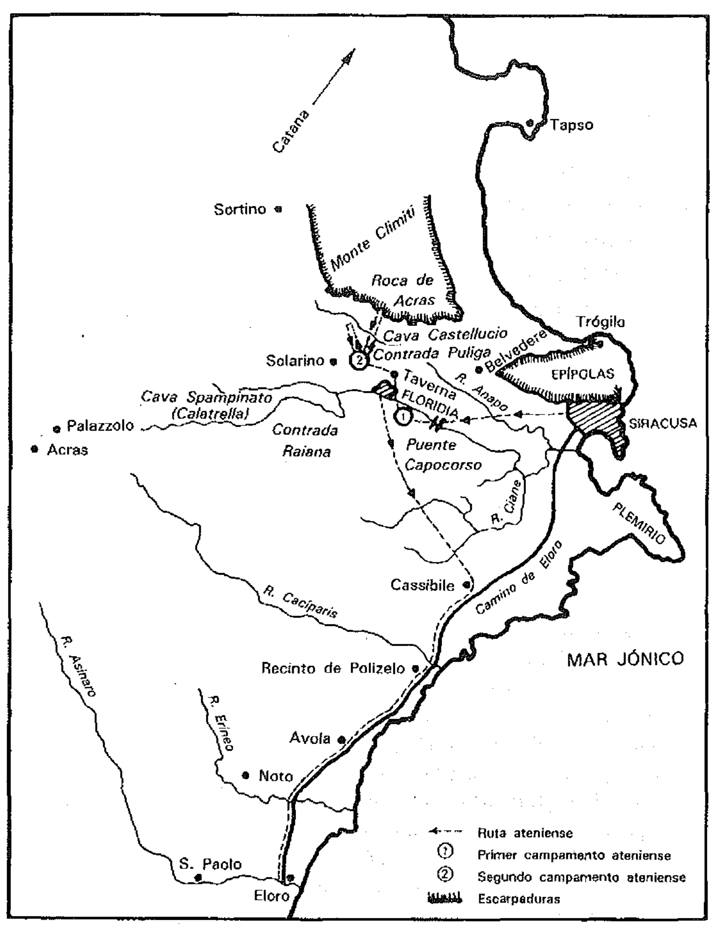
78 Mientras hacía estas exhortaciones, Nicias recorría el ejército y, si en algún punto lo veía desperdigado y marchando sin orden, lo reunía y lo ponía en la formación correcta; y Demóstenes hacía lo mismo con sus hombres y les dirigía iguales o parecidas
2 recomendaciones. El ejército marchaba formado en cuadro[410], yendo en cabeza la división de Nicias y siguiendo la de Demóstenes; los hoplitas llevaban en el centro de la formación a los bagajeros y al grueso de las restantes
3 tropas. Cuando llegaron al vado del río Anapo[411], se

---

[409] Cf. *supra,* I 143, 5, n. 931; *infra,* VIII 76, 7; Alceo, fr. 112; Sófocles, *Edipo Rey* 50-57; N. Loraux, *L'invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la «cité classique»,* París, 1981, págs. 273 ss., 449-450, n. 31-32; O. Longo, «La *polis,* le mura, le navi (Tucidide, VII 77, 7)», *Quaderni di Storia* 1 (1975), 87-113; R. Osborne, *Demos: The Discovery of Classical Attika,* Cambridge, 1985, pág. 8.

[410] Cf. *supra,* VI 67, 1. Se trata de la formación llamada *plaísion,* que solían adoptar los ejércitos en movimiento: los hoplitas se situaban en la cabeza, en la cola y en los flancos, protegiendo así a las tropas ligeras y de intendencia situadas en el interior del rectángulo. Aquí no está claro si se trata de un solo *plaísion,* con Nicias a la cabeza y Demóstenes en la cola, o de dos *plaísia* separados, aunque marchando lo más cerca posible, con Nicias al mando de uno y Demóstenes del otro.

[411] Los atenienses debieron de cruzar el Anapo en un punto de su curso NO-SE, antes de doblar hacia el este para dirigirse a la zona de su desembocadura (probablemente cerca del puente de Capocorso); luego marcharían en dirección oeste hacia el lugar donde se encuentra la actual Floridia, a 10 km. al oeste de Siracusa, y a 30 km. al este de Acras (Palazzolo Acreide), plaza donde los atenienses pensarían encontrar el apoyo de los sículos (cf. *supra,* 60, 2; 77, 4). Según la interpretación de Dover (cf. A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A historical commentary...,* cit., vol. IV, págs. 455-458) del texto de Tucídides, los atenienses se dirigían a Acras. No es ésta, sin embargo, la única teoría



1. Retirada ateniense de Siracusa (según D. Kagan)

encontraron con que un destacamento de siracusanos y aliados estaba apostado a lo largo de su orilla; los pusieron en fuga y se adueñaron del paso, y luego continuaron adelante; pero los siracusanos no dejaron de acosarlos haciendo que la caballería los hostigara por los flancos y que
4 las tropas ligeras les arrojaran sus dardos. Durante ese día los atenienses avanzaron unos cuarenta estadios [412] y luego vivaquearon al pie de una colina. Al día siguiente, se pusieron en marcha temprano y avanzaron unos veinte estadios; luego descendieron a un lugar llano [413] y acamparon allí; querían conseguir algunos comestibles en las casas (pues el lugar estaba habitado) y aprovisionarse de agua en aquel lugar, puesto que en muchos estadios hacia adelante, por el camino que iban a seguir, no la había en
5 abundancia. Entre tanto, los siracusanos se adelantaron y se pusieron a cerrar con un muro el camino por el que el enemigo debía pasar en su avance, camino que iba por un collado abrupto [414], bordeado por un escarpado barran-
6 co a cada lado, que se llamaba Roca de Acras [415]. Al día

---

o interpretación. Diodoro (XIII 18, 6-19, 2), siguiendo seguramente a Filisto, afirmaba que su destino era Catana y que cambiaron de ruta al bloquearles el camino los siracusanos. Y entre los estudiosos modernos también hay quienes piensan que la primera dirección tomada por los atenienses era la de Catana: cf. P. Green, *Armada from Athens*, Nueva York, 1970, págs. 321-327; D. Kagan, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*, Ithaca-Londres, 1981, págs. 339 ss. Según la interpretación que se adopte, variará naturalmente la localización de algunos de los lugares aludidos en la narración de Tucídides.

[412] Unos siete kilómetros, dando al estadio la equivalencia de 177,6 m.

[413] En la región de Floridia. Sumando los cuarenta estadios del primer día y los veinte del segundo, tenemos el total de sesenta equivalente a los 10 km. de Floridia a Siracusa.

[414] *Karterós*, fuerte, abrupto, y, por consiguiente, de fácil defensa.

[415] *Akraîon lépas*. El lugar estaría en las primeras alturas del camino hacia Acras, al oeste de Floridia. La garganta que desde la llanura de

siguiente, los atenienses reemprendieron su avance, pero la caballería y los lanzadores siracusanos y aliados, en gran número a uno y otro flanco, obstaculizaban su marcha arrojándoles sus dardos y hostigándolos con sus cabalgadas por los flancos. Los atenienses combatieron durante mucho 7
tiempo, pero después se retiraron y volvieron al mismo campamento [416]. Pero ya no conseguían víveres igual que antes, pues ya no era posible alejarse a causa de la caballería enemiga.

Días cuarto y quinto. Los siracusanos cierran el paso a los atenienses

Por la mañana temprano levantaron el 79
campamento y reanudaron la marcha; consiguieron abrirse camino hasta los pies del collado que había sido cerrado con un muro y encontraron ante ellos, en defensa del mismo, a la infantería enemiga desplegada en

---

Floridia lleva a la Roca de Acras *(Akraîon lépas,* que sería el collado llamado *Tre Pizze)* se suele identificar con la actual *Cava di Culatrello* (Calatrella o Cava Spampinato), cuya entrada se encuentra a 2,3 km. al oeste de Floridia. Se ha objetado, sin embargo, que el lugar no parece el adecuado para que la caballería siracusana pudiera atacar por los flancos (cf. párrafo 6), por lo que también se ha propuesto otra ruta situada un poco más al sur, la de *Contrada Raiana.* Ambas iban hacia el oeste y conducían a Acras. Naturalmente, quienes piensan que los atenienses no se dirigían a Acras, sino que marchaban hacia Catana, localizan la Roca de Acras en otro sitio. El campamento, según éstos, se hallaría al norte de Floridia y al sur de *Monte Climiti,* y desde allí marcharían en dirección norte, hacia el gran macizo de *Monte Climiti,* donde la garganta de la Roca de Acras podría identificarse con *Cava Castellucio* (cf. P. Green, *Armada from Athens,* Nueva York, 1970, pág. 323, y la reseña de K. J. Dover, en *Phoenix* 26 [1972], 297-300).

[416] El campamento del llano de Floridia (párrafo 4).Tras las dos primeras etapas, en las que avanzaron cuarenta y veinte estadios, el tercer día constituyó un fracaso; tuvieron que regresar al sitio donde habían acampado el día anterior. Este fracaso se repetirá el cuarto día (79, 1-5), y en la noche del quinto, tras un penoso avance de cinco o seis estadios, se abandonará la primera ruta para dirigirse hacia el mar (79, 6-80, 1).

orden de combate con un fondo de no pocos escudos [417],
2 dado que el paso era angosto. Los atenienses se lanzaron al ataque y combatieron para adueñarse del muro, pero, al ser blanco de los disparos de numerosos enemigos apostados en la colina, que era muy empinada (con lo que los de arriba acertaban con más facilidad), y no sentirse capaces de forzar el paso, se retiraron de nuevo para tomarse
3 un descanso. Y se dio la coincidencia de que se produjeron algunos truenos acompañados de lluvia, como suele ocurrir cuando se acerca el otoño, y con ello todavía aumentó el desánimo de los atenienses, pues pensaban que todo
4 aquello sucedía para su perdición [418]. Mientras los atenienses descansaban, Gilipo y los siracusanos enviaron una parte de su ejército a cerrarles de nuevo el camino con un muro, esta vez por detrás, por donde habían venido; pero aquéllos también enviaron a algunos de los suyos y
5 se lo impidieron. Después los atenienses se retiraron con todo su ejército a un lugar más próximo a la llanura y allí vivaquearon. Al día siguiente continuaron avanzando [419], pero los siracusanos se lanzaron contra ellos ro-

[417] Se señala la principal característica de aquella formación, su considerable fondo, y en seguida se da la razón que permitía a los siracusanos defender la posición con aquel fondo: la angostura del lugar.

[418] Cf. *supra,* VI 70, 1.

[419] Este avance no se realizaría en el mismo sentido de antes, no se ascendería por el valle, puesto que tras los cinco o seis estadios pararon en el llano. Es probable que se dirigieran hacia el sur en un intento de efectuar un rodeo que evitara la garganta de *Akraion Lepas.* Así lo piensa Dover. La dirección sería otra para los que piensan que el destino era Catana. Según éstos, avanzarían en dirección noroeste por el llano del Anapo y tratando de dejar *Monte Climiti* a su derecha. Se ha observado, además, el cambio en la forma de combatir de los siracusanos; ya no lo hacían como en el valle, sino con una táctica de cerco atacándolos desde todos los lados *(proséballon te pantachêi autoîs kýklōi),* lo que suponía un espacio más abierto.

deándolos por todas partes y les causaron numerosos heridos. Si los atenienses atacaban, ellos se replegaban, pero si eran los atenienses quienes se retiraban, ellos se les echaban encima, acosando sobre todo a los hombres de la retaguardia por si iban poniendo en fuga a pequeños grupos y así provocaban el pánico de todo el ejército. Los ate- 6
nienses resistieron largo tiempo combatiendo de este modo, pero después, tras avanzar cinco o seis estadios, hicieron alto en la llanura para descansar; y los siracusanos a su vez se alejaron de ellos y se retiraron a su campamento.

Cambio de ruta en la noche del quinto día. Nicias y Demóstenes se separan

Por la noche Nicias y Demóstenes, en 80
vista de lo mal que se encontraba su ejército por la falta ya absoluta de víveres y por los muchos hombres que habían resultado heridos en los numerosos ataques del enemigo, decidieron encender el mayor número posible de fuegos [420] y llevarse de allí al ejército; pero ya no por la misma ruta que habían proyectado seguir, sino por el camino contrario al que acechaban los siracusanos, en dirección al mar. Debe decirse que la ruta 2
de toda esta retirada no llevaba al ejército a Catana [421],

[420] Sin duda para engañar al enemigo haciéndole pensar que seguían en el campamento.

[421] Probablemente este párrafo 2 no se refiere a un cambio radical en la dirección de la retirada ateniense que se efectuara en este momento; no significa que hasta ahora el destino fuera Catana y que en este momento se tomara la dirección contraria. La expresión *hē xýmpasa hodós* no se refiere a una etapa, sino al conjunto de la retirada, y el párrafo parece ser un inciso, que puede escribirse entre paréntesis, en que el historiador se refiere a la retirada desde el principio, tal vez para rectificar la teoría de una retirada dirigida hacia Catana. Antes de la gran batalla en el puerto, los atenienses habían proyectado retirarse a Catana si vencían, pero hacerlo por tierra, por donde fueran a encontrar cuanto antes amigos, griegos o bárbaros, en caso contrario (cf. *supra*, 60, 2); no pare-

sino a la otra parte de Sicilia, a la zona de Camarina y Gela y de las otras ciudades griegas y bárbaras de aquella
3 región. Encendieron, pues, muchos fuegos y se pusieron en marcha durante la noche. Y como suele ocurrir en todos los ejércitos, y especialmente en los más numerosos, que hacen su aparición los terrores y los pánicos, sobre todo cuando marchan de noche a través de un territorio hostil, y con los enemigos a no mucha distancia, también
4 se apoderó de ellos la confusión [422]. La división de Ni-

---

ce, pues, pensarse en una retirada hacia Catana en caso de derrota, y Nicias tampoco habla de Catana en VII 77, 4-6, sino que habla de encontrar apoyo en una plaza sícula; y de VII 80, 5, se desprende que tenían la intención de encontrarse con los sículos en el curso alto del Cacíparis, en la zona de Acras. Tucídides no parece, pues, creer en una retirada hacia Catana, a diferencia de otra opinión recogida por Diodoro (XIII 18-19), según la que el destino inicial sería Catana. Y en el sentido que decimos parece que debe interpretarse este pasaje, en el que el *xýmpasa*, que no puede referirse más que a la expedición en su conjunto, chocaría con una interpretación referida a un cambio radical en aquel momento. Tucídides advierte, saliendo al paso de otras opiniones, que desde el principio no se marchaba hacia Catana, sino en la dirección contraria, hacia la zona sur, pero por el interior, en lugar de seguir una ruta cercana al mar; y el cambio consistiría en abandonar aquella ruta del interior para volver hacia el mar tratando de encontrar otro camino que les permitiera llegar más fácilmente a su cita con los sículos. Con todo, la interpretación del pasaje es muy discutida, y algunos prefieren entenderlo en el otro sentido, pensando en una primera intención de dirigirse a Catana remontando el curso del Anapo y dando un rodeo por la zona montañosa situada al sur del Etna, primera ruta que aquí se cambiaría por otra completamente diferente.

[422] Cf. *supra,* IV 125, 1, n. 809; Jenofonte, *Anábasis* II 2, 19; W. K. Pritchett, *The Greek State at war,* III, Berkeley, Los Ángeles, 1979, pág. 163; cf. asimismo *supra,* VII 44, 1; V. D. Hanson, *ob. cit.,* Londres, 1989, cap. 8: «The Dread of Massed Attack», págs. 96-104; y V. Hunter, «Thucydides, Gorgias and Mass Psychology», *Hermes* 114 (1986), 412-429, esp. 416.

cias, que marchaba en cabeza, permaneció agrupada y
cogió una gran delantera, mientras que la de Demóstenes,
aproximadamente la mitad del ejército, o algo más, se se-
paró del resto y siguió marchando de forma más desorde-
nada. Al alba, sin embargo, llegaron al mar y, tomando 5
el camino llamado de Eloro, continuaron la marcha [423] con
la intención de llegar al río Cacíparis [424] para seguir luego
río arriba por el interior del país, pues esperaban que acu-
dieran allí a su encuentro los sículos a quienes habían
llamado en su ayuda [425]. Pero cuando llegaron al río, 6
encontraron también allí a una guarnición siracusana que
trataba de bloquear el paso con muros y empalizadas. Re-
chazaron a esta guarnición y cruzaron el río [426], y luego
reanudaron la marcha hacia otro río, el Eríneo [427]; ésta
era la ruta que les aconsejaban los guías.

[423] Hacia el sur. Eloro *(Éloros* o *Héloros)*, fundación de Siracusa junto a la desembocadura del río Telaro, estaba a 27 km. al sur de Siracusa. Cf. *supra*, 66, 3.

[424] Se identifica con el actual *Cassibile*, que nace cerca de Acras *(Palazzolo Acreide)* y desemboca a unos 20 km. al sur de Siracusa.

[425] Cf. *supra*, 77, 6.

[426] No siguieron río arriba, como habían proyectado, probablemente por temor a encontrar otras guarniciones a lo largo del río.

[427] Se han dado varias identificaciones de este río en una zona en la que hay diversos cursos de agua o torrenteras; pero hoy se suele identificar con el llamado *Cava Mammaledi*, seco desde el gran terremoto de 1693, cuyo nombre en los mapas antiguos era *Miranda*, nombre que hoy se da a una fuente de *Avola*, localidad situada al norte de *Cava Mammaledi* (Dover). Otras identificaciones propuestas son la del *Cavallata*, actualmente seco, y la de *Fiumara di Noto* o *Falconara* (cf. P. Green, *ob. cit.*, pág. 330; D. Kagan, *ob. cit.*, pág. 347).

81 *Día sexto. Demóstenes es rodeado*

Entre tanto, los siracusanos y sus aliados, cuando se hizo de día y se dieron cuenta de que los atenienses habían partido, culparon a Gilipo de haberlos dejado escapar voluntariamente [428]; y persiguiéndolos a toda prisa, por donde sin dificultad vieron que habían marchado, los alcanzaron a la hora del almuer-
2 zo. Y tan pronto como tuvieron contacto con las tropas de Demóstenes, que iban a retaguardia y marchaban de forma más lenta y desordenada debido a la confusión de aquella noche, se lanzaron sobre ellas y entablaron combate; y la caballería siracusana las rodeó con suma facilidad, ya que estaban separadas del resto del ejército, y las ence-
3 rró en un solo punto. La división de Nicias se encontraba más adelantada, a una distancia de unos cincuenta estadios; Nicias la conducía más deprisa, pensando que en una situación como aquélla la salvación no estaba en aguardar voluntariamente al enemigo para trabar batalla, sino en retirarse lo más rápidamente posible, combatiendo tan só-
4 lo en caso de verse obligados a ello. Demóstenes, en cambio, se había visto sometido durante la mayor parte de la retirada a un esfuerzo más continuo, dado que, al retirarse en último lugar, era el primero en tener encima a los enemigos; y en aquella ocasión, además, al darse cuenta de que los siracusanos los perseguían, se cuidó menos

[428] Los siracusanos podían pensar que el general espartano se contentaba con la victoria decisiva de la última batalla y que no quería exponerse a otro encuentro innecesario desde el punto de vista militar, mientras que ellos aspiraban a un desquite ejemplar; y es probable, además, que su mismo sentimiento pansiciliota les hiciera imaginar un vínculo similar entre Gilipo y el enemigo, una comprensión entre griegos que evitara la venganza, y a este respecto se pensaría en las relaciones de Nicias con Esparta (cf. *infra*, 85, 1; 86, 2-3).

de continuar avanzando que de tratar de poner en orden sus tropas con vistas a la batalla, hasta que, a fuerza de perder tiempo, se encontró cercado por el enemigo con gran consternación suya y de sus hombres. Y así fueron acorralados en un lugar rodeado por una cerca, con un camino a uno y otro lado y con no pocos olivos [429]; y se vieron envueltos por una lluvia de proyectiles. Era natural que 5
los siracusanos recurrieran a un ataque de este tipo y no al combate cuerpo a cuerpo, pues jugarse el todo por el todo frente a unos hombres desesperados les favorecía menos a ellos que a los atenienses; y al mismo tiempo, ante un éxito ya cierto, todos andaban con un cierto cuidado de no sucumbir antes de haberlo contemplado, y pensaban que con esta táctica también podrían dominar y apresar al enemigo.

Demóstenes capitula. Nicias llega al río Eríneo

Así, tras estar lanzando proyectiles so- 82
bre los atenienses y sus aliados durante todo el día y desde todas partes, cuando vieron que ya se encontraban rendidos por las heridas y los demás padecimientos, Gilipo y los siracusanos y sus aliados hicieron una proclama anunciando, como primera medida, que los isleños [430] que así lo quisieran podían pasarse a su lado con garantías de libertad; y algunas ciudades, no muchas [431], hicieron defección. Luego, en segundo término, se llegó a un acuer- 2
do con todas las demás tropas que iban con Demóstenes,

---

[429] Según PLUTARCO, *Nicias* 27, 1, era el recinto sagrado de Polizelo *(tèn Polyzḗleion aulḗn)*.

[430] Cf. *supra*, 5, 4; 20, 2.

[431] Cf. *supra*, VI 98, 4; VII 63, 3-4. El hecho de que muchos soldados aliados resistieran hasta el final y que en un caso tan desesperado como éste prefirieran ser apresados a desertar supone un apoyo a la tesis de que estas poblaciones no se sentían esclavizadas por Atenas.

acuerdo por el que debían entregar las armas con la condición de que ninguno moriría ni de muerte violenta, ni en prisión, ni por falta de los medios de subsistencia más in-
3 dispensables [432]. Entonces se entregaron, en un total de seis mil hombres [433], y depositaron todo el dinero que tenían echándolo en escudos vueltos hacia arriba, y llenaron cuatro escudos. A estos prisioneros los trasladaron inmediatamente a Siracusa. Y entre tanto, Nicias y sus hombres aquel mismo día llegaron al río Eríneo, y después de cruzarlo, Nicias situó a su ejército en un lugar elevado.

Día séptimo. Al sur del Eríneo. Ultimátum a Nicias

83 Los siracusanos le dieron alcance al día siguiente y le comunicaron que los hombres de Demóstenes se habían entregado, invitándole a hacer lo mismo; pero él no dio crédito a la noticia y pactó
2 con ellos el envío de un jinete para cerciorarse. Cuando éste, a su regreso, anunció que se habían entregado, Nicias envió un heraldo a Gilipo y a los siracusanos para comunicarles que estaba dispuesto a concluir un acuerdo en nombre de los atenienses, en virtud del cual Atenas pagaría todos los gastos de guerra de los siracusanos a cambio de que ellos dejaran partir a las tropas que iban con él; y hasta la total entrega del dinero, les daría rehenes atenien-
3 ses, a razón de un hombre por cada talento. Pero los siracusanos y Gilipo no aceptaron sus propuestas, sino que se lanzaron al ataque y, tomando posiciones en derredor

[432] Los siracusanos no cumplieron su palabra: cf. *infra*, 86-87.

[433] Dado que las fuerzas de Demóstenes eran algo más de la mitad del ejército que se retiraba (cf. *supra*, 80, 4) y que para este ejército se dio un total inicial de cuarenta mil hombres (cf. *supra*, 75, 5: seis días antes), y en vista asimismo de que «no muchos» isleños aceptaron la oferta siracusana, hemos de pensar en un elevadísimo número de bajas.

de las tropas, también a ellas [434] les arrojaron sus proyectiles desde todas partes hasta el atardecer. Y también estas 4
tropas se encontraban en una situación penosa por falta de víveres y de todo lo necesario. No obstante, tras aguardar la calma de la noche, se disponían a reanudar la marcha. Pero en el mismo momento de volver a tomar las armas, los siracusanos se dieron cuenta y entonaron el peán [435]. Entonces los atenienses, viendo que no habían 5
pasado inadvertidos, depusieron de nuevo las armas, a excepción de unos trescientos hombres; éstos se abrieron paso a través de la guardia enemiga y marcharon durante la noche por donde pudieron.

Día octavo. La matanza del río Asínaro

Cuando se hizo de día, Nicias puso 84
en marcha a su ejército, pero los siracusanos y sus aliados siguieron acosándolos de la misma manera, disparando desde todas partes y acribillándolos con sus dardos. Los atenienses aceleraban el paso en su afán de 2
llegar al río Asínaro [436], en parte porque se veían presionados desde todas partes por los ataques de una caballería numerosa y de la restante masa de enemigos, y pensaban que las cosas les irían mejor si cruzaban el río, y en parte, por su misma fatiga y por su necesidad de beber. Cuando 3
llegaron al río, se precipitaron en él ya sin ningún orden;

[434] Como a las tropas de Demóstenes, con las que emplearon la misma táctica. Cf. *supra,* 81, 4-82, 1.

[435] Cf. *supra,* 44, 6.

[436] Se identifica con el actual *Fiumara di Noto* o *Falconara,* que fluye al sur del Noto y desemboca a 11 km. al sur del *Cassibile* (cf. K. J. Dover, *Thucydides, Book VII,* Oxford, 1965, reed. 1986, pág. 69). Otros piensan que el *Fiumara di Noto* ha de identificarse con el Eríneo, y que el Asínaro es el actual *Tellaro* (cf. P. Green, *ob. cit.,* págs. 334-335; D. Kagan, *ob. cit.,* pág. 349).

cada uno quería ser el primero en atravesarlo, pero el acoso de los enemigos les hacía más difícil el paso. Al verse obligados a marchar en grupos, caían unos sobre otros y se pisoteaban, y, por obra de sus jabalinas y demás armamento, algunos perecían de inmediato y otros se trababan
4 y eran arrastrados por la corriente. Los siracusanos se habían apostado a la otra orilla del río (el lugar era escarpado) y desde lo alto disparaban sobre los atenienses, que en su mayor parte bebían con avidez y se estorbaban unos
5 a otros en el encajonado lecho del río. Y los peloponesios bajaron contra ellos y comenzaron la degollina, sobre todo de aquellos que se encontraban en el río. El agua en seguida se volvió turbia, pero, aun mezclada con sangre y barro, no dejaban de beberla y en muchos casos incluso combatían por ella.

Rendición de Nicias

85 Finalmente, cuando ya había muchos cadáveres amontonados en el río y el ejército había sido destrozado, en parte en el lecho del río y en parte, si habían logrado huir de allí, a manos de la caballería, Nicias se entregó a Gilipo, confiando más en él que en los siracusanos [437]. Respecto a su persona, le exhortó a que él y los lacedemonios hicieran lo que quisieran, pero en lo tocante al resto de los soldados les pidió que pusie-
2 ran fin a la matanza. Después de esto, Gilipo ya dio la

[437] Cf. *supra,* 81, 1, n. 428. Respecto a la descripción de la matanza en el río, cf. unas imágenes semejantes en PLUTARCO, *Emilio Paulo* 21, 3, respecto a la batalla de Pidna. Cf. V. D. HANSON, *The western way of war. Infantry Battle in Classical Greece,* Londres, 1989, cap. 17: «The killing Field», págs. 197-205. Se han señalado asimismo diversas reminiscencias y paralelos: cf. W. R. CONNOR, *ob. cit.,* Princeton, 1984, págs. 203-204; J. ALSINA, *Tucídides. Historia, ética y política,* Madrid, 1981, pág. 84, respecto a la comparación con Stalingrado.

orden de hacer prisioneros; y a todos los que quedaban, salvo los que los soldados habían escamoteado en su beneficio [438] (que fueron muchos), se los llevaron vivos; y enviaron un destacamento en persecución de los trescientos hombres que habían pasado a través de la guardia durante la noche y los apresaron. La parte del ejército que pudo 3
ser reunida para el Estado no fue grande, pero sí lo fue la sustraída [439], y toda Sicilia se llenó de estos hombres, debido a que no habían sido capturados en virtud de un acuerdo como era el caso de los de Demóstenes [440]. Y una 4
buena parte encontró la muerte, pues ésta fue una enorme matanza, no inferior, desde luego, a ninguna de las ocurridas durante esta guerra de Sicilia [441]. Y eso sin contar que en los otros ataques que se habían dado con frecuencia en el curso de la retirada también había muerto un buen número. Muchos, sin embargo, consiguieron escapar, unos de inmediato, y otros siendo sometidos a la esclavitud y

---

[438] Los soldados siracusanos debieron de capturar y ocultar en provecho propio muchos prisioneros; así, en lugar de ingresar el producto de su venta en el erario público, eran los particulares quienes obtenían el provecho. Cf. *infra*, párrafo 3.

[439] Los prisioneros aludidos que los soldados ocultaban para sí. Respecto al escaso número de los que fueron reunidos en provecho del Estado, cf. *infra*, 87, 4, n. 458.

[440] Con el acuerdo el estado siracusano se había hecho responsable de los hombres de Demóstenes (cf. *supra*, 82, 2). No pasaba lo mismo con los de Nicias.

[441] Suprimiendo el «de Sicilia» *(Sikelikôi)* por considerarlo una glosa, como hacen algunos, se da más fuerza a la idea, ya que la matanza no se limita a estar en relación con la expedición a Sicilia, sino que se sitúa dentro del conjunto de la guerra del Peloponeso. Heródoto usa una expresión similar al referirse a una matanza de tarentinos y habitantes de Regio ocurrida hacia el 473: cf. HERÓDOTO, *Historia* VII 170, 3, n. 829 (trad. y notas de C. SCHRADER, B.C.G., núm. 82, Madrid, 1985).

evadiéndose después; todos éstos encontraban refugio en Catana [442].

Ejecución de Nicias y Demóstenes

86 Una vez reagrupados los siracusanos y sus aliados, y tras tomar consigo el mayor número de prisioneros y botín que les fue posible, regresaron a la ciudad [443].
2 A todos los atenienses y aliados que habían capturado les hicieron bajar a las canteras [444], por considerar que era el lugar más seguro para su custodia; pero a Nicias y Demóstenes los ejecutaron [445], pese a la

---

[442] Respecto a historias contadas por algunos de los que encontraron refugio en Catana, cf. LISIAS, XX 24-25; PAUSANIAS, VII 16, 4-5.

[443] Cf. PLUTARCO, *Nicias* 27.

[444] Las canteras situadas al este del teatro, al sur de las Epípolas, las famosas latomías de Siracusa, respecto a las que Cicerón, trescientos cincuenta años más tarde, dijo que era imposible construir, o incluso imaginar, una prisión mejor cerrada, más fuerte en todo su entorno o más segura: «*nihil tam clausum ad exitum, nihil tam septum undique, nihil tam tutum ad custodiam nec fieri nec cogitari potest*» (cf. CICERÓN, *Segunda Acción contra Verres* V 27). Formaban ingentes fosos, con profundidades de unos treinta metros y paredes cortadas a pico. Actualmente el fondo de las latomías ha sido convertido en un parque público, de exuberante vegetación. En cuanto al término siracusano *latomía,* debe señalarse que Tucídides no lo utiliza, sino que dice *lithotomía.*

[445] El tema de esta ejecución dio lugar a diversas versiones en las que variaban una serie de detalles, sobre todo en relación al papel de Hermócrates y de Gilipo. Cf. FILISTO, en F. JACOBY, *F. Gr. Hist.* 556 F 55; TIMEO, en F. JACOBY, *ibid.* 566 F 101; PLUTARCO, *Nicias* 28, 3; DIODORO, XIII 19 ss. Filisto seguía aquí a Tucídides, mientras que Timeo decía que Hermócrates había ofrecido a los generales atenienses la oportunidad del suicidio. Plutarco nos presenta a un Hermócrates partidario de la clemencia, mientras que el instigador de la ejecución sería un demagogo, Euricles, nombre erróneo posiblemente por el Diocles que leemos en Diodoro. Respecto a la actitud de Gilipo, Plutarco se refiere a ella en términos parecidos a Tucídides. Por otra parte, se ha señalado que la ejecución de Demóstenes constituía una flagrante violación de las promesas de VII 82, 2.

oposición de Gilipo. Éste pensaba que constituiría para él
una hermosa proeza [446], como culminación de sus demás
éxitos, el hecho de llevar a los lacedemonios los estrategos
del ejército enemigo. Se daba el caso, además, de que 3
uno de los dos, Demóstenes, era para ellos su más acérri-
mo enemigo, a causa de lo ocurrido en la isla [447] y en Pi-
los, mientras que el otro, a causa de los mismos aconteci-
mientos, gozaba de su mayor consideración; pues Nicias
había puesto un gran empeño en persuadir a los atenienses
a concluir la paz y en conseguir así la liberación de los
soldados lacedemonios de la isla [448]. En recuerdo de estos 4
hechos, los lacedemonios estaban bien dispuestos hacia él,
y ésta fue sobre todo la razón por la que él se entregó,
confiándose a Gilipo. Pero algunos elementos del bando
siracusano, según se dijo, unos por miedo, debido a los
contactos que habían mantenido con él [449], a que, si se
le sometía a interrogatorio sobre aquello, les causara un
disgusto en aquel momento de éxito, y otros, y en especial
los corintios, temiendo que, al ser rico [450], lograra com-
prar el concurso de algunos para evadirse, y que de ello
resultara algún nuevo problema para ellos, consiguieron
convencer a los aliados e hicieron que lo condenaran a
muerte. Así, por estas razones, o por razones muy pare- 5
cidas a éstas, murió Nicias, el griego de mi tiempo que
menos mereció llegar a tal grado de infortunio por su mo-

---

[446] Cf. *supra,* 56, 2; 59, 2.

[447] Esfacteria. Cf. *supra,* IV 3-15; 26-41; VII 71, 7.

[448] Cf. *supra,* V 16, 1; 43, 2; VI 89, 2.

[449] Cf. *supra,* 48, 2-3; 73, 3.

[450] Sobre la gran fortuna de Nicias cf. Lisias, XIX 47; Jenofonte, *Los Ingresos Públicos* 4, 14 (en *Obras Menores,* intr., trad. y notas de O. Guntiñas, Madrid, B.C.G., núm. 75, 1984), donde se dice que Nicias tenía mil hombres en las minas de Laurio con un beneficio de un óbolo diario por cada uno, lo que daría 166 dracmas por día.

do de vivir totalmente sometido a las normas de la virtud[451].

87 *La suerte de los prisioneros* En cuanto a los prisioneros de las canteras, los siracusanos los trataron duramente en los primeros tiempos. Como eran muchos los encerrados en un lugar hondo y angosto, al principio aún les hacían sufrir[452] los días de ardiente sol y el calor sofocan-

[451] El juicio final de Tucídides sobre Nicias no es propiamente un elogio total. En muchos pasajes hemos visto que Nicias no destacaba ni por su inteligencia ni por su decisión, cualidades que el historiador señala en otros personajes. Nicias no es, desde luego, uno de los grandes estadistas o generales atenienses, pero el historiador no pasa por alto su piedad y su hombría de bien, cualidades que, como se ha visto, no siempre van de la mano de la buena suerte. Y a estas cualidades se ha unido ahora, en los últimos días de la expedición, un cierto coraje, una entereza ante el sufrimiento que nos lleva a mirarlo con simpatía. Hemos visto a un Nicias enfermo y acabado, que, a pesar de todo, ha sacado fuerza para animar a sus hombres y mirar por ellos hasta el último momento. Ni su tradicional buena suerte, ni su riqueza, ni su preocupación por estar en regla con los dioses y con los hombres, le han evitado este desenlace terrible. De ahí el comentario del historiador, preocupado sin duda, como los grandes autores trágicos, por estas cuestiones humanas. Por lo que respecta a Demóstenes, ha llamado la atención el hecho de que no se le dedique aquí el menor comentario. General prestigioso, famoso por el éxito de Esfacteria, de cuya personalidad sabemos poca cosa. Sobre el pasaje y sus dificultades cf. L. Edmunds, *Chance and Intelligence in Thucydides,* Cambridge, Mass., 1975, págs. 141 ss.; A. W. H. Adkins, «The *Aretē* of Nicias», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 16 (1975), 379-391; W. R. Connor, *Thucydides,* Princeton, 1984, pág. 205, n. 53; S. Forde, *The Ambition of Rule, Alcibiades and the Politics of Imperialism in Thucydides,* Ithaca, Londres, 1989, pág. 145, n. 32, y la bibliografía allí citada. Respecto a la figura de Nicias, «paradigma de la antigua democracia religiosa», cf. F. Rodríguez Adrados, *La Democracia ateniense,* Madrid, 1975, pág. 373 ss. Cf. *supra,* III 51, n. 363; VII 15, 2, n. 85; 42, 3, n. 228; 50, 4, n. 283; 77, 3, n. 406.

[452] Antes de que también hiciera frío de día.

te, debido a la falta de techo, y las noches que seguían, contrariamente otoñales y frías, a causa del súbito cambio [453] les traían el nuevo problema de la enfermedad [454].
Además, como por la falta de espacio lo hacían todo en 2
el mismo sitio [455], y por añadidura estaban hacinados unos sobre otros los cadáveres de los que morían a consecuencia de las heridas o por los cambios de temperatura o alguna otra causa parecida, se producían hedores insoportables. Al mismo tiempo padecían hambre y sed (pues durante ocho meses [456] dieron a cada prisionero una *cótila* de agua y dos *cótilas* de grano al día) [457]; y de todos los padeci-

[453] Los médicos daban mucha importancia a los cambios bruscos de temperatura, humedad, dieta o costumbres. Cf. *Tratados Hipocráticos: Sobre la Medicina Antigua* 10, *Sobre la Enfermedad Sagrada* 16 (introds., trads. y notas C. García Gual, M.ª D. Lara, J. A. López Férez y B. Cabellos, Madrid, B.C.G., núm. 63, 1983; *Sobre los aires, aguas y lugares* 2 (introd., trad. y notas de J. A. López Férez y E. García Novo, B.C.G., núm. 90, 1986); etc. Y en autores no médicos cf. Jenofonte, *Ciropedia* VI 2, 27; Plutarco, 6, 3.

[454] Se usa *neōterízein*, que nos recuerda el *neṓteros* de hace poco (VII 86, 4); son términos que implican un cambio serio o violento, tanto en la política como en la salud.

[455] Evidente eufemismo, que incluye heces y orina.

[456] Este período de ocho meses se refiere a los atenienses, siciliotas e italiotas que permanecieron en las latomías más tiempo que los otros (cf. *infra*, párrafo 3). Respecto a su suerte, Tucídides no nos dice nada, pero es probable que también fueran vendidos como esclavos. Muy pocos, nos dice en el párrafo 6, regresaron a su casa, y de estos supervivientes Plutarco, *Nicias* 29, nos cuenta que al regresar expresaron su gratitud a Eurípides, pues mediante el recitado de sus coros habrían logrado captarse la benevolencia de sus dueños.

[457] Respecto a la *cótila*, cf. *supra*, IV 16, 1, n. 79. Equivalía a 0,27 litros y a 270/275 cc. para los sólidos. La ración de harina que los atenienses permitían enviar a los hombres de Esfacteria, además del vino y el companage, era de cuatro *cótilas*. Un cuarto de litro de agua para estos hombres al sol era evidentemente una ración escasísima.

mientos que era previsible que sufrieran unos hombres arrojados a un lugar como aquél, no hubo ninguno que no se
3 abatiera sobre ellos. Durante unos setenta días vivieron todos juntos en estas condiciones; luego los vendieron a todos, excepción hecha de los atenienses y de algunos siciliotas
4 tas e italiotas que se habían unido a la expedición. El total de los que fueron hechos prisioneros es difícil establecerlo con exactitud; la cifra, sin embargo, no bajó de los siete mil[458].

5 Esta empresa ha resultado ser la más grande de las acometidas en el curso de esta guerra[459], e incluso, a mi parecer, de todos los hechos de los griegos que la tradición nos ha transmitido; ha sido la más esplendorosa para los
6 vencedores y la más desgraciada para los vencidos. Completamente derrotados en todos los campos y sin que ninguno de sus sufrimientos fuera en absoluto de poca monta, se hallaron en una situación, como suele decirse, de ruina total[460]: su infantería y su flota quedaron aniquila-

[458] Número total muy bajo si pensamos que los hombres de Demóstenes eran ya 6.000 (cf. *supra,* 82, 3). Sólo 1.000, pues, procederían de la división de Nicias, lo que se explicaría por las razones aducidas en VII 85, 3-5: apropiación de los prisioneros por parte de los soldados para su beneficio particular, elevado número de caídos y algunos fugitivos que lograron llegar a Catana.

[459] Aquí se suele suprimir un adjetivo «griega» *(hellēnikón),* que algunos mantienen, concertándolo con guerra *(pólemon)* o con empresa *(érgon).* Preferimos eliminarlo.

[460] La palabra usada es *panōlethría,* «destrucción o ruina total»; es un *hápax* en Tucídides y lo encontramos también en Heródoto, II 120, 5, referido a la «destrucción total» de Troya, pasaje que, según algunos, Tucídides habría tenido presente. El término (equivalente al probablemente más corriente *exōleia)* no volvemos a encontrarlo hasta época tardía. Cf. asimismo Heródoto, IV 205; N. Marinatos Kopff y H. R. Rawlings, «Panolethria and Divine Punishment», *Parola del Passato* 182

das y no hubo nada que no fuera destruido, y de los muchos hombres que habían partido, muy pocos regresaron a su hogar. Éstos fueron los sucesos de Sicilia.

(1978), 331-337, y el comentario de W. R. CONNOR, ob cit., Princeton, 1984, pág. 208.

LIBRO VIII

DEL FIN DEL VERANO DEL AÑO DECIMONOVENO AL VERANO DEL VIGÉSIMO PRIMERO: OCTUBRE DEL 413/ SEPTIEMBRE DEL 411

LA GUERRA EN EL EGEO Y EN EL HELESPONTO, LA INTERVENCIÓN PERSA Y LA INESTABILIDAD POLÍTICA DE ATENAS

SINOPSIS

1. FIN DEL VERANO DEL 413. ATENAS, CONSTERNADA POR LA NOTICIA DEL DESASTRE DE SICILIA, DECIDE REACCIONAR.

2-6. INVIERNO DEL 413-412. PREPARATIVOS PARA REANUDAR LA GUERRA.

2. La reacción de los griegos.
3. Expedición de Agis al Golfo Melíaco. Preparativos navales peloponesios.
4. Preparativos atenienses.
5. Se preparan las defecciones y comienza la intervención persa: Embajadas de Eubea y Lesbos ante Agis y de Quíos, Eritras y Tisafernes en Esparta.
6. Farnabazo también envía embajadores a Esparta, pero ésta da prioridad a Quíos. Termina el decimonoveno año de guerra.

7-60. VIGÉSIMO AÑO DE GUERRA: 412-411 A. C.

7-28. VERANO DEL 412.

7-14. *La guerra se traslada al Egeo. Con la defección de Quíos comienzan las rebeliones en Jonia.*

7. Ante el apremio quiota, Esparta ordena el envío de una flota.
8. Disposiciones peloponesias respecto a la flota. Los barcos cruzan el Istmo de Corinto.
9. El retraso de los corintios facilita la reacción ateniense.
10. Los atenienses acosan a la flota peloponesia y la atacan en Espireo. Muerte de Alcámenes.
11. Bloqueo naval de Espireo. Las noticias desaniman a Esparta.
12. Intervención de Alcibíades, que zarpa con las cinco naves de Calcideo rumbo a Jonia.
13. Gilipo vuelve de Sicilia.
14. Alcibíades y Calcideo provocan la rebelión de Quíos, Eritras y Clazómenas.

15-28. *La revuelta se extiende y Atenas reacciona. Primer tratado entre Esparta y Persia.*

15. Medidas atenienses para enfrentarse a la rebelión.
16. Operaciones en la zona de Teos.
17. Defección de Mileto.
18. El primer tratado de alianza entre Esparta y Persia.
19. Acciones de la flota de Quíos. Los atenienses apresan cuatro naves.
20. Se rompe el bloqueo de Espireo. Acciones en Teos y Heras.
21. Revolución democrática en Samos.
22. Acciones quiotas y peloponesias. Defecciones en Lesbos por incitación quiota.

83. Malestar entre los peloponesios de Mileto, que desconfían de Tisafernes.
84. Impopularidad de Astíoco. Los milesios se irritan con Licas.
85. Míndaro releva a Astíoco.
86. La embajada de los Cuatrocientos en Samos. Intervención de Alcibíades.
87. Tisafernes y la flota fenicia. Viaje a Aspendo.
88. Alcibíades también viaja a Aspendo.

89-98. *Caída de los Cuatrocientos. Batalla de Eretria. Establecimiento de los Cinco Mil.*

89. Crisis de la oligarquía en Atenas.
90. Los oligarcas radicales envían una embajada a Esparta y fortifican Eetionea en el Pireo.
91. Advertencias de Terámenes. La amenaza de los ultras.
92. Discordia civil en Atenas. Asesinato de Frínico, rebelión de los hoplitas y demolición del muro del Pireo. Se exige la instauración de los Cinco Mil.
93. Asamblea de los hoplitas. Conversaciones con los Cuatrocientos.
94. Alarma en Atenas ante la proximidad de una flota peloponesia.
95. Victoria peloponesia en Eretria. Atenas pierde Eubea.
96. Pánico en Atenas. Esparta no aprovecha la coyuntura.
97. Destitución de los Cuatrocientos e instauración de los Cinco Mil. Juicio sobre este régimen.
98. Pisandro y otros oligarcas radicales se pasan al enemigo. Pérdida de Énoe. Con el fin de la oligarquía cesan las luchas civiles.

99-109. *Operaciones en el Helesponto. Victoria ateniense de Cinosema.*

99. Zarpa la flota peloponesia de Mileto rumbo al Helesponto.
100. La flota ateniense de Samos también se dirige al Helesponto. Operaciones en Lesbos.
101. La flota peloponesia de Míndaro llega al Helesponto.
102. Movimientos navales en el Helesponto.
103. La flota ateniense de Trasilo llega al Helesponto y en Eleunte se prepara para la batalla.
104. Comienza la batalla de Cinosema.
105. Victoria de la flota ateniense.
106. La victoria infunde alientos a los atenienses.
107. Los atenienses toman Cícico.
108. Alcibíades de nuevo en Samos. Antandro expulsa a la guarnición persa con el apoyo de los peloponesios.
109. Preocupación de Tisafernes, que decide acercarse a los peloponesios. En Éfeso ofrece un sacrificio a Ártemis.

Fin del verano del 413. Atenas, consternada por la noticia del desastre de Sicilia, decide reaccionar

Cuando la noticia llegó a Atenas [1], la gente no le 1
quiso dar crédito durante mucho tiempo, ni siquiera en presencia de los propios soldados [2] que habían escapado del escenario mismo de los hechos y que daban informaciones precisas; no podían creer que la destrucción hubiera sido total y tan desmesurada [3]. Pero cuando abrieron los ojos a la realidad, se encolerizaron contra los oradores que habían apoyado el envío de la expedición como si no hubieran sido ellos mismos quienes la habían votado [4]; y tam-

---

[1] Este capítulo primero del libro VIII enlaza perfectamente con el final del VII; es la conclusión de la historia de la expedición con la llegada a Atenas de la noticia del desastre y la enérgica reacción de los atenienses cara al futuro. Luego el libro VIII se diferenciará de los anteriores, sobre todo, en algunos aspectos formales y estilísticos, como el de la ausencia de discursos, que sugieren un menor acabado.

[2] *Toîs pány tôn stratiōtôn.* Interpretamos el *pány* con el valor enfático que tiene la partícula (propio, real, precisamente, etc.), que aquí refuerza la idea expresada. Otra interpretación, influenciada sobre todo por una discutida expresión de Jenofonte *(Recuerdos de Sócrates* III 5, 1), lo entiende con el sentido de «bien conocido».

[3] Cf. *supra,* VII 87, 6.

[4] Respecto a los oradores, Tucídides no nos ha dado nombres, como suele ser habitual en estos casos. Aristófanes, *Lisístrata* 391, se refiere a un tal Demóstrato, enemigo de Nicias, que Plutarco identifica con el

bién se irritaron con los intérpretes de oráculos y los adivinos, y con todos aquellos que a la sazón, con alguna profecía [5], les habían hecho concebir la esperanza de conquistar Sicilia.
2 Para ellos todo eran disgustos por todos lados y, a causa de lo ocurrido, se habían adueñado de ellos un miedo y una consternación más grandes que nunca. Por una parte, estaban agobiados porque, tanto cada uno particularmente como la ciudad en su conjunto, habían perdido muchos hoplitas y jinetes, y una juventud como no había otra igual a su disposición, y por otro lado, al no ver en los arsenales naves suficientes, ni dinero en el tesoro público, ni tripulaciones para las naves [6], habían perdido la esperanza de salvarse en aquellas circunstancias; y creían que sus enemigos de Sicilia iban a zarpar de inmediato con su flota contra el Pireo, sobre todo después de aquella vic-

orador anónimo de VI 25, 1 (cf. *supra* y Plutarco, *Nicias* 12, 4). Respecto a las esperanzas y al entusiasmo que toda la ciudad puso en la empresa, cf. *supra,* VI 31. En cuanto a la responsabilidad de los políticos en relación a la de los votantes, es interesante un pasaje del discurso de Diódoto: cf. *supra,* III 43, 4-5. Cf. asimismo *supra,* II 60, 4 y 64, 1. Sobre la cuestión de las «responsabilidades» y de las «camarillas políticas», cf. M. I. Finley (ed.), *El Legado de Grecia. Una nueva valoración,* trad. esp. A.-P. Moya, Barcelona, Crítica, 1983 (= Oxford, 1981), págs. 39 ss.

[5] El *chresmológos* era el intérprete de oráculos y el *mántis* tenía el don de la adivinación. Respecto a estos inspirados que decían profecías *(theiásantes),* cf. asimismo *supra,* VII 50, 4; Plutarco, *Nicias* 13; P. Green, *Classical Bearings,* Thames and Hudson, 1989, pág. 97.

[6] La escasez de naves en el Pireo demuestra que la medida del 431 respecto a la reserva de cien trirremes (cf. *supra,* II 24, 2) no se había mantenido. En cuanto al dinero, cf. *infra,* VIII 15, 1. Respecto a las tripulaciones y a la marinería especializada, cf. *supra,* VI 31, 3. Este pasaje constituye una triste contraposición a las previsiones optimistas de Pericles al principio de la guerra (II 13, 2-9). Cf. S. Van de Maele, «Le livre VIII de Thucydide et la politique de Sparte en Asie Mineure (412-411 av. J.C.)», *Phoenix* 25 (1971), 32-50.

toria tan importante, y que entonces sus enemigos de Grecia, con todos sus efectivos doblados, ya iban a acosarlos con toda decisión tanto por tierra como por mar, y que con ellos marcharían sus propios aliados, que habrían hecho defección. No obstante, en la medida que lo permi- 3
tiera la situación, decidieron que no debían ceder, sino equipar una flota, procurándose madera [7] y dinero donde pudieran, asegurarse el control de los aliados, y sobre todo de Eubea [8], aplicar algunas medidas de prudencia en la administración del Estado a fin de moderar los gastos públicos [9], y elegir una comisión de ancianos [10] encargada de preparar las decisiones a tomar respecto a la situación de acuerdo con lo que fuera oportuno. Ante el terror del 4

[7] En cuanto a la madera para la construcción naval, uno de los suministradores en los que se pensaba debía de ser Macedonia. Cf. Andócides, II 11, respecto a la flota ateniense de Samos en el 411; R. Meiggs, D. Lewis, *A selection of Greek Historical Inscriptions,* Oxford, ed. rev. 1989, núm. 91, lín. 30, una estela de la Acrópolis en honor de Arquelao de Macedonia, del 407-406 a. C.

[8] Sobre la importancia de Eubea para Atenas, cf. *supra,* VII 28, 1; *infra,* VIII 95, 2.

[9] Cf. *supra,* VII 27-28; *infra,* 4; 76, 6; 86, 6, etc. En cuanto a los problemas económicos a los que aquí se hace referencia, derivados sobre todo de la fortificación de Decelia y del desastre de Sicilia, cf. N. D. Buchenauer, *The Athenians and the Allies in the Decelian War,* tesis, Brown Univ., 1980, págs. 27-67: «Athenian Finance and the Allies».

[10] Respecto a los miembros de esta comisión *(próbouloi),* cf. Aristófanes, *Lisístrata* 421, 467; Aristóteles, *Constitución de los Atenienses* 29, 2 (intr., trad. y notas de M. García Valdés, Madrid, B.C.G., 1984). Eran diez, uno por cada tribu, todos tenían más de cuarenta años, y entre ellos había verdaderos ancianos, como era el caso de Hagnón, estratego en el 440 a. C. (cf. *supra,* I 117, 2), *oikistes* de Anfípolis en 437-36 (cf. *supra,* IV 102, 3; V 12, 1), y padre adoptivo de Terámenes (cf. Lisias, 12, 65), y el de Sófocles (cf. Aristóteles, *Retórica* 1419a25), que pasaría de los ochenta. Esta comisión era una institución de carácter oligárquico (cf. Aristóteles, *Política* 1298b29; 1299b31; 1323a7).

momento, como suele hacer el pueblo [11], estaban dispuestos a actuar con absoluta disciplina. Y tal como lo decidieron, lo llevaron a la práctica [12], y así acabó el verano.

INVIERNO DEL 413-412. PREPARATIVOS PARA REANUDAR LA GUERRA

2 *La reacción de los griegos*

En el invierno siguiente, ante el gran desastre ateniense de Sicilia, todos los griegos se encontraron inmediatamente en una situación de efervescencia. Los neutrales [13] pensaban que, aunque nadie los llamara, ya no debían permanecer al margen de la guerra [14], sino marchar por propia iniciativa contra los atenienses, pues cada uno consideraba que éstos hubieran marchado contra ellos si hubieran tenido éxito en Sicilia [15], y, además, que el resto de la guerra sería breve, y sería honroso participar en ella. Los aliados de los lacedemonios [16], por su parte, mostraban mucho más empeño que

[11] En cuanto a paréntesis semejantes con comentarios sobre el comportamiento del pueblo, cf. *supra,* II 65, 4; IV 28, 3; VI 63, 2.

[12] Respecto a la expresión, cf. *supra,* II 93, 4; *infra,* 8, 4.

[13] Literalmente «los que no eran aliados de ninguno de los dos bandos». Sobre la terminología de la neutralidad, cf. V. ALONSO TRONCOSO, *Neutralidad y Neutralismo en la Guerra del Peloponeso,* Madrid, 1989, págs. 9 ss., 23, 117, etc.; R. A. BAUSLAUGH, *The Concept of Neutrality in Classical Greece,* Berkeley, Los Ángeles, 1991, págs. XX, 12, 243.

[14] Respecto a la expresión *(aphistánai toû polémou),* cf. *supra,* VII 7, 2.

[15] Internacionalizar el conflicto y conquistar Sicilia era para muchos atenienses un paso para dominar Grecia. Así lo veía Alcibíades (cf. *supra,* VI 90, 3).

[16] Beocia mostró empeño (cf. *infra,* 5, 2), Corinto estuvo más remisa (9, 1-2), pero Élide no participó.

antes en el esfuerzo común por poner fin a aquel largo sufrimiento. Pero quienes estaban más excitados eran los 2
súbditos de los atenienses [17], que estaban dispuestos a re-

[17] Cf., por ejemplo, *infra,* 5, respecto a los primeros intentos de defección (Eubea, Lesbos, Quíos, Eritras), y 22, 1, respecto al ardor de Quíos. Pero también se dieron casos de notable lealtad (cf. *supra,* VII 82, 1, n. 431). De la popularidad de la que pudo gozar Atenas entre sus aliados, sobre todo en los primeros tiempos, tras sustituir en la hegemonía a Esparta (cf. *supra,* I 95 ss.), se fue pasando a una situación de impopularidad, impopularidad nacida del ejercicio del poder, a la que se refiere Tucídides en diversos pasajes (cf. *supra,* II 63, 1, n. 407, ss.; 64, 5, n. 418, etc.) que se fue acrecentando en el curso de la guerra con un endurecimiento de la agresividad imperialista (cf., por ejemplo, Mitilene, III 40, 3-8; Melos, V 91 ss.; Sicilia, VI 18, 2 ss., etc.) y que alcanzó su punto culminante con la sublevación de Jonia. Frente a una posible simpatía por Atenas derivada de algunos aspectos positivos para los pueblos sometidos (gobiernos democráticos, prosperidad y ventajas económicas y oportunidades de trabajo ofrecidas por el Imperio), surgió una insatisfacción en la que, por encima de posibles sintonías de clase, primaban otros aspectos como el afán de libertad e independencia frente a la potencia hegemónica (cf. *infra,* 48, 5, donde Frínico, en el 411, recuerda a los oligarcas que a las ciudades aliadas les importaba más la independencia que tener una oligarquía o una democracia). Las relaciones entre Atenas y sus súbditos constituían una compleja realidad (cf., por ejemplo, *supra,* II 8, 4-5, y el presente pasaje frente a III 27; 47, 2; 82-84; A. H. M. Jones, *Athenian Democracy,* Oxford, 1957, págs. 67 ss.) que ha dado lugar, como es sabido, a un conocido debate sobre la popularidad o impopularidad del Imperio Ateniense y a la visión que sobre el tema nos ofrece Tucídides. Cf. G. E. M. de Ste. Croix, «The Character of the Athenian Empire», *Historia* 3 (1954-55), 1-41, para quien el Imperio Ateniense, por las ventajas económicas y políticas que procuraría, habría gozado de popularidad entre los pueblos de las ciudades aliadas, cuyas masas serían proatenienses, en oposición a los grupos oligárquicos, y para quien, en la lectura de la obra de Tucídides, la lucha de clases no quedaría por detrás de la lucha por la independencia; y las refutaciones a esta tesis de D. W. Bradeen, «The Popularity of the Athenian Empire», *Historia* 9 (1960), 257-269; H. B. Mattingly, «The Growth of Athenian Imperialism», *Historia* 12 (1963), 257-273; H. W. Pleket,

belarse sin tener en cuenta sus propias fuerzas, pues juzgaban la situación con apasionamiento y no concedían a los atenienses ni siquiera la posibilidad de resistir durante el
3 verano siguiente. A su vez, la ciudad de los lacedemonios estaba muy animada por todo esto, y sobre todo porque sus aliados de Sicilia, ahora que la necesidad ya les había obligado a procurarse una flota [18], iban a presentarse verosímilmente al principio de la primavera [19] con fuerzas
4 muy importantes. Así, llenos de esperanza desde todos los puntos de vista, tenían la intención de dedicarse a la guerra con decisión, pues calculaban que, una vez que terminara con éxito, se verían libres en el futuro de peligros semejantes a aquel con el que los atenienses los habrían agobiado en caso de hacerse con el poderío de Sicilia, y que, después de abatir el Imperio Ateniense, en adelante

---

«Thasos and the Popularity of the Athenian Empire», *Historia* 12 (1963), 70-77; J. T. QUINN, «Thucydides and the Umpopularity of the Athenian Empire», *Historia* 13 (1964), 257-266. Cf. asimismo J. DE ROMILLY, *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París, 1947, págs. 260-285, y «Thucydides and the cities of the Athenian empire», *Bulletin of the Institute of Classical Studies of the University of London* 13 (1966), 1-12; H. D. WESTLAKE, «Ionians in the Ionian War», *Classical Quarterly* 29 (1979), 9-44 (= *Studies in Thucydides and Greek History*, Bristol, 1989, págs. 113-153). Y en cuanto al testimonio del Pseudo-Jenofonte en relación con el tema, cf. J. DE ROMILLY, «Le Ps-Xénophon et Thucydide. Études sur quelques différences de vue», *Revue de Philologie* 36 (1962), 225-241; C. LEDUC, *La Constitution d'Athènes attribuée à Xénophon*, París, 1976, págs. 168 ss.

[18] La necesidad fue el ataque de Atenas. No se refiere sólo a la construcción de naves, sino a la adquisición de una experiencia naval y al perfeccionamiento de barcos y tácticas. Cf. *supra*, VII 21; 36; 39-41; 52; 70-71.

[19] Cf. *infra*, 26, 1. El primer envío, veinte naves de Siracusa y dos de Selinunte, llegó al final del verano.

podrían ejercer con seguridad la hegemonía sobre toda Grecia [20].

Expedición de Agis al Golfo Melíaco. Preparativos navales peloponesios

Inmediatamente, pues, en pleno invier- 3
no, su rey Agis partió de Decelia [21] con algunas tropas y se fue a recoger dinero de los aliados para la flota [22]; y dirigiéndose hacia el Golfo Melíaco, confiscó la mayor parte del ganado de los eteos [23], a causa de su antigua enemistad [24], y obtuvo el dinero de su rescate; y obligó a los aqueos de Ftiótide [25] y a los demás súbditos de los tesalios de aquella zona, pese a las protestas y a la oposición de los tesalios [26], a entregar algunos rehenes y dinero, trasladando los rehenes a Corinto y tratando de atraer a aquellos pueblos a la alianza. Entre 2
tanto, los lacedemonios [27] dieron a las ciudades la orden

[20] Al principio de la guerra Tucídides nos presentó a unos espartanos que en público sólo se referían a su propósito de liberar Grecia, pero en el 425 a. C. Esparta ya propuso a Atenas repartirse el dominio de Grecia (cf. *supra,* IV 20; 4).

[21] Ocupada y fortificada por los lacedemonios y sus aliados: cf. *supra,* VII 19, 1-2; 27, 3-28, 2.

[22] No necesariamente para la flota peloponesia principal, puesto que Agis, destacado en Decelia, tenía una escuadra (cf. *infra,* 5, 2; 7).

[23] Respecto al Golfo Melíaco, cf. *supra,* III 96, 3, n. 703, y en cuanto a los eteos, cf. *supra,* III 92, 3-4, n. 658. El *leía* de este pasaje no parece que deba entenderse como «botín», que los eteos habían capturado a otros, sino como «ganado» (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 3, 2), que Agis requisaría para presionar a los eteos.

[24] Remontaba a la época de la fundación de Heraclea de Traquinia: cf. *supra,* III 92, 2-3.

[25] Cf. *supra,* I 3, 2-3; IV 78, 1, n. 446. Respecto a los demás súbditos de la zona, cf. *supra,* V 51, 1, enianes, dólopes, melieos.

[26] Cf. *supra,* III 93, 2; V 51, 1.

[27] Evidentemente los lacedemonios de Esparta, que se distinguen de los de Agis, establecidos en Decelia.

de construir cien naves [28], asignándose a sí mismos y a los beocios el número de veinticinco, quince a los focenses y locros [29], otras quince a los corintios, diez a los arcadios, peleneos y sicionios, y otras diez a los megareos, trecenios, epidaurios y hermioneos; y en todos los aspectos se preparaban para reanudar la guerra tan pronto como llegara la primavera.

Preparativos atenienses

4 También los atenienses efectuaron sus preparativos durante aquel invierno, tal como habían proyectado. Se dedicaron a la construcción de naves, procurándose madera, y fortificaron Sunio, a fin de que sus barcos de transporte de grano doblaran el cabo con seguridad [30]; por otra parte, abandonaron el fuerte que habían levantado en Laconia, en una escala que había hecho su flota cuando se dirigía a Sicilia [31], y para ordenar su economía restringieron todos los demás gastos que parecían innecesarios; y, por encima de todo, no perdieron de vista a sus aliados, para evitar que se desligaran de su imperio.

---

[28] Objetivo ciertamente menos ambicioso que el que se había fijado el gobierno espartano al principio de la guerra: cf. *supra,* II 7, 2.

[29] Los locros del Norte. Cf. *supra,* II 9, 2, n. 50.

[30] A consecuencia de la ocupación de Decelia, el aprovisionamiento procedente de Eubea, que antes se hacía cruzando el canal hasta Oropo y por tierra desde el puerto de Oropo, debía hacerse por mar dando la vuelta al Cabo Sunio. Cf. *supra,* VII 28, 1. Sobre la zona de Sunio-Tórico y sus puertos y fortificaciones, cf. asimismo *infra,* 95, 1; JENOFONTE, *Helénicas* V 1, 23; R. OSBORNE, *Demos: The Discovery of Classical Attika,* Cambridge, 1985, págs. 29-36 y mapa en pág. 30.

[31] Cf. *supra,* VII 26, 2-3.

Se preparan las defecciones y comienza la intervención persa: Embajadas de Eubea ante Agis y de Quíos, Eritras y Tisafernes en Esparta

Mientras los dos bandos tomaban estas 5
medidas y estaban entregados a la organización de la guerra como si la estuvieran empezando [32], los eubeos fueron los primeros en enviar una embajada a Agis durante ese invierno para tratar de su defección del bando ateniense. Agis aceptó sus propuestas e hizo venir de Esparta a Alcámenes, hijo de Estenelaidas, y a Melanto [33], como comandantes destinados a Eubea; éstos llegaron con unos trescientos *neodamodes* [34] y Agis se puso a prepararles la travesía.
En esto llegaron también los lesbios con los mismos deseos 2
de defección; y como los beocios los apoyaban [35], Agis se dejó persuadir a aguardar en el asunto de Eubea y se puso a preparar la rebelión de los lesbios, para lo que les dio como *harmosta* [36] a Alcámenes, el que iba a zarpar hacia Eubea; y los beocios les prometieron diez naves, y

[32] Con el entusiasmo con que se comienzan las guerras: cf. *supra,* II 8, 1.

[33] Alcámenes, cuyo padre puede identificarse con Estenelaidas, el éforo del 432-31 (cf. *supra,* I 85, 3), encontró la muerte poco después (cf. *infra,* 10, 4). Respecto a Melanto, que sólo aparece en Tucídides en este pasaje, no tenemos otros datos.

[34] Cf. *supra,* V 34, 1, n. 78. Cf. R. J. A. Talbert, «The Role of the Helots in the Class Struggle at Sparta», *Historia* 38 (1989), 22-40, y la bibliografía allí citada.

[35] Cf. *supra,* III 2, 3, n. 15; *infra,* 100, 3.

[36] Comandante o gobernador militar espartano. Esparta los ponía al frente de las ciudades sometidas (cf. Plutarco, *Licurgo* 30, 5), y su uso se hizo más frecuente al acabar la Guerra del Peloponeso, cuando Esparta los envió a las ciudades que habían formado parte del Imperio Ateniense. El término, frecuente en Jenofonte, sólo es empleado por Tucídides en este caso.

3 Agis otras diez. Todo esto se hizo sin contar con el beneplácito de Esparta [37], pues Agis, durante todo el tiempo que estuvo en Decelia con sus fuerzas, tenía poderes para enviar un ejército donde quisiera y para reclutar tropas y recaudar dinero. Y puede decirse que durante ese período [38] los aliados le obedecían mucho más que a los lacedemonios de Esparta, ya que al tener fuerzas a su disposición se presentaba de inmediato en cualquier parte infundiendo respeto.

4 Mientras Agis negociaba con los lesbios, los quiotas y los eritreos [39], que igualmente estaban dispuestos a rebelarse, no se dirigieron a él, sino que acudieron a Esparta. Y coincidió allí con ellos un enviado de Tisafernes [40], el

---

[37] Al estar Agis en la fortaleza de Decelia, en territorio enemigo, tendría un mayor margen de independencia. Respecto a los poderes del rey en campaña fuera de las fronteras de Esparta, cf. *infra,* V 60, 2; 66, 3; HERÓDOTO, VI 56; ARISTÓTELES, *Política* 1285a5.

[38] Probablemente se refiere al período concreto de ese invierno, no a todo el período de su mando en Decelia.

[39] Las negociaciones se tendrían con grupos oligárquicos (cf. *infra,* 9, 3; 14, 1-2). Respecto a Eritras, cf. *supra,* III 29, 2, n. 188.

[40] Esta es la primera vez que Tucídides menciona a este personaje, cuya intervención será muy importante a partir de ahora. Tucídides le atribuye aquí el título de *stratēgós,* término cuya interpretación ha dado lugar a un importante debate (cf. A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *ob. cit.,* vol. V, págs. 13-16); ha sido entendido como «comandante o gobernador militar» de los pueblos de las provincias occidentales de Asia Menor, como «general» de las tropas de aquellos distritos costeros, un general nombrado directamente por el rey, independiente del sátrapa (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 4, 3; HERÓDOTO, *Historia* V 25, 1, nn. 93-94; VII 135, 1, n. 642 [trad. y notas de C. SCHRADER, Madrid, B.C.G., núms. 39, 82, aparecidos respectivamente en 1981 y 1985]), o simplemente como un equivalente del título de sátrapa (cf. *supra,* I 129, 1, n. 824). CTESIAS (en F. JACOBY, *F. Gr. Hist.* 688 F 15, 53) atestigua que Tisafernes fue sátrapa de Sardes tras sofocar la rebelión de Pisutnes,

comandante de los pueblos de la costa en nombre del rey Darío [41], hijo de Artajerjes. Tisafernes también solicitaba la intervención de los peloponesios y les prometía cuidar de su sostenimiento. La razón era que recientemente el Rey le había reclamado los tributos de su jurisdicción, que él había quedado a deber al no poder cobrarlos a las ciudades griegas por culpa de los atenienses; y en vista de ello pensaba que la recaudación de tributos mejoraría si lograba debilitar a los atenienses y que, al mismo tiempo, haría a los lacedemonios aliados del Rey y podría llevar vivo o muerto, tal como le había ordenado el Rey, a Amorges, hijo bastardo de Pisutnes, que se había rebelado en Caria [42].

---

pero no nos da más datos ni precisiones cronológicas. En la Historia de Tucídides, esta gestión de Tisafernes supone el comienzo de la intervención persa. Pero debe de faltar material sobre Persia y sus relaciones con el mundo griego en una obra en proceso de revisión, que entre IV 50 y VIII 5 no contiene ninguna referencia a los persas, salvo la incidental a Farnaces de V 1, 1. Cf. A. Andrewes, «Thucydides and the Persians», *Historia* 10 (1971), 1-18. Sobre Tisafernes en Tucídides, cf. H. D. Westlake, «Tissaphernes in Thucydides, *Classical Quarterly* 35 (1985), 43-54 (= *Studies in Thucydides...*, Bristol, 1989, págs. 166-180). Tras la Guerra del Peloponeso y la muerte de Darío, este Tisafernes apoyó a Artajerjes contra su hermano Ciro y, según cuenta Jenofonte, tuvo una intervención decisiva en la victoria de Cunaxa del 401.

[41] Darío II, que subió al trono tras la muerte de su padre Artajerjes en el 425-24 (cf. *supra*, IV 50, 1-3) y murió en el 404.

[42] Sobre Pisutnes, cf. *supra*, I 115, 4-5; III 31, 1; 34, 2. Amorges fue efectivamente capturado al cabo de poco por los peloponesios y entregado a Tisafernes: cf. *infra*, 28, 2-3. Cf. asimismo *infra*, 19, 2; 54, 3; Andócides, III 29; H. D. Westlake, «Athens and Amorges», *Phoenix* 31 (1977), 319-329.

Farnabazo también envía embajadores a Esparta, pero ésta da prioridad a Quíos. Termina el decimonoveno año de guerra

6 Los quiotas y Tisafernes negociaban, pues, de común acuerdo en el mismo sentido; y por el mismo tiempo, Caligito de Mégara, hijo de Laofonte, y Timágoras de Cícico, hijo de Atenágoras [43], que, exiliados ambos de su patria, se habían establecido en la corte de Farnabazo [44], hijo de Farnaces, llegaron a Esparta enviados por Farnabazo, con la misión de obtener el traslado de naves al Helesponto, y lograr él, si podía, lo que pretendía Tisafernes, es decir, hacer, con vistas a la tributación [45], que se desligaran de la alianza ateniense las ciudades de su circunscripción y conseguir que se debiera a su intervención la alianza de los lacedemonios con el Rey.
2 Como las dos delegaciones, la de Farnabazo y la de Tisafernes, llevaban las negociaciones por separado, se suscitó en Esparta una enconada disputa entre los dos bandos [46], tratando unos de conseguir la prioridad para el envío de naves y tropas a Jonia y a Quíos, e intentando los otros que se diera preferencia a la expedición hacia el He-
3 lesponto. Los lacedemonios, sin embargo, dieron una acogida mucho más favorable a las propuestas de los quiotas

[43] Personajes sólo conocidos por lo que nos cuenta Tucídides: cf. *infra,* 8, 1; 39, 1.

[44] Sátrapa de Dascilio (cf. *supra,* I 129, 1, n. 825). Colaborará con los lacedemonios durante la guerra y hará asesinar a Alcibíades en el 404; luego cambiará de bando y ayudará a los atenienses, y colaborará con Conón en la victoria de Cnido del 394 sobre la flota espartana.

[45] Literalmente «a causa de los tributos», de los que, como en el caso de Tisafernes (cf. *supra,* 5, 5), se veía privado por el dominio ateniense.

[46] No sólo entre los miembros de las delegaciones, sino también entre otras personas partidarias de una u otra propuesta.

y de Tisafernes, pues también las apoyaba Alcibíades [47], el cual estaba ligado por muy fuertes vínculos familiares de hospitalidad con el éforo Endio [48], hecho por el que precisamente se explica que la casa de Alcibíades, en virtud de la relación de hospitalidad, adoptara ese nombre laconio, pues Alcibíades también era el nombre del padre de Endio [49]. No obstante, los lacedemonios enviaron pri- 4
mero a Quíos como observador al perieco Frinis [50], para que viera si tenían tantas naves como decían y si en todos los demás recursos la ciudad hacía honor a su fama [51]; y cuando les anunció que lo que habían oído respondía a la verdad, hicieron inmediatamente aliados a los quiotas y a los eritreos y decretaron enviarles cuarenta naves, dado

[47] La influencia de Alcibíades acabaría de inclinar el fiel de la balanza, pero había importantes razones, como los sesenta barcos de Quíos de los que se habla en seguida, que hacían de Jonia una base más segura.

[48] Este Endio era uno de los tres embajadores espartanos que fueron a Atenas en el 420 y que fueron engañados por Alcibíades: cf. *supra*, V 44, 3-45. Endio no era entonces el éforo epónimo (véase su lista en JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 10), pero los cinco éforos tenían igual poder. Respecto a la hospitalidad *(xenía)*, cf. *supra*, II 13, 1, n. 84. En cuanto al eforato, cf. *supra*, I 85, 3, n. 466; 131, 2, n. 839; II 2, 1, n. 7.

[49] El nombre de Alcibíades debió de introducirse en la familia ateniense en la segunda mitad del siglo VI a. C.; las dos familias tenían, pues, una amistad de varias generaciones. En la familia de Endio, este nombre alternaba con el de Alcibíades, y en la casa ateniense el nombre sería adoptado como señal de amistad.

[50] Personaje que sólo aparece en este pasaje. Respecto a los periecos y a su desempeño de ciertas misiones de responsabilidad, cf. *supra*, I 101, 2, n. 563; *infra*, 22, 1.

[51] Quíos tenía fama de ser una de las ciudades más opulentas del mundo griego. Cf. *infra*, 24. En el mundo moderno los servicios de inteligencia habrían estado bien informados, pero antiguamente la diplomacia tenía estos fallos; cf. asimismo *supra*, VI 46. Cf. D. J. MOSLEY, «Diplomacy in Classical Greece», *Ancient Society* 3 (1972), 1-16.

que, por lo que decían los quiotas, allí había no menos de sesenta. Y como primera medida, se dispusieron a enviarles ellos mismos diez naves al mando de Meláncridas, que era su navarco; pero luego, al haberse producido un terremoto, decidieron enviar a Calcideo en lugar de Meláncridas [52] y equiparon cinco naves en Laconia en vez de las diez previstas. Y así terminó el invierno y con él terminó el decimonoveno año de esta guerra cuya historia escribió Tucídides.

VIGÉSIMO AÑO DE GUERRA: 412-411 A. C.

VERANO DEL 412

La guerra se traslada al Egeo. Con la defección de Quíos comienzan las rebeliones en Jonia

Ante el apremio quiota, Esparta ordena el envío de una flota

7 Así que llegó la primavera del verano siguiente [53], como los quiotas apremiaban para que les enviaran las naves, temerosos de que los atenienses se enteraran del asunto (todas las delegaciones, evidentemente, negociaban a sus espaldas), los lacedemonios envia-

[52] Meláncridas, un personaje desconocido, no vuelve a aparecer. Calcideo, aun sin ser navarco (cf. *infra,* 20, 1), desempeñará un papel de cierta importancia. Respecto a los terremotos, recuérdese que podían ser considerados como un presagio de signo negativo e interrumpir o alterar los planes de una expedición. Cf. *supra,* I 23, 3, n. 162; II 8, n. 44; III 87, 4; 89, 1-5; IV 52, 1; V 45, 4, n. 103; 50, 5; VI 95, 1; *infra,* 41, 2; W. R. Pritchett, *The Greek State at war,* III, Berkeley, Los Ángeles, 1979, pág. 117.

[53] La primavera del 412, aunque el envío de los espartiatas no debió de ordenarse tan pronto (a principios de marzo). En seguida se hablará de los Juegos Ístmicos (que se celebraban hacia fines de junio); y sólo

ron tres espartiatas a Corinto para que, después de transportar cuanto antes las naves a través del Istmo desde el mar del otro lado hasta el que mira a Atenas [54], dieran orden de hacer rumbo a Quíos a todos los barcos, tanto a los que Agis preparaba con destino a Lesbos como a los demás [55]; el total de las naves de la alianza que allí había era de treinta y nueve [56].

Disposiciones peloponesias respecto a la flota. Los barcos cruzan el Istmo de Corinto

Consiguientemente, Caligito y Timágo- 8
ras, que actuaban en representación de Farnabazo, no se unieron a la expedición de Quíos, ni entregaron la suma de veinticinco talentos que habían traído para el envío de las naves, sino que se pusieron a alimentar la idea de hacerse a la mar
más adelante con otra flota financiada por ellos [57]. Agis, 2
sin embargo, cuando vio que los lacedemonios estaban decididos a dirigirse primero hacia Quíos, ya dejó de pensar de modo distinto [58]. Y los aliados se reunieron a deliberar en Corinto y decidieron que la flota iría primero a Quíos bajo el mando de Calcideo, que estaba equipando sus cinco naves en Laconia, luego a Lesbos bajo el mando de Alcámenes, que era el hombre en quien Agis había pensa-

el Manuscrito B tiene la precisión relativa a la primavera, una precisión probablemente incierta en este caso. Respecto a la inclusión de la primavera en el verano, cf. *supra,* II 1, n. 3.

[54] Desde el Golfo de Corinto hasta el Golfo Sarónico. Cf. *supra,* III 15, 1, n. 90.

[55] Las naves de Agis, como las demás, debían de estar al oeste del Istmo.

[56] Número notablemente inferior a lo previsto (cf. *supra,* 3, 2; 5, 2).

[57] Cf. *supra,* 6, 1. Luego les llegará el turno: cf. *infra,* 39, 1.

[58] De modo distinto a las autoridades de Esparta y a la conferencia de aliados de Corinto.

do, y que finalmente llegaría al Helesponto (y para este mando se había designado a Clearco, el hijo de Ranfias) [59];
3 y primero trasladarían a través del Istmo la mitad de las naves, y las harían zarpar inmediatamente, a fin de que los atenienses no fijaran tanto su atención en las que se hacían a la mar como en las que seguirían trasladándose
4 a continuación [60]. Organizaban, en efecto, la partida de la expedición de este modo [61] a la vista de todo el mundo, despreciando la impotencia de los atenienses, puesto que todavía no se había dejado ver ninguna escuadra suya de cierta importancia. Y cuando hubieron tomado la decisión, hicieron pasar inmediatamente veintiuna naves.

---

[59] Clearco (cf. *infra,* 39, 2 y 80, 1-3) será condenado a muerte por desobedecer a los éforos y, tras la guerra del Peloponeso, se pondrá al servicio de Ciro y tomará el mando de los Diez Mil mercenarios griegos en la expedición que su amigo Jenofonte nos narró en su *Anábasis.* Tras la derrota de Cunaxa, será capturado y ejecutado por Tisafernes (cf. Jenofonte, *Anábasis* II 6, 1-15). Su padre se suele identificar con el Ranfias mencionado en otras ocasiones: cf. *supra,* I 139, 3, n. 896.

[60] Estos párrafos (2-4) contienen las decisiones de la conferencia de los aliados peloponesios; se observan cuatro partes, que se distinguen claramente por medio de adverbios de tiempo: A) «Primero» *(prôton)* a Quíos a las órdenes de Calcideo (en relación con VIII 6, 5 y 11, 3); B) «luego» *(épeita)* a Lesbos con Alcámenes (en conexión con VIII 5, 2 y 22, 1); C) «finalmente» *(tò teleutaîon)* al Helesponto con Clearco (cf. *supra,* 6, 1); D) «inmediatamente» *(euthýs,* repetido, en 3 y 4) se transportarían las naves a través del istmo y se zarparía. Y en el último párrafo hay un inciso referido al desprecio de los aliados respecto a la capacidad de reacción ateniense. Cf. E. Delebecque, *Thucydide, Livre VIII,* Aix-en-Provence, 1967, pág. 23.

[61] *Taútēi,* «de este modo». También puede entenderse como indicación de lugar en el sentido de «en esta zona», «por esta ruta», referido a Cencreas, en el Golfo Sarónico (cf. *infra,* 10, 1, n. 68).

El retraso de los corintios facilita la reacción ateniense

Pero, aunque los aliados querían apre- 9
surar la partida de la expedición, los corintios no mostraban gran interés por unirse a ella antes de terminar la celebración de los Juegos Ístmicos [62], que caían por aquellas fechas. Y para darles satisfacción, Agis estaba dispuesto a que no violaran en modo alguno su tregua ístmica [63] haciendo de la expedición una empresa personal.
Los corintios, sin embargo, no estuvieron de acuerdo, y, 2
al producirse un retraso, los atenienses se fueron enterando de lo que pasaba en Quíos y enviaron a Aristócrates [64], uno de sus estrategos, para presentar sus quejas, y en vista de que los quiotas negaban [65], les ordenaron que como garantía les enviaran naves para unirse a la flota de la alianza; y ellos enviaron siete. La razón del envío de estas 3

[62] Juegos Panhelénicos que se celebraban cada dos años, probablemente a fines de junio o en julio (cf. asimismo Jenofonte, *Helénicas* IV 5, 1-4), en el Istmo de Corinto en honor de Posidón.

[63] Para la celebración de las Fiestas Panhelénicas se proclamaba una tregua sagrada: cf. *supra,* V 49, 1. Esparta y su rey Agis no participarían en los juegos y no habrían suscrito la tregua sagrada, por lo que podían emprender la expedición por su cuenta evitando que los corintios violasen la tregua. Cf. F. J. Fernández Nieto, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia,* Santiago de Compostela, 1975, tomo I, págs. 147 ss.; 175.

[64] Encontramos un Aristócrates entre los signatarios de los tratados del 421 (cf. *supra,* V 19, 2), y es posible que sea el mismo Aristócrates, hijo de Escelias, que luego encontraremos en 89, 2 y 92, 2.

[65] Interpretando este verbo *(arnouménōn)* con valor absoluto y haciendo depender el *tò pistòn* («garantía») y el *naûs sphísi xympémpein* de *ekéleuon.* Pero el pasaje es problemático y ha dado lugar a algunas correcciones. Según otra interpretación, el *tò pistòn* («la veracidad») sería objeto de *arnouménōn* y, tras el *tò pistòn,* habría que suponer un *tôn enklēmátōn* o una expresión similar, con lo que diría: «en vista de que los quiotas negaban la veracidad de las acusaciones».

naves fue que la mayoría de los quiotas no sabían nada de las negociaciones, mientras que la minoría que estaba al corriente no quería tener al pueblo como enemigo antes de conseguir alguna seguridad [66]; y entonces ya no esperaban la llegada de los peloponesios, debido a que se demoraban.

Los atenienses acosan a la flota peloponesia y la atacan en Espireo. Muerte de Alcámenes

10 Entre tanto se celebraban los Juegos Ístmicos, y los atenienses, dado que se había proclamado la tregua, participaron en ellos con una delegación [67], y el asunto de Quíos se les hizo más evidente. Y una vez que sus representantes hubieron regresado, se pusieron de inmediato a tomar medidas para que las naves enemigas no zarparan
2 de Cencreas [68] sin que ellos se dieran cuenta. Después de la fiesta, los peloponesios se hicieron a la mar rumbo a Quíos con veintiuna naves al mando de Alcámenes. Primero los atenienses navegaron a su encuentro con el mismo número de naves y trataron de llevarlos hacia alta mar. Sin embargo, como los peloponesios no se dejaron llevar

---

[66] Cf. *supra,* 5, 4, n. 39. Quíos era una oligarquía y los conspiradores, ante un pueblo proateniense, querían asegurar el apoyo de los peloponesios. Respecto a este pasaje, cf. *supra,* III 27; sobre posibles paralelismos entre los libros III y VIII, cf. HUNTER R. RAWLINGS III, *The Structure of Thucydides' History,* Princeton, 1981, cap. IV: «Books III and VIII: Revolt and Revolution».

[67] Sobre estas delegaciones *(theōríai),* cf. V 16, 2, n. 36.

[68] Cencreas *(Kenkhreiaí)* era el puerto principal de Corinto en el Golfo Sarónico. Tucídides se refiere a esta plaza en IV 42, 4; 44, 4; VIII 10, 1; 20, 1; 23, 1 y 5; y utiliza la forma Cencreas salvo en el dativo-locativo *(en Kenkreiâi),* para el que usa el singular *Kenkhreiá,* Cencrea, tal como vemos en IV 42, 4 y 44, 4 (cf. asimismo *infra,* 23, 5), donde, pese a que nuestra transcripción era Cencrea, un duende de última hora hizo aparecer otra transcripción.

mucho trecho, sino que cambiaron de rumbo, también die-
ron la vuelta los atenienses, pues no les inspiraban con-
fianza las siete naves quiotas que se contaban entre las
suyas. Pero luego, tras aumentar su número con otros 3
barcos hasta alcanzar un total de treinta y siete, se pusie-
ron a perseguir a los barcos peloponesios, que navegaban
a lo largo de la costa, hasta darles alcance en Espireo [69],
en el territorio de Corinto; se trata de un fondeadero de-
sierto situado junto a los mismos límites del territorio de
Epidauro. Los peloponesios perdieron una nave en el mar,
pero lograron reagrupar a las demás y fondearon allí.
Entonces, como los atenienses lanzaron un ataque com- 4
binado por mar con sus naves y por tierra con las tropas
desembarcadas, se produjo una gran confusión y desor-
den, y los atenienses averiaron la mayor parte de las naves
enemigas que estaban en tierra y mataron a su comandante
Alcámenes; y ellos también tuvieron algunas bajas.

Bloqueo naval de Espireo. Las noticias desaniman a Esparta

Una vez que se hubieron separado, los 11
atenienses colocaron un número de naves
suficiente para bloquear a las del enemi-
go y con las demás fondearon en el islote
no muy distante en el que habían esta-
blecido su campamento, mientras mandaban a pedir ayuda
a Atenas. Al día siguiente, en efecto, se presentaron los 2

[69] El sitio se suele identificar con el Cabo Espireo y el puerto debe de ser el de Frangolimani, a unos seis km. al oeste del cabo. La identificación, sin embargo, no es segura, y tampoco es segura la grafía de este topónimo que sólo aparece en Π^{17} *(The Oxyrhynchus Papyri,* 1247, siglo II) frente al Pireo *(Peiraión)* de los manuscritos. En todo caso, el lugar no tiene nada que ver con el Pireo de Jenofonte, *Helénicas* IV 5, 1-5, que se refiere a la Península de *Perachora,* entre la Bahía de Corinto y la de Egóstena (cf. Jenofonte, *Helénicas,* trad., introd. y notas de O. Guntiñas, Madrid, B.C.G., 1977, págs. 163-164).

corintios para ayudar a los peloponesios contra aquellas naves [70], y poco después llegaron otros pueblos vecinos [71]. Los peloponesios, viendo que era dificultoso montar la guardia en un lugar desierto, no sabían qué hacer y en un primer momento incluso pensaron en quemar sus naves [72], pero luego decidieron sacarlas a tierra, instalarse allí con su infantería y mantener la guardia hasta que se presentara una ocasión propicia para escapar. Y Agis, enterado de su situación, les envió al espartiata Termón [73].

3 A los lacedemonios se les había anunciado primero que las naves se habían hecho a la mar desde el Istmo (pues los éforos habían ordenado a Alcámenes que, cuando esto sucediera, enviara un mensajero a caballo), e inmediatamente quisieron enviar sus cinco naves [74] al mando de Calcideo, al que iba a acompañar Alcibíades. Luego, cuando estas naves se disponían a zarpar, llegaron las noticias de la flota refugiada en Espireo y, descorazonados porque habían fracasado en su primera empresa de la guerra de Jonia [75], ya no pensaban en enviar las naves desde su territo-

---

[70] O, según otra interpretación, «en la defensa de sus naves», entendiendo así el *boēthoûntes epì tàs naûs.*

[71] Seguramente los epidaurios.

[72] Para evitar que cayeran en manos de los atenienses.

[73] Verosímilmente para ocupar el sitio del fallecido Alcámenes. Es un personaje desconocido que no vuelve a ser mencionado.

[74] Cf. *supra,* 6, 5; 8, 2.

[75] Tucídides usa *toû Iōnikoû polémou* en el sentido local de la guerra en Jonia, no refiriéndose al período bélico entre el 413 y el 404, la llamada Guerra de Decelia (denominación que representaría el punto de vista de los residentes en Atenas), que algunos estudiosos han denominado también Guerra Jonia. Cf. H. D. WESTLAKE, «Ionians and the Ionian War», *Classical Quarterly* 29 (1979), 9 ss., y en *Studies in Thucydides and Greek History,* Bristol, 1989, págs. 113-153.

rio, sino que incluso tenían la idea de hacer volver a algunas que ya se habían hecho a la mar [76].

Intervención de Alcibíades, que zarpa con las cinco naves de Calcideo rumbo a Jonia

Cuando Alcibíades se dio cuenta, trató de convencer de nuevo [77] a Endio y a los otros éforos de que no había que echarse atrás en el asunto de la expedición, argumentando que sus naves llegarían antes de que los quiotas pudieran enterarse del desastre de la flota y que él mismo, cuando arribara a Jonia, persuadiría fácilmente a las ciudades a rebelarse, haciéndoles ver la debilidad de los atenienses y el buen ánimo de los lacedemonios, pues les resultaría más digno de crédito que los demás. Al propio Endio le decía en privado que sería honroso que gracias a él [78] se produjera el levantamiento de Jonia y se consiguiera que el Rey fuera aliado de los lacedemonios, y que este triunfo no debía ser para Agis, con el que él [79], en efecto, estaba enfrentado. Y tras

(margin: 12 beside "Cuando Alcibíades se dio cuenta, tratό"; 2 beside "dito que los demás. Al propio Endio le decía en privado"; 3 beside "Agis, con el que él [79], en efecto, estaba enfrentado. Y tras")

---

[76] No está claro a qué barcos se refiere. Podría pensarse en las naves bloqueadas en Espireo, que recibirían la orden de no proseguir en caso de burlar el bloqueo, pero el «algunas» *(tinas)* dificulta esta probabilidad. Tal vez serían algunas naves peloponesias que no habrían seguido la ruta del Istmo y que tendrían su punto de encuentro en Laconia, o podría referirse a las mismas naves de Calcideo, que irían a reunirse con su comandante en un punto de partida, en el que podrían recibir la orden de regresar a la base. Pero no se nos dice nada al respecto.

[77] Cf. *supra,* 6, 3.

[78] Al mismo Endio, cuya intervención haría posible la rebelión de Jonia (cf. *infra,* 17, 2); algunos lo han entendido referido a Alcibíades.

[79] Hay división de opiniones respecto a quién se refiere este «él» *(autós).* Como en el caso anterior (con un *di' ekeínou* más probablemente referido a Endio), puede referirse también a Endio, cuyas diferencias con Agis harían que Alcibíades encontrara en él un interlocutor favorable; los éforos, pendientes de la actividad del rey y sin duda inquietos en este caso por la influencia de Agis desde Decelia, ya habían dado preferencia a

convencer a Endio y a los otros éforos se hizo a la mar en compañía del lacedemonio Calcideo, e hicieron la travesía a toda prisa.

Gilipo vuelve de Sicilia

13 Por esa misma época volvían de Sicilia las dieciséis naves peloponesias que habían combatido a las órdenes de Gilipo [80] hasta el final de la guerra. Y aunque en aguas de Léucade fueron interceptadas y averiadas [81] por las veintisiete naves áticas al mando de Hipocles [82], hijo de Menipo, que estaba al acecho de las

---

la petición de Quíos y Tisafernes frente al proyecto de Agis. No obstante, también puede entenderse referido a Alcibíades, cuyo enfrentamiento con Agis se explicaría por el incidente ocurrido en Esparta durante la noche en que se produjo el terremoto mencionado en VIII 6, 5. Se había visto a Alcibíades salir de la habitación de Timea, la mujer de Agis, de cuya adúltera unión, según algunos autores, sería hijo Leotíquidas. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 3, 1 ss.; PLUTARCO, *Alcibíades* 23, *Agesilao* 3, *Lisandro* 22; PAUSANIAS, III 8, 7; W. M. ELLIS, *Alcibiades*, Londres-Nueva York, 1989, págs. 67; 122, n. 96.

[80] Por las mismas fechas que Alcibíades y Calcideo navegaban hacia Quíos la flota de Gilipo regresaba de Sicilia. El total de esta flota resulta de la suma de las cuatro naves que habían ido a Sicilia con el propio Gilipo (cf. *supra*, VI 104, 1), de la de Góngilo (cf. *supra*, VII 2, 1) y de las doce de las que se habló en VII 7, 1, una suma con un resultado de diecisiete a la que debe restarse una que se habría perdido. Volvieron las dieciséis que combatieron hasta el final (idea que Tucídides precisa con el compuesto *xyndiapolemēsasai)* y la decimoséptima tuvo peor suerte. Se ha señalado asimismo que ésta es la última ocasión en que Tucídides menciona a Gilipo.

[81] *Kopeîsai.* No en el sentido de que sufrieran un gran destrozo, puesto que sólo se perdió una nave, sino en el de que fueron atacadas con el resultado de algunos daños.

[82] Esta escuadra de Hipocles no había sido mencionada; probablemente tenía su base en Naupacto, como otras flotillas de vigilancia citadas en otras ocasiones (cf., por ejemplo, *supra*, VII 34). En cuanto a Hipocles, ésta es su única mención: cf. R. DEVELIN, *Athenian Officials,*

naves procedentes de Sicilia, todas menos una lograron escapar de los atenienses y arribaron a Corinto.

Alcibíades y Calcideo provocan la rebelión de Quíos, Eritras y Clazómenas

En el transcurso de su travesía, Calcideo y Alcibiades fueron apresando a cuantos encontraban para evitar que se extendiera la noticia de su llegada; y arribaron primero a Córico [83], en el continente, donde soltaron a sus prisioneros y tuvieron un primer encuentro con algunos de los quiotas que colaboraron con ellos, y, al exhortarles éstos a que se presentaran con sus naves ante la ciudad sin previo aviso, los quiotas los vieron llegar sin que lo esperaran. La sorpresa y el estupor se apoderó de la mayoría, pero los oligarcas habían tomado medidas para que el Consejo [84] se encontrara reunido y, como Calcideo y Alcibíades tomaron la palabra y dijeron que otras muchas naves navegaban hacia allí sin referirse para nada al asunto del bloqueo de las que estaban en Espireo, los quiotas y luego los eritreos se rebelaron contra los atenienses. A continuación, se hicieron a la mar con tres naves y provocaron la rebelión de Clazómenas [85]. Los clazomenios pasaron en se-

14

2

3

684-321 B. C., Cambridge, 1989, págs. 155-156. Su padre, Menipo, podría ser el que aparece en PLUTARCO, *Pericles* 13, 15.

[83] Es la zona montañosa meridional de la Península de Eritras, península de tres puntas situada frente a la isla de Quíos. Los montes de Córico tenían al Este la Bahía de Teos, al Noroeste Eritras, y al Nordeste Clazómenas. En su extremo sur está el actual Cabo Koraka, el antiguo Coriceo.

[84] La constitución quiota sería en esta época la de una oligarquía moderada y este Consejo sería representativo de la población. Los oligarcas quisieron cogerlo por sorpresa. Cf. T. J. QUINN, «Political Groups at Chios: 412», *Historia* 18 (1969), 22-30; D. KAGAN, *The Fall of the Athenian Empire*, Ithaca-Londres, 1987, págs. 43-46.

[85] Ciudad formada por una isla situada en el extremo sudoccidental del Golfo de Esmirna y por una población (Policna) en la costa continen-

guida al continente y se pusieron a fortificar Policna, por si necesitaban un lugar para retirarse de la pequeña isla en que vivían. Todas las ciudades que se habían rebelado estaban ocupadas en obras de fortificación [86] y en preparativos para la guerra.

La revuelta se extiende y Atenas reacciona. Primer tratado entre Esparta y Persia

Medidas atenienses para enfrentarse a la rebelión

15 Las noticias de Quíos llegaron rápidamente a Atenas. Entonces los atenienses consideraron que el peligro que se cernía sobre ellos era grave y manifiesto y que los demás aliados no estarían dispuestos a permanecer tranquilos cuando la ciudad más importante [87] se había cambiado de bando, y, en consecuencia, respecto a los mil talentos [88] que se habían empeñado en

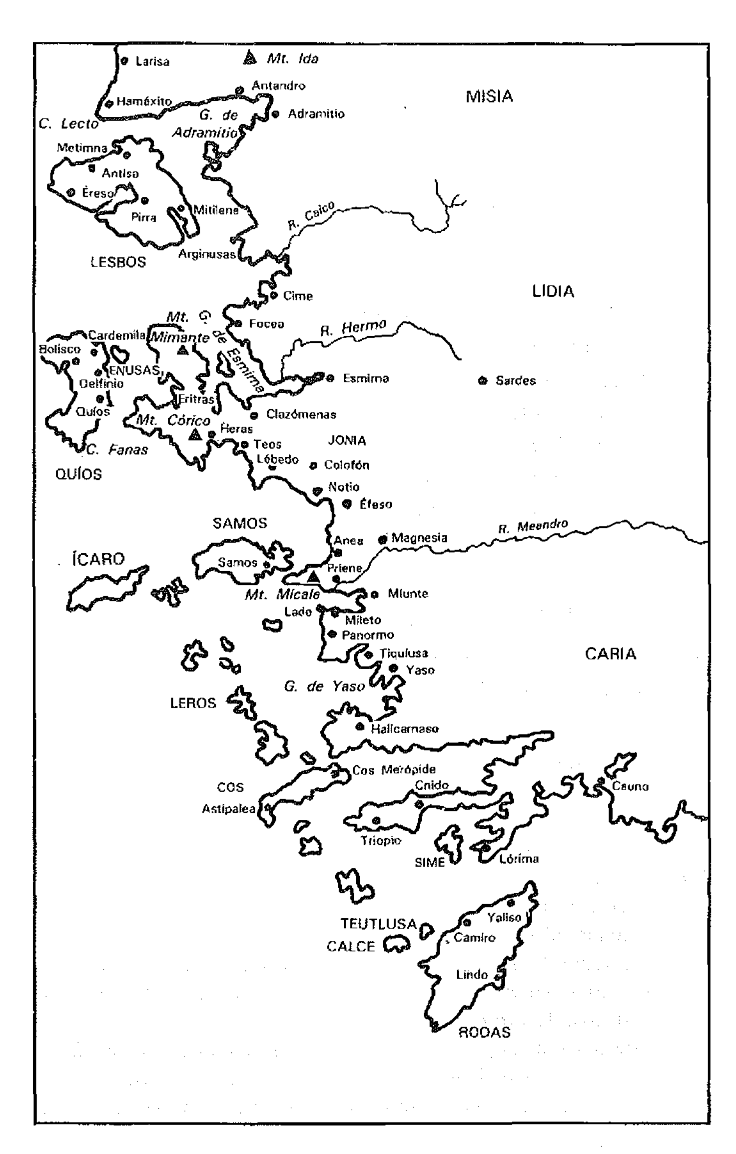
---

tal de enfrente. Estaba al norte del istmo donde se iniciaba la península a la que se hace referencia en la nota 83. La existencia del asentamiento continental de Policna, que aquí se fortifica, respondía a la necesidad de defenderse de una potencia talasocrática como Atenas. Inversamente, la ocupación de la isla por los clazomenios, originariamente establecidos en la costa continental de enfrente, había sido provocada por su temor frente a los persas, que eran una potencia esencialmente de tierra. Cf. Pausanias, VII 3, 9.

[86] Cf. *supra,* I 56, 2, n. 320; III 2, 2; 33, 2, n. 206; 39, 2; IV 51, n. 265; *infra,* 31, 3. Atenas controlaba las fortificaciones de sus aliados. Cf. R. Meiggs, *The Athenian Empire,* Oxford, 1972, págs. 149-151.

[87] Cf. *infra,* 40, 1; 45, 4.

[88] Una reserva que no se podía usar salvo en el caso de un ataque naval contra la misma Atenas: cf. *supra,* II 24, 1. No la habían utilizado ni en el momento del desastre de Sicilia. Pero ahora no había alternativa; cf. N. D. Buchenauer, *The Athenians and the Allies in the Decelian War,* tesis, Brown Univ., 1980, págs. 31 ss.



2. Jonia y Caria

no tocar durante toda la guerra, abolieron inmediatamente, en la consternación del momento, las penas previstas contra quien presentara propuestas sobre su utilización o las pusiera a votación, y decretaron manejar estos fondos para equipar un buen número de naves. Al mismo tiempo, en cuanto a las naves que mantenían el bloqueo en Espireo, tomaron la decisión de enviar en seguida ocho de ellas, que, tras abandonar la guardia para dar caza a las de Calcideo, habían regresado al no poder alcanzarlas (las mandaba Estrombíquides [89], hijo de Diotimo); y también decidieron que no mucho después acudirían como refuerzo otras doce naves al mando de Trasicles [90], tras abandonar tam-
2 bién éstas el bloqueo. En cuanto a las siete naves de Quíos que colaboraban con ellos en el bloqueo de la escuadra de Espireo, las retiraron de allí, concediendo la libertad a los esclavos que iban a bordo y encarcelando a los hombres libres [91]. Para continuar el bloqueo de los peloponesios, en sustitución de todas las naves que habían partido, equiparon y enviaron a toda prisa otras diez [92], y tenían

[89] Miembro de una distinguida familia (J. K. Davies, *Athenian Propertied Families*, Oxford, 1971, pág. 161), sería uno de los líderes de la oposición democrática al régimen de los Treinta y fue ejecutado por ellos (cf. Lisias, XIII 13 ss.; XXX 14). Respecto a su padre, Diotimo *(Diótīmos)* o Diótimo, cf. *supra*, I 45, 2, n. 270.

[90] Se suele identificar con el personaje del mismo nombre que aparece en los tratados del 421 (cf. *supra*, V 19, 2).

[91] Cf. *supra*, 9, 2; 10, 2-3. Respecto a la utilización de esclavos en las flotas, como en el caso de esta escuadra quiota, cf. *supra*, I 55, 1, n. 314; II 103, 1; *infra*, 84, 2.

[92] Este número, exigido por el contexto, no figura en los manuscritos, pero suele estar presente en las ediciones. La cifra se deduce de los datos que nos da el propio historiador: de las treinta y siete naves del principio (cf. *supra*, 10, 3-4) habían quedado diez al abandonar el bloqueo los veinte barcos al mando de Estrombíquides y Trasicles (cf. párra-

la intención de equipar otras treinta. En suma, su ardor era grande y todo parecía poco para enderezar la situación de Quíos.

Operaciones en la zona de Teos

16 Entre tanto, Estrombíquides llegó a Samos con sus ocho naves y, tras incorporar a su escuadra una nave samia [93], navegó hasta Teos [94] y pidió a sus habitantes que permanecieran tranquilos. Pero Calcideo había zarpado de Quíos y también navegaba hacia Teos con sus veintitrés naves a la vez que la infantería de los clazomenios y eritreos avanzaba por la costa.
2 Estrombíquides, informado a tiempo, se hizo a la vela y, una vez en alta mar, cuando vio que las naves procedentes de Quíos eran numerosas, se dio a la fuga en dirección
3 a Samos, y las naves enemigas lo persiguieron. Los de Teos, que en un primer momento no habían acogido a las tropas de tierra, las dejaron entrar en cuanto huyeron los atenienses. Estas tropas se mantuvieron a la expectativa al principio, en espera de que Calcideo regresara de la persecución; pero como se demoraba, se pusieron a derribar el muro que los atenienses habían construido en la parte de la ciu-

fo 1) y ser trasladadas a Atenas las siete de Quíos; y como luego se dice que la escuadra de Espireo estaba formada por veinte naves (cf. *infra,* 20, 1), ahora el refuerzo sería de diez unidades.

[93] Samos sólo debía de tener un muy contado número de naves para uso local, puesto que se les había prohibido la posesión de una flota en la capitulación del 439 (cf. *supra,* I 117, 3). Sólo Quíos y Metimna tenían una flota (cf. *supra,* VI 85, 2; VII 57, 4).

[94] Ciudad que se hallaba en el centro de Jonia (cf. HERÓDOTO, I 170, 3), al sudeste de Eritras y junto a la actual Sığacik. Ocupaba una pequeña península *(chersónēsos;* cf. ESTRABÓN, XIV 1, 30) en la parte sur del istmo de la gran Península de Eritras, en el extremo opuesto a Clazómenas. Los habitantes de Teos estaban a la expectativa, sin gran entusiasmo por ninguno de los dos bandos (cf. *infra,* párr. 3 y 20, 2).

dad de Teos que mira al continente; y colaboraron con ellos en el derribo unos cuantos bárbaros que habían acudido a las órdenes de Estages [95], lugarteniente de Tisafernes.

Defección de Mileto

17 Calcideo y Alcibíades, después de perseguir a Estrombíquides hasta Samos, armaron como hoplitas a los marineros de las naves que habían traído del Peloponeso [96] y los dejaron en Quíos, y, tras reemplazar estas tripulaciones con gente de Quíos y equipar otras veinte naves de la isla, hicieron rumbo a Mileto [97]
2 para moverlos a la defección. Lo que quería Alcibíades, que tenía buenas relaciones con los notables milesios, era atraerse a la ciudad antes de que llegaran las naves del Peloponeso, y conseguir así para los quiotas, para sí mismo y para Calcideo, y, tal como había prometido [98], para Endio, que les había enviado, el mérito de haber provocado la defección del mayor número posible de ciudades con
3 la ayuda de las fuerzas de Quíos y de Calcideo. Así, pasando inadvertidos durante la mayor parte de la travesía, y tras haberse anticipado por muy poco a Estrombíquides y a Trasicles, que acababa de llegar de Atenas con doce naves [99] y participaba en la persecución, consiguieron

---

[95] A los persas les interesaba igualmente demoler un muro que era una protección frente a ellos. Estages no vuelve a ser citado por Tucídides, pero aparece en Jenofonte, *Helénicas* I 2, 5.

[96] Las cinco naves de 12, 3.

[97] Mileto estaba situada en una península, al sur de la desembocadura del Meandro y al sudeste de la isla de Samos.

[98] Cf. *supra*, 12, 2.

[99] Respecto a estas naves, cf. *supra*, 15, 1. La persecución debió de producirse en la última parte de la travesía, cuando fue vista la flota de Alcibíades y Calcideo, que probablemente no habrían sido descubiertos al dar un rodeo por la parte exterior de la isla de Ícaro y arribar a Mileto desde el sur.

la defección de Mileto. Los atenienses se presentaron detrás de ellos con diecinueve naves, y como los milesios no los recibieron, se apostaron en Lade [100], una isla situada
enfrente de la ciudad. E inmediatamente después de la 4
sublevación de los milesios se concluyó el primer tratado de alianza entre los lacedemonios y el Rey por medio de Tisafernes y Calcideo [101]. Su texto fue el siguiente:

El primer tratado de alianza entre Esparta y Persia

«Los lacedemonios y sus aliados han 18
estipulado una alianza con el Rey y Tisafernes en los términos siguientes:

Todo el territorio y todas las ciudades que posee el Rey y poseían los antepasados del Rey [102] pertenecerán al Rey. Y respecto a todo el beneficio que los atenienses obtenían de estas ciudades, en dinero o en cualquier otro tipo de recursos [103], el Rey y los lacedemonios con sus aliados impedirán de común acuer-

---

[100] La isla que fue el escenario de la batalla que puso fin a la revuelta jonia (cf. HERÓDOTO, VI 7 ss.). Protegía el acceso al mayor de los cuatro puertos de Mileto (cf. ARRIANO, *Anábasis* I 18 ss.). Actualmente es una pequeña colina a unos 3 km. del mar en la llanura aluvial formada por el río Meandro en el antiguo Golfo Latmíaco.

[101] Para los siguientes tratados, cf. *infra,* 37 y 58.

[102] Nótese, por una parte, la distinción persa entre el territorio o dominios reales *(chôra)* y las ciudades con sus propios territorios. La cláusula era, por otra parte, de una gran importancia y alcance, puesto que su carácter retroactivo (cf. asimismo *infra,* 37, 2) legitimaba las reivindicaciones persas de las ciudades griegas de Asia Menor e islas del Egeo, e incluso las de Grecia continental, desde Tesalia hasta Beocia. Esparta, pese a su fama de libertadora de los griegos, entregaba Grecia a los persas, el enemigo ancestral de los helenos, para obtener su apoyo económico y militar contra su gran adversario griego. Licas reaccionará contra esta sumisión. Cf. *infra,* 43, 3-4; 52.

[103] Material para la construcción naval y otros productos, y probablemente recursos humanos, tripulaciones para la flota. En 37, 2, sólo se mencionarán los tributos.

do que los atenienses lo reciban, tanto en dinero como por cualquier otro procedimiento.

2 El Rey y los lacedemonios con sus aliados harán la guerra de común acuerdo contra los atenienses; y no será lícito poner fin a la guerra contra los atenienses si no lo deciden ambas partes, el Rey y los lacedemonios con sus aliados.

3 Si alguna ciudad hace defección del Rey, también será enemiga de los lacedemonios y sus aliados; y si alguna ciudad hace defección de los lacedemonios y sus aliados, también será enemiga del Rey de la misma manera»[104].

Acciones de la flota de Quíos. Los atenienses apresan cuatro naves

19 Éste fue el tratado de alianza. A continuación los quiotas equiparon inmediatamente otras diez naves[105] y zarparon hacia Anea[106], con el propósito de informarse de lo que ocurría en Mileto y de provocar al mismo tiempo la defección
2 de las ciudades[107]. Pero al llegarles aviso de Calcideo de virar en redondo y de que[108] Amorges llegaba por tierra

[104] Esta cláusula supone una ventaja para Persia, en relación sobre todo a la rebelión de Amorges (cf. *supra,* 5, 5). La reciprocidad no tenía sentido para Esparta. En los tratados posteriores, tras la captura de Amorges (cf. *infra,* 28), ya no figurará esta condición.

[105] Para reforzar la flota de veinte naves de VIII 17, 1.

[106] Respecto a esta plaza, en la que todavía debían de estar refugiados los exiliados de Samos partidarios de los peloponesios que habían protagonizado los movimientos contra Atenas entre el 441 y 439 (cf. *infra,* 61, 2), cf. *supra,* III 19, 2, n. 133; 33, 2; IV 75, 1; *infra,* 21, n. 120.

[107] Las ciudades de la zona, posiblemente las mencionadas en el párrafo 4, Lébedo y Heras, y otras poblaciones como Pígela (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 2, 2-3, donde en el 409 la vemos en manos de Esparta), Maratesio e Isinda, entre Anea y Éfeso.

[108] De *angelías* («aviso») depende *apopleîn pálin* («virar en redondo», «volverse atrás) y *kaì hóti Amórgēs paréstai...,* con un cambio de cons-

con su ejército, hicieron rumbo a Dios Hieron [109]. Y desde allí avistaron dieciséis naves, con las cuales Diomedonte [110] arribaba de Atenas, de donde había zarpado como refuerzo después de Trasicles. En cuanto las vieron, se dieron 3
a la fuga, con una nave hacia Éfeso [111] y las restantes rumbo a Teos. Los atenienses capturaron cuatro sin sus tripulaciones, ya que éstas tuvieron tiempo de saltar a tierra, y las otras lograron refugiarse en la ciudad de Teos. Entonces 4
los atenienses partieron rumbo a Samos, y los quiotas también se hicieron a la mar con las naves que les quedaban, y con la ayuda de sus tropas de tierra provocaron la defec-

trucción que se ha señalado. Pero el problema está en si las dos oraciones tienen entre sí una relación causal, ya que puede darse otra interpretación, entendiendo el *hóti* como *quoniam*, «puesto que», y haciendo de la segunda oración la causa de la primera: «de virar en redondo puesto que Amorges iba a llegar por tierra con su ejército». Classen incluso suprime el *kaì*, incómodo para esta interpretación. Se ha observado, sin embargo, que no parece necesaria esta relación causal, ya que Amorges iría a ayudar a los atenienses de Mileto y no supondría ninguna amenaza para la presencia de los quiotas en Anea. Así los dos avisos de Calcideo serían independientes; uno les informaría respecto a la situación de Mileto, mientras que la orden de dar la vuelta obedecería a una causa que no sería la llegada de Amorges; tal vez se debería a la proximidad de la flota ateniense, a la que en seguida veremos atacar a las naves quiotas.

[109] *Diòs Hierón*, «Santuario de Zeus», era el nombre de un poblado entre Lébedo y Colofón (*políchnion Iōnías metaxỳ Lebédou kaì Kolophônos*, según Esteban de Bizancio). Cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A selection...*, cit., núm. 47, lín. 26, donde hay una referencia a los *Diosirîtai*.

[110] Ésta es la primera aparición de este personaje, que se opondrá a los oligarcas en el 411 (cf. *infra*, 73, 4) y que será ejecutado después de la batalla de las Arginusas (cf. Jenofonte, *Helénicas* I 7, 2 y 34).

[111] Tucídides no la había mencionado desde IV 50, 3, invierno del 425-24, cuando estaba bajo el control de Atenas. El hecho de que una nave enemiga vaya a refugiarse allí parece indicar una defección, de la que no se nos ha hablado, o al menos un importante cambio político. Respecto a Teos, cf. *supra*, 16; *infra*, 20, 2.

ción de Lébedo [112] y, algo más tarde, la de Heras [113]. Y a continuación todos regresaron a su patria, tanto las tropas de tierra como las naves.

Se rompe el bloqueo en Espireo. Acciones en Teos y Heras

20 Por estas mismas fechas, las veinte naves peloponesias que se encontraban en Espireo, después de ser acosadas y bloqueadas, como se ha visto [114], por una escuadra ateniense de igual número [115], efectuaron de repente una salida y, obteniendo la victoria en un combate, apresaron cuatro naves atenienses; y tras regresar a Cencreas, se dispusieron de nuevo a emprender la travesía hacia Quíos y Jonia [116]. De Esparta les llegó Astíoco, quien, como navarco, tenía entonces el mando de toda la flota [117].

---

[112] Las tropas de tierra serían probablemente los clazomenios y eritreos de 16, 1. Lébedo era una ciudad costera de Asia Menor, al sudeste de Teos.

[113] Heras estaba también en la costa, al oeste de Teos, junto al Promontorio de Córico.

[114] Cf. *supra,* 10, 3 ss. Las naves de los peloponesios eran al principio veintiuna (cf. *supra,* 10, 3) y las otras sufrieron daños (cf. 10, 4), que evidentemente fueron reparados.

[115] De las treinta y siete naves atenienses de VIII 10, 3, se habían ido veintisiete y en su lugar se habían equipado diez. Cf. *supra,* 15, 2.

[116] Era un nuevo intento, tras el fracaso de Alcámenes (cf. *supra,* 10, 2).

[117] Meláncridas, el navarco anterior, había sido sustituido por Calcideo, que no era navarco, en el mando de la escuadra que zarpó con Alcibíades (cf. *supra,* 6, 5). Astíoco, el nuevo navarco, desempeñará un importante papel a partir de ahora. El nombramiento de los navarcos y su regularidad es un tema debatido; hay quien piensa en una exacta regularidad anual (cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte,* Estrasburgo, Berlín, Leipzig, 1912-1927, II^2 2, págs. 269-289) y quien cree que en esta época los navarcos eran nombrados para misiones concretas (cf. R. Sealey, «Die Spartanische Navarchie», *Klio* 58 [1976], 335-358). Cf. A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, ob. cit., págs. 43-44 y 454-455;

En Teos, una vez que se hubieron retirado las tropas de tierra, se presentó Tisafernes en persona [118], que acabó de derribar todo lo que pudiera quedar en pie de la muralla de Teos y se retiró. No mucho después de su partida, llegó Diomedonte con diez naves atenienses y concluyó un acuerdo con los de Teos, por el que la ciudad también daría acogida a los atenienses. Luego navegó a lo largo de la costa hasta Heras y la atacó, pero, al no poder tomar la plaza, se hizo de nuevo a la mar. 2

Revolución democrática en Samos

Por esta misma época asimismo, tuvo lugar en Samos la sublevación del pueblo contra los aristócratas, movimiento que contó con la ayuda de los atenienses, que todavía se encontraban allí con tres naves [119]. El pueblo de Samos dio muerte en total a unos doscientos de los principales aristócratas y condenó al exilio a cuatrocientos, cuyas tierras y casas se repartió [120]; 21

D. Kagan, *The Fall of the Athenian Empire,* Ithaca, Londres, 1987, págs. 57-58.

[118] Estos hechos son continuación de VIII 16, 3. Dice «Tisafernes en persona» porque antes se había limitado a enviar a Estages.

[119] Adoptando la lectura *éti trisì nausì paróntes* (Steup, Delebecque) con un *éti,* «todavía», en lugar del inadecuado *en* de los códices (dado que Tucídides usa un simple dativo en construcciones como ésta). La interpretación con el *éti* está apoyada por el hecho de que de las dieciséis naves de Diomedonte (cf. *supra,* 19, 2) sólo diez habían ido a Teos (cf. *supra,* 20, 2). De las restantes, tres serían éstas, y no se nos dice dónde estaban las otras tres.

[120] Se trata de una insurrección notable, con hechos de una brutalidad que se ha comparado a la de la guerra civil de Corcira (cf. *supra,* III 81). Este capítulo, que nos presenta claramente una rebelión popular contra los aristócratas terratenientes, ha sido objeto de debate en relación con pasajes anteriores de nuestro historiador (I 115, 3-5; 117, 3) y, sobre todo, con referencia a Diodoro, XII 28, 4. Tucídides nos habló en I 115, 3 de que Atenas impuso una democracia en Samos en época de

y como los atenienses, a raíz de estos acontecimientos, decretaron la autonomía de los samios [121], por considerar que

---

Pericles (en 441-440), democracia de vida breve, ya que fue invalidada poco después por una rebelión (cf. *supra,* I 115, 5); y del hecho que Atenas dominara esta rebelión y Samos capitulara (cf. *supra,* I 117, 3) no puede inferirse que se restaurara la democracia al final de la guerra de Samos. Para DIODORO, XII 28, 4, sin embargo, la guerra entre Atenas y Samos terminó con una nueva implantación de la democracia. Pero es probable que Diodoro interpretara mal a Tucídides, quien sólo se refiere a la instauración de la democracia en la primera fase. Si no fuera así y Diodoro estuviera en lo cierto, habría que pensar que los aristócratas habrían vuelto al poder en algún momento entre el 439 y 412, año de esta revolución democrática. Pero Tucídides no nos dice nada de tal vuelta, y es posible que su versión sea correcta y que no hubiera imposición democrática al final de la guerra, sino que Pericles, considerando un error la instauración democrática del año anterior, prefiriera tener en el poder a una oligarquía de terratenientes *(geōmóroi)* controlada por Atenas, con lo que tendríamos un gobierno aristocrático ininterrumpido entre 439 y 412. Así piensan estudiosos como K. J. BELOCH, *Griechische Geschichte,* Estrasburgo, Berlín, Leipzig, 1912-1927, II[2] 1, pág. 197, n. 1, y E. WILL, «Notes sur les régimes politiques de Samos», *Revue des Études Anciennes* 71 (1969), 305 ss. Otros, sin embargo, admiten que la democracia fue restaurada en el 439 y piensan en una breve vuelta de la oligarquía poco antes de la revolución del 412 (cf. J. P. BARRON, *The Silver Coins of Samos,* Londres, 1966, págs. 81, 91-93, 100; probablemente aprovechando la marcha de los atenienses a Sicilia: R. MEIGGS, *The Athenian Empire,* Oxford, 1972, pág. 194). Y junto a estas hipótesis hay soluciones de compromiso, como la de G. BUSOLT, *Griechische Geschichte,* Gotha, 1893-1904, quien abogaba por una permanencia de las formas democráticas con un control de los oligarcas, como en la Atenas que precedió al golpe de los Cuatrocientos (cf. *infra,* 66, 1); o posturas diferentes, como la de R. P. LEGON, «Samos in the Delian League», *Historia* 21 (1972), 145-158, para quien no debe deducirse de este pasaje que una oligarquía estuviera en el poder en el 412, sino que se trataría de una sublevación de las clases bajas contra los poderosos que se habrían instalado en un gobierno democrático. Pero en el último párrafo parece clara la oposición entre el *dêmos,* el pueblo, los demócratas, y la oligarquía de los *geōmóroi,* y la interpretación más natural es la de

ya eran aliados seguros, los demócratas se hicieron cargo en adelante del gobierno de la ciudad, sin conceder ningún derecho a los terratenientes y, sobre todo, sin permitir desde entonces que nadie del pueblo les diera una hija en matrimonio o tomara por mujer a una de las suyas [122].

---

una revolución democrática frente a un régimen oligárquico. Y por el número y prosperidad de estos terratenientes parece lógico deducir un período bastante largo de permanencia en el poder. Por todo ello resulta coherente la exposición de Tucídides y podemos pensar que el gobierno de Samos entre el 439 y 412 fue una oligarquía en la que los *dynatoí* o aristócratas desempeñaron un importante papel. Así lo piensan, además del citado E. Will, estudiosos como T. J. Quinn, *Athens and Samos, Lesbos and Chios,* Manchester, 1981, págs. 13-23, y D. Kagan, *The Fall of the Athenian Empire,* Ithaca, Londres, 1987, pág. 56. De todas formas, en todo este asunto, falto sin duda de claridad, se echa en falta la revisión final que Tucídides no pudo completar.

[121] En el 439 a. C., tras sofocar la rebelión, Atenas había obligado a Samos a derribar sus muros y entregar su flota (cf. *supra,* I 117, 3). En VII 57, 4 se la distinguía de Quíos, que era autónoma y conservaba su flota, mientras que Samos todavía estaba sujeta a los pagos de las indemnizaciones de guerra del 439. Ahora Samos debió de recuperar algunos derechos, como el de acuñación de moneda, pero parece que siguió sometida a importantes limitaciones; en invierno del 412-411 Samos no había reconstruido sus murallas (cf. *infra,* 50, 5), y no vemos que aparezca una flota samia.

[122] La medida se tomaba, evidentemente, para evitar que los terratenientes *(geōmóroi),* que hasta entonces habían tenido el poder económico y político, pudieran recuperar mediante vínculos matrimoniales lo que la revolución les había quitado. Para otros casos de política matrimonial orientada a conservar el poder, cf. Heródoto, V 92, β 1, el caso de la endogamia entre los Baquíadas de Corinto; Plutarco, *Teseo* 13, 4, sobre la prohibición de matrimonios entre los demos áticos de Hagnunte y Palene.

Acciones quiotas y peloponesias. Defecciones en Lesbos por incitación quiota

22 Después de estos hechos, durante ese mismo verano, los quiotas seguían como al principio y no cejaban en su ardor por incitar a las ciudades a la defección, presentándose en ellas con fuerzas considerables incluso sin esperar a los peloponesios [123], con lo que pretendían comprometer en sus mismos riesgos al mayor número posible de aliados. Así emprendieron una expedición contra Lesbos con trece naves (de acuerdo con el plan de los lacedemonios de marchar contra esta isla como segundo objetivo para partir luego desde allí hacia el Helesponto) [124], a la vez que las tropas de tierra de los peloponesios que ya estaban allí y de los aliados de la región [125] marchaban por la costa hacia Clazómenas y Cime [126]; las mandaba el espartiata Evalas, y
2 al mando de las naves iba el perieco Diníadas [127]. Las na-

[123] Pasaje que ha sido objeto de diversas correcciones. Aceptamos la lectura de los códices: *áneu te Peloponnesíōn pléthei paróntes,* en el sentido de que actuaban con sus fuerzas, con fuerzas considerables, con capacidad de obtener éxitos en sus misiones de inducción a la independencia sin necesidad de esperar a los peloponesios. Otros, con la corrección más sencilla *(paróntōn,* concertando con *Peloponnesíōn,* en lugar de *paróntes),* entienden: «sin necesidad de que estuvieran presentes los peloponesios con sus importantes fuerzas». Nótese, sin embargo, que, aunque la flota quiota tomara la iniciativa y llevara el peso de esta expedición a Lesbos sin esperar las naves que venían del Peloponeso (como Alcibíades en 17, 2), las tropas peloponesias participaban en el movimiento que paralelamente se llevaba a cabo por tierra y la misma flota tenía por comandante a un laconio.

[124] Cf. *supra,* 8, 2.

[125] De Clazómenas y Eritras (cf. *supra,* 16, 1).

[126] Cime se hallaba al nordeste de Quíos y al sudeste de Lesbos (cf. *supra,* III 31, 1, n. 196).

[127] Ninguno de los dos personajes vuelve a aparecer en Tucídides. Probablemente se cita el estamento al que pertenecía Diníadas porque

ves arribaron a Lesbos y en primer lugar provocaron la defección de Metimna [128], donde quedaron cuatro unidades, y a continuación las restantes provocaron la defección de Mitilene.

Atenas reconduce la situación en Lesbos y en Clazómenas

Astíoco, el navarco lacedemonio, tras 23 zarpar de Cencreas con cuatro naves, tal como se había propuesto [129], arribó a Quíos. Dos días después de su llegada, las veinticinco naves áticas al mando de León [130] y Diomedonte navegaron hasta Lesbos (León había partido de Atenas después de Diomedonte con un refuerzo de diez naves) [131]. Astíoco también se hizo a la 2 mar el mismo día, hacia el atardecer, e incorporando a sus fuerzas una nave quiota, se dirigió a Lesbos, a fin de prestar la ayuda que fuera posible. Llegó a Pirra y desde allí, al día siguiente, a Éreso [132], donde fue informado de

no era muy corriente que un perieco ocupara un cargo tan importante. Cf. *supra,* I 101, 2, n. 563; VIII 6, 4.

[128] Metimna era la segunda ciudad de Lesbos, estaba situada en la costa septentrional y había sido la única leal a Atenas en el 428. Cf. *supra,* III 2, 1, n. 7; VI 85, 2; VII 57, 5; T. J. QUINN, «Political Groups in Lesbos during the Peloponnesian War», *Historia* 20 (1971), 405-417.

[129] Cf. *supra,* 20, 1.

[130] Es un nombre bastante corriente. El de este pasaje parece ser un personaje distinto al que apareció en V 19, 2 y 24, 1; probablemente puede ser identificado con León de Salamina, condenado a muerte por los Treinta (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 39). Volverá a ser mencionado a lo largo de este libro: cf. *infra,* 24, 2; 54, 3; 55, 1; 73, 4-5.

[131] Estas diez naves, sumadas a las dieciséis de Diomedonte, daban un total de veintiséis, no de veinticinco como aquí se dice. Debe de haber, pues, un error de transmisión, o Tucídides ha pasado por alto la pérdida de una unidad.

[132] En la costa sur de Lesbos hay dos profundas ensenadas; Pirra se encuentra al oeste de Mitilene, en el fondo del golfo occidental. Éreso está en el extremo noroccidental. Astíoco daba, pues, la vuelta a la isla

que Mitilene había sido tomada por los atenienses al pri-
3 mer asalto. Los atenienses, entrando inopinadamente en el puerto tal como navegaban, habían vencido a las naves quiotas [133] y, tras desembarcar y derrotar en una batalla a los que habían salido a su encuentro, habían tomado
4 la ciudad. Astíoco fue informado de ello por los eresios y por las naves que venían de Metimna al mando de Eubulo [134], naves que, como hemos visto, habían sido dejadas allí, y que, al caer Mitilene, habían huido y en número de tres (puesto que una había sido apresada por los atenienses) se habían encontrado con Astíoco; éste, en consecuencia, ya no se dirigió a Mitilene, sino que, tras provocar la defección de Éreso y armar a su población [135], envió asimismo por tierra, a lo largo de la costa, a los hoplitas de sus naves hacia Antisa y Metimna, poniéndoles al fren-

---

en el sentido de las agujas del reloj, a la expectativa de poder dirigirse a Mitilene, situada en la costa oriental.

[133] Entraron en el puerto tal como navegaban, es decir, directamente y sin detenerse, sin pasar de su formación de crucero a la de combate, formación en línea de veinticinco naves problemática dentro del puerto. Las naves quiotas debían de ser nueve, dado que de las trece del principio se habían dejado cuatro en Metimna (cf. *supra*, 20, 1-2 y 23, 4).

[134] Sobre las naves de Metimna, cf. nota anterior. Eubulo sólo aparece en este pasaje.

[135] Texto discutido que ha dado lugar a algunas correcciones, sobre todo en torno al *hoplísas*, cuyo objeto sería la población de Éreso o, según otros, los hombres de la escuadra de Astíoco. Nuestra traducción se basa en la lectura *tēn, Éreson apostḗsas kaì hoplísas, kaì toùs apò tôn heautoû neôn hoplítas pezêi parapémpei*. Con otra interpretación, leyendo *apostḗsas kaì toùs apò tôn heautoû neôn hoplísas...* con la corrección de Powell, tendríamos: «tras provocar la defección de Éreso y armar a los hombres de sus propias naves, los envió por tierra a lo largo de la costa hacia Antisa»..., suprimiendo *hoplítas* y poniendo *hoplísas* en su lugar.

te a Eteónico [136], y él mismo también siguió la costa con
sus propias naves y con las tres de Quíos, en la esperanza
de que los metimneos se animaran al verlo y persistieran
en la rebelión. Pero en vista de que en Lesbos todo se 5
le ponía en contra, embarcó a sus tropas y regresó a Quíos.
Del mismo modo las fuerzas de tierra de los aliados [137],
que tenían que dirigirse al Helesponto, se volvieron a sus
respectivas ciudades. Y seis de las naves aliadas pelopone-
sias [138] que se encontraban en Cencreas les llegaron a Quíos
después de estos hechos. Los atenienses, por su parte, 6
restablecieron la situación en Lesbos y, tras zarpar de allí,
tomaron Policna, plaza del continente perteneciente a los
clazomenios, que la estaban fortificando [139], y condujeron
de nuevo a los clazomenios a su ciudad de la isla, a excep-
ción de los responsables de la defección, que se habían
marchado a Dafnunte [140]. Así Clazómenas pasó de nuevo
al lado de los atenienses.

[136] Antisa estaba en la costa septentrional de Lesbos, al sudoeste de Metimna y más cerca de ésta que de Éreso. Eteónico no vuelve a ser mencionado por Tucídides, pero lo encontramos en Jenofonte, *Helénicas* I 1, 32; 6, 26-38; II 1, 1 ss.; 2, 5; etc.

[137] Cf. *supra,* 22, 1.

[138] El adjetivo peloponesias es posiblemente una glosa. Nótese, por otra parte, que estos pasajes dan la impresión de ser una primera redacción que el historiador no pudo ampliar o revisar. Pero Tucídides ha anotado cuidadosamente los diversos detalles que averiguó y los ha consignado en un orden cronológico minucioso que nos lleva a ir cambiando continuamente de escenario.

[139] Cf. *supra,* 14, 3.

[140] No conocemos exactamente su ubicación; debía de estar tierra adentro en la región de Clazómenas.

Acciones en torno a Mileto y Quíos. Reflexión sobre Quíos

24 En el mismo verano, los atenienses que con las veinte naves estaban fondeados en Lade para vigilar Mileto [141] efectuaron un desembarco en Panormo [142], en el territorio de Mileto, y mataron a Calcideo, el comandante lacedemonio, que había acudido por la costa con unos pocos hombres; dos días después [143] pasaron de nuevo al continente y levantaron un trofeo, que los milesios derribaron porque había sido erigido sin tener
2 el dominio del territorio [144]. Entre tanto, León y Diomedonte, con las naves atenienses de Lesbos [145], y tomando como base las islas Enusas, situadas frente a Quíos [146], Sidusa y Ptéleo, dos fuertes que tenían en el territorio de Eritras [147], y la propia Lesbos, hacían la guerra contra los quiotas desde el mar. Y como soldados de marina llevaban

---

[141] Cf. *supra,* 15, 1 y 17, 3. La nave que hacía veinte habría ido a completar las diecinueve unidades apostadas en Lade desde 17, 3.

[142] Una de las localidades con este nombre: cf. *supra,* II 86, 1; VI 2, 6. En este caso es un puerto del territorio de Mileto, situado al sur del oráculo de los Bránquidas y de Mileto (cf. HERÓDOTO, I 157, 3).

[143] *Trítēi hēmérai,* al tercer día, es decir, dos días después, con el cálculo inclusivo.

[144] Sobre los trofeos, cf. *supra,* I 30, 1, n. 216; 105, 6, n. 610; II 22, 2, n. 167; 92, 5, n. 604; IV 56, 1, n. 303. Eran esencialmente un símbolo de prestigio para el vencedor.

[145] Hay una simultaneidad con los hechos del párrafo 1, pero cambiamos de escenario. De Mileto pasamos al área de Quíos. En cuanto a las naves atenienses de Lesbos, son las que hemos visto en el capítulo 23.

[146] Islas situadas al nordeste de Quíos, en el canal entre ésta y el continente. Cf. HERÓDOTO, I 165, 1.

[147] Su identificación es objeto de debate; probablemente se encontraban en la costa occidental de la Península de Eritras. En cuanto a Lesbos, isla de la que habían partido, algunos estudiosos quieren suprimirla como base de estas acciones, pero esta supresión presenta inconvenientes gramaticales.

hoplitas de la lista de reclutamiento en servicio forzoso [148]. Tras efectuar un desembarco en Cardamila, en Bolisco [149] 3
vencieron en una batalla a los quiotas que acudieron contra ellos, les causaron muchas bajas y devastaron aquella parte de la isla; y también obtuvieron la victoria en otro combate que tuvo lugar en Fanas y en un tercero en Leuconio [150]. Después de estos hechos, los quiotas ya no volvieron a salir a su encuentro y los atenienses saquearon el país de arriba abajo, un país floreciente que no había sufrido daños desde las guerras contra los medos [151] hasta

[148] Lo habitual era que los soldados embarcados *(epibátai)* fueran reclutados entre la cuarta clase, la clase de los tetes (cf. *supra*, III 95, 2, n. 693; y III 16, 1, n. 96); ahora, tal vez a causa de las considerables bajas de Sicilia, llevan a hoplitas de la lista de reclutamiento ordinario *(ek katalógou)*, ciudadanos de las clases superiores que normalmente no servían en la marina y que en este caso se veían obligados a este servicio. Cf. *supra*, VI 26, 2; 31, 3; 43, nn. 114 y 115.

[149] Cardamila se encuentra en el extremo nordeste de Quíos; su nombre pervive actualmente en el lugar. Bolisco está en la costa noroccidental; la forma Bolisco *(Bolískos)* está confirmada por el gramático HERODIANO (I 212; II 482) frente a la lectura Boliso *(Bolíssos* o *Bolissós)*, forma que subsiste en la actualidad. Los atenienses debían de circunnavegar la isla en sentido contrario al de las agujas del reloj; en Cardamila no encontrarían resistencia, a diferencia de lo que ocurrió en Bolisco.

[150] En el extremo sur de la isla está el promontorio de Fanas *(Phanaía ákra)*, el actual Cabo Mástijo, al oeste del cual se encontraban el profundo puerto de Fanas y el templo de Apolo, a los que se refiere ESTRABÓN, XIV 1, 35. En cuanto a Leuconio, no conocemos su emplazamiento exacto, pero, si los atenienses circunnavegaban la isla en el sentido que hemos dicho, debía de estar en la costa oriental, entre Fanas y la ciudad de Quíos.

[151] Debe de referirse a la rebelión de Jonia y a su sumisión después de la batalla de Lade, en el 493: cf. HERÓDOTO, VI 31. Sobre las desgracias de Quíos en su lucha contra los persas, cf. HERÓDOTO, VI 15 ss. y 27; han sido tema para obras artísticas como el cuadro titulado «Las matanzas de Quíos» de Delacroix y los versos de Víctor Hugo *(L'Enfant grec)*.

4 entonces. Porque los quiotas son, por lo que yo sé, el único pueblo, después de los lacedemonios, que supo unir la prudencia a la prosperidad [152]; cuanto más crecía en importancia su ciudad, tanto más estable se hacía el orden
5 con que se gobernaban. Y en cuanto a esta defección, si es que producen la impresión de haber tomado esa iniciativa al margen de la seguridad, ni siquiera en este caso se atrevieron a actuar antes de tener muchos y buenos aliados con los que compartir sus riesgos y de darse cuenta de que ni los mismos atenienses podían negar ya, después del desastre de Sicilia, que su situación era realmente pésima. Y si incurrieron en uno de esos errores de cálculo consustanciales a la vida del hombre, compartieron el error con otras muchas personas que de la misma manera creyeron que el poderío de los atenienses se derrumbaría rápidamente
6 por todas partes. Al verse, pues, apartados del mar y saqueados por tierra, algunos intentaron acercar la ciudad a los atenienses. Pese a ser informados de su intento, las autoridades no tomaron ninguna medida por su cuenta,

---

[152] Sobre la prudencia espartana, cf., por ejemplo, *supra,* I 69 ss. y 84. Tucídides recoge una idea grata a los griegos en esta referencia a la bondad de la moderación. Pero, como buen ateniense, frente a la prudencia conservadora de Esparta, aprecia en otras ocasiones el espíritu emprendedor y dinámico de ciudades como Atenas y Siracusa. «Atenas se caracteriza por su constante y universal tendencia a la expansión imperialista, la *polypragmosýnē;* Atenas es incapaz de saber dormirse sobre los laureles de sus previas conquistas, y debe tender, casi trágicamente, a un *todavía más,* que a la postre determinará su propia ruina. Esparta, por su lado, es la potencia eternamente remisa, difícil de poner en movimiento; pero, una vez desperezada, su marcha resulta imparable» (cf. J. Alsina, *Tucídides. Historia, Ética y Política,* Madrid, 1981, págs. 19 y 59). Esta estructura interna o idiosincrasia de los pueblos es un hecho político que Tucídides observa en la dinámica del devenir histórico y de las relaciones internacionales.

sino que hicieron venir de Eritras al navarco Astíoco con las cuatro naves que tenía allí [153] y examinaron cómo pondrían fin a la maquinación con la mayor moderación posible [154], bien tomando rehenes, bien por cualquier otro procedimiento. Esa era la situación de Quíos.

Atenas envía una nueva expedición. Victoria ateniense frente a Mileto

Entre tanto, en la última parte de ese 25
mismo verano, mil hoplitas atenienses, mil quinientos de Argos (de estos argivos quinientos eran soldados de infantería ligera a los que los atenienses habían armado como hoplitas) y mil de los aliados [155], tras zarpar de Atenas con cuarenta y ocho naves, entre las que había algunos transportes de hoplitas [156], y a las órdenes de Frínico, Onomacles y Escirónides [157], arribaron a Samos, y de allí pasaron a Mileto, donde acamparon.
Los milesios efectuaron una salida con ochocientos ho- 2
plitas propios en compañía de los peloponesios que fueron con Calcideo [158], de algunas tropas mercenarias al servicio

[153] Seguramente las cuatro unidades de 23, 1. A Astíoco lo dejamos en Quíos tras regresar de Lesbos (cf. *supra*, 23, 5); Tucídides no se ha referido a su traslado a Eritras, adonde sin duda iría para enfrentarse a los atenienses establecidos en los fuertes del territorio de Eritras (cf. *supra*, 24, 2; *infra*, 31, 2).

[154] Actitud muy diferente a la que vimos en III 82-83. Luego Pedárito no mostrará la misma moderación que Astíoco.

[155] De los aliados súbditos del imperio, probablemente isleños. Cf. *supra*, VI 68, 2; VII 20, 2.

[156] Cf. *supra*, VI 43.

[157] Frínico, hijo de Estratónides, tendrá un papel importante en la oligarquía de los Cuatrocientos (cf. *infra*, 68, 3). Cf. *infra*, 27, 5, donde se hace referencia a su inteligencia. Respecto a Onomacles y Escirónides, cf. *infra*, 30, 2 y 54, 3.

[158] Se discute sobre el número de estos hombres de Calcideo que se encontraban en Mileto. Serían pocos (los cincuenta *epibátai* de los cinco

de Tisafernes [159] y del propio Tisafernes, que se encontraba allí con su caballería, y se lanzaron al ataque contra
3 los atenienses y sus aliados. En el ala que ocupaban, los argivos salieron disparados y, al despreciar al enemigo y avanzar sin ningún orden por ir contra jonios que, a su juicio, no resistirían el ataque [160], fueron vencidos por los milesios y perdieron poco menos de trescientos hombres.
4 Los atenienses, en cambio, vencieron primero a los peloponesios y rechazaron a los bárbaros y a la masa de las restantes tropas [161], sin llegar a encontrarse con los milesios —puesto que éstos, después de la derrota de los argivos, se habían retirado a la ciudad al ver que el resto de su ejército era vencido— y, finalmente, dueños ya de la situación, tomaron posiciones [162] frente a la misma ciudad de
5 los milesios. Se dio, pues, el caso en esta batalla de que los jonios se impusieron sobre los dorios de ambos bandos, pues los atenienses vencieron a los peloponesios situados frente a ellos y los milesios hicieron lo propio con los argivos. Tras levantar un trofeo, los atenienses se dispusieron a construir un muro de bloqueo, dado que el lugar

---

navíos) si se tiene en cuenta que Calcideo había llegado a Mileto con veinticinco naves, de las que veinte eran quiotas y cinco las que habían venido con él del Peloponeso, cuyas tripulaciones, sin embargo, habían quedado en Quíos (cf. *supra,* 12, 3; 17, 1). Pero lo que se dice en 17, 1 está sujeto a discusión a la luz de la cifra que luego aparece en 32, 2.

[159] El texto dice: *Tissaférnous ti xenikòn epikourikón. Xenikón* parece ser una glosa. Cf. *infra* 28, 5: «las tropas mercenarias de Amorges» = *tò parà Amórgou epikourikón.*

[160] Esta pretendida superioridad doria será doblemente desmentida en esta batalla. Cf. *infra,* párrafo 5. Sobre ella y sobre el enfrentamiento entre jonios y dorios, cf. *supra,* V 9, 1; VI 77, 1; VII 57-58.

[161] Probablemente la masa abigarrada de los mercenarios de Tisafernes.

[162] Cf. *supra,* IV 93, 3, n. 563.

formaba un istmo [163]. Pensaban que, si se hacían con Mileto, sería fácil que las otras ciudades se pasaran a su lado [164].

Llega una flota peloponesio-siciliota. Consejo de Alcibíades

En esto, ya a la caída de la tarde, 26 les fue comunicado que ya estaban a punto de llegar las cincuenta y cinco naves del Peloponeso y de Sicilia [165]. Enviadas por los siciliotas, a instancias sobre todo de Hermócrates de Siracusa, que les impulsaba a participar también ellos en la destrucción final del poderío ateniense, llegaban veinte naves de Siracusa y dos de Selinunte, y también lo hacían las del Peloponeso, que los peloponesios equipaban y ya estaban dispuestas [166]. Las dos

---

[163] Sobre los istmos, su cierre o fortificación y su importancia estratégica, cf. *supra,* I 7, n. 48; 26, 5, n. 193; 56, 2; 62; 64; IV 45, 2; 113, 2; 120, 3, n. 783; VI 97; VII 26, 2, etc. Respecto a las observaciones geográficas de Tucídides, cf. R. T. Ridley, «Exegesis and Audience in Thucydides», *Hermes* 109 (1981), 25-46, esp. «Geographical Notes», 40-43.

[164] Alcibíades será del mismo parecer: cf. *infra,* 26, 3.

[165] Ésta es la primera ocasión en que se habla de esta flota. Por ello ha sorprendido a algunos la presencia del artículo «las» *(tás),* como si el lector ya hubiera sido informado con anterioridad. Steup piensa en una corrupción del pasaje, mientras que Weil-Romilly justifican el artículo por la naturaleza explicativa de la frase que desarrolla la noticia. Andrewes (A. W. Gomme..., cit., vol. V, pág. 61) piensa que se debería a una falta de revisión y que Tucídides pensaría incorporar alguna referencia anterior.

[166] Serían los barcos dispuestos entre los que los peloponesios preparaban. Si se da al *pareskeuázonto* un valor de pluscuamperfecto («que los peloponesios habían equipado»), la continuación sería un tanto reiterativa. En cuanto al número de naves enviadas por Siracusa, se han señalado diferencias con las cifras de *Diodoro:* treinta y cinco en XIII 34, 4 y 63, 1; veinticinco en XIII 61, 1. El hecho podría deberse al desacuerdo entre el número decretado y el número realmente enviado. Jenofonte, *Helénicas* I 2, 8, confirma la cifra de veinte que da Tucídides,

escuadras, confiadas al lacedemonio Terímenes [167] para que las entregara al navarco Astíoco, arribaron primero a Le-
2 ros, isla situada frente a Mileto [168]. Luego, desde allí, enterados de que los atenienses estaban delante de Mileto, quisieron entrar previamente en el Golfo de Yaso [169] y co-
3 nocer la situación de Mileto. Y llegado Alcibíades a caballo a Tiquiusa [170], el lugar del golfo, en el territorio de Mileto, al que habían arribado los peloponesios y siciliotas y donde habían vivaqueado, les informó respecto a la batalla (pues había estado allí y había combatido al lado de los milesios y de Tisafernes) y les exhortó a acudir cuanto antes en ayuda de Mileto y no permitir que fuera cercada si no querían echar a perder la situación de Jonia y todos sus intereses.

---

veinte unidades incendiadas tras la batalla de Cícico y luego sustituidas por otras de nueva construcción (cf. *Helénicas* I 1, 18 y 25). Las treinta y cinco de Diodoro podrían resultar asimismo de la suma de otros envíos (cf. *infra,* 85, 3; JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 31).

[167] Su nombre aparece sobre todo en relación con el segundo tratado con Persia: cf. *infra,* 36, 2-38, 1; 43, 3; 52.

[168] Una de las islas del Dodecaneso situadas al sur de Samos; se encuentra en realidad a unos cincuenta km. al sudoeste de Mileto. Era normal que hiciera escala en ella una flota procedente del Sur. Leros no se veía desde la misma Mileto, pero era visible desde otros puntos de la península, lo que en cierto modo justifica la expresión *prò Milêtou,* «frente a Mileto».

[169] Golfo formado entre la Península de Dídima-Mileto, al Norte, y la de Halicarnaso, al Sur. Al fondo se encuentra la ciudad del mismo nombre (cf. *infra,* 28, 2).

[170] En un lugar de la costa entre Dídima y Yaso, probablemente en Kazikli.

Los atenienses se retiran a Samos por consejo de Frínico

Se disponían, pues, éstos a acudir en ayuda de Mileto con la primera luz del día, pero entre tanto el estratego ateniense Frínico, que había recibido desde Leros una información precisa sobre la llegada de las naves enemigas, aunque sus colegas eran partidarios de permanecer allí y entablar una batalla naval decisiva, se negó a actuar él en este sentido y dijo que, en la medida de sus posibilidades, no se lo permitiría ni a ellos ni a ningún otro. 27
Habida cuenta de que era posible combatir más adelante, cuando supieran con exactitud contra cuántas naves enemigas y con cuántas naves propias se afrontaría el combate, después de haberse preparado adecuadamente y con calma, en modo alguno arriesgaría el todo por el todo, contra toda razón, por acobardarse ante el reproche de deshonor. 2
No constituía un deshonor para los atenienses retirarse con su flota de modo oportuno, sino que resultaría más deshonrosa la derrota de cualquier modo que se produjera; y en este caso la ciudad no sólo caería en el deshonor sino que se vería expuesta al mayor de los peligros, por cuanto, tras los desastres sufridos, apenas podía permitirse, incluso donde contaba con una sólida preparación, tomar voluntariamente la iniciativa de cualquier acción de ataque, a no ser en caso de absoluta necesidad; no podía, ciertamente, ir en busca de riesgos por propia voluntad, sin verse obligada a ello [171]. 3
Les exhortó, pues, a embarcar cuanto antes a los heridos, a las tropas de tierra y todos los bagajes con que habían llegado, a abandonar, en cambio, el botín que 4

[171] Cf. *supra,* I 144, 1, n. 933. Allí Pericles también se refería a la necesidad de no correr riesgos voluntariamente, a los peligros de propia elección *(authairétous kindýnous).*

habían capturado en territorio enemigo, con el fin de aligerar la carga de las naves, y a zarpar rumbo a Samos, desde donde, una vez reunida toda la flota [172], emprenderían sus incursiones navales contra el enemigo cuando fuera
5 ra el momento oportuno. Así logró convencer a sus colegas y pasó a la ejecución de su proyecto; y tanto en aquel momento como más adelante, y no sólo en aquel asunto sino también en todos los otros en los que intervino, Frínico dio la impresión de ser hombre de no poca inteligen-
6 cia [173]. Y de este modo los atenienses partieron de Mileto en cuanto llegó la tarde, dejando su victoria inacabada; y los argivos, a toda prisa y con la rabia provocada por el desastre sufrido, se hicieron a la mar desde Samos rumbo a su patria [174].

[172] Cf. *infra*, 30, 1.

[173] Cf. *infra*, 50-51; *supra*, III 82, 7: «la mayor parte de los hombres aceptan más fácilmente el calificativo de listos cuando son unos canallas que el de cándidos cuando son hombres de bien». Sobre la primacía de la inteligencia y de la razón calculadora en el hombre tucidídeo, cf. P. Shorey, «On the implicit Ethics and Psychology of Thucydides», *Transactions and Proceedings of the American Philological Assoc.* 24 (1893), 66-88: «Su adjetivo laudatorio más característico, aplicado a Arquidamo, a Temístocles, a Teseo, a Pericles, a Hermócrates y a Frínico, es *ouk axýnetos*, "no carente de inteligencia"... Cuando se añade *sōphrōn*, ello indica un juicio, moderación, discreción, prudencia no obnubilada por la pasión, más bien que una excelente moral sobresaliente. Y el insulto más imperdonable, la imputación más dolorosa para un personaje tucidídeo es la indicación de que es deficiente en penetración, u obtuso en percepción» (cit. por J. Alsina, *ob. cit.*, pág. 280).

[174] Eran 1.500 (cf. *supra*, 25, 1), de los que habían muerto unos 300 en la batalla de Mileto (25, 3).

Conquista de Yaso y apresamiento de Amorges por los peloponesios, que entregan la plaza y los prisioneros a Tisafernes. Termina el verano

Los peloponesios, tras zarpar de Tiquiusa con la primera luz del día, atracaron a continuación de la partida de los atenienses [175]; permanecieron allí un día y, al día siguiente, después de incorporar a su flota las naves quiotas que anteriormente, cuando iban al mando de Calcideo, habían sido objeto de una persecución [176], decidieron hacer de nuevo rumbo a Tiquiusa, en busca de los bagajes que habían descargado en aquel lugar [177]. Cuando llegaron, Tisafernes, que había acudido con sus tropas de tierra, les persuadió a navegar contra Yaso [178], donde se había instalado Amorges, su enemigo. Y lanzándose de improviso contra Yaso, donde no se esperaban más naves que las áticas, la conquistaron en una acción en la que sobre todo se distinguieron los siracusanos. Tras coger vivo a Amorges, hijo bastardo de Pisutnes que se había 28 2 3

[175] Arribaron al puerto de Mileto del que acababan de zarpar los atenienses. Ésta es una de las dos ocasiones en las que Tucídides utiliza el verbo *epikatágesthai (appellere —post alteram navem—)*, que tiene el sentido de arribar a continuación de otra llegada u otra partida. Cf. *supra,* III 94, 4. Respecto a la detención en Tiquiusa, cf. *supra,* 26, 3.

[176] Los veinte navíos quiotas que Calcideo había unido a las cinco naves peloponesias con tripulaciones quiotas para ir a provocar la defección de Mileto y que los atenienses Estrombíquides y Trasicles habían perseguido en vano: cf. *supra,* 17, 1-3.

[177] Las trírremes se aligeraban ante la perspectiva de una batalla y entre otras cosas se dejaban las velas: cf. *supra,* VII 24, 2, n. 122; JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 29.

[178] Ciudad de la costa de Asia Menor, en el fondo del golfo del mismo nombre (cf. *supra,* 26, 2, n. 169), situada en una península (o isla según ESTRABÓN, XIV 2, 21, y Esteban de Bizancio). Respecto a Amorges, cf. *supra,* 5, 5; 19, 2.

sublevado contra el Rey, los peloponesios lo entregaron a Tisafernes para que, si quería, se lo llevara al Rey como éste le había ordenado; y saquearon Yaso, donde el ejército obtuvo un abundantísimo botín, puesto que la localidad
4 era rica desde antiguo [179]. Hicieron pasar a su lado a los mercenarios de Amorges y, sin causarles ningún daño, los incorporaron a su ejército, dado que en su mayor parte procedían del Peloponeso; la plaza se la entregaron a Tisafernes con todos los prisioneros, tanto esclavos como libres, por cada uno de los cuales convinieron que recibirían de él un estater darico [180]; y luego regresaron a Mileto.
5 A Pedárito, hijo de León [181], al que los lacedemonios habían enviado como comandante de Quíos, lo mandaron por tierra hasta Eritras con las tropas mercenarias de Amorges, y allí mismo designaron a Filipo para el mando de Mileto [182]. Y así terminó el verano.

---

[179] Estrabón, XIV 2, 21, se refería a unas aguas ricas en pesca, el principal sustento de sus habitantes *(tò pleîston toû bíou toîs entháde ek thaláttēs)*, pero a un suelo poco fértil *(parálypros)*, y el tributo pagado antes de la guerra sólo era de un talento (luego elevado hasta tres). No parece, pues, que disfrutara de una situación de extraordinaria prosperidad, y es probable que la riqueza del botín (cf. *infra*, 36, 1) se debiera a los bienes personales de Amorges.

[180] Un estater *(statḗr)* darico *(dareikós)* o, simplemente, un darico correspondía a veinte dracmas, de acuerdo con la equivalencia de 3.000 estateros daricos = 10 talentos (= 60.000 dracmas) que nos da Jenofonte, *Anábasis* I 7, 18. Sobre este darico persa, moneda de oro de unos 8,40 gr., cf. Heródoto, *Historia* VII 28, 2, n. 183 (trad. y notas de C. Schrader, Madrid, B.C.G., núm. 82, 1985). Respecto a estateros en Grecia, cf., por ejemplo, *supra*, III 70, 4, y IV 52, 2.

[181] Este personaje, que luchó por defender Quíos y murió en un ataque contra los atenienses (cf. *infra*, 55, 3), irá apareciendo en los siguientes capítulos. Respecto a su padre, León, cf. *supra*, V 44, 3, n. 101.

[182] Sólo conocemos a este personaje por lo que nos dice Tucídides (cf. *infra*, 87, 6; 99).

INVIERNO DEL 412-411

ACCIONES DIVERSAS. SEGUNDO TRATADO ENTRE ESPARTA Y PERSIA. LOS ATENIENSES SE INSTALAN EN QUÍOS Y RODAS SE PASA A LOS PELOPONESIOS

Tisafernes en Mileto. Regateo respecto a la soldada

29 En el invierno siguiente, después de organizar Yaso con vistas a la defensa, Tisafernes se presentó en Mileto y, conforme a la promesa efectuada en Esparta, distribuyó a todas las naves la soldada de un mes a razón de una dracma ática por hombre [183]; pero en lo sucesivo tenía la intención de dar sólo tres óbolos [184], hasta que lo consultara con el Rey, y si éste se lo ordenaba, dijo que pagaría la dracma completa.
2 Pero ante la protesta del general siracusano Hermócrates [185] (pues Terímenes, como no era navarco, sino que sólo se encontraba a bordo para entregar las naves a Astíoco [186], se mostraba débil en este asunto de la soldada), se llegó,

---

[183] Respecto a la promesa de Tisafernes, cf. *supra,* 5, 5, donde prometía cuidar de su sostenimiento *(trophèn paréxein),* sin concretar, sin embargo, la cantidad de este dinero para el sustento. Esta soldada de una dracma por hombre y día puede considerarse normal hasta la época de la expedición a Sicilia. Cf. *supra,* III 17, 3, n. 112.

[184] Es decir, media dracma. Es la misma reducción efectuada por los atenienses a raíz de las dificultades financieras derivadas de la expedición a Sicilia. Cf. *infra,* 45, 2.

[185] En VIII 26, 1 se habló de Hermócrates como principal impulsor de la participación siciliota, pero no se señaló que él mismo tuviera el mando.

[186] Cf. *supra,* 26, 1.

a pesar de todo, al acuerdo de distribuir, además de los tres óbolos por hombre, una suma correspondiente a cinco naves de más. Así Tisafernes pagaba treinta talentos al mes por cincuenta y cinco naves; y a los otros hombres, en la medida que las naves superaban dicho número, debía darles una suma calculada según esta misma proporción [187].

La flota ateniense se concentra en Samos

30 En el mismo invierno, tras llegarles a los atenienses de Samos un refuerzo de treinta y cinco naves procedentes de Atenas al mando de los estrategos Carmino, Estrombíquides y Euctemón [188], reunieron las que estaban en Quíos y todas las demás [189] y decidieron

[187] Para el pago de la soldada de un mes a los hombres de cincuenta y cinco trirremes a razón de tres óbolos al día se necesitaba la suma de 27,5 talentos (55 naves × 200 hombres × 30 días = 330.000 jornales × 3 óbolos diarios = 990.000 óbolos = 165.000 dracmas = 27 talentos y 3.000 dracmas). Gracias a la protesta de Hermócrates se elevó la suma a 30 talentos, consiguiendo un aumento de 2 talentos y 3.000 dracmas (5 naves × 200 hombres × 30 días × 3 óbolos diarios = 90.000 óbolos = 15.000 dracmas = 2 talentos y 3.000 dracmas). De este modo, calculando sobre una base con cinco naves de más, Tisafernes entregaba a las cincuenta y cinco naves el dinero correspondiente a sesenta, con lo que cada miembro de la tripulación cobraba algo más de tres óbolos (30 talentos = 180.000 dracmas = 1.080.000 óbolos: 330.000 jornales = 3,27 óbolos). Suponía pues un aumento de 5/55 = 1/11, alrededor de un 9%. En cuanto a «los otros hombres» que debían recibir una suma calculada según la misma proporción debían de ser las tripulaciones de los barcos de Quíos mencionados en 28, 1.

[188] De Carmino, un nombre que no se repite en Atenas, estamos mal informados. Cf. *infra,* 41, 3-4; 42, 2; 73, 3; escolio de Aristófanes, *Tesmoforias* 804; R. Develin, *Athenian Officials, 684-321 B.C.,* Cambridge, 1989, págs. 157-158. Respecto a Estrombíquides, al que se hizo referencia por última vez en VIII 17, 3, cf. *supra,* 15, 1, n. 89. Euctemón sólo aparece en este pasaje.

[189] Los atenienses siguen aquí el consejo de Frínico de VIII 27, 1-4. Las unidades de Quíos deben de ser las veinticinco que se dirigieron a

efectuar un sorteo entre los estrategos para asignar dos misiones [190]: someter Mileto a un bloqueo naval y enviar contra Quíos una flota y un ejército de tierra. Así lo hicieron. 2
A Estrombíquides, Onomacles y Euctemón les tocó en suerte Quíos y zarparon contra ella con treinta naves y parte de los mil hoplitas que habían ido a Mileto [191] a bordo de transportes de tropas. Los otros se quedaron en Samos con setenta y cuatro unidades [192], con las que dominaban el mar y efectuaban ataques navales contra Mileto.

Lesbos en VIII 23, 1, y que atacaron Quíos en 24, 2-3, todas o la parte de ellas que todavía estuviera allí. En cuanto a «todas las demás», no está claro a qué unidades se refiere; pueden ser parte de las veinticinco de 23, 1 y 24, 2, o alguna otra escuadra a la que Tucídides no se haya referido.

[190] Respecto al hecho de sortear las misiones, cf. *supra,* VI 42, 1.

[191] Cf. *supra,* 25, 1.

[192] Los otros estrategos disponibles para quedarse en Samos eran Frínico, Escirónides, Carmino y posiblemente Trasieles. Con Estrombíquides y Euctemón, recién llegados de Atenas, también se había ido a Quíos Onomacles, sobre el cual cf. *supra,* 25, 1. Por lo que respecta a este número de setenta y cuatro naves, se ha señalado que es inferior, en una veintena, al total que podríamos esperar por los datos que el historiador nos ha ido dando. Es probable que Tucídides no haya registrado todos los movimientos navales. He aquí las cuentas: 20 naves (VIII 15, 1) + 16 (19, 2) + 10 (23, 1) + 48 (25, 1) + 35 (30, 1) dan un total de 129 barcos (o 128 según lo dicho en VIII 23, 1; cf. *supra,* nota 131). En este capítulo, en cambio, nos encontramos con un total de 104 (30 a Quíos + 74 a Samos). Aunque alguna diferencia puede atribuirse a que no se incluyan los transportes de tropas, podemos pensar que el historiador no se ha referido a todos los movimientos. Cf., por ejemplo, *supra,* 27, 6, donde no se nos dan datos precisos sobre el regreso de los argivos, o el caso de Estrombíquides (cerca de Mileto en VIII 17, 3), de cuyo viaje a Atenas, del que vuelve en este capítulo, no se nos había dicho nada.

Acciones de Astíoco. De Quíos a Clazómenas

31 Astíoco, que entonces se encontraba en Quíos ocupado en elegir rehenes para prevenir la traición [193], renunció a ello cuando supo que los navíos de Terímenes habían llegado [194] y que la situación de los aliados había mejorado, y se hizo a la mar con las
2 diez naves peloponesias [195] y otras diez de Quíos; atacó Ptéleo [196], pero, al no poder tomarla, navegó a lo largo de la costa hasta Clazómenas, donde exigió que los partidarios de Atenas fueran a instalarse en Dafnunte, en el interior [197], y que la ciudad se pasara a su lado; y en el mismo sentido apuntó la orden de Tamos [198], subgoberna-
3 dor de Jonia. Como no les hicieron caso, efectuó un ataque contra la ciudad, que no estaba amurallada [199], pero, al no poder tomarla, zarpó de nuevo con un fuerte viento, dirigiéndose él a Focea y Cime [200], mientras que las otras

[193] Cf. *supra,* 24, 6.

[194] Cf. *supra,* 26, 1.

[195] Los cuatro de VIII 23, 1 (y 24, 6) y los seis de 23, 5. Cf. *infra,* 33, 1.

[196] Cf. *supra,* 24, 2.

[197] En VIII 23, 6, eran los antiatenienses quienes estaban en Dafnunte, un lugar del territorio de Clazómenas, tierra adentro.

[198] Era un egipcio que más tarde, en la guerra entre Ciro y Tisafernes, estuvo al mando de la flota de Ciro: cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 21; 4, 2.

[199] A lo largo de este libro, Tucídides se refiere en diversas ocasiones a la falta de fortificaciones en las ciudades jonias: cf. *supra,* 14, 3, n. 86; *infra,* 35, 3; 41, 2; 62, 2; 107, 1. Todo ello confirma su afirmación de III 33, 2.

[200] Sin duda habían abandonado la alianza ateniense. Respecto a Cime, cf. *supra,* 22, 1. En cuanto al fuerte viento, recuérdese que estamos en invierno y que estos vientos y tormentas invernales constituían una seria dificultad para las trirremes, como se ve en diversos pasajes: cf. *infra,* 32, 1; 34, 2; 42, 1.

naves arribaron a las islas situadas junto a Clazómenas, a Maratusa, Pele y Drimusa [201]. Y de todos los bienes 4
que los clazomenios habían puesto allí a buen recaudo, en los ocho días que permanecieron en el lugar a causa de los vientos, unos los saquearon y consumieron y otros los embarcaron en sus naves cuando zarparon hacia Focea y Cime para reunirse con Astíoco.

Desacuerdo entre Astíoco y Pedárito respecto a una propuesta de Lesbos

Mientras Astíoco se encontraba allí, 32
llegaron embajadores de los lesbios, que de nuevo querían sublevarse [202]; consiguieron persuadirlo, pero como los corintios [203] y los otros aliados estaban desanimados a causa del fracaso anterior, levó anclas e hizo rumbo a Quíos. Las naves fueron sorprendidas por un temporal y llegaron a Quíos con retraso y cada una por su lado [204]. Después de esto, Pedárito, que tras partir 2
de Mileto había avanzado por tierra a lo largo de la costa [205], se presentó en Eritras y pasó a Quíos con su ejército; contaba, además, con los alrededor de quinientos soldados que Calcideo había desembarcado con armas de sus cinco naves [206]. Como algunos lesbios se comprometían 3

[201] Islas situadas enfrente de Clazómenas. Cf. Plinio, *Historia Natural* V 137.

[202] Para el primer intento, que no había tenido éxito, cf. *supra,* 5, 2 y 22, 1-23, 6.

[203] La mitad de los diez barcos de Astíoco eran corintios: cf. *infra,* 33, 1.

[204] Cf. *infra,* III 69, 1.

[205] Cf. *supra,* 28, 5.

[206] Cf. *supra,* 17, 1. El número inicial de estos hombres podía ser bastante superior, incluso el doble. Es posible pensar en bajas (cf. *supra,* 22, 1 y 24, 3). Pero, aunque en 17, 1, se dice claramente que las tripulaciones enteras fueron desembarcadas en Quíos, lo que se dice en 25, 2

a efectuar la defección, Astíoco presentó esta propuesta a Pedárito y a los quiotas, sosteniendo que era preciso acudir con la flota para provocar la defección de Lesbos, porque con ello o aumentarían el número de sus aliados o, en caso de fracaso, causarían al menos algún perjuicio a los atenienses. Pero los otros no le hicieron caso y Pedárito se negó a confiarle las naves de Quíos.

Astíoco rumbo a Mileto. El azar evita un encuentro en Córico. Astíoco y Pedárito en Eritras

33 Entonces Astíoco, con las cinco naves de Corinto, una sexta de Mégara y una de Hermíone, junto a las de Laconia con las que había llegado [207], hizo rumbo a Mileto para hacerse cargo del mando de la flota [208]; zarpó tras amenazar repetidamente a los quiotas afirmando que no acudiría en su auxilio en el caso de que
2 necesitaran alguna ayuda. Hizo escala en Córico, en el territorio de Eritras, y vivaqueó allí. Entre tanto las tropas atenienses que habían zarpado de Samos [209] para dirigirse contra Quíos también se encontraban allí, al otro lado de una altura que las separaba del enemigo; fondearon en aquel lugar sin darse cuenta ninguno de los dos bandos de la
3 presencia del otro. Durante la noche, sin embargo, llegó

(cf. *supra,* nota 158) se entendería mejor si Calcideo se hubiera llevado parte de estas tripulaciones a Mileto.

[207] En 31, 1, se dijo que Astíoco tenía diez naves y aquí se da la composición de esta escuadra; la mitad era corintia, lo que explica lo dicho en 32, 1, dos de Mégara y Hermíone y tres laconias; según ello, si no tuvo con él otro barco laconio, una de las cuatro unidades que trajo consigo de Cencreas (cf. *supra,* 23, 1) no debía de ser laconia.

[208] A ejercer su cargo de navarco (cf. *supra,* 20, 1) tomando el mando de la flota que había traído Terímenes (cf. *supra,* 26, 1; 29, 2; 31, 1; *infra,* 38, 1).

[209] Cf. *supra,* 30, 2.

una carta de Pedárito comunicando la llegada a Eritras de prisioneros eritreos procedentes de Samos, donde habían sido puestos en libertad con vistas a una traición [210], y Astíoco se hizo inmediatamente a la mar para volver a Eritras [211]; sólo a ello se debió que no se encontrara de improviso con los atenienses. Pedárito cruzó el canal para 4
reunirse con él, e iniciaron una investigación respecto a los presuntos traidores, pero como descubrieron que todo había sido un pretexto urdido por estos hombres para salir sanos y salvos de Samos, los eximieron de toda culpa y zarparon de nuevo, dirigiéndose uno a Quíos, mientras que el otro se trasladaba a Mileto tal como había proyectado.

[210] Para que entregaran su ciudad a los atenienses. En cuanto a la referencia a esta carta de Pedárito, recuérdese la alusión a otros mensajes escritos, en general de carácter secreto, como los de I 128, 6-7; 129, 3; 137, 4; IV 50, 2; VII 8; 11 ss.; VIII 38, 4; 45, 1; 50, 2 y 5; 51; 99, y nótese la abundancia de estos mensajes en el último libro, donde, por otra parte, faltan los discursos directos. Piénsese igualmente en todos los documentos de los libros V y VIII. Cf. R. Weil, «Lire dans Thucydide», en *Le Monde Grec. Homm. à Cl. Préaux*, Bruselas, 1975, págs. 162-168; «Les documents dans l'oeuvre de Thucydide», *L'Information littéraire* 26 (1974), 24-32; O. Longo, «Scrivere in Tucidide: Communicazione e ideologia», *Studi in onore di Anthos Ardizzoni*, Roma, 1978, I, págs. 519-554.

[211] Cf. *supra*, 24, 6.

34 *La flota ateniense zarpa de Córico y, tras un accidentado encuentro con unidades quiotas, fondea en Lesbos*

Entre tanto las naves que llevaban las tropas atenienses también zarparon de Córico y, cuando daban la vuelta, a la altura de Argino [212], se encontraron con tres naves largas [213] de Quíos; en cuanto las vieron, iniciaron la persecución, pero sobrevino una gran tormenta y, mientras las naves quiotas a duras penas conseguían refugiarse en su puerto, las tres unidades más avanzadas de los atenienses sufrieron averías y fueron a parar a la costa de la ciudad de Quíos, donde sus tripulantes fueron hechos prisioneros o encontraron la muerte; las otras, en cambio, lograron refugiarse en el llamado puerto de Fenicunte [214], al pie del Mimante. Luego zarparon de allí y se fueron a fondear a Lesbos, donde se prepararon para las obras de fortificación [215].

---

[212] Cuando doblaban el Cabo de Argino, la punta más occidental de la parte sur de la Península de Eritras y la más cercana a Quíos. Cf. Estrabón, XIV 1, 33.

[213] La «nave larga» *(makrà naûs o ploîon makrón)* era un navío de guerra; se contraponía al barco mercante, llamado «redondo» *(strongýlon)*, el *gaulo* fenicio (de la raíz semítica *gôl* «algo redondo»); como barco de guerra, en el que la velocidad era fundamental, tenía más eslora y menos manga. Cf. J. Rougé, *La marine dans l'antiquité*, París, 1975, págs. 83 ss.; J. S. Morrison, R. T. Williams, *Greek Oared Ships, 900-322 B.C.*, Cambridge, 1968, pág. 244. Cf. *supra*, I 14, 1; 41, 2; IV 118, 5; Heródoto, I 163, 2; V 30, 4.

[214] Puerto de Fenicunte o Puerto de los Fenicios. El lugar no ha sido identificado con seguridad. Livio, XXXVI 45, 7, lo situaba al sur de Eritras, pero el monte Mimante (el actual Ak Dağ de 1.212 m.) está al norte de la Península de Eritras y por la descripción de Tucídides se puede pensar en un fondeadero situado al Norte, en la costa occidental de la península, frente a las islas Enusas.

[215] Se refiere a las obras de fortificación a realizar en Quíos (cf. *infra*, 38, 2), objetivo contra el que se dirigía la expedición (cf. *supra*,

Acciones en la zona de Cnido

En el mismo invierno zarpó del Peloponeso el lacedemonio Hipócrates [216] con diez naves de Turios al mando de Dorieo, hijo de Diágoras [217], y de otros dos comandantes, con una de Laconia y otra de Siracusa, y arribó a Cnido [218], que ya se había sublevado contra Atenas por instigación de Tisafernes. 35
2 Cuando se enteraron de su llegada los que estaban en Mileto [219], les ordenaron que vigilaran Cnido con la mitad de sus naves y que con las otras se situaran en la zona de Triopio con el fin de apresar a los cargueros que arribaran de Egip-

---

30, 1-2). Sorprende la referencia a unas obras que tenían que realizarse en Quíos cuando estamos en Lesbos, pero el lector sabe que la expedición es contra Quíos.

[216] Este Hipócrates suele identificarse con el personaje del mismo nombre que vuelve a aparecer en este libro (cf. *infra,* 99; 107, 2) y con el que hallamos en Jenofonte, *Helénicas* I 1, 23; 3, 5-7, como lugarteniente de Míndaro y harmosta de Calcedón, donde encontró la muerte (cf. asimismo Diodoro, XIII 66, 2).

[217] Respecto a Turios (cf. VI 61, 6, n. 156), cf. *supra,* VII 33, 5-6, n. 188; 57, 11, n. 330. En el 413 los proatenienses habían expulsado a la facción antiateniense y la ciudad había participado en la expedición contra Siracusa. Ahora, a consecuencia del desastre de Sicilia, Turios se habría alineado al lado de Esparta (cf. [Plutarco], *Vida de los diez oradores,* 835 d-e). En cuanto a Dorieo, cf. *supra,* III 8, 1, n. 53. Había sido un atleta famoso y era un viejo enemigo de Atenas. Cf. *infra,* 61, 2; 84, 2; Jenofonte, *Helénicas* I 5, 19; Androción, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 324 F 46; Pausanias, VI 7, 6.

[218] La ciudad helenística de Cnido estaba sin duda en el extremo occidental de la península situada entre las islas de Cos y Rodas. Pero la ciudad de la época clásica no se encontraba allí; parece que se hallaba en la costa sur y se suele identificar con los restos hallados en Burgaz, poco trecho al oeste del istmo occidental.

[219] Entre «los que estaban en Mileto» se hallaba Astíoco. Cf. *supra,* 36, 1.

to [220]; Triopio es la punta del promontorio de Cnido, don-
3 de hay un santuario de Apolo. Informados de ello los
atenienses, zarparon de Samos y capturaron las seis naves
que estaban al acecho en Triopio; las tripulaciones, sin em-
bargo, consiguieron escapar. A continuación los atenienses
desembarcaron en Cnido y lanzaron un ataque contra la
ciudad, que no estaba amurallada, y por poco no la toma-
4 ron. Al día siguiente atacaron de nuevo, pero como los
enemigos se habían parapetado mejor durante la noche,
y además se habían incorporado a sus fuerzas los que ha-
bían huido de las naves de Triopio, los atenienses ya no
pudieron infligirles los mismos daños que antes, por lo que
se retiraron y, tras devastar el territorio de Cnido, regresa-
ron a Samos.

Situación del ejército peloponesio en Asia Menor. Segundo pacto entre Esparta y Persia

36 Por esta misma época, cuando Astíoco llegó a Mileto para hacerse cargo del mando de la flota, los peloponesios todavía tenían abundancia de todo lo necesario para el ejército; la soldada resultaba suficiente, el gran botín capturado en Yaso [221] estaba en poder de los soldados, y los milesios sostenían con buen ánimo las cargas de la

---

[220] El Cabo Triopio (el actual Deveboynu) estaba en el extremo occidental de la Península de Cnido (la actual Península de Resadiye). También se llamaba Triopio a un asentamiento situado al oeste de la clásica Cnido (cf. *supra,* nota 218), en el centro de la parte occidental de la península, concretamente en Kumeyr, con un puerto propio, que no era el de Cnido. Este promontorio y puerto de Triopio constituían, junto con Rodas, una escala casi obligada para los barcos procedentes de Egipto. En cuanto al santuario de Apolo aquí mencionado, no se han hallado sus restos.

[221] Respecto al botín de Yaso, cf. *supra,* 28, 3. En cuanto a la soldada pagada por Tisafernes, cf. *supra,* 29, 1-2; si la situación no había cambiado, se tendía a reducir los gastos (cf. *supra,* 29, 2; *infra,* 46, 2

guerra. Sin embargo, en lo tocante a sus relaciones con 2
Tisafernes, los peloponesios pensaban que el primer pacto concluido con Calcideo [222] era insuficiente y no les beneficiaba, y por ello, mientras Terímenes todavía se encontraba allí [223], concluyeron otro, cuyo texto era el siguiente:

Texto del segundo pacto entre Esparta y Persia

«Pacto de los lacedemonios y sus alia- 37
dos con el rey Darío, los hijos del Rey y Tisafernes, por el que se acuerda la paz y la amistad en los términos siguientes:

Por lo que respecta a todo el territorio 2
y a todas las ciudades que pertenecen al rey Darío o pertenecían a su padre o a sus antepasados [224], contra estos lugares no irán en son de guerra ni para causar ningún daño ni los lacedemonios ni los aliados de los lacedemonios, y de estas ciudades no obtendrán tributo alguno ni los lacedemonios ni los aliados de los lacedemonios; por su parte ni el rey Darío ni los que están bajo la autoridad del Rey irán en son de guerra ni para causar ningún daño contra los lacedemonios o sus aliados.

En los casos en que los lacedemonios o sus aliados efec- 3
túen alguna petición al Rey, o el Rey la dirija a los lacedemonios o sus aliados, lo correcto será que actúen según lo que ambas partes decidan de mutuo acuerdo.

---

y 5), pero se dejaba la posibilidad de que el Rey decidiera un aumento (cf. *supra,* 29, 1; *infra,* 45, 6).

[222] Cf. *supra,* 17, 4-18, 3.

[223] Respecto a la entrega del mando y partida de Terímenes, cf. *infra,* 38, 1. El pacto será llamado tratado de Terímenes en 43, 3 y 52. Debió de ser la última actuación de Terímenes, o Astíoco, que ahora ya estaba en Mileto, preferiría atribuírselo a él, tras su desaparición.

[224] Cf. *supra,* 18, 1, n. 102. La cláusula apuntaba esencialmente a las ciudades griegas de Asia; era una cláusula ambigua que luego se considerará inconveniente.

4 La guerra contra los atenienses y sus aliados la llevarán a cabo ambas partes en común, y si quieren ponerle fin, también lo harán ambas partes de común acuerdo.

En cuanto a todas las tropas que se encuentren en el territorio del Rey, al haber solicitado el Rey su presencia, será el Rey quien corra con sus gastos.

5 Si alguna de las ciudades que han concluido este acuerdo con el Rey marcha contra el territorio del Rey, las otras lo impedirán y defenderán al Rey hasta donde alcancen sus fuerzas; y si alguien del territorio del Rey o de los países que están bajo la autoridad del Rey marcha contra el territorio de los lacedemonios o de sus aliados, el Rey lo impedirá y los defenderá hasta donde alcancen sus fuerzas».

Desaparición de Terímenes. Los atenienses en Quíos

38 Después de este pacto, Terímenes, que había entregado el mando de la flota a Astíoco, zarpó en una chalupa y desapa-
2 reció [225]. Entre tanto, los atenienses de Lesbos ya habían pasado a Quíos con su ejército y, tras hacerse con el control de tierra y mar, fortificaban Delfinio [226], una plaza que ya contaba con buenas defensas naturales por parte de tierra, provista también de
3 puertos y no muy distante de la ciudad de Quíos. Por su

225 En otro pasaje (cf. *supra*, IV 80, 4) Tucídides utilizó el mismo verbo *(aphanízein)* para referirse a una desaparición misteriosa (cf. asimismo Jenofonte, *Helénicas* I 6, 38); en este caso se refiere sin duda a una desaparición en el mar debida probablemente a un temporal. Eran los riesgos de la navegación en invierno (cf. *supra*, VI 21, 2). Respecto a estas pequeñas chalupas *(kélēs)*, cf. *supra*, IV 9, 1, n. 47; 120, 2, n. 780.

226 En la costa oriental de la isla, al fondo de una ensenada situada a unos 15 km. al norte de la ciudad de Quíos. El lugar ha sido perfectamente identificado y se han encontrado restos de estas fortificaciones con cerámica del siglo v a. C.

parte, los quiotas, derrotados en las numerosas batallas precedentes [227], no se entendían, además, muy bien entre ellos, sino que, como Tideo, hijo de Ión [228], y sus correligionarios habían sido ejecutados por orden de Pedárito, acusados de tomar partido por los atenienses, y como el resto de la ciudadanía se veía sometida muy a pesar suyo a un régimen oligárquico, se miraban con desconfianza unos a otros y no tomaban ninguna iniciativa; en vista de aquellas circunstancias consideraban que ni ellos mismos ni los mercenarios de Pedárito [229] estaban en condiciones de
afrontar al enemigo. Enviaban, sin embargo, mensajes a 4
Mileto para pedir a Astíoco que acudiera en su ayuda; y como éste no les hacía caso [230], Pedárito envió un informe sobre él a Esparta, acusándolo de no cumplir con su de-
ber. Mientras los asuntos de Quíos se desarrollaban de este 5
modo para los atenienses, sus naves de Samos emprendían ataques contra la flota de Mileto, pero al no salir ésta nunca a su encuentro, regresaron finalmente a Samos y no se movieron de allí.

Una flota peloponesia llega a Cauno

En el mismo invierno, las veintisiete 39
naves que los lacedemonios habían equipado para Farnabazo gracias a las negociaciones de Caligito de Mégara y Timágoras de Cícico [231] zarparon del Peloponeso rumbo a Jonia por la época del solsticio [232]; iba a

[227] Cf. *supra,* 24, 3.

[228] Se ha sostenido la hipótesis de que el padre de Tideo sería el poeta trágico Ión de Quíos, suposición sugestiva, pero indemostrable.

[229] Cf. *supra,* 28, 4-5; 32, 2.

[230] Dando cumplimiento a sus amenazas de VIII 33, 1. El informe de Pedárito tuvo su efecto (cf. *infra,* 39, 2).

[231] Cf. *supra,* 6, 1; 8, 1.

[232] El del invierno del 412; al caer en el 24 de diciembre y tener lugar la partida «por la época» *(perí)* del solsticio», debieron de zarpar, con

bordo el espartiata Antístenes [233], que estaba a su mando.
2 Con él los lacedemonios también enviaron once espartiatas como consejeros [234] de Astíoco, uno de los cuales era Licas, hijo de Arcesilao [235]; se les ordenó que, una vez llegados a Mileto, se cuidaran en común de todos los asuntos de la forma que fuera a resultar mejor y en particular de enviar, si así lo decidían, aquella flota con las mismas naves, o con un número mayor o incluso menor, a Farnabazo, al Helesponto; la pondrían al mando de Clearco, hijo de Ranfias [236], que iba en la expedición; en cuanto a Astíoco, si los once lo consideraban oportuno, lo cesarían en su mando de navarco y lo sustituirían por Antístenes; a consecuencia del informe de Pedárito, sospechaban de
3 Astíoco [237]. En el curso de su navegación por alta mar a partir de Malea, cuando las naves arribaban a Melos [238], se encontraron con diez naves atenienses; apresaron tres sin sus tripulaciones y las incendiaron. Después de esto, temiendo que las naves atenienses que habían huido de Melos anunciaran la llegada de su expedición (como realmen-

un margen de una semana antes o después, durante la segunda quincena de diciembre. Cf. *supra,* VII 16, 2, n. 89.

[233] Sólo vuelve a ser mencionado en 61, 2, en una referencia al presente pasaje; y podría ser el mismo Antístenes que encontramos en JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 6, como enviado de Esparta a Dercílidas en primavera del 398.

[234] Respecto al uso de consejeros por parte de Esparta, cf. *supra,* II 85, 1, n. 565; III 69, 1; 79, 3, n. 553; V 63, 4.

[235] Cf. *supra,* V 22, 2; 50, 4; 76, 3.

[236] En la primavera del 412 había sido designado para el mando de la zona del Helesponto. Cf. *supra,* 8, 2.

[237] Se defendería adecuadamente, porque no fue cesado.

[238] Respecto a Malea, cf. *supra,* IV 53, 2, n. 280. En cuanto a Melos, recuérdese que era la primera isla que se encontraba en la ruta de Laconia a Asia (cf. *supra,* V 108). Entonces estaba ocupada por colonos atenienses (cf. *supra,* V 116, 4).

te ocurrió)[239] a los atenienses de Samos, hicieron rumbo a Creta y, tras este rodeo de precaución, desembarcaron en Cauno[240], en Asia. Desde allí, considerándose a salvo, 4
enviaron aviso a la flota de Mileto, para ser escoltados a lo largo de la costa.

Astíoco decide socorrer a Quíos

Por las mismas fechas, los quiotas y 40
Pedárito, a pesar de la vacilación[241] de Astíoco, no dejaban de enviarle mensajeros pidiéndole que acudiera en su ayuda con todas sus naves[242], dado que se encontraban sitiados, y que no permitiera que la más importante ciudad aliada de Jonia fuera bloqueada por mar y arruinada por el pillaje al que se veía sometida por tierra. Al ser los esclavos numerosos en Quíos, que contaba 2
con la cifra más alta para una sola ciudad, si exceptuamos la de Esparta[243], y al recibir además, a causa del elevado

[239] Cf. *infra,* 41, 4.

[240] Al nordeste de Rodas, en la parte sur de Caria.

[241] Vacilación que no se decide a actuar en cierto sentido, que no está dispuesta a hacer algo, una vacilación más cercana a la renuncia, a una actitud remisa o dilatoria, que al titubeo o la indecisión. Cf. *supra,* 33, 1; 38, 4. Es la misma vacilación reacia a actuar que encontrábamos en I 71, 1.

[242] Probablemente unas setenta y seis. Cf. *infra,* 42, 4; 43, 2.

[243] Respecto a la esclavitud en Quíos, cf. Ateneo, VI 265b-266f, que basándose en Teopompo (cf. F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 115 F 122) afirma que los quiotas fueron los primeros en comprar esclavos pertenecientes a poblaciones no griegas; y Ninfodoro (F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 572 F 4) respecto a una revuelta de esclavos en Quíos helenística. Sobre el uso de esclavos en la flota quiota, cf. *supra,* 15, 2. En cuanto a la afirmación de este pasaje de que el número de esclavos de Quíos sólo era superado por Esparta, siendo, por consiguiente, superior al del Ática, es presumible que deba entenderse en el sentido relativo de densidad de población esclava. Cf. M. I. Finley, «¿Se basó la civilización griega en el trabajo de los esclavos?», en *Clases y luchas de clases en la Grecia*

número, un castigo más severo en caso de falta, cuando pareció que el ejército ateniense estaba sólidamente establecido detrás de sus fortificaciones, de inmediato desertaron la mayor parte de ellos para pasarse a los atenienses y, como estos esclavos conocían el país, fueron los causan-
3 tes de los daños más graves. Así pues, los quiotas afirmaban que era preciso que se acudiera en su auxilio mientras todavía había esperanza y existía la posibilidad de evitar lo peor, dado que las fortificaciones de Delfinio todavía estaban en obras [244] y se encontraba sin terminar un baluarte de mayor envergadura que se construía alrededor del campamento y las naves. Y Astíoco, a pesar de que no era su intención por mor de las amenazas que a la sazón había proferido [245], al ver la buena disposición de los aliados, ya estaba asimismo dispuesto a acudir en su ayuda.

Astíoco pospone la expedición de Quíos a la misión de escoltar la flota peloponesia de Cauno. Saqueo de Cos

41 Pero en esto llegó de Cauno la noticia de que se encontraban allí las veintisiete naves y los consejeros lacedemonios; y considerando que todo lo demás debía posponerse a la misión de escoltar a lo largo de la costa una flota tan importante, destinada a que sus fuerzas consiguieran un mayor dominio del mar [246], y de trasladar con seguridad a los lacedemonios que habían venido a inspeccionar su gestión, dejó inmedia-

Antigua, Madrid, Akal, 1977, pág. 110 (= *Historia* 8 [1959], 145-164). Por otra parte, se ha comparado esta presencia ateniense en Delfinio a la espartana en Decelia (cf. *supra*, VII 27, 5): en ambos casos se provocó la deserción de numerosos esclavos. Sobre Quíos como centro de comercio de esclavos, cf. asimismo Heródoto, VIII 105, 1.

[244] Cf. *supra*, 38, 2.

[245] Cf. *supra*, 33, 1.

[246] Respecto a la lucha por el dominio del mar, cf., por ejemplo, *supra*, 30, 2; 38, 5.

tamente los preparativos de la expedición a Quíos y zarpó rumbo a Cauno. En su travesía a lo largo de la costa, 2
desembarcó en Cos Merópide [247]; la ciudad no estaba amurallada y había sido destruida por un terremoto que sufrieron sus habitantes [248] y que fue el más violento que jamás se haya producido hasta donde alcanza nuestra memoria; la devastó completamente y, al haberse refugiado sus habitantes en las montañas, efectuó incursiones en su territorio en busca de botín, pero perdonó a los hombres libres, a los que dejó marchar. Desde Cos llegó de noche a Cnido, 3
donde las exhortaciones de los cnidios le obligaron a no desembarcar sus tripulaciones y a dirigirse de inmediato, tal como se encontraba, contra las veinte naves atenienses con las que Carmino, uno de los estrategos de Samos [249], estaba al acecho de aquellas veintisiete naves venidas del Peloponeso que Astíoco precisamente iba a buscar en aquella travesía a lo largo de la costa. Desde Melos se había 4
informado a las fuerzas de Samos de la llegada de aquella expedición [250], y se había confiado a Carmino la misión de estar al acecho en aguas de Sime, Calce y Rodas y por

[247] La ciudad estaba situada en la costa nordeste de la isla de Cos (isla del Dodecaneso, famosa por su santuario de Asclepio y por su escuela de medicina), enfrente de la costa de Caria y de Halicarnaso. Los habitantes de la isla se reunieron allí en el sinecismo del 366-65, cuando abandonaron Astipalea, la antigua capital de la isla, situada en su extremo occidental (cf. DIODORO, XV 76, 2; ESTRABÓN, XIV 2, 19). El nombre de Merópide se relaciona con Mérope, antiguo rey de la isla (cf. EURÍPIDES, *Helena* 382).

[248] Entendiendo el *autoîs* en el sentido de que sus habitantes sufrieron este seísmo cuya violencia aquí destaca Tucídides, de que les afectó a ellos. Otros lo entienden en el sentido de que constituyó un récord para ellos, de que fue el terremoto más violento jamás sufrido por ellos.

[249] Cf. *supra*, 30, 1-2.

[250] Cf. *supra*, 39, 3.

la costa de Licia [251], pues ya se sabía que las naves se encontraban en Cauno.

Victoria peloponesia en la batalla naval de Sime

42 Astíoco hizo, pues, rumbo a Sime tal como se encontraba, antes de que su presencia fuera descubierta [252], por ver si podría sorprender aquellas naves en algún punto de alta mar. Pero la lluvia y un cielo cubierto de nubes provocaron la dispersión [253] de sus
2 barcos en la oscuridad con el consiguíente desorden. Y con la primera luz del día, contra esta flota dividida, cuya ala izquierda ya había sido descubierta por los atenienses mientras el resto todavía se encontraba dispersa alrededor de la isla, se dirigieron a toda prisa Carmino y sus atenienses, sin llevar todos sus veinte navíos [254], creyendo que se trataba de las naves de Cauno que ellos estaban aguardando.
3 Se lanzaron inmediatamente al ataque hundiendo tres naves y causando averías en otras, y mantuvieron su superioridad en la acción hasta que vieron aparecer inesperadamente el grueso de la flota y se encontraron con las salidas
4 cortadas por todas partes. Entonces se dieron a la fuga [255] y perdieron seis naves, pero con las restantes se refugiaron

[251] Sime es una isla situada al sur de Cnido, y Calce es otra isla que se encuentra al oeste de Rodas. Licia es una zona de Asia Menor situada al sudeste de Caria y al este de Rodas.

[252] «Tal como se encontraba», es decir, sin demorarse en preparativos. Cf. *supra*, 23, 3; 41, 3. Sobre la preocupación de no ser descubiertos, cf., por ejemplo, *supra*, III 30, 1; IV 70, 2.

[253] Idea expresada con el sustantivo *plánēsis*, «extravío, dispersión», que no vuelve a aparecer hasta época tardía.

[254] Cf. *supra*, 41, 3.

[255] Aristófanes, *Tesmoforias* 804, alude a esta derrota: *Nausimáchēs mén g'héttōn estìn Charmînos; dêla dè tárga:* «Carmino es desde luego inferior a Nausímaca; los hechos lo evidencian».

en la isla de Teutlusa y desde allí se fueron a Halicarnaso [256]. Después de esto, los peloponesios arribaron a Cnido y, una vez efectuada la unión con las veintisiete naves de Cauno, se hicieron a la mar con toda su flota [257] y levantaron un trofeo en Sime, después de lo cual fueron de nuevo a fondear a Cnido.

Desacuerdo entre los peloponesios y Tisafernes

Los atenienses, cuando se enteraron de 43
la batalla naval, zarparon hacia Sime con todas sus naves de Samos [258] y, sin dirigirse contra la flota de Cnido, que tampoco se dirigió contra ellos, se apoderaron de los pertrechos navales dejados en Sime [259] y, después de efectuar una escala en Lórima [260], en el continente, regresaron a Samos.

Las naves peloponesias, todas ya reunidas en Cnido, 2
fueron objeto de las reparaciones que necesitaban, mientras los once lacedemonios [261] mantenían conversaciones

---

[256] Teutlusa es una pequeña isla al este de Calce que se identifica con la actual Seskli. Halicarnaso es una ciudad de Caria, en la costa que se halla frente a la isla de Cos.

[257] Serían unas 100 naves: 5 (cf. *supra,* 12, 3) + 4 (23, 1) + 6 (23, 5) + 55 (26, 1) + 12 (35, 1) = 82 unidades; éstas, restando las 6 perdidas en 35, 3, y las 3 de 42, 3, quedarían en 73, que, con la incorporación de las 27 de Cauno, darían el total de 100. Todo ello, naturalmente, suponiendo que el historiador haya anotado todas las incidencias en pérdidas o refuerzos, y que todas las naves averiadas fueran debidamente reparadas. Y no podemos olvidar que esta parte de la obra está sin terminar.

[258] Cf. *supra,* 30, 2, donde eran 74, pero podían haberse incorporado otras y Carmino había perdido seis.

[259] No mencionados antes. Era normal aligerarse cuando se preparaba una batalla o cuando se necesitaba rapidez (cf. *supra,* 27, 4; 28, 1).

[260] Ciudad que se hallaba en el extremo meridional de la península situada al norte de Rodas y al este de Sime, junto al promontorio de Cinosema, el actual Cabo Kara.

[261] Cf. *supra,* 39, 2.

con Tisafernes (que había acudido allí) respecto a lo ya realizado que no era de su agrado y respecto al futuro de la guerra, discutiendo de qué manera se llevaría a cabo mejor y del modo más conveniente para ambas partes[262].
3 Licas, que era quien más atentamente examinaba cómo se hacían las cosas, declaró que ninguno de los dos tratados era satisfactorio, ni el de Calcideo ni el de Terímenes[263]; era intolerable que el Rey aún pretendiera ser el dueño de todo el territorio que sus antepasados y él mismo habían dominado anteriormente, pues esta pretensión implicaba que todas las islas estarían de nuevo sometidas a su poder; y lo mismo pasaría con Tesalia y los locros y con todas las tierras hasta el territorio de los beocios[264], y en lugar de la libertad los lacedemonios ofrecerían a los
4 griegos la sumisión al imperio de los medos. Exigía, pues, que se llegara a otro acuerdo mejor que el anterior[265], afirmando que en todo caso no se valdrían de aquél, y que en absoluto le pedían que atendiera al sostenimiento del ejército en aquellas condiciones. Tisafernes se indignó y se retiró de la reunión lleno de ira y sin llegar a ningún acuerdo.

---

262 Esparta y Tisafernes. Cf. H. D. Westlake, «Diplomacy in Thucydides», *Bulletin of the John Rylands Library* 53 (1970), 227-246, esp. 239-240.

263 Cf. *supra*, 17, 4-18; 37. Las cláusulas conflictivas (18, 1; 37, 2) serían subsanadas en el tercer tratado (cf. *infra*, 58, 2).

264 Los tesalios, beocios y locros habían ofrecido el agua y la tierra a los persas durante la expedición de Jerjes y con este gesto habían reconocido su soberanía. Cf. Heródoto, *Historia* VII 32, n. 197 (trad. y notas de C. Schrader, Madrid, B.C.G., núm. 82, 1985).

265 Se refiere aquí al de Terímenes.

Rodas se pasa a los peloponesios, que durante ochenta días interrumpen su actividad bélica frente a la flota ateniense de Samos

44 Por su parte, ellos tenían el propósito de hacer rumbo a Rodas en respuesta a la invitación efectuada por los ciudadanos más poderosos; abrigaban la esperanza de que se pasara a su lado una isla de no escaso poder por el número de marineros y por sus fuerzas de tierra, y al mismo tiempo pensaban que, contando con los recursos de aquella alianza, estarían en condiciones de mantener ellos solos su flota, sin pedir dinero a Tisafernes. Zarparon, 2
pues, en seguida de Cnido, en el mismo invierno, y arribaron con noventa y cuatro naves a Rodas; en primer lugar a Camiro [266], donde aterrorizaron a la mayor parte de sus habitantes, que no estaban al corriente de lo que se estaba tramando y se dieron a la fuga, tanto más cuanto que la ciudad no estaba amurallada. Pero luego los lacedemonios los convocaron a una asamblea, junto con los habitantes de las otras dos ciudades, Lindo y Yaliso [267], y persuadieron a los rodios a separarse de los atenienses; y así pasó Rodas al lado de los peloponesios [268]. En estas circuns- 3
tancias, los atenienses, que habían sido informados de lo que estaba ocurriendo, zarparon con sus naves de Samos con la intención de anticiparse al enemigo y aparecieron en alta mar, pero, al haber llegado con un cierto retraso, se retiraron de inmediato rumbo a Calce, desde donde re-

---

[266] Situada en la costa occidental, la ciudad rodia más cercana a Cnido.

[267] Lindo está en el centro de la costa oriental y Yaliso en la occidental, a escasa distancia del extremo norte de la isla.

[268] Poco después (408-407 a. C.) las ciudades rodias experimentaron un proceso de sinecismo por el que se construyó una nueva ciudad unificándose las antiguas en el estado de Rodas (cf. DIODORO, XIII 75, 1; CONÓN, F. JACOBY, *F. Gr. Hist.* 26 F 1 [XLVII]; ESTRABÓN, XIV 2, 9-12).

gresaron a Samos; y luego hicieron la guerra contra Rodas lanzando sus ataques navales desde Calce y Cos [y desde
4 Samos][269]. Los peloponesios, por su parte, recaudaron una contribución en dinero de los rodios hasta un total de treinta y dos talentos[270], pero por lo demás, tras sacar sus naves a tierra, no emprendieron ninguna acción durante ochenta días.

Alcibíades, consejero de Tisafernes. Se inicia en Samos el movimiento oligárquico ateniense

Alcibíades comienza a intrigar junto a Tisafernes. La soldada de los peloponesios

45 Durante este tiempo e incluso en el que precedió[271], antes de que partieran hacia Rodas, he aquí lo que se fue tramando. Como Alcibíades, después de la muerte de Calcideo y de la batalla de Mileto, resultaba sospechoso a los peloponesios, hasta el punto de que le habían hecho llegar a As-

---

[269] Suprimido con razón por Classen. Samos estaba demasiado lejos para ser utilizada como base de ataques contra Rodas.

[270] El tributo que Rodas pagaba a Atenas, sumando el de las tres ciudades y el de las comunidades menores, estaba entre 35 y 40 talentos; no salió, pues, muy beneficiada.

[271] La composición de este pasaje y de otros de este libro VIII, complejo y probablemente falto de revisión, ha sido objeto de interesantes comentarios (cf., por ejemplo, E. Delebecque, *Thucydide et Alcibiade,* Aix-en-Provence, 1965, y *Thucydide, livre VIII,* Aix-en-Provence, 1967; Thucydide, *La Guerre du Péloponnèse, Livre VIII,* por R. Weil y J. de Romilly, París, 1972, págs. XII ss.; A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *ob. cit.,* vol V, págs. 93 ss.). Según la teoría de E. Delebecque, *Thucydide et Alcibiade,* cit., en el libro VIII habría un *relato antiguo* (VIII 1-44; 57-63, 2 y 78-80), un *relato nuevo* insertado después

tíoco una carta de Esparta con la orden de matarlo (pues, además de ser enemigo de Agis [272], les parecía indigno de confianza por otros motivos), lleno de miedo se retiró primero junto a Tisafernes, y luego comenzó a minar cuanto

(VIII 45-56; 63, 3-77; 81-82 e interpolaciones aquí y allá) y un *relato unificado* (VIII 83-109); y la información del relato nuevo procedería de Alcibíades, información que en ocasiones (como en este pasaje VIII 45 ss.) el historiador habría insertado en un lugar cronológicamente inadecuado. En este pasaje Tucídides se aparta un tanto de sus estrictos hábitos de una precisa sincronización y comienza aquí una vuelta atrás en el tiempo; se refiere a un período que comprende los ochenta días de inactividad peloponesia, pero que retrocede a un tiempo anterior a la partida de la flota peloponesia hacia Rodas (44, 1-2), aunque no se precisa del todo el punto hasta donde llega esta vuelta atrás. Los acontecimientos se contemplan en relación a la figura de Alcibíades y a su intervención en ellos, y el punto de partida de la digresión se relaciona con el tiempo en que Alcibíades comenzó a resultar sospechoso a los espartanos, tiempo que se sitúa «después de la muerte de Calcideo y de la batalla de Mileto», dos acontecimientos que tuvieron lugar durante el verano (cf. *supra,* 24, 1) y a fines del verano (25, 1) del 412. Por ello se ha pensado que el historiador, en contra de su método cronológico (cf. *supra,* II 1), se ha salido de los límites estacionales que nunca sobrepasa, incorporando en la narración del invierno del 412-411 hechos ocurridos en el verano del 412. Pero no es necesario llegar a esta conclusión insegura; el punto de partida no parece ser un momento de márgenes muy precisos; no coincide con la batalla de Mileto, sino que es posterior a la misma y puede muy bien situarse a comienzos del invierno. Frente a la tesis generalizada de un libro VIII menos acabado (cf. el punto de vista de Andrewes en el citado *Historical Commentary on Thucydides),* también se ha defendido la tesis de que es una obra maestra como el resto de la Historia: cf. H. Erbse, *Thukydides-Interpretationen* («Untersuchungen zur antiken Literatur und Geschichte», 33), Berlín, 1989. Sobre la composición y la organización o estructura de este libro, cf. asimismo C. J. Dewald, *Taxis: The Organization of Thucydides' History, Books II-VIII,* tesis, Univ. California, Berkeley, 1975; G. N. Daugherty, *Studies in the Structure of Thucydides' Narrative,* tesis, Vanderbilt Univ., Nashville, Tennessee, 1977.

[272] Cf. *supra,* 12, 2.

pudo las relaciones que con él mantenían los peloponesios.
2 Se convirtió en su consejero en todos los asuntos e hizo que redujera la paga, de una dracma ática a tres óbolos, y éstos pagados además sin regularidad [273]; para ello exhortaba a Tisafernes a decir a los peloponesios que los atenienses, cuya experiencia naval era más antigua, daban tres óbolos a sus propias tripulaciones [274], no tanto por falta de medios como para evitar que sus marineros cayeran en el desenfreno provocado por la abundancia, debilitando unos sus cuerpos con gastos que arruinan la salud y abandonando otros sus naves al no dejar detrás de sí la garan-
3 tía que supone un sueldo adeudado. También le aleccionó para que mediante soborno persuadiera a los trierarcos y a los generales de las ciudades, y el resultado fue que todos estuvieron de acuerdo con él en aquel punto con la excepción de los siracusanos; Hermócrates, que era su general, fue el único en oponerse en nombre de todas las
4 fuerzas aliadas [275]. Y fue Alcibíades en persona quien se encargó de rechazar las peticiones de dinero de las ciudades, replicando en nombre de Tisafernes que los quiotas no tenían vergüenza porque, aunque eran los más ricos de todos los griegos y estaban a salvo gracias a sus tropas mercenarias [276], pretendían, a pesar de todo, que fueran otros quienes arriesgaran sus vidas y su dinero para asegu-
5 rarles la libertad. En cuanto a las otras ciudades, afirmaba

---

[273] Cf. *supra,* 29, 1-2; 36, 1.

[274] Si la afirmación de Alcibíades responde a la verdad, los atenienses habrían reducido la soldada, puesto que en los dos primeros decenios de guerra la paga solía ser de una dracma al día. Cf. *supra,* III 17, 3, n. 112.

[275] Cf. *supra,* 29, 2.

[276] Respecto a la riqueza de Quíos, cf. *supra,* 24, 3-4; 40, 1-2; en cuanto a las tropas mercenarias, cf. *supra,* 28, 4-5; 38, 3.

que, al pagar tributo a Atenas antes de sublevarse, cometerían injusticia si ahora se negaban a aportar la misma cantidad, e incluso una mayor, por su propia salvación. Hacía ver, además, que de momento, al sostener la guerra 6 con sus recursos personales, era natural que Tisafernes practicara el ahorro; pero que si algún día llegaban a la costa medios de sostenimiento enviados por el Rey, les pagaría la soldada completa y concedería a las ciudades una ayuda razonable.

Alcibíades aconseja a Tisafernes respecto al futuro de la guerra y a su política con los griegos

46 También exhortaba a Tisafernes a no tener demasiada prisa en poner fin a la guerra y a no querer conceder la supremacía de la tierra y del mar a la misma potencia, poniendo a su disposición la flota fenicia que estaba equipando o procurando la soldada a un mayor número de griegos; debía permitir, por el contrario, que las dos partes ejercieran el dominio separadamente en su propio campo, con lo que al Rey siempre le quedaría el recurso de mover al otro bando contra el que eventualmente le causara problemas. En el caso 2 contrario de que el dominio de la tierra y el del mar llegaran a unirse en un solo bloque, no encontraría con quién aliarse para abatir a los que habrían logrado constituir aquella superpotencia, si no estaba dispuesto a levantarse un día por su cuenta, con enormes gastos y riesgos, para afrontar una lucha decisiva. Resultaba más económica aquella política que le aconsejaba: dejar que los griegos se agotaran luchando entre sí [277], mientras que él se limitaba a con-

[277] Era sabido que la fuerza residía en la unión (cf. *supra,* VI 18, 6); de aquí el consejo de mantener la división y el equilibrio del poder entre los enemigos: cf. B. Hemmerdinger, «Notes militaires sur Thucydide», *Maia* 35 (1983), 95-104, esp. 103-104. Se trataba de no potenciar

tribuir con una pequeña parte del gasto, y ello sin poner
3 en peligro su propia seguridad. Afirmaba asimismo que los atenienses eran los socios más idóneos para el imperio del Rey, dado que sus aspiraciones a un dominio terrestre eran menores, y por ello tenían la forma de concebir y de llevar a cabo la guerra más acorde con los intereses del Rey. Porque, unidos a los persas, los atenienses someterían a su propio dominio la zona marítima, y al dominio del Rey a todos los griegos que habitaban en el territorio del Rey, mientras que los otros venían a título de libertadores, y no era probable que los lacedemonios, que en aquel momento liberaban a los griegos de los atenienses, es decir, de otros griegos [278], dejaran luego de liberarlos de los bárbaros, a no ser que en algún momento se pudiera elimi-
4 narlos. Le aconsejaba, pues, desgastar primero a ambos bandos, y luego, tras cercenar al máximo la potencia de los atenienses, alejar entonces a los peloponesios de su
5 territorio. Y en líneas generales Tisafernes estaba de acuerdo con esta política, al menos por lo que se podía deducir de su actuación. Poniendo por ello su confianza en Alcibíades, por entender que era un buen consejero en aquellas

---

a ninguna de las dos partes. En el capítulo III de *El Príncipe,* Maquiavelo se refiere a que el soberano deberá atender únicamente a que los débiles, sus nuevos amigos, no tomen mucha fuerza, al paso que con sus tropas y recursos y con el esfuerzo de los débiles procurará debilitar y abatir a los fuertes y poderosos, y concluye con la afirmación de que «el príncipe que procura el engrandecimiento de otro labra su propia ruina».

[278] Cf. *supra,* II 64, 3, respecto a la potencia ateniense. Sobre la fama de los lacedemonios como «libertadores de Grecia», cf. *supra,* I 69, 1, n. 390; 122, 3, n. 770; 124, 3, etc. El argumento de la «liberación», utilizado asimismo por los corintios para incitar a sus aliados, era un «slogan» de la propaganda espartana; y los atenienses, como justificación de su imperio, utilizaban igualmente el de la liberación frente a los persas.

cuestiones, contribuía mal al sostenimiento de los peloponesios y no les permitía entablar una batalla naval; por el contrario, alegando que la flota fenicia estaba a punto de llegar y que su llegada les haría combatir con ventaja, debilitó su situación y les privó del mejor momento de su flota [279], una flota que se había hecho muy fuerte [280]; y en todos los aspectos, y de un modo demasiado claro para que pasara inadvertido, colaboró en la guerra sin mucho entusiasmo.

Alcibíades se pone en contacto con Samos, donde se gesta el movimiento oligárquico ateniense

Alcibíades daba estos consejos a Tisa- 47
fernes y al Rey no sólo porque, al estar en su país, consideraba que era el mejor servicio que podía prestarles [281], sino también porque se cuidaba de preparar su vuelta a la patria, sabedor de que, si no la destruía, tendría algún día la posibilidad de convencerla de su regreso del exilio; y pensaba que la mejor forma de convencer a sus conciudadanos sería mostrar que Tisafernes era amigo suyo; y esto fue real-
mente lo que ocurrió. En efecto, en cuanto los soldados 2
atenienses de Samos se dieron cuenta de su ascendiente sobre Tisafernes, entonces, en parte porque Alcibíades se había puesto en contacto con los más influyentes de ellos para que recordaran su caso ante los mejores ciudadanos haciéndoles saber que bajo un régimen oligárquico, y no

---

279 Del momento o período de máxima eficiencia *(akmé)*. Respecto a la expresión, cf. *supra*, VII 14, 1.

280 Cf. *supra*, 36, 1; *infra*, 52; 56, 2; 57, 1; 78.

281 La mejor orientación para su política o las mejores recomendaciones que podía darles. Éste es uno de los pasajes aducidos en apoyo de la tesis de que Alcibíades era una importante fuente para el libro VIII de Tucídides. Cf. P. A. Brunt, «Thucydides and Alcibiades», *Revue des Études Grecques* 65 (1952), 59-96.

bajo uno de truhanes ni bajo aquella democracia que lo había desterrado, tenía intención de regresar para vivir entre sus conciudadanos y procurarles la amistad de Tisafernes, y obedeciendo sobre todo a sus propios sentimientos, los trierarcos y los más poderosos atenienses de Samos concibieron el proyecto de derrocar la democracia.

Se organiza el movimiento oligárquico en contacto con Alcibíades. Oposición de Frínico

48 Este movimiento se desarrolló primero en el cuerpo expedicionario y de allí llegó a la ciudad [282]. Algunos pasaron de Samos al continente para mantener conversaciones con Alcibíades [283] y, como éste les prometió que les procuraría primero la amistad de Tisafernes, y luego la del Rey, con la condición de que renunciaran a la democracia (pues así el Rey tendría más confianza en ellos), los ciudadanos poderosos comenzaron a concebir grandes esperanzas, tanto con la vista puesta en sus intereses, por cuanto

[282] Se refiere naturalmente a Atenas. En este libro VIII, que ha sido objeto de debate en torno a su estructuración y respecto a su valoración (cf. *supra*, 45, 1, n. 271), Tucídides ha efectuado una certera descripción de un golpe de estado, analizando sus raíces y orígenes, su organización, su ejecución y su curso, de modo que podría titularse *«Análisis de una revolución»*, análisis que se ha considerado como un modelo de «modernidad» (cf. J. Alsina, *ob. cit.*, págs. 155-169). Tras la «desmesura» de la expedición a Sicilia y su desastroso final, Atenas cae en una desmoralización de la que arrancan los acontecimientos del 411, hechos que siguen un curso con muchos aspectos de los que encontramos paralelos en la historia moderna. Por ello, con relación a la *Historia* tucidídea, desde sus primeras páginas hasta su último libro resulta igualmente válida la recomendación de uno de sus máximos comentaristas en el sentido de que nadie debería ocuparse de política contemporánea sin haber estudiado a Tucídides (cf. A. W. Gomme, *The Greek Attitude to Poetry and History, Sather Class. Lectures*, XXVII, Univ. California Press, Berkeley, 1954, pág. 156).

[283] Cf. *infra*, 50, donde vemos que estaba en Magnesia.

contaban con que ellos, precisamente quienes soportaban las mayores cargas [284], harían pasar a sus manos la dirección de los asuntos públicos, como porque creían que iban a vencer al enemigo [285]. Y cuando volvieron a Samos, 2
se pusieron a asociar en la conjuración a sus allegados y a decir abiertamente al pueblo que el Rey sería su amigo y les daría dinero si Alcibíades regresaba del exilio y era abolida la democracia. La masa, por su parte, aunque en 3
un primer momento se mostró disgustada por lo que se estaba tramando, se quedó tranquila ante la favorable perspectiva de la soldada pagada por el Rey; y los que promovían la oligarquía, una vez que hubieron informado a la tropa, de nuevo se pusieron a examinar entre ellos y con la mayor parte de su grupo las propuestas de Alcibíades. Todos las encontraron interesantes y merecedoras de crédi- 4
to, pero no fueron en absoluto del agrado de Frínico, que era todavía estratego [286]; en su opinión —y estaba en lo cierto [287]— Alcibíades no estaba más interesado en la oligarquía que en la democracia y no tenía en la mente otra cosa que ver de qué manera subvertiría el orden establecido en la ciudad a fin de poder volver, llamado por sus

---

[284] Entendido como queja de los mismos ciudadanos poderosos. Cf. *supra*, II 65, 2. En este caso las dificultades financieras derivadas de la expedición a Sicilia y de la ocupación de Decelia debían de constituir un grave problema. Otros interpretan la frase, con su presente *talaipōroûntai*, como un comentario general que el historiador intercalaría: «por cuanto contaban con que ellos —precisamente quienes soportan las mayores cargas—...».

[285] En esta época los oligarcas atenienses aún esperan poder conciliar sus intereses de clase con los intereses generales de la ciudad y no piensan en abandonar el imperio ni en tratar con Esparta. Cf. *infra*, 70, 2.

[286] Cf. *supra*, 25, 1; 27, 1; *infra*, 51, 1; poco después sería depuesto por la Asamblea de Atenas (cf. *infra*, 54, 3).

[287] El historiador se pone de parte de Frínico. Cf. *supra*, 27, 5.

correligionarios, mientras que ellos debían preocuparse ante todo de aquello: de que no se atizara la sedición. Pensaba asimismo que no resultaba interesante para el Rey —en un momento en que los peloponesios habían igualado a los atenienses en el mar y tenían en su poder ciudades que no eran las menos importantes de su imperio [288]— meterse en problemas poniéndose del lado de los atenienses, en los que no tenía confianza, cuando le era posible conseguir la amistad de los peloponesios, de quienes no había recibi-
5 do hasta entonces ningún daño. En fin, en cuanto a las ciudades aliadas, a las que ciertamente habían prometido [289] la oligarquía, dado que tampoco ellos iban a estar en una democracia, sabía muy bien —dijo— que por aquella razón no estarían más inclinadas a pasarse a ellos las que habían hecho defección ni serían más leales las que les quedaban, pues estas ciudades no querían ser esclavas ni en un régimen oligárquico ni en uno democrático, sino que preferían ser libres sin importarles cuál de los dos regíme-
6 nes podía tocarles en suerte [290]; y respecto a la llamada

---

[288] Piénsese en Eritras, Mileto y Cnido.

[289] Los oligarcas prometían la oligarquía a las ciudades aliadas. No se ha hablado de esta promesa, pero puede referirse a algo que el historiador no hubiera anotado. Era bien conocida, por otra parte, la política de los oligarcas. Otros, sin embargo, siguiendo a Böhme, entienden «a las que sin duda prometerían» (leyendo *hyposchésesthai* en lugar de *hypeschêsthai*).

[290] Según estas palabras de Frínico, la independencia y la libertad de la propia *pólis* debían ser la máxima aspiración para un ciudadano, y a ella tenían que subordinarse los intereses personales o de partido. Pero esto no fue siempre así en las ciudades griegas, como es bien visible en la obra tucidídea; baste recordar casos como el de la guerra civil de Corcira (cf. *supra,* IV 46, 1-48, 5), el de los leontinos, cuyos intereses de clase fueron antepuestos a los de la ciudad (cf. *supra,* V 4, 2-3), o el del *dêmos* de Samos, que para garantizar su sublevación antioligárqui-

gente distinguida [291], las ciudades aliadas no creían que les fuera a causar menos problemas que el pueblo, puesto que era la responsable y la instigadora de las malas decisiones tomadas por el pueblo, de las que ella misma era la principal beneficiaria [292]; con el gobierno en sus manos, todo serían muertes violentas y sin juicio, mientras que un régimen democrático constituía un refugio para los aliados y un freno para aquella gente. Las ciudades tenían clara 7
conciencia de ello por propia experiencia, y Frínico dijo que sabía perfectamente que pensaban de esta manera. Tal era, pues, la razón por la que no eran en absoluto de su agrado las propuestas de Alcibíades y las maquinaciones que entonces se estaban fraguando [293].

---

ca prefirió someterse a Atenas (cf. *supra,* 21). Por ello se ha dicho que el pensamiento de Frínico era menos realista que el expresado por Brásidas en IV 86, 3-5, donde se afirmaba que la situación o la libertad de una ciudad en la que un partido esclavizaba o anulaba a sus oponentes era más dura que el dominio extranjero. Sobre estos pasajes, cf. C. H. Grayson, «Two passages in Thucydides», *Classical Quarterly* 66 (1972), 62-73.

291 En este caso traducimos así la expresión *kaloì kagathoí,* literalmente «hombres nobles y valerosos» (cf. *supra,* IV 40, 2, n. 206), la «beautiful people» o «gente guapa». Tiene aquí un claro sentido social y se refiere a los notables, a la aristocracia. Cf. G. E. M. de Ste. Croix, *The Origins of the Peloponnesian War,* Londres, 1972, págs. 371-376; K. J. Dover, *Greek Popular Morality in the time of Plato and Aristotle,* Berkeley, 1974, págs. 41-45; J. Ober, *Mass and Elite in Democratic Athens,* Princeton, 1989, pág. 13 y *passim.*

292 La clase pudiente dirigía la política imperialista de Atenas y se beneficiaba de ella de diversas maneras, pero no es menos cierto que el *dêmos,* con sus exigencias económicas, era también importante beneficiario del imperialismo. Cf. G. E. M. de Ste. Croix, *La lucha de clases en el Mundo Griego Antiguo,* 1981, trad. esp. de T. de Lozoya, Barcelona, Crítica, 1988, págs. 341 ss.

293 Tucídides nos ha transmitido en estilo indirecto este controvertido discurso de Frínico, de gran interés para el análisis político. Si Tucídides

Los oligarcas deciden enviar a Pisandro a Atenas

49 Pero los conjurados que se habían reunido, de acuerdo con la opinión expresada al principio, aceptaron lo que se les presentaba [294] y se dispusieron a enviar a Atenas como embajadores a Pisandro [295] y a otros, para que trataran del regreso de Alcibíades y del derrocamiento de la democracia en Atenas y para hacer a Tisafernes amigo de los atenienses.

Frínico delata a Alcibíades y es delatado por Astíoco

50 Comprendiendo Frínico que se presentaría una proposición sobre el regreso de Alcibíades y que los atenienses la aprobarían, lleno de temor a causa de la oposición que había manifestado en sus palabras, no fuera que aquél, si volvía del exilio, pudiera causarle algún daño por haber puesto obstáculos a su re-
2 greso, recurrió a la siguiente estratagema. Envió a Astíoco, el navarco de los lacedemonios, que a la sazón aún se encontraba en la región de Mileto [296], un mensaje secreto en el que le hacía saber que Alcibíades comprometía los intereses de los lacedemonios procurando a los atenienses la amistad de Tisafernes, y por escrito le daba cuenta de

hubiera revisado este libro VIII, dando una mayor extensión y alcance a lo que aquí es un esbozo, es probable que hubiéramos tenido otra pieza magnífica.

[294] Es decir, las propuestas de Alcibíades (cf. *supra*, 48, 3 y 7). «De acuerdo con la opinión expresada al principio»: cf. *supra*, 48, 4.

[295] Es ésta la primera mención de un personaje que desempeñó un papel importante en los acontecimientos que llevaron al golpe de estado oligárquico. No conocemos sus orígenes ni su posición social. Su actividad debió de ser importante, ya que fue blanco de los poetas cómicos: cf. Aristófanes, *Lisístrata* 489-492, obra escrita en el 412, en un momento muy difícil para Atenas (cf. *supra*, 2, 1-2): cf. H. D. Westlake, «The Lysistrata and the War», *Phoenix* 34 (1980), 38-54.

[296] Cf. *supra*, 36, 1; 38-41.

todos los demás detalles de la conjuración, añadiendo que, al tratarse de un adversario, él debía ser disculpado por intentar causarle daño aun a costa de su propia ciudad [297]. A Astíoco ni siquiera le pasó por la cabeza tomar re- 3
presalias contra Alcibíades, que por otra parte ya no se encontraba como antes al alcance de su mano, pero desde la costa se dirigió a Magnesia [298] para encontrarse con él y también con Tisafernes, y no sólo les reveló el mensaje que le había sido enviado desde Samos, convirtiéndose a su vez en delator, sino que, pensando, según se dijo [299], en su propio lucro, se puso del lado de Tisafernes para actuar de común acuerdo en este y en otros asuntos; y fue precisamente por esto por lo que se ocupó con poca firmeza del problema de la reducción de la soldada [300]. Alcibíades, 4
por su parte, envió inmediatamente una carta contra Frínico a los que estaban al frente del ejército de Samos, comunicándoles lo que había hecho y pidiéndoles que lo condenaran a muerte. Entonces Frínico, terriblemente azo- 5

[297] Estas justificaciones de Frínico recuerdan las de Alcibíades ante los lacedemonios: cf. *supra*, VI 92, 2-4. Cf. asimismo *supra*, II 65, 10-12, respecto al juicio de Tucídides sobre las desavenencias personales a las que se subordinó el interés y el buen gobierno de la ciudad.

[298] La que está a orillas del Meandro (cf. *supra*, I 138, 5), a pocos kilómetros de su desembocadura y a la altura de Samos.

[299] Respecto a la expresión, cf., por ejemplo, II 18, 5; 20, 1; 48, 1; 77, 6; 93, 4; 102, 5; III 79, 3; V 74, 3; VII 86, 4. Son casos en los que el historiador parece no tener una certeza suficiente. Respecto a la presunta corrupción de Astíoco, cf. *infra*, 83, 3, donde se utiliza el mismo término *kérdos*, «lucro» (véase A. Cozzo, *Kerdos. Semantica, ideologie e società nella Grecia Antica*, Roma, 1988, págs. 64-65). Sobre los tópicos referidos al lucro privado y al infortunio público, cf. J. de Romilly, «*Phoenician Women of Euripides:* Topicality in Greek Tragedy», *Bucknell Review* 15 (1967), 108-132.

[300] Cf. *supra*, 29, 2; 45, 2-3; *infra*, 83, 3.

rado y en gravísimo peligro a causa de la denuncia, envió de nuevo un mensaje a Astíoco, en el que, tras reprocharle que no hubiera guardado el secreto de su primer mensaje como hubiera debido, le manifestaba que entonces estaba dispuesto a ofrecer a los peloponesios la posibilidad de destruir todo el ejército ateniense de Samos; le describía punto por punto de qué modo podría llevar a cabo la empresa, contando con que Samos no estaba amurallada [301], y añadía que, al poner su vida en peligro a causa de aquella gente [302], no se le podía censurar que hiciera esto o cualquier otra cosa antes que perecer a manos de sus peores enemigos. Y Astíoco también denunció esto a Alcibiades.

Maniobra de Frínico para anticiparse a Alcibíades. Fortificación de Samos

51 Pero como Frínico presintió que aquél no le sería leal [303] y que de un momento a otro llegaría una carta de Alcibíades respecto al asunto, él mismo se anticipó como descubridor del secreto comunicando al ejército que el enemigo iba a atacar el campamento en vista de que Samos no estaba amurallada y de la coincidencia de que no se encontraban fondeadas todas las naves en el puerto; y dijo que sus informaciones al respecto eran ciertas y que era preciso fortificar Samos cuanto antes y mantenerse en estado de alerta general. Era estratego [304] y tenía autoridad para tomar esas
2 medidas. Se emprendieron, pues, las obras de fortificación

[301] Cf. *supra,* 14, 3, n. 86.

[302] Referido a los atenienses adversarios de Frínico, a los que a continuación llama «sus peores enemigos». Otros entienden este *di' ekeínous,* «a causa de aquéllos», referido a los espartanos, o a Astíoco y Alcibíades. Sobre Frínico y sus diferencias con Alcibíades, cf. S. Forde, *The Ambition to Rule...,* págs. 130-139: «Alcibiades and Phrynichus».

[303] O «fue informado a tiempo de que aquél (Astíoco) no le era leal».

[304] Cf. *supra,* 48, 4, n. 286.

y, gracias a la circunstancia referida [305], Samos, cuya fortificación de todas formas estaba prevista, fue amurallada más rápidamente. No mucho después llegó la carta de Alcibíades en la que se decía que el ejército había sido traicionado por Frínico y que el enemigo iba a atacar. Pero como 3
se pensó que Alcibíades no era digno de crédito, sino que, informado con anticipación de los planes del enemigo, trataba de acusar a Frínico de complicidad en el proyecto debido al odio que sentía contra él, no le causó ningún daño, sino que, al dar la misma información que él había dado, confirmó aún más las palabras de Frínico [306].

Alcibíades trabaja a Tisafernes, que desconfía de Esparta

Después de esto, Alcibíades predisponía 52
a Tisafernes y trataba de convencerlo de que se hiciera amigo de los atenienses y, aunque éste temía a los peloponesios, debido a que se encontraban allí con una flota más numerosa que la de los atenienses [307], deseaba, sin embargo, si ello era posible, dejarse convencer [308], sobre todo después de haber constatado el desacuerdo con el tratado de Terímenes manifestado en Cnido por los peloponesios [309] (y eso ya había ocurrido en la época en que

[305] La información de Frínico.

[306] Los oligarcas, sin embargo, no rompen del todo con Alcibíades hasta 56, 5.

[307] Cf. *infra,* 56, 2; 57, 1, donde se insiste en lo mismo. La superioridad numérica de la flota peloponesia era cierta después de la llegada de la flota de Antístenes (cf. *supra,* 39) y contando con las naves quiotas.

[308] Con la lectura *peisthênai,* generalmente admitida, frente al difícil *pisteuthênai* («ser considerado digno de confianza» por los atenienses) de un par de manuscritos. Éste es el único pasaje de este libro en el que se manifiesta un claro deseo de Tisafernes de colaborar con los atenienses. Querría recurrir a la política de equilibrio aconsejada por Alcibíades: cf. *supra,* 46, 4; *infra,* 56, 2.

[309] Es un pasaje discutido con algunas dificultades, acentuadas probablemente por una falta de revisión, que no permiten una interpretación

2 ellos se encontraban en Rodas)[310]. En esa ocasión, la afirmación que anteriormente había hecho Alcibíades[311] referente a que los lacedemonios liberarían todas las ciudades la confirmó Licas al declarar que era intolerable un pacto en el que se acordaba que el Rey era dueño de las ciudades que en un momento u otro habían pertenecido a su imperio o al de sus antepasados[312]. Así, pues, Alcibíades, dado que el envite era grande, insistía con todo empeño en cortejar a Tisafernes.

La misión de Pisandro. Fracaso de la conferencia de los atenienses con Tisafernes. Tercer tratado entre Esparta y Persia

Pisandro presenta en Atenas las propuestas de los oligarcas

53 Entre tanto, los embajadores atenienses de Samos enviados con Pisandro llegaron a Atenas y hablaron ante el pueblo; resumiendo sus diversas consideraciones en pocas palabras, les dijeron esencialmente que, si hacían regresar a Alcibíades del exilio y adop-

totalmente segura. El desacuerdo se refiere a la disconformidad de los peloponesios con el tratado de Terímenes manifestado ante Tisafernes en Cnido o a las diferencias entre el persa y los peloponesios; otros, sin embargo, lo entienden referido a unas disensiones entre los espartanos de las que no ha hablado Tucídides. El sujeto parece ser Tisafernes, pese a una cierta dificultad para hacerlo sujeto del *éistheto;* pero otros consideran sujeto a Alcibíades, dificultando la interpretación de un texto que suele considerarse mal acabado.

[310] La llegada de los peloponesios a Rodas como referencia temporal, igual que en 45, 1.

[311] Cf. *supra,* 46, 3.

[312] Cf. *supra,* 43, 3-4.

taban otra forma de democracia [313], se les presentaba la oportunidad de tener al Rey por aliado y superar a los peloponesios. Pero como se manifestaba una gran oposi- 2
ción a que se reformara la democracia, y al mismo tiempo los adversarios de Alcibíades decían a voz en grito que sería terrible que volviera del exilio quien había violado las leyes, y los Eumólpidas y los Cérices [314] invocaban los misterios, que habían sido la causa de su destierro, y pedían por los dioses que no lo hicieran volver del exilio, Pisandro se adelantó a hablar para hacer frente a aquella gran oposición y enfado y, llamándolos uno por uno, se puso a preguntar a los que se oponían si tenían alguna esperanza de salvar a la ciudad cuando los peloponesios tenían en el mar, prestas al combate, un número de naves no inferior al suyo y contaban con más ciudades aliadas, y cuando el Rey y Tisafernes les procuraban dinero, cosa que

[313] En Samos se había hablado abiertamente de abolir la democracia (cf. *supra,* 48, 2), pero ahora Pisandro utiliza un eufemismo que será habitual en el siglo IV (cf. ISÓCRATES, VII 16 ss.). Sobre este pasaje (caps. 53-54) y el cuadro tucidídeo de los cambios políticos que siguieron, cf. G. E. M. DE STE. CROIX, *La lucha de clases...,* cit., pág. 704, n. 30; respecto a «esta otra forma de democracia» y al régimen de los Cinco Mil, cf. la interpretación heterodoxa de G. E. M. DE STE. CROIX, «The Constitution of the Five Thousand», *Historia* 5 (1956), 1-23, y la réplica de P. J. RHODES, «The Five Thousand in the Athenian revolutions of 411 B.C.», *Journal of Hellenic Studies* 92 (1972), 115-127.

[314] Respecto a los adversarios de Alcibíades y al destierro de éste por el asunto de los misterios, cf. *supra,* VI 29, 3; 61; 65, 2. Los Eumólpidas y los Cérices (cuyo nombre *kḗrykes* significa «heraldos»: cf. *supra,* I 29, 1, n. 210) eran dos familias tradicionalmente ligadas a los misterios de Eleusis. Sobre los Eumólpidas, cf. *supra,* II 15, 1, n. 120. En cuanto al pasaje que sigue, nótese la solicitud individual de apoyo o de voto por parte de Pisandro; cf. *infra,* 93, 2 y P. J. RHODES, «Political Activity in Classical Athens», *Journal of Hellenic Studies* 106 (1986), 132-144, esp. 137.

ellos ya no tenían, de no ser que alguien lograra persuadir
3 al Rey a pasarse al lado de Atenas. Y cuando contestaban a su pregunta que no veían otra solución, entonces les decía con toda claridad: «Pues bien, eso no es posible conseguirlo si no nos gobernamos con más moderación y no confiamos el poder a unos pocos ciudadanos con el fin de que el Rey se fíe de nosotros, y si en las presentes circunstancias no deliberamos menos sobre el régimen (pues más adelante también nos será posible modificar nuestra constitución en caso de que algún punto no sea de nuestro agrado) que sobre nuestra salvación, y, en fin, si no hacemos volver del exilio a Alcibíades, que hoy por hoy es el único hombre capaz de alcanzar este objetivo».

Atenas, convencida por Pisandro, lo envía a negociar y cesa a Frínico

54 El pueblo, al escuchar sus palabras, aguantó mal al principio lo de la oligarquía, pero al explicarles Pisandro con toda claridad que no había otro medio de salvación, lleno de miedo y al mismo tiempo abrigando la esperanza de una
2 reforma ulterior, cedió. Y se decretó que zarpara una delegación formada por Pisandro y otros diez ciudadanos [315] para negociar con Tisafernes y Alcibíades de la forma que
3 les pareciera mejor. Al mismo tiempo, como Pisandro había acusado a Frínico, el pueblo lo relevó de su cargo junto con su colega Escirónides, y envió en su lugar como estrategos al mando de la flota a Diomedonte y a León [316]. Pisandro había acusado a Frínico, alegando que había traicionado a Yaso y a Amorges [317], porque veía que era con-

[315] Seguramente uno por tribu, de acuerdo con la costumbre.

[316] Respecto a Escirónides, cf. *supra,* 25, 1. En cuanto a Diomedonte y León, cf. *supra,* 19-20 y 23-24.

[317] Cf. *supra,* 28, 2-3. No fue una traición en sentido estricto, pero se podía imputar a Frínico la pérdida de Yaso y la captura de Amorges

trario a las negociaciones con Alcibíades. Por otra parte, 4 Pisandro se puso en contacto con todas las asociaciones secretas [318], que ya antes existían en la ciudad para ejercer su influencia en los procesos y en las elecciones de los cargos, y les exhortó a unirse y a concertar sus esfuerzos con vistas a derrocar la democracia; y tomó las demás medidas que exigían las circunstancias, a fin de que no hubiera dilaciones, y, finalmente, emprendió la travesía con sus diez acompañantes para encontrarse con Tisafernes.

Victorias atenienses en Rodas y Quíos. Muerte de Pedárito

En el mismo invierno, León y Diome- 55
donte, una vez que se hubieron reunido con la flota ateniense, emprendieron una expedición contra Rodas. Se encontraron con que las naves peloponesias estaban varadas [319] y, efectuando un desembarco, vencieron en una batalla a los rodios que acudieron a su encuentro; luego se retiraron a Calce, que a partir de entonces fue más utilizada que Cos como base de operaciones, pues desde allí les resultaba más fácil la vigilancia en el caso de que la flota peloponesia se hiciera a la mar en cualquier dirección.

También fue a Rodas el laconio Jenofántidas [320], en- 2
viado desde Quíos por Pedárito para advertir que la forti-

---

por haberse negado a atacar la flota de Terímenes (cf. *supra*, 27, 1-6).

[318] *Synōmosíai*, grupos políticos secretos de orientación oligárquica (cf. *infra*, 81, 2), el último estadio de las heterías aristocráticas (cf. *supra*, III 82, 5, n. 576). Sobre otros usos de la palabra *synōmosía*, cf. *supra*, III 64, 2 y V 83, 4 (alianza jurada); VI 27, 3; 60, 1; VIII 48, 2; 69, 2 (conjuración). Respecto a estos «grupos juramentados» o «heterías», cf. P. J. Rhodes, «Political Activity in Classical Athens», *Journal of Hellenic Studies* 106 (1986), 132-144, y la bibliografía allí citada. Cf. *infra*, 65, 2; J. Alsina, *ob. cit.*, Madrid, 1981, págs. 163 ss.

[319] Cf. *supra*, 44, 4. Como era costumbre en invierno.

[320] Personaje desconocido del que no se nos vuelve a hablar.

ficación ateniense ya estaba terminada [321] y que, si no acudían con toda la flota, Quíos estaba perdida. Entonces los
3 peloponesios decidieron acudir en su ayuda. Pero, entre tanto, el propio Pedárito, con las tropas mercenarias que tenía consigo y con todas las fuerzas de Quíos, lanzó un ataque contra el muro que protegía las naves atenienses y consiguió tomar un tramo del mismo y apoderarse de algunas naves que estaban varadas; pero acudieron contra ellos los atenienses y, poniendo primero en fuga a los quiotas, vencieron luego a las restantes fuerzas que iban con Pedárito; el propio Pedárito encontró la muerte junto con muchos soldados quiotas y fueron apresadas muchas armas.

Ruptura de las negociaciones entre los atenienses y Tisafernes

56 Después de estos hechos, los quiotas fueron sometidos a un bloqueo por tierra y por mar aún más severo que antes [322], y en la ciudad el hambre era grande. Entre tanto, la embajada ateniense conducida por Pisandro se presentó ante Tisafernes y entabló con-
2 versaciones respecto al acuerdo. Pero Alcibiades (que no estaba completamente seguro de las intenciones de Tisafernes, dado que éste seguía temiendo más a los peloponesios y todavía quería, de acuerdo con los consejos del propio Alcibíades, desgastar a ambos bandos) recurrió a una política [323] tal que, al elevar al máximo sus exigencias a los
3 atenienses, hiciera imposible el acuerdo. En mi opinión,

[321] La fortificación de Delfinio (cf. *supra,* 38, 2; 40, 3).

[322] Cf. *supra,* 40, 1-3.

[323] *Eîdos,* «táctica», «política», en sentido de «manera de conducir un asunto». Cf. *supra,* VI 77, 2, n. 192. Cf. *infra,* 90, 1, en el sentido de «política», «tendencia» o «régimen» *(politeía),* en un uso similar a *kósmos,* «orden» (VIII 48, 4; 72, 2): cf. J. BORDES, *Politeia dans la pensée grecque jusqu'à Aristote,* París, 1982, pág. 309.

Tisafernes también deseaba lo mismo [324], pero él lo hacía por miedo, mientras que Alcibíades, al ver que de todas formas Tisafernes no estaba dispuesto a llegar al acuerdo, no quería que los atenienses creyeran que él era incapaz de persuadir al persa, sino que, a pesar de que Tisafernes estaba persuadido y deseaba pactar con ellos, los propios atenienses no le hacían concesiones suficientes. En efecto, 4
hablando en presencia de Tisafernes y en su nombre, Alcibíades desorbitaba hasta tal punto las exigencias de éste que, aunque los atenienses fueron cediendo a gran parte de sus pretensiones, acabaron resultando, a pesar de todo, responsables de la ruptura. Pretendía que se le cediera toda Jonia, y luego las islas vecinas y otros territorios; y al no oponerse los atenienses a estas peticiones, finalmente, en la tercera reunión, temiendo que quedara completamente al descubierto su incapacidad, exigió para el Rey el derecho de construir naves y de navegar a lo largo de las costas de su propio territorio [325], por cualquier sitio

[324] Es decir, no llegar a un acuerdo. En cuanto a la «opinión» o el «parecer» y concretamente al uso de *dokéō* en Tucídides (en especial en el libro VIII, donde tendría que ver con el estado inacabado de este libro: cf. *infra,* 64, 5; 87, 4), cf. J. M. MARINCOLA, «Thucydides I 22, 2», *Classical Philology* 84 (1989), 216-223.

[325] Con la lectura *tèn heautoû gên,* es decir, el territorio del propio Rey, bañado por el Egeo, el mar del Imperio Ateniense, del que estaban excluidos los persas, cf. ISÓCRATES, *Discursos* IV 118, 120, n. 81 (introd., trad. y notas de J. M. GUZMÁN HERMIDA, Madrid, B.C.G., núm. 23, 1979). LICURGO, *Contra Leócrates,* 73; DEMÓSTENES, XIX 273-274, en relación con la problemática Paz de Calias (cf. R. MEIGGS, *The Athenian Empire,* Oxford, 1972, págs. 129-151; 487-495 y 598-599); el silencio de Heródoto y Tucídides pondría en entredicho la historicidad del tratado: cf. C. SCHRADER, *La Paz de Calias. Testimonios e interpretación,* Barcelona, 1976; K. MEISTER, *Die Ungeschichtlichkeit des Kalliasfriedens und deren historische Folgen,* Wiesbaden, 1982. En relación con el derecho

5 y con cuantos barcos quisiera. Entonces los atenienses consideraron que el acuerdo no estaba a su alcance y que no había solución, y pensando que Alcibíades los había engañado partieron llenos de ira y regresaron a Samos.

Tercer tratado entre Esparta y Persia

57 Inmediatamente después de esto, en el mismo invierno, Tisafernes se dirigió a Cauno con la intención de hacer volver a los peloponesios a Mileto, de concluir con ellos un nuevo tratado, en unas condiciones que pudiera aceptar, y de atender a su sostenimiento a fin de no quedar definitivamente enemistado con ellos; temía que, si les faltaban los recursos que una flota numerosa necesitaba, se vieran obligados a entablar una batalla naval con los atenienses y fueran derrotados, o que sus naves se quedaran sin tripulaciones, con lo que los atenienses conseguirían lo que querían [326] sin su ayuda; pero aún temía más que los peloponesios saquearan el continen-
2 te en busca de víveres. Así pues, con todos estos cálculos y previsiones, y de acuerdo con su propósito de mantener una situación de equilibrio entre los griegos, envió a buscar a los peloponesios, atendió a su sostenimiento y estipuló con ellos este tercer tratado [327]:

Texto del tercer tratado entre Esparta y Persia

58 «En el año decimotercero del reinado de Darío, siendo Alexípidas [328] éforo en Esparta, se concluyó un pacto en la llanura del Meandro entre los lacedemonios y sus aliados, por un lado, y Tisafernes, Hierámenes y los

de construcción de barcos, JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 25. Otros leen *tēn heautôn gên*, su territorio, el territorio de los atenienses, es decir, el Ática.

[326] Poner fin a la presencia peloponesia en el Egeo.

[327] Cf. *supra*, 18 y 37.

[328] Del mismo modo que en los tratados entre Atenas y Esparta la fecha de la ratificación se fijaba a partir de los magistrados epónimos

hijos de Farnaces [329], por otro, respecto a las relaciones entre el Rey y los lacedemonios y sus aliados.

Todo el territorio del Rey situado en Asia pertenecerá al Rey; y el Rey dispondrá como quiera en lo relativo a su territorio [330]. 2

Los lacedemonios y sus aliados no irán al territorio del Rey para causar daño alguno, ni tampoco el Rey al de los lacedemonios y sus aliados para causar daño alguno. 3

Si alguno de los lacedemonios o sus aliados va al territorio del Rey para causar daño, los lacedemonios y sus aliados lo impedirán; y si alguien procedente del territorio del Rey va contra los lacedemonios o sus aliados para causarles daño, el Rey lo impedirá. 4

Tisafernes proporcionará sustento a las naves actualmente presentes, de acuerdo con el convenio existente [331], hasta que lleguen las naves del Rey. 5

Cuando lleguen las naves del Rey, los lacedemonios y sus aliados, si así lo desean, podrán atender a los gastos de sostenimiento de sus propias naves. Pero si quieren re- 6

---

de ambas ciudades (cf. *supra,* V 19, 1), en este caso se fecha el tratado de acuerdo con los sistemas cronológicos de los dos signatarios, relacionándolo con el año del reinado de Darío en el caso de Persia y con el eforato de Alexípidas en el de Esparta. Y esta fecha crea un problema, dado que se ha calculado que el decimotercer año de Darío comenzaba el 29 de marzo del 411 (fecha que entra dentro del «verano» tucidídeo del 411-410), mientras que aquí se sitúa la ratificación de este tratado en el «invierno» del 412-411, que no termina hasta el capítulo 60.

[329] Hierámenes se suele identificar con el personaje de este nombre que aparece en JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 9. Uno de los hijos de Farnaces era Farnabazo, el sátrapa del Helesponto. En JENOFONTE, *Helénicas* III 4, 13, y PLUTARCO, *Alcibíades* 39, 1, encontramos a un hermano de Farnabazo llamado Bageo.

[330] Cf. *supra,* 18, 1; 37, 2.

[331] Cf. *supra,* 29, 1; 45, 6.

cibir el sustento de Tisafernes, Tisafernes se lo proporcionará, y los lacedemonios y sus aliados, cuando acabe la guerra, devolverán a Tisafernes todo el dinero que hayan recibido.

7 Cuando lleguen las naves del Rey, las naves de los lacedemonios, las de sus aliados y las del Rey harán la guerra en común, de acuerdo con las decisiones de Tisafernes y de los lacedemonios y sus aliados. Y si quieren hacer la paz con los atenienses, procederán de la misma manera».

Preparativos de Tisafernes

59 Éstas fueron las cláusulas del tratado que se estipuló. Tisafernes se dispuso entonces a hacer venir las naves fenicias, tal como se había previsto, y a llevar a cabo todo lo que había prometido; o al menos quería dar la impresión de que estaba efectuando los preparativos [332].

Los beocios toman Oropo, la flota peloponesia regresa a Mileto y termina el invierno

60 Cuando ya terminaba el invierno, los beocios tomaron Oropo, donde había una guarnición ateniense, gracias a una traición. Colaboraron con ellos hombres de Eretria y de la misma Oropo que maquinaban la sublevación de Eubea; como la plaza se encuentra enfrente de Eretria, resultaba imposible, mientras estuviese en manos de los atenienses, evitar que causara graves daños a Eretria y al resto de Eubea [333].
2 En posesión, pues, de Oropo, los eretrieos [334] se dirigieron a Rodas para invitar a los peloponesios a presentarse en

[332] Con claro sentido irónico. Cf. *supra,* 46, 1 y 5; *infra,* 87, y las diversas referencias a estas naves fenicias hasta el final del libro.

[333] Una vez que la sublevación hubiera estallado. Respecto a los intentos de defección de Eubea, cf. *supra,* 5, 1.

[334] Los que habían colaborado con los beocios en la conquista de Oropo.

Eubea. Pero éstos estaban más dispuestos a acudir en auxilio de Quíos, que atravesaba un mal momento, y con toda su flota zarparon de Rodas e hicieron rumbo hacia allí.
Cuando estaban a la altura de Triopio, avistaron en alta 3
mar la flota ateniense que había zarpado de Calce, pero como ninguna de las flotas puso proa contra la otra, unos llegaron a Samos y los otros a Mileto; y los peloponesios se dieron cuenta de que ya no era posible acudir en auxilio de Quíos sin entablar una batalla naval. Y así acabó este invierno, y con él acabó el vigésimo año de esta guerra cuya historia escribió Tucídides.

VIGESIMOPRIMER AÑO DE GUERRA: 411-410 A. C.

EL VERANO DEL 411

Acciones en Quíos y en el Helesponto

El espartiata Dercílidas enviado al Helesponto. Reacción quiota frente a los atenienses

El verano siguiente, en cuanto comen- 61
zó la primavera, el espartiata Dercílidas, con un ejército no muy numeroso, fue enviado por tierra a lo largo de la costa hacia el Helesponto [335], a fin de provocar la defección de Abido [336] (cuyos habitantes son colonos de Mileto); entre tanto los quiotas, ante las dificultades de Astíoco para acu-

---

[335] Partió de Mileto, como se precisa en 62, 1. Este personaje tiene un importante papel en Jenofonte, *Helénicas* III 1, 8-28; 2, 1-10, etc. En cuanto a la primavera que aquí se inicia, es la del 411; con ella comenzaba el vigesimoprimer año de guerra (411-410), que en la *Historia* de Tucídides sólo nos llegará hasta septiembre del 411.

[336] Ciudad situada en la costa asiática del Helesponto, en la parte central del actual estrecho de los Dardanelos. Respecto a su situación y a su origen milesio, cf. Estrabón, XIII 1, 22.

dir en su ayuda, se vieron obligados por el agobio del asedio a entablar una batalla naval.
2 Resultaba que, cuando Astíoco todavía se encontraba en Rodas, habían hecho venir de Mileto, para que se hiciera cargo del mando después de la muerte de Pedárito [337], al espartiata León, que anteriormente había llegado de Esparta como lugarteniente [338] de Antístenes; y con él habían hecho venir doce naves que estaban de vigilancia en Mileto, de las que cinco eran de Turios, cuatro de Siracusa, una de Anea [339], una de Mileto
3 y la otra era la de León. Los quiotas efectuaron una salida con todas sus fuerzas y ocuparon una posición fuertemente defendida, y al mismo tiempo sus treinta y seis naves se hicieron a la mar contra las treinta y dos atenienses y entablaron una batalla naval. Y tras un violento combate, los quiotas y sus aliados, que no llevaron la peor parte en la acción, regresaron a la ciudad, dado que ya era tarde.

---

[337] Cf. *supra,* 55, 3.

[338] Respecto a la llegada de Antístenes, cf. *supra,* 39, 1. En cuanto a León, debía de ser lugarteniente u oficial al mando de una unidad o de una pequeña escuadra dentro del conjunto más amplio de la flota de Antístenes, una función designada por el término *epibátēs,* que en el ámbito de la flota ateniense se refería a los soldados de marina (cf. *supra,* III 95, 2, n. 693), pero que en un contexto espartano tiene evidentemente otro significado. Aquí le vemos con su nave y al mando de la escuadra que acude en auxilio de Quíos. Cf. Jenofonte, *Helénicas* I 3, 17; *Helénicas de Oxirrinco* 17, 4.

[339] Proporcionada probablemente por los exiliados samios refugiados en Anea (cf. *supra,* 19, 1). Respecto a las de Turios, cf. *supra,* 35, 1; y en cuanto a las de Siracusa, cf. *supra,* 26, 1; 35, 1.

Defección de Abido y Lámpsaco. Acciones del ateniense Estrombíquides en el Helesponto

Inmediatamente después de esto, al haber llegado Dercílidas desde Mileto después de avanzar por tierra a lo largo de la costa, Abido, una ciudad del Helesponto, se sublevó para pasarse a Dercílidas y a Farnabazo, y Lámpsaco hizo lo mismo dos días más tarde [340]. Al enterarse de ello, Estrombíquides acudió a toda prisa desde Quíos con veinticuatro naves atenienses [341], entre las que había transportes de tropas con hoplitas a bordo. Después de vencer en una batalla a los lampsacenos que habían salido a su encuentro y tras tomar al primer asalto Lámpsaco, que no estaba amurallada, capturando un botín de enseres y esclavos y reinstalando a los libres [342], se dirigió contra Abido. Pero como no se pasaban a su lado y no podía tomar la ciudad a pesar de sus asaltos, hizo rumbo a la costa situada frente a Abido y arribando a Sesto, una ciudad del Quersoneso, en otro tiempo en manos de los medos [343], la convirtió en plaza fuerte y puesto de vigilancia de todo el Helesponto.

62

2

3

[340] Lámpsaco se encontraba al nordeste de Abido, en la costa asiática, cerca ya de la entrada a la Propóntide (el actual Mar de Mármara). Reconquistada en seguida por los atenienses, permanecerá fiel a Atenas hasta que Lisandro la toma en el 405 (cf. Jenofonte, *Helénicas* II 1, 18-19); Abido, en cambio, siguió unida a Esparta y fue la única ciudad del Helesponto que los atenienses no recuperaron en el 408.

[341] Dejando, pues, sólo ocho en Quíos, dado que se nos acaba de decir (61, 3) que los atenienses de Quíos tenían treinta y dos naves. Cf. asimismo *supra,* 30, 2, donde se dijo que Estrombíquides fue enviado a Quíos con treinta unidades, entre las que no se contaban los transportes.

[342] Cf. *supra,* 41, 2, donde Astíoco actúa de forma análoga respecto a Cos.

[343] Con la lectura *póte* (del Códice B), en lugar del *tóte,* «entonces», de los otros manuscritos. Se refiere probablemente a I 89, 2. Sesto era

63 *Acción de Astíoco contra Samos*

Entre tanto, los quiotas habían conseguido un mayor dominio del mar, y los de Mileto y Astíoco, al enterarse de lo ocurrido en la batalla naval y de la marcha de Estrombíquides con sus naves,
2 habían cobrado ánimos. Astíoco, con dos naves, costeó hasta Quíos, de donde se llevó la escuadra que se encontraba allí [344], y, una vez reunidas todas las unidades, efectuó una expedición contra Samos; pero como los atenienses no salieron a su encuentro, debido al clima de desconfianza que reinaba entre ellos, se volvió a Mileto.

La revolución de los Cuatrocientos en Atenas

3 *La democracia derrocada. El impulso del movimiento oligárquico de Samos*

Por esta misma época, e incluso antes [345], la democracia había sido derrocada en Atenas. Lo que ocurrió fue que, cuando Pisandro y los embajadores que lo acompañaron ante Tisafernes regresaron a Samos, aseguraron su control de la situación del propio ejército de una manera todavía más firme [346] e incitaron a los samios más poderosos [347] a tra-

una plaza de gran importancia estratégica, pues controlaba la ruta del comercio del trigo entre Ucrania y el Ática. Cf. Heródoto, VII 33; IX 114-119; Jenofonte, *Helénicas* IV 8, 5.

[344] Probablemente se refiere a la de 61, 2.

[345] Una vuelta atrás como en 45, 1. Comienza aquí otra digresión retrospectiva, dedicada a la situación de Atenas y al golpe de estado oligárquico.

[346] «Más firme» en relación a 47, 2 ss. Respecto a la embajada ante Tisafernes, cf. *supra*, 56, 4.

[347] En este caso son los más poderosos *(toùs dynatōtátous)* entre los demócratas que el año anterior se habían sublevado contra los oligarcas

PROCONESO
PROPÓNTIDE
ARCTONESO
Cardía
Egospótamos
QUERSONESO
(Gallípoli)
Lámpsaco
Pario
Príapo
Cícico
Harpagio
HELESPONTO
Sesto
IMBROS
Arrianos
Abido
Cinosema
Ídaco
R. Koca
R. Gránico
Eleunte
HELESPONTO
Dárdano
Reteo
Sigeo
R. Esepo
TÉNEDOS
R. Escamandro

3. Helesponto

tar de establecer con ellos un régimen oligárquico, a pesar de que los ciudadanos de Samos se habían levantado los unos contra los otros para no ser gobernados por una oli-
4 garquía. Al mismo tiempo los atenienses de Samos, tras discutir el asunto entre ellos, decidieron prescindir de Alcibíades, dado que éste no estaba bien dispuesto hacia ellos (y porque juzgaban que no era el hombre indicado para entrar en una oligarquía), y ver ellos mismos por su cuenta y riesgo, puesto que ya estaban comprometidos, de qué manera no se diferiría la empresa, y, al mismo tiempo, persistir en la guerra y contribuir con entusiasmo con su propio patrimonio, con dinero y con cualquier otra cosa, pensando que ya no soportaban las cargas por otros, sino que lo hacían en beneficio propio [348].

Pisandro va de nuevo a Atenas. Embajadas para derribar las democracias. Defección de Tasos

64 Así pues, tras haberse animado de este modo, enviaron inmediatamente a Pisandro y a la mitad de los embajadores a Atenas para que se ocuparan de los asuntos de allí, y se les ordenó que instauraran la oligarquía en las ciudades vasallas en las que hicieran escala; y despacharon a la otra mitad de los embajadores en
2 diversas direcciones, a las demás plazas vasallas; y a Diítrefes [349], que se encontraba en la zona de Quíos y había sido elegido para ejercer el mando en los territorios de la costa tracia, también lo enviaron para que se hiciera cargo de su mando. Nada más llegar a Tasos, abolió la democra-

---

(los *dynatoí* de *supra*, 21). Cf. asimismo *infra*, 73, 2, respecto a la aparición de nuevas tendencias oligárquicas entre algunos elementos del *dêmos* debido a la influencia de Pisandro y de los conjurados atenienses.

[348] Cf. *supra*, 48, 1.

[349] Probablemente el mismo personaje que en otra ocasión, dos años antes, se había dirigido a Tracia (cf. *supra*, VII 29, 1).

cia. Pero tras su partida, al cabo de poco más de un mes, 3
los tasios se pusieron a amurallar su ciudad, porque pensaban que ya no tenían ninguna necesidad de un régimen aristocrático ligado a los atenienses y esperaban todos los
días la libertad que les traerían los lacedemonios. Había, 4
en efecto, fuera de la ciudad un grupo de exiliados tasios, que habían sido expulsados por los atenienses y se habían establecido entre los peloponesios, y este grupo, en combinación con sus amigos de la ciudad, se esforzaba con empeño por conseguir el envío de una flota y provocar la defección de Tasos. Y las cosas les salieron exactamente según sus deseos; se enderezó la situación de la ciudad sin ningún riesgo por su parte [350] y el gobierno del partido democrático, que se habría opuesto a sus proyectos, había
sido derrocado. Así pues, en lo que respecta a Tasos, 5
ocurrió lo contrario de lo que esperaban los atenienses que implantaron la oligarquía, y me parece que pasó lo mismo en el caso de otros muchos pueblos sometidos a Atenas; pues, una vez que las ciudades tuvieron un régimen de cordura y una libertad de actuar sin miedo a represalias [351], escogieron la senda de la auténtica libertad que tenían a

---

350 Este enderezamiento era el de un régimen aristocrático independiente de Atenas.

351 Al haberles impuesto los atenienses el régimen aristocrático, podían gobernarse en aquel sentido sin temor a represalias de Atenas, que dejaba de apoyar a los partidos democráticos, vinculados hasta entonces a los demócratas atenienses. El «régimen de cordura» (literalmente *sōphrosýnē*, «cordura», «moderación» como virtud asociada a la oligarquía, sobre todo en el sistema espartano) es el conservador o aristocrático; como el término *eunomía*, «buen gobierno», pertenece al vocabulario de los oligarcas. Cf. W. R. CONNOR, *Thucydides*, Princeton, 1984, pág. 222; S. FORDE, *The Ambition to Rule...*, Ithaca, Londres, 1989, págs. 160 ss.

su alcance, sin preferir el especioso «buen gobierno» [352] ofrecido por los atenienses.

Derrocamiento de la democracia en ciudades aliadas. Los conjurados de Atenas eliminan a algunos adversarios y publican su programa

65 Durante su travesía, Pisandro y sus acompañantes, de acuerdo con lo que se había decidido, fueron derrocando las democracias de las ciudades, procurándose a la vez en algunas plazas [353] un refuerzo de hoplitas con el que llegaron a Atenas.
2 Allí se encontraron con que la mayor parte del trabajo ya había sido llevado a cabo por sus correligionarios [354]. En efecto, algunos jóvenes se habían conjurado y habían dado muerte en secreto a un tal Androcles [355], el dirigente demócrata más influyente, que precisamente había tenido una gran responsabilidad en el destierro de Alcibíades; lo asesinaron sobre todo por

[352] Los pueblos prefieren la auténtica libertad de la independencia a cualquier régimen (cf. *supra*, 48, 5). En cuanto al especioso «buen gobierno» *(hypoúlou eunomías)*, algunos prefieren la lectura *hýpoulon autonomían*, «autonomía engañosa o ficticia», en oposición a la «auténtica libertad». Nótese asimismo el uso del calificativo *hýpoulos* (que en Tucídides sólo aparece en este pasaje) para significar una apariencia de salud que oculta una enfermedad: «especioso», «engañoso», «podrido», «corrompido». Hay un fino uso del lenguaje, no exento de ironía.

[353] Plazas como Andros, Tenos y Caristo (cf. *supra*, 69, 3). El recorrido no sería corto.

[354] Sus camaradas de partido, los miembros de las *synōmosíai*, a los que Pisandro había dado instrucciones antes de partir de Atenas (cf. *supra*, 54, 4).

[355] Respecto a las acusaciones contra Alcibíades, cf. *supra*, VI 28-29, donde no se cita a Androcles. Tucídides suele hablar de los enemigos de Alcibíades sin nombrarlos (cf. asimismo *supra*, VIII 53, 2). Según PLUTARCO, *Alcibíades* 19, 1 y 3, Androcles fue responsable del testimonio de los metecos y esclavos contra Alcibíades. Cf. asimismo ANDÓCIDES, I 27.

dos motivos: por su influencia como demagogo y porque pensaban en complacer a Alcibíades, en la idea de que iba a volver del exilio y les iba a procurar la amistad de Tisafernes; y del mismo modo eliminaron en secreto a algunos otros ciudadanos incómodos. Por otra parte, habían ela- 3
borado y sacado a la luz un programa según el cual nadie recibiría una paga a excepción de los que sirvieran en una campaña militar, y no participarían en la gestión de los asuntos públicos más de cinco mil ciudadanos, y éstos serían los que estuvieran en condiciones de resultar más útiles con su dinero y su persona [356].

Terror y desconfianza en Atenas

Pero esto sólo era una argucia especio- 66
sa para seducir a la mayoría, porque iban a tener el control de la ciudad las mismas personas que promovían el cambio de régimen. Así y todo, el pueblo se seguía reuniendo, y también se reunía el consejo designado por sorteo [357], pero no se tomaba ningún acuerdo que no contara con el beneplácito de los conjurados, sino que los oradores eran de los suyos y los discursos que se pronunciaban eran examinados previamente por ellos. No se mani- 2
festaba, además, ninguna oposición entre los otros ciudadanos debido al miedo que les causaba el número de los conjurados; y si alguien llegaba a oponerse, en seguida era

[356] Cf. *infra*, 67, 3 y 97, 1; Aristóteles, *Constitución de los Atenienses* 29 ss. (intr., trad. y notas de M. García Valdés, Madrid, B.C.G., núm. 70, 1984).

[357] Se refiere primero a la *ekklēsía* o asamblea popular y, en segundo lugar, al consejo *(boulé)* de los Quinientos (cf. *supra*, IV 118, 11, n. 759), consejo designado por sorteo, llamado literalmente «consejo de la haba» o «consejo elegido con habas», porque sus miembros eran designados por la suerte mediante la extracción de habas. Cf. asimismo *infra*, 69, 4.

eliminado mediante algún procedimiento adecuado, y no se hacía ninguna investigación sobre los autores ni se incoaba un proceso en caso de haber sospechosos; al contrario, el pueblo no se movía y era presa de un terror tal que quien no sufría violencia, aun sin decir palabra, se
3 consideraba afortunado. Al pensar que los conjurados eran muchos más de los que eran en realidad, tenían el ánimo derrotado, y no podían averiguar la verdad, incapaces de llegar a ella a causa del gran tamaño de la ciudad y del recíproco desconocimiento entre los ciudadanos.
4 Por esta misma razón, si uno estaba indignado, no tenía la posibilidad de manifestar su pesar a otro con vistas a organizar una reacción; pues se habría encontrado con que aquel a quien iba a hablar, o era un desconocido, o un
5 conocido que no le inspiraba confianza. En efecto, todos los del pueblo se trataban con recelo, como si el interlocutor hubiera participado en los acontecimientos. Y el hecho es que entre los demócratas había algunos de quienes nunca se hubiera creído que se pasaran a la oligarquía; y fueron éstos los que causaron la mayor desconfianza en la masa y los que más contribuyeron a la seguridad de los oligarcas, al proporcionarles el apoyo de la desconfianza interna del pueblo [358].

---

[358] La desconfianza del pueblo en sí mismo, entre sus propios elementos. El pasaje es discutido. Otros entienden «al consolidar en el pueblo su desconfianza recíproca», insistiendo en la idea expresada anteriormente. Pero preferimos referir la consolidación a los oligarcas, en cuyo interés actúa la desconfianza del pueblo hacia sí mismo. Stone compara el terror y los asesinatos a los que aquí se hace referencia a las actuaciones de los batallones de la muerte de nuestros días en Argentina, El Salvador y Chile: cf. I. F. Stone, *El juicio de Sócrates*, trad. esp. de M.ª T. Fernández de Castro, Madrid, Mondadori, 1988, págs. 152 ss., donde se refiere a las *synomosíai* atenienses y a la situación del 411, tras la derrota de Siracusa.

Inusual reunión de la Asamblea en Colono. Se establece el régimen de los Cuatrocientos

En esta situación, pues[359], llegaron 67
Pisandro y sus compañeros y en seguida se ocuparon de lo que quedaba por hacer. En primer lugar, reunieron al pueblo y presentaron la propuesta de elegir diez redactores con plenos poderes[360], quienes, tras redactar un texto legal, a su vez someterían al pueblo, en un día señalado, una propuesta referente a la mejor forma de gobierno para la ciudad. Después, cuando llegó el día señalado, metieron 2
a la Asamblea en la encerrona de Colono[361] (es un santuario de Posidón situado fuera de la ciudad, a una distancia de unos diez estadios) y los redactores no presentaron más propuestas que ésta: cualquier ateniense tendría el derecho de formular con impunidad la moción que quisiera; y para

[359] Cf. *supra*, 65, 2.

[360] Según Aristóteles, *Constitución de los Atenienses* 29, 2, esta comisión de diez redactores ya existía (había sido elegida a raíz del desastre de Sicilia: cf. *supra*, 1, 3) y ahora se añadirían otros veinte a propuesta de Pitodoro de Anaflisto. De acuerdo con el texto de Aristóteles está la información de Androción y Filócoro. Cf. Aristóteles, *Constitución de los Atenienses* 29, 2, n. 257 (intr., trad. y notas de M. García Valdés, Madrid, B.C.G., núm. 70, 1984); Ch. W. Fornara, *Translated Documents of Greece and Rome, vol. I: Archaic times to the end of the Peloponnesian War*, Cambridge, 1983, núm. 148.

[361] Normalmente la Asamblea se reunía en la Pnix, en la ciudad (cf. *infra*, 97, 1). En este caso el traslado a un lugar situado fuera del recinto amurallado de la ciudad podía obedecer a diversas razones: reducir la asistencia por la distancia o la menor capacidad del lugar, evitar que los adversarios se sintieran más fuertes en Atenas, o dar al acto una mayor solemnidad celebrándolo en un santuario. El lugar de este recinto sagrado era Colono Hípico *(Kolōnos Híppios)*, una pequeña colina situada a unos 2 km. de la ciudad (cf. Sófocles, *Edipo en Colono* 14 ss.; Pausanias, I 30, 4), no Colono *Agoraios* o *Misthios*, que estaba dentro de las murallas.

el caso de que alguien acusara de ilegalidad [362] al ponente de una propuesta, o lo perjudicara de cualquier otro mo-
3 do, se establecían grandes penas. Y entonces ya se propuso abiertamente que no se siguiera ejerciendo ningún cargo público de acuerdo con el ordenamiento vigente, ni se pagara sueldo alguno; y que se procediera a la elección de cinco proedros [363], que a su vez elegirían a cien ciudadanos, cada uno de los cuales procedería a la cooptación

[362] La acusación de ilegalidad *(graphḗ paránomos)* se formulaba contra el que proponía medidas ilegales en contra de la constitución vigente. Era, pues, necesario abolir esta defensa de la democracia antes de proceder al cambio de régimen. Cf. Aristóteles, *Constitución de los Atenienses* 29, 4.

[363] Sobre los proedros o presidentes, cf. *supra,* III 25, 1, n. 167. Según lo que luego dice Tucídides (cf. *infra,* 70, 1), estos proedros estarían en funciones durante la transición, en la fase de constitución de los Cuatrocientos; luego éstos elegirían por sorteo a los prítanes. El proceso de constitución de este régimen tal como es descrito por Tucídides es diferente al que presenta el texto de Aristóteles. Se ha discutido mucho sobre el alcance de este desacuerdo. Cf. Aristóteles, *Constitución de los Atenienses* (introd., trad. y notas de M. García Valdés, Madrid, B.C.G., núm. 70, 1984, esp. caps. 29-32); G. de Sanctis, *Storia della storiografia greca,* Florencia, 1951, págs. 97-125; F. Sartori, *La crisi del 411 a. C. nell'Athenaion Politeia di Aristotele,* Padua, 1951, págs. 34 ss.; M. A. Levi, *Commento storico alla Respublica Atheniensium di Aristotele,* 2 vols., Varese-Milán, 1968, vol. II, págs. 285-300, *passim;* A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *ob. cit.,* vol. V, págs. 125-340 y especialmente el excelente estudio de la cuestión en las págs. 184-256; P. J. Rhodes, *A Commentary on the Aristotelian Athenaion Politeia,* Oxford, 1981, págs. 362 y ss. Además de Tucídides y Aristóteles, otras fuentes sobre estos hechos son: Aristófanes, *Lisístrata* y *Tesmoforias;* documentos como las estelas del 411 (cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A Selection of Greek Historical Inscriptions,* Oxford, ed. rev., 1989, núms. 80 y 81); Lisias, XX *(Pro Polystrato);* Jenofonte, *Helénicas* II 3, 45; Antifonte; y otras manifestaciones como las de las *Helénicas de Oxirrinco,* de Diodoro y de los atidógrafos Androción y Filócoro.

de otros tres; y estos cuatrocientos ciudadanos accederían a la sede del Consejo y gobernarían con plenos poderes de la forma que consideraran más conveniente; y convocarían a los Cinco Mil cuando les pareciera oportuno [364].

Los cabecillas de la revolución

El autor de esta proposición fue Pisandro, quien públicamente apareció en todos los aspectos como el más decidido instigador del derrocamiento de la democracia. Pero quien había organizado todo el asunto de modo que alcanzara este resultado y quien se había cuidado de ello más que nadie era Antifonte [365], 68

---

[364] Los Cuatrocientos no se comprometían a hacer efectivo el poder de los Cinco Mil; era una oligarquía cerrada que no quería estar condicionada (cf. *infra,* 89, 2).

[365] Antifonte, hijo de Sófilo, del demo de Ramnunte, que había nacido hacia el 480 a. C., fue cronológicamente el primero de los grandes oradores áticos que conocemos; tuvo un importante papel en el desarrollo de la prosa ática y ejerció una notable influencia en sus contemporáneos, y entre ellos en Tucídides, que sin duda admiraba su habilidad oratoria y su inteligencia. Al caer los Cuatrocientos, fue uno de los pocos que no huyeron (cf. *infra,* 98, 1) y su brillante defensa no evitó que fuera condenado a muerte y ejecutado. Una de las principales fuentes sobre ese discutido personaje es este capítulo de nuestro historiador, cuya admiración no es necesario interpretar desde el punto de vista político. Al margen de ideologías, Tucídides elogia la inteligencia de determinados personajes (cf., por ejemplo, el caso de Temístocles en I 138), rinde culto a la *aretḗ,* una *aretḗ* esencialmente política formada por un conjunto de cualidades que Protágoras pretendía enseñar a sus discípulos, sobre todo un pensamiento rápido y seguro, expresado por medio de una elocuencia persuasiva (cf. a este respecto W. Jaeger, *Paideia,* trad. esp. de J. Xirau y W. Roces, F. C. E., México, 1957, págs. 262 ss., esp. 268-269; J. de Romilly, *Les grands sophistes dans l'Athènes de Périclès,* París, 1988, págs. 50 ss. M. A. Levi, *Il senso della Storia Greca,* Milán, 1979, págs. 195 ss.). Y tras la muerte de Pericles, no había muchos personajes que destacaran en este sentido en el partido democrático. Se ha dicho, además, que se puede reconocer el genio de hombres como Napoleón sin

un hombre que por su capacidad no era inferior a ninguno de los atenienses de su época y sí el mejor dotado para pensar y expresar sus ideas. Es cierto que voluntariamente no tomaba la palabra ante la Asamblea Popular ni en ningún otro debate, ya que resultaba sospechoso a las masas por su fama de habilidad oratoria; sin embargo, para quienes intervenían en los debates ante los tribunales o en la Asamblea, no tenía igual a la hora de prestar ayuda a quien
2 le pedía consejo. Y luego [366], cuando se vino abajo el régimen de los Cuatrocientos y éstos fueron perseguidos por el pueblo, fue él, acusado precisamente de haber contribuido a la instauración de aquel régimen, quien realizó, a mi modo de ver, la mejor defensa frente a una petición de pena capital que jamás se haya hecho hasta nuestros
3 días [367]. También Frínico se distinguió entre todos por su entrega absolutamente decidida a la causa de la oligarquía; temía a Alcibíades, sabedor de que éste estaba al corriente de todo lo que había tramado con Astíoco cuando se encontraba en Samos [368], y pensaba que no era probable que un régimen oligárquico le hiciera regresar del exi-

---

aprobar el golpe de estado del 18 Brumario. Sobre la *areté* de Antifonte, y sobre el diverso uso del término en Tucídides, cf. asimismo W. R. Connor, *Thucydides,* Princeton, 1984, págs. 224-225, y la bibliografía allí citada.

[366] Pasaje con problemas de transmisión. Seguimos el texto del Manuscrito C. Con otra lectura diría: «cuando se produjo el cambio que restableció la democracia y el régimen de los Cuatrocientos se vino abajo y sus miembros fueron sometidos a juicio y tratados con rigor por el pueblo...».

[367] Uno de los frecuentes comentarios personales que aparecen en el último libro tucidídeo. Cf. *supra,* 24, 4; 27, 5; 64, 5; *infra,* 68, 4; 86, 4-5; 87, 4; 96, 5; 97, 2; J. de Romilly, *Histoire et Raison chez Thucydide,* París, 1956, pág. 84.

[368] Cf. *supra,* 48, 4 y 7; 50, 1-51, 3.

lio. Y frente a los peligros, una vez que se hubo comprometido, demostró que era el hombre con el que más se podía contar. Terámenes, hijo de Hagnón [369], asimismo 4 tuvo un papel principal entre los que se unieron para derrocar la democracia; era un hombre de no escasa capacidad, tanto para hablar como para juzgar con acierto. Así pues, al ser dirigida por muchos hombres inteligentes, nada tiene de extraño que esta empresa tuviera éxito, a pesar de que se trataba de un asunto de mucha envergadura, pues era difícil, casi exactamente a los cien años del derrocamiento de los tiranos [370], privar de su libertad al pueblo

[369] Terámenes, hijo de Hagnón, el fundador de Anfípolis (cf. *supra*, I 117, 2, n. 737), del demos de Estiria, fue uno de los principales instigadores del golpe de estado de los Cuatrocientos; pero dentro del movimiento oligárquico fue más moderado que otros, estuvo al frente de la corriente que se opuso a los excesos de la oligarquía y dio paso al gobierno de los Cinco Mil (cf. *infra*, VIII 89 y *passim*). Tras la victoria de las Arginusas (406 a. C.), consiguió librarse de la acusación de no haber prestado auxilio a los náufragos, pero contribuyó a la condena a muerte de los seis estrategos. Después de la derrota final de Egospótamos, tuvo un papel importante en las negociaciones de la rendición de Atenas y participó en el gobierno oligárquico de los Treinta Tiranos, pero también en esta ocasión sus tendencias moderadas le distanciaron de sus colegas; esta vez el resultado fue negativo: se enfrentó a Critias, el radical tío de Platón, y fue condenado a muerte y ajusticiado. Desde la Antigüedad ha sido objeto de diversas valoraciones. Se le ha culpado por su actitud cambiante (se le llamó «coturno», calzado para ambos pies), pero también se han apreciado su moderación y sus esfuerzos por mantenerse entre los regímenes populares y los excesos de las oligarquías radicales (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenienses* 28, 5).

[370] La expulsión de Hipias y de su familia se sitúa en el 511-510 (cf. *supra*, VI 59, 4). La misma referencia temporal se encuentra en ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenienses* 32, 2. Para una enumeración de los puntos de acuerdo o de desacuerdo entre Tucídides y la *Constitución de los Atenienses* de ARISTÓTELES, respecto a los Cuatrocientos y a los Cinco Mil, cf. *Thucydide, Livre VIII, Notice* de R. WEIL, págs. XX-

ateniense, un pueblo que no sólo no se había visto sometido, sino que durante más de la mitad de aquel período se había acostumbrado a dominar sobre otros [371].

Los Cuatrocientos toman el poder

69 Una vez que la Asamblea se disolvió tras ratificar las propuestas sin que nadie se opusiera, a continuación la instalación de los Cuatrocientos en la sede del Consejo se efectuó de la forma siguiente. Todos los atenienses se hallaban permanentemente sobre las armas, unos en la muralla y otros en los retenes, debi-
2 do a la presencia de los enemigos en Decelia. Aquel día, pues, dejaron marchar, como de costumbre, a los que no estaban al corriente de la conjuración mientras que se ordenó a los conjurados que se mantuvieran a la expectativa, no en los mismos puestos, sino a una cierta distancia, y que si alguien se enfrentaba a la acción, tomaran las armas
3 para impedírselo. También había andrios y tenios y trescientos hombres entre caristios y colonos de Egina, que los atenienses habían enviado para que se establecieran en la isla [372]; a estos hombres, venidos con sus propias armas

XXI, París, 1972. Sobre el tema, véase también C. Hignett, *A History to the Athenian Constitution to the End of the Fifth Century B.C.*, Oxford, 1952, reed. 1975, cap. 12, págs. 362-364; H. D. Westlake, «The Subjetivity of Thucydides...», *Bulletin of the John Rylands Library* 56 (1973), 193-218.

[371] La Liga de Delos se instituyó en el 478-477 a. C., por lo que el período comprendido entre esta fecha y el 411 suponía más de la mitad de los años transcurridos desde el final de la tiranía de los Pisistrátidas. Es posible, sin embargo, que el punto de referencia no sea el del año de la constitución de la Liga, sino el de su transformación en imperio (cf. *supra,* I 97, 2; 98, 3-4; 99, 1-3).

[372] Según el texto, el «trescientos» se refiere al conjunto de caristios y colonos de Egina. Respecto a éstos, cf. *supra,* II 27, 1, n. 213; VII 57, 2 y 4.

para el mismo fin, se les habían dado idénticas órdenes. Dispuestas así las cosas, llegaron los Cuatrocientos, cada 4
uno de ellos escondiendo un puñal y acompañados de los ciento veinte jóvenes que utilizaban cuando era necesario emplear la violencia; se presentaron ante los consejeros elegidos por sorteo [373] que estaban en la sede del Consejo y les dijeron que salieran después de haber recibido su paga; ellos mismos les habían traído la suma correspondiente a todo el período que les faltaba y se la entregaron cuando salieron [374].

Medidas del nuevo gobierno

Como el Consejo se retiró de esa for- 70
ma sin ofrecer ninguna resistencia, y los demás ciudadanos no tomaron ninguna iniciativa, sino que se mantuvieron en calma, los Cuatrocientos ocuparon la sede del Consejo y de momento se limitaron a designar por sorteo los prítanes entre ellos mismos [375] y a realizar todas las plegarias y sacrificios debidos a los dioses en el momento de tomar posesión de los cargos; efectuaron profundos cambios respecto a la administración democrática (salvo en el hecho de que no hicieron volver a los exiliados a causa de Alcibíades) y en general gobernaron la ciudad
con mano dura. Ejecutaron a algunos hombres, no muchos, 2
que les parecía oportuno eliminar, a otros los encarcelaron y también mandaron a otros al exilio. Enviaron, además,

[373] Literalmente «los consejeros de la haba».

[374] Se refiere al período de mandato que les quedaba, que, según ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenienses* 32, 1, sería de un mes. En tiempo de Aristóteles (ob. cit., 62, 2) la paga diaria de los consejeros era de cinco óbolos, pero en el siglo v debía de ser más baja. Cf. A. H. M. JONES, *Athenian Democracy*, Oxford, 1957, págs. 5, 136.

[375] Prítanes probablemente no sujetos a la rotación mensual efectuada de acuerdo con las secciones tribales de la *boulḗ*. Cf. *supra*, IV 118, 11.

heraldos a Agis, el rey de los lacedemonios, que estaba en Decelia, para decirle que querían reconciliarse y que era más razonable que llegara a un acuerdo con ellos que con un gobierno democrático indigno de confianza.

Intentos de negociación con Agis. Un ejército peloponesio frente a Atenas

71 Agis, sin embargo, pensando que la situación de la ciudad no se encontraba estabilizada, que el pueblo no renunciaría a su antigua libertad y que si veía presentarse un importante ejército peloponesio no mantendría la calma, no creyendo siquiera que en aquel mismo momento faltaran los disturbios entre los atenienses, dio a los enviados de los Cuatrocientos una respuesta que no apuntaba a un acuerdo; y no mucho después hizo venir del Peloponeso un importante número de tropas, y él mismo, con la guarnición de Decelia y con las fuerzas que habían llegado, bajó hasta los mismos muros de Atenas; esperaba que se produjeran disturbios y que los atenienses se sometieran más fácilmente en las condiciones impuestas por ellos, o que, a causa del alboroto que verosímilmente se originaría dentro y fuera de la ciudad, no fracasaría en su intento de tomar al primer asalto los Muros Largos gracias a la falta de defen-
2 sores en aquella zona. Pero cuando se acercó y los atenienses, sin que se produjera ninguna agitación en el interior, hicieron salir la caballería y un destacamento de hoplitas, tropas ligeras y arqueros, y le abatieron algunos hombres que se habían acercado excesivamente, adueñándose de un cierto número de armas y cadáveres, entonces
3 Agis comprendió la situación y retiró su ejército. Él y sus hombres se quedaron en sus puestos en Decelia, pero a las tropas que habían venido, tras permanecer unos pocos días en la región, las envió a casa. Después de esto, los Cuatrocientos no despacharon a Agis menos embajadas que

antes y, al darles éste entonces una acogida más favorable y aconsejarles en este sentido, enviaron embajadores a Esparta para hablar de un acuerdo, con la intención de reconciliarse.

Embajada a Samos

También enviaron diez hombres a Samos con la misión de tranquilizar al ejército y explicar que la oligarquía no había sido establecida para perjuicio de la ciudad y de los ciudadanos, sino para la salvación de todo, y que los gestores de todos los asuntos públicos eran los Cinco Mil y no sólo los Cuatrocientos. Y ello a pesar de que nunca los atenienses, a causa de sus campañas militares y de su actividad allende las fronteras, se habían reunido a deliberar sobre un asunto de tal envergadura que diera lugar a una asamblea de cinco mil ciudadanos [376]. Y tras haberles dado las demás instrucciones sobre lo que convenía decir, los despacharon inmediatamente después de su instalación en el poder [377], te-

72 ... 2

[376] Aunque era frecuente que muchos ciudadanos, sobre todo de *demos* alejados, no asistieran a la Asamblea, en algunos casos al menos se exigía un quórum no inferior a los 6.000 ciudadanos (cf. *supra,* I 135, 3, n. 857, respecto a la validez en la votación del ostracismo; DEMÓSTENES, XXIV 46; [DEMÓSTENES] LIX 89). En otros casos, incluso de importancia, la asistencia debía de ser menor, sobre todo en época de guerra. De todas formas, esta afirmación de los enviados de los Cuatrocientos era especiosa, porque lo importante no era el número de ciudadanos realmente presentes, sino el de los que tenían el derecho de asistir; era evidente que los Cuatrocientos no estaban dispuestos a subordinarse a los Cinco Mil (cf. *supra,* 67, 4), órgano que para aquéllos sólo servía de pantalla para disimular el paso a la oligarquía, y que, además, los Cinco Mil, incluso en el caso de una participación efectiva, no representaban más que a las capas altas y medias de la ciudadanía, excluyendo a los estratos inferiores que hasta entonces habían participado.

[377] Cf. *supra,* 69, 1; 70, 1.

miendo, como realmente ocurrió, que la masa de marineros no quisiera permanecer bajo un orden oligárquico, y que luego, tras extenderse el mal a partir de Samos, provocaran su caída.

Contrarrevolución democrática en Samos

Fracasa en Samos la oligarquía de los Trescientos

73 En Samos, en efecto, ya tenía lugar una reacción respecto al movimiento oligárquico, y por la misma época en que los Cuatrocientos se instalaban en el po-
2 der ocurrió lo siguiente: aquellos samios que anteriormente [378] se habían sublevado contra los aristócratas, y que formaban el partido popular, cambiaron de orientación y, persuadidos por Pisandro, cuando éste llegó a la isla, y por los conjurados atenienses que estaban en Samos [379], organizaron una conspiración de unas trescientas personas y se dispusieron a actuar contra los de-
3 más, considerándolos del partido popular [380]. A Hipérbolo [381], un ateniense que era una mala persona y que había

[378] Cf. *supra,* 21; 63, 3.

[379] Cf. *supra,* 63, 3-4.

[380] La facción popular que había derrotado a los aristócratas con el apoyo de los atenienses (cf. *supra,* 21) se había adueñado de los bienes de los antiguos poderosos y había establecido un nuevo orden con el beneplácito de Atenas. Ahora evolucionan para estar en consonancia con la nueva situación ateniense y con la nueva política oligárquica respecto a las ciudades aliadas. Las convicciones ideológicas pasan a segundo plano ante la prioridad de seguir contando con Atenas para mantener lo conseguido.

[381] Hijo de Antífanes (cf. Androción, en F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 324 F 42) y continuador de Cleón, es un personaje por el que Tucídides no disimula su aversión; representaba la tendencia más radical de la de-

sido condenado al ostracismo no por temor a su poder y prestigio, sino por su vileza y por constituir una deshonra para la ciudad, le dieron muerte con la colaboración de Carmino, uno de los estrategos, y de algunos atenienses que estaban con ellos, dándoles de este modo una prueba de lealtad; y con su colaboración también llevaron a cabo otras acciones similares y estaban dispuestos a actuar contra los de la mayoría popular. Pero éllos se dieron cuenta y 4
denunciaron lo que se preparaba a los estrategos León y Diomedonte [382], pues éstos no soportaban de buen grado la oligarquía por la estima en que les tenía el pueblo; y también a Trasibulo y a Trasilo [383], trierarco el uno y hoplita el otro, y a otros atenienses que tenían fama de ser en todo momento los más firmes adversarios de los conjurados. Les pidieron que no permitieran que se les destruyera ni que Samos, la única ciudad que había contribuido a que su imperio se mantuviera hasta entonces, se enajena-

mocracia ateniense y fue blanco de las sátiras de los comediógrafos. Sobre su ostracismo en el 417, para cuya consecución se unieron Nicias y Alcibíades, cf. PLUTARCO, *Arístides* 7, 3-4; *Nicias* 11, 3-8; *Alcibíades* 13, 4-9; B. BALDWIN, «Notes on Hyperbolos», *Acta Classica* 14 (1971), 151-156; W. R. CONNOR, *The New Politicians of Fifth-Century Athens*, Princeton, 1971, 79-84.

[382] Cf. *supra*, 54, 3. León y Diomedonte pertenecían a la facción popular, mientras que Carmino, citado en el párrafo anterior, sería de tendencia oligárquica.

[383] Trasibulo, hijo de Lico, del demo de Estiria, fue uno de los principales demócratas de la reacción de Samos y tuvo un importantísimo papel en la oposición a los Cuatrocientos. Luego destacará por su contribución al derrocamiento de los Treinta Tiranos. De gran experiencia naval, contribuirá asimismo, tras la restauración de la democracia, al restablecimiento de la potencia naval ateniense. Trasilo fue igualmente un notable defensor de la democracia. Estratego en la batalla de las Arginusas, fue condenado a muerte tras la victoria por no haber recogido a los náufragos a causa de una tempestad (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 7).

5 ra de los atenienses. Después de oírlos, aquellos atenienses fueron a conversar con los soldados, uno por uno, para que no lo toleraran, y sobre todo se dirigieron a los de la *Páralos*, nave cuya tripulación estaba formada exclusivamente por ciudadanos atenienses y libres [384], que habían sido hostiles a la oligarquía desde siempre, incluso cuando no estaba instaurada; y León y Diomedonte, cada vez que iban con la flota a cualquier parte, dejaban algunas naves
6 de vigilancia para proteger a sus amigos samios. Así pues, cuando los Trescientos los atacaron, todas aquellas fuerzas acudieron en su ayuda, y sobre todo los de la *Páralos*, y vencieron los samios de la mayoría popular. Dieron muerte a unos treinta de los Trescientos, condenaron al destierro a los tres responsables principales y, sin tomar represalias contra los demás, compartieron con ellos los derechos de ciudadanía en un régimen democrático [385].

74 *La Páralos apresada en Atenas*

Los samios y los soldados enviaron de inmediato a Atenas la nave *Páralos* al mando de Quéreas, el hijo de Arquéstrato [386], un ateniense que había mostrado su fervor por

---

[384] Expresión pleonástica. Parece insistirse en ello por oposición a los casos de tripulantes no ciudadanos, metecos y esclavos.

[385] Esta moderación contrasta con la actitud más violenta y radical del cap. 21.

[386] Este Quéreas puede identificarse con el personaje del mismo nombre que aparece en DIODORO, XIII 49, 6, y 50, 7, como comandante de las tropas desembarcadas en Cícico en el 410. Los «soldados» son los miembros del cuerpo expedicionario, que querían evitar el giro oligárquico en Atenas y en las diversas ciudades aliadas. Respecto al padre Arquéstrato y a su posible identificación con Arquéstrato, hijo de Licomedes, cf. *supra*, I 57, 6, n. 329; L. PICCIRILLI, «A proposito di I G I^3 48 bis e di Archestrato figlio di Licomede», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 70 (1987), 167-170. Pero Arquéstrato, al igual que Quéreas, era un nombre bastante común en Atenas. Sobre Arquéstrato, cf.

la contrarrevolución [387], para anunciar lo sucedido, pues aún no sabían que los Cuatrocientos tenían el poder. Tan 2
pronto como arribaron, los Cuatrocientos encarcelaron a unos dos o tres hombres de la *Páralos,* y a los demás, después de quitarles la nave, los trasladaron a otra nave, una preparada para el transporte de tropas, con la misión de vigilar las costas de Eubea. Pero Quéreas, en cuanto 3
vio la situación, logró salir a escondidas de alguna manera y volvió a Samos, donde comunicó a los soldados las novedades de Atenas, exagerándolo todo para que resultara más terrible; decía que castigaban a todo el mundo a golpes y que no se podía efectuar ninguna crítica contra los que gobernaban, que sus mujeres e hijos eran ultrajados, y que los oligarcas tenían la intención de coger y encerrar a los familiares de todos los soldados del cuerpo expedicionario de Samos que no compartían sus ideas, a fin de que murieran si ellos no se sometían; y añadía otras muchas mentiras.

Reacción en Samos ante las noticias de Atenas

Al oírlo, el primer impulso de los sol- 75
dados fue lanzarse sobre los principales instigadores de la oligarquía, y también contra los otros que habían colaborado, con la intención de darles su merecido; pero luego, refrenados por los moderados [388] y alecciona-

R. Develin, *Athenian Officials 684-321 B.C.,* Cambridge, 1989, pág. 442, y 99-100 respecto a Arquéstrato, hijo de Licomedes (cf. Ch. W. Fornara, *The Athenian Board of Generals from 501 to 404, Historia Einzelschr.* 16, Wiesbasden, 1971, págs. 51 y 78). En cuanto a Quéreas, cf. A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *Commentary...,* cit., vol. V, pág. 266; R. Develin, *ob. cit.,* pág. 163.

[387] *Metástasis,* la reacción o el cambio político, es decir, la vuelta a la democracia.

[388] *Hypò tôn dià mésou,* los «moderados» o «los que estaban en una posición política intermedia» o «neutrales». Cf. *supra,* III 82, 8, n. 585;

dos a no comprometer la situación cuando la flota enemiga estaba fondeada al acecho muy cerca, con sus proas
2 dirigidas contra ellos, desistieron. Después de esto, con el propósito de transformar ya de modo manifiesto la situación de Samos llevándola a la democracia [389], Trasibulo, el hijo de Lico, y Trasilo (éstos eran, en efecto, los principales promotores del cambio) hicieron que todos los soldados, y en particular los que procedían de las filas de la oligarquía, prestaran los más solemnes juramentos de que se gobernarían democráticamente y en concordia, de que llevarían a término con empeño la guerra contra los peloponesios y de que serían enemigos de los Cuatrocien-
3 tos y no entablarían negociaciones con ellos. Con el mismo juramento juraron asimismo todos los samios en edad militar, y los soldados compartieron con los samios todos los problemas y las consecuencias de los riesgos que la situación comportaba en la convicción de que ni para los samios ni para ellos mismos había otra vía de salvación y de que, tanto si vencían los Cuatrocientos como si lo hacían los enemigos que estaban en Mileto, sería su perdición.

El cuerpo expedicionario de Samos elige nuevos mandos y rompe con Atenas

76 Así durante ese tiempo las dos partes [390] probaron sus fuerzas, tratando unos de obligar a la ciudad a gobernarse democráticamente e intentando los otros que el cuerpo expedicionario estuviera
2 regido por una oligarquía. Los soldados celebraron en se-

J. de Romilly, «La notion de "classes moyennes" dans l'Athènes du Vᵉ s. av. J. C.», *Revue des Études Grecques* 100 (1987), 1-17.

[389] Un cambio que afectaría tanto a los atenienses del cuerpo expedicionario como a sus aliados samios.

[390] «Ese tiempo» puede cubrir desde los hechos precedentes hasta la caída de los Cuatrocientos. Las dos partes son, naturalmente, el cuerpo

guida una asamblea en la que destituyeron a los anteriores estrategos y a los trierarcos de los que abrigaban sospechas, y eligieron en su lugar a otros trierarcos y estrategos, entre los que estaban Trasibulo y Trasilo [391]. Levantándose 3
a hablar, se dirigían diversas exhortaciones y en especial la de que no debían desanimarse porque la ciudad les hubiera dejado de lado, pues eso no suponía más que una minoría que se había apartado de ellos, que constituían

expedicionario de Samos y los Cuatrocientos. Las dos partes echan un pulso, pero, mientras que la flota contempla el uso de la fuerza (76, 4-5; 82, 1; 86, 4), los Cuatrocientos no tienen más armas que la persuasión de una embajada (72, 86). La última parte de la *Historia* de Tucídides nos presenta a partir de esos capítulos a una Atenas inmersa en un clima de guerra intestina, una discordia civil que, pese a episodios victoriosos como el de Cinosema al final de este libro VIII, desembocará más adelante en la derrota militar (cf. Jenofonte, *Helénicas* I-II), el desenlace del drama que Tucídides dejó sin concluir, un desenlace que acabó con el desarrollo democrático y económico de Atenas. El mundo bipolar del tiempo de Tucídides, con su enfrentamiento de una potencia liberal, democrática y emprendedora y otra oligárquica e inmovilista, acabó, tras los errores y fracasos imperialistas de Atenas, en desarreglos civiles y en la derrota de la democracia. Contrariamente, el mundo bipolar de nuestra época, con su enfrentamiento entre democracia y comunismo, entre los dos bloques encabezados por los Estados Unidos y la Unión Soviética (con una serie de paralelismos que han hecho pensar en Tucídides: cf. *supra,* I 22, 4, n. 154), ha llegado a un desenlace de signo contrario con el hundimiento del comunismo y de los totalitarismos y el triunfo de la democracia, un drama y un desenlace modernos que bien merecerían —se ha dicho— el relato y el análisis de un Tucídides. Cf. F. Rodríguez Adrados, «Falta una nueva historia», *El Sol* (31 de agosto de 1991), pág. 19.

[391] Trasibulo era ya trierarco. Cf. *supra,* 73, 4. Respecto a la oposición en este capítulo entre ciudad-minoría *(hē pólis, toùs elássous)* y cuerpo expedicionario-mayoría *(tò stratópedon, tôn pleónōn),* cf. N. Loraux, *L'invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la «cité classique»,* París, 1981, págs. 299-300; 459, n. 157; ya no existe la *pólis* como unidad. Cf. asimismo *supra,* VII 77, 7.

la mayoría, y que tenían más medios en todos los aspectos.
4 Al estar en sus manos toda la flota, podrían obligar a las otras ciudades del imperio a pagar los tributos como si hubieran salido a cobrárselos desde la misma Atenas, puesto que contaban con Samos, una ciudad nada débil, que, cuando hizo la guerra contra los atenienses [392], había estado a punto de arrebatarles el dominio del mar; y en sus acciones contra el enemigo iban a partir desde la misma base que antes; y además, con las naves en su poder, tendrían más posibilidades que los de la ciudad para pro-
5 curarse lo necesario. También decían que, gracias a su posición avanzada de Samos, los atenienses habían podido controlar hasta entonces las rutas de acceso al Pireo, y que en adelante, si aquéllos no querían restituirles sus derechos de ciudadanía, se encontrarían en una situación tal que ellos podrían impedir el uso del mar a los de Atenas
6 más que los de Atenas a ellos. Por otra parte, era poca y de ningún valor la ayuda que la ciudad podía prestarles para vencer al enemigo y no habían perdido nada, dado que los de la ciudad ya no tenían ni dinero que mandarles —sino que eran los propios soldados quienes se lo procuraban— ni ninguna decisión útil que comunicarles, motivos por los que una ciudad mantiene su autoridad sobre sus fuerzas armadas; al contrario, hasta en eso les habían fallado los de la ciudad al abolir las leyes patrias en tanto que ellos las conservaban y trataban de obligar a aquéllos a conservarlas; de modo que los hombres del cuerpo expedicionario capaces de proponer una decisión útil no eran
7 inferiores a los de Atenas. En cuanto a Alcibíades, decían que, si le garantizaban la inmunidad y el regreso del exilio, les procuraría gustoso la alianza del Rey. Y lo más impor-

[392] Cf. *supra,* I 115, 2-117, 3; PLUTARCO, *Pericles* 28, 8.

tante, si todo les fallaba, tenían a su disposición una flota tan grande que podrían retirarse a muchos países en los que encontrarían ciudades y tierras [393].

La embajada de los Cuatrocientos se detiene en Delos

Después de discutir esos asuntos en su asamblea y de darse ánimos unos a otros, no cejaron ni un poco en sus preparativos de guerra. Entre tanto, los representantes de los Cuatrocientos enviados a Samos [los diez embajadores] [394], como se enteraron de todo aquello cuando ya estaban en Delos, se quedaron allí a la expectativa. 77

Las flotas de Samos y Mileto. Los atenienses de Samos llaman a Alcibíades

Descontento en la flota peloponesia de Mileto

Por esta misma época [395], los soldados de la flota peloponesia de Mileto murmuraban entre ellos afirmando que su situación se estaba debilitando [396] por culpa de Astíoco y Tisafernes; el uno no quería entablar una batalla naval, ni antes, cuando ellos todavía 78

[393] La experiencia colonial está, evidentemente, en la base de esta afirmación. Eran los hombres quienes constituían una ciudad, no unos lugares vacíos: cf. *supra*, VII 77, 7.

[394] *Hoi déka presbeutaí:* suprimido como una glosa por Herwerden. Se ha señalado, además, que el término que Tucídides utiliza normalmente para significar «embajadores» es *présbeis*, no *presbeutaí*, que sólo aparece en este pasaje y en VIII 86, 1, donde Herwerden también lo considera una glosa. En cuanto a esta embajada de los Cuatrocientos, cf. *supra*, 72; su llegada tendrá lugar en 86, 1.

[395] Cf. *supra*, 73, 1; 76, 1. La última mención de la flota peloponesia de Mileto fue en 63, 2.

[396] Cf. *supra*, 46, 5. Ante Samos, sin embargo, era la flota ateniense la que había rehusado el combate (cf. *supra*, 63, 1-2).

eran más fuertes y la flota ateniense era pequeña, ni ahora, cuando se decía que los atenienses eran presa de la discordia civil y todavía no se habían reunido en un punto sus naves [397], sino que prefería correr el riesgo de desgastar sus fuerzas aguardando las naves fenicias de Tisafernes, que no eran más que palabras sin una realidad [398]; y a Tisafernes le reprochaban que, al no traer esas naves y no procurar un sostenimiento regular y completo [399], era el causante del deterioro de la flota. Sostenían, en consecuencia, que era preciso no demorarse por más tiempo y que debía entablarse una batalla naval decisiva; y los siracusanos eran los que más insistían en ello.

79 *Reacción de Astíoco y movimientos de las dos flotas*

Astíoco y los aliados se enteraron de los comentarios de los soldados y, tras tomar en un consejo la resolución de entablar una batalla naval decisiva, puesto que también habían tenido noticia de los disturbios de Samos, levaron anclas con todas sus naves, que eran ciento doce, e hicieron rumbo a Mícale [400], adonde habían ordenado que se dirigieran los milesios marchando
2 por tierra. Los atenienses, con las ochenta y dos naves de la base de Samos, que se encontraban fondeadas en Glauca [401], en la zona de Mícale (por allí Samos dista poco del continente, en la dirección de Mícale), cuando vieron que se acercaban las naves peloponesias, se retiraron a Sa-

[397] Probablemente se piensa en la flota de Estrombíquides, del Helesponto (cf. *infra,* 79, 3 y 5).

[398] Cf. *supra,* 58, 5-59; *infra,* 87, 3. La flota no era irreal; lo irreal era la intención de Tisafernes.

[399] Cf. *supra,* 45, 2; 46, 5; *infra,* 87, 3; 99.

[400] Promontorio situado al noroeste de Mileto, frente a Samos. Cf. *supra,* I 89, 2.

[401] El lugar no ha sido identificado con exactitud.

mos, considerando que con el número de naves que tenían
no estaban en condiciones de arriesgar el todo por el todo.
Además, como desde Mileto se les había advertido que 3
el enemigo estaba ansioso por entablar una batalla naval,
aguardaban a que Estrombíquides acudiera en su ayuda
desde el Helesponto con las naves que de Quíos habían
ido a Abido [402], pues previamente se le había enviado un
mensajero. Así, mientras los unos se retiraron a Samos, 4
los peloponesios desembarcaron en Mícale, donde acamparon
en compañía de las tropas de Mileto y de las poblaciones
vecinas. Al día siguiente, cuando se disponían a hacer 5
rumbo contra Samos, llegó la noticia de que había llegado
Estrombíquides con las naves del Helesponto, y de inmediato
regresaron a Mileto. Entonces los atenienses, una 6
vez que se les hubieron unido aquellas naves, hicieron rumbo
a su vez contra Mileto con ciento ocho unidades, deseosos
de entablar una batalla naval decisiva; pero como no
salió nadie a su encuentro, regresaron a Samos.

Envío de una flota peloponesia al Helesponto. Defección de Bizancio

En el mismo verano, inmediatamente 80
después de estos hechos, los peloponesios,
dado que con todas sus naves reunidas
no se consideraban en condiciones de
combatir contra la flota enemiga, a cuyo
encuentro no habían salido, y no sabiendo
de dónde obtener el dinero necesario para un número tan
grande de naves, especialmente por el hecho de que Tisafernes
era un mal pagador, enviaron a Clearco, hijo de
Ranfias, con cuarenta naves, a reunirse con Farnabazo,
de acuerdo con las órdenes recibidas inicialmente del Peloponeso [403].
Farnabazo, en efecto, les había llamado y 2

[402] Eran veinticuatro. Cf. *supra,* 62, 2-3.

[403] Cf. *supra,* 8, 2; 39, 2. Respecto a Clearco, cf. *supra,* 8, 2.

estaba dispuesto a atender a su sostenimiento, y al mismo tiempo Bizancio les había declarado su intención de suble-
3 varse[404]. Estas naves peloponesias, tras zarpar rumbo a alta mar, para pasar inadvertidas en su travesía a los atenienses, fueron sorprendidas por un temporal y, con Clearco, unas, la mayor parte, fueron a parar a Delos, desde donde regresaron luego a Mileto (Clearco se dirigió de nuevo al Helesponto, esta vez por tierra, y se hizo cargo del mando); las otras, que eran diez, a las órdenes del general Helixo de Mégara[405], llegaron felizmente al Helesponto y pro-
4 vocaron la defección de Bizancio. Después de esto, los de Samos, al enterarse de lo ocurrido, enviaron al Helesponto algunas naves de refuerzo y vigilancia y tuvo lugar delante de Bizancio un breve encuentro naval de ocho naves contra otras ocho.

En Samos se vota la repatriación de Alcibíades

81 Entre los que estaban al frente del movimiento de Samos[406], Trasibulo en especial, que, tras haber logrado cambiar la situación política, sostenía siempre la misma idea de hacer regresar a Alcibíades, consiguió finalmente convencer a la masa de los soldados en el curso de una asamblea; y una vez que éstos hubieron

[404] Contra Atenas.

[405] Personaje que en Tucídides sólo aparece en este pasaje, pero lo encontramos luego en Jenofonte, *Helénicas* I 3, 15-21, como comandante de las tropas megareas cuando Bizancio fue asediada por los atenienses. Bizancio era una fundación megarea; de ahí que sea significativa la presencia de un comandante megareo.

[406] Entre los dirigentes del movimiento democrático también se ha mencionado a Trasilo (cf. *supra*, 75, 2-3; 76, 3), pero no se han dado más nombres. Trasibulo debió de encontrar bastante oposición a su idea de repatriar a Alcibíades. Sin embargo, la idea de conseguir la ayuda financiera de Persia haría triunfar su propuesta. Cf. *supra*, 53-54.

votado la repatriación y la impunidad [407] de Alcibíades, hizo la travesía para encontrarse con Tisafernes y trajo a Alcibíades a Samos, convencido de que la única posibilidad de salvarse estaba en conseguir que Tisafernes se pasara del bando de los peloponesios al suyo. Se celebró una 2
asamblea y en ella Alcibíades se quejó y se lamentó de la desventura personal que había supuesto su exilio y, tras una larga exposición sobre los asuntos públicos, les hizo concebir no pocas esperanzas para el futuro, a la vez que ensalzaba exageradamente su influencia sobre Tisafernes; pretendía que en Atenas le temieran los que controlaban la oligarquía y que se disolvieran más fácilmente las asociaciones secretas [408], y que los de Samos lo tuvieran en más estima y cobraran más confianza; y respecto a los enemigos, lo hacía para que se indispusieran lo más posible con Tisafernes y se desprendieran de las esperanzas que alimentaban [409]. Lleno, pues, de jactancia, Alcibíades les 3
hizo las promesas más extraordinarias afirmando que Tisafernes le había jurado solemnemente que, mientras le quedara algo de su propiedad, y pudiera depositar su confianza en los atenienses, a éstos no les faltaría su sostenimiento, aunque tuviera que acabar vendiendo su propio lecho [410]; que llevaría a los atenienses, y no a los peloponesios, las naves fenicias que ya estaban en Aspendo [411]; pero que

[407] Para protegerle de la condena a muerte que pesaba sobre él (cf. *supra,* VI 61, 7).

[408] Cf. *supra,* 54, 4.

[409] Se alcanzará pronto este objetivo, pues las relaciones entre los lacedemonios y Tisafernes sufrirán en seguida un notable deterioro (cf. *infra,* 83, 1-3).

[410] Una expresión oriental. Cf. Jenofonte, *Helénicas* I 5, 3.

[411] Aspendo era una ciudad de Panfilia, en la orilla occidental del rio Eurimedonte, cerca de su desembocadura. Es la primera vez que se

únicamente se fiaría de los atenienses si Alcibíades volvía sano y salvo y se constituía ante él en su garante.

Alcibíades, elegido estratego, va a negociar con Tisafernes

82 Los soldados, al oír estas y otras muchas afirmaciones, le eligieron en seguida estratego en compañía de los nombrados anteriormente [412], y le confiaron todos los asuntos; ninguno de ellos hubiera cambiado por nada la esperanza del momento respecto a su salvación y al castigo de los Cuatrocientos; y debido al desprecio que al menos en aquel momento sentían, a raíz de las palabras de Alcibíades, por los enemigos que tenían delante, estaban dispuestos a hacer rumbo de inmediato
2 contra el Pireo. Pero a la idea de zarpar contra el Pireo, dejando detrás de sí a los enemigos más cercanos, Alcibíades se opuso rotundamente, a pesar de que muchos le insistían, y dijo que dado que había sido elegido estratego, primero se haría a la mar para tratar con Tisafernes los
3 asuntos de la guerra. Partió inmediatamente después de esta asamblea, a fin de dar la impresión de actuar en todo de acuerdo con el sátrapa, y al mismo tiempo porque quería acrecentar la consideración que aquél le tenía y hacerle ver que, ahora que había sido elegido estratego, se encontraba en condiciones de beneficiarle o perjudicarle. Así se daba la circunstancia de que Alcibíades trataba de infundir respeto a los atenienses valiéndose de Tisafernes y a Tisafernes valiéndose de los atenienses.

---

precisa la situación geográfica de esta flota fenicia cuya llegada había sido objeto de tantas promesas. La proximidad a la zona de operaciones puede llevarnos a pensar que los persas tenían realmente el propósito de que interviniera.

[412] Cf. *supra,* 76, 2.

Malestar entre los peloponesios de Mileto, que desconfían de Tisafernes

Los peloponesios de Mileto, que antes ya desconfiaban de Tisafernes, al enterarse del regreso de Alcibíades, se mostraron todavía mucho más hostiles. Se habían encontrado con que, con ocasión de la incursión naval ateniense contra Mileto, como no habían querido salir a presentar batalla [413], Tisafernes se había vuelto mucho más moroso en el pago de la soldada, y así había avivado la animadversión que ya antes de esos hechos les inspiraba por culpa de Alcibíades. Los soldados se reunían en grupos y se hacían las mismas reflexiones que antes [414], y estaban allí algunos personajes importantes, y no sólo la clase de tropa [415]; decían que nunca habían recibido la soldada completa, que lo que se les daba era escaso, y esto ni siquiera con regularidad; y que si no se libraba una batalla naval decisiva o no se iban a un lugar donde pudieran conseguir víveres, los hombres abandonarían las naves; que el culpable de todo era Astíoco, que con vistas a su lucro particular se adaptaba al estado de ánimo de Tisafernes.

83 (1) · 2 · 3

Impopularidad de Astíoco. Los milesios se irritan con Licas

Mientras andaban en tales reflexiones, se produjo asimismo el siguiente tumulto contra Astíoco. Los marineros siracusanos y turios, por cuanto en su mayoría eran de condición libre [416], con tanto mayor atrevimiento lo asaltaron para exigir su soldada. As-

84 (1) · 2

[413] Cf. *supra,* 79, 6.

[414] Cf. *supra,* 78.

[415] *Tò stratiōtikón,* con un significado único en Tucídides, atestiguado luego en época helenística.

[416] De ahí puede deducirse que en las naves de Siracusa y Turios había una minoría de esclavos, y podemos pensar que la proporción de esclavos era más alta en el resto de la flota. Cf. *supra,* 15, 2, n. 91.

tíoco les contestó de modo un tanto arrogante y los amenazó, e incluso levantó el bastón contra Dorieo, que de-
3 fendía a sus marineros [417]. Cuando lo vio la masa de los soldados, reaccionando como suele hacerlo la marinería, se lanzaron furiosos contra Astíoco para darle su merecido; pero él los vio venir y se refugió en un altar. Así, pese a lo ocurrido, no sufrió ningún daño, y los hombres se
4 dispersaron. Por otra parte, los milesios, en un ataque por sorpresa, tomaron el fuerte que Tisafernes había construido en Mileto y expulsaron a la guarnición que se encontraba allí [418]; este asalto contó con el acuerdo de los
5 otros aliados y sobre todo de los siracusanos. A Licas, sin embargo, no le agradó la acción [419], y afirmó que los milesios y los demás pueblos del territorio del Rey debían estar sometidos a Tisafernes dentro de los límites de lo razonable y hacerle la corte hasta el momento de llevar a feliz término la guerra. Los milesios se enfurecieron con él por estos hechos y otros del mismo estilo, y más tarde, cuando murió víctima de una enfermedad, no dejaron enterrarlo donde querían los lacedemonios allí presentes [420].

---

[417] Dorieo era el comandante de los barcos turios. Cf. *supra,* 35, 1.

[418] La instalación de este fuerte, del que no se ha hablado con anterioridad, es conforme a una cláusula del último tratado con los persas (cf. *supra,* 58, 2; cf. asimismo la afirmación de Licas en 84, 5). Respecto a otros casos análogos de expulsión de guarniciones, cf. *infra,* 108, 5-109, 1.

[419] Licas, uno de los comisarios enviados para vigilar a Astíoco (cf. *supra,* 39, 2), había propugnado la necesidad del último tratado y había criticado los anteriores: cf. *supra,* 43, 3; 52. Se ha discutido sobre la actitud de Licas, que tanto se había opuesto a las pretensiones persas, frente a esta acción milesia; posiblemente era una actitud práctica, que pretendía evitar de momento una mayor ruptura con Tisafernes.

[420] Por contraste, algunos comentaristas han recordado las magníficas honras fúnebres de Brásidas en Anfípolis, enterrado «a expensas pú-

Míndaro releva a Astíoco

Mientras las relaciones de los peloponesios con Astíoco y Tisafernes andaban en estas diferencias, llegó de Esparta Míndaro como sucesor de Astíoco en el mando de la flota [421]; se hizo cargo del mando y Astíoco partió rumbo a Esparta. 85
Tisafernes envió con él como embajador a un hombre de su séquito, un cario bilingüe llamado Gaulites [422], con el encargo de acusar a los milesios por el asunto del fuerte, y al mismo tiempo defender su propia actuación, pues sabía que los milesios se habían puesto en camino con el fin principal de denunciar su conducta, y que con ellos iba Hermócrates, que se proponía demostrar que Tisafernes, en connivencia con Alci- 2

blicas en la ciudad, a la entrada de lo que ahora es la plaza...» (cf. *supra*, V 11, 1). En relación con la muerte de este Licas y del conocimiento de la misma por parte de Tucídides, se ha emitido una seductora teoría que, al identificar el Licas que aparece en Tucídides (cf. *supra*, V 22, 2; 50, 4; 76, 3; VIII 39, 2; 43, 4; 52; *infra*, 87, 1) con el Licas, hijo de Arcesilao, de una inscripción de Tasos (cf. J. Pouilloux y F. Salviat, «Lichas, Lacédémonien, archonte à Thasos et le livre VIII de Thucydide», *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1983, págs. 376-403), nos llevaría, entre otras posibles consecuencias, a la deducción de que Tucídides todavía vivía y estaba escribiendo después del 397. Pero se trata de una identificación poco probable y de una teoría cuando menos discutible. Cf. *supra*, I-II, «Introducción» de J. Calonge, pág. 10, nota 3; H. D. Westlake, «Tissaphernes in Thucydides», *Classical Quarterly* 35 (1985), 44, n. 7 (= *Studies in Thucydides and Greek History*, Bristol, 1989, págs. 166-167, 177-178); S. Hornblower, *Thucydides*, Londres, 1987, pág. 151.

[421] En calidad de navarco. Cf. *supra*, 20, 1. Es la primera aparición en el relato de Tucídides de este personaje, que murió el año siguiente en la batalla de Cícico (cf. Jenofonte, *Helénicas* I 1, 14-19).

[422] Respecto a otros personajes bilingües en las relaciones entre griegos y bárbaros, cf. Heródoto, VIII 133-135; Jenofonte, *Anábasis* I 2, 17; 8, 12. Este Gaulites debió de ser enviado coincidiendo con el viaje de Astíoco, aunque no necesariamente de acuerdo con él.

bíades, era culpable del deterioro de la situación de los
3 peloponesios y que estaba haciendo un doble juego. Siempre hubo enemistad entre uno y otro [423] a causa del pago de la soldada; y finalmente, cuando Hermócrates fue condenado al exilio por Siracusa y llegaron a Mileto otros generales —Pótamis, Miscón y Demarco— para hacerse cargo de las naves siracusanas [424], Tisafernes siguió acosando a Hermócrates, ya exiliado, con mucho más encono todavía, y entre otras cosas le acusó de haberle mostrado enemistad porque en cierta ocasión le había pedido dinero y no lo
4 había obtenido. Así pues, Astíoco, los milesios y Hermócrates partieron rumbo a Esparta; y Alcibíades ya había pasado de nuevo a Samos después de despedirse de Tisafernes.

La embajada de los Cuatrocientos en Samos. Intervención de Alcibíades

86 Y estando ya allí Alcibíades, llegaron de Delos los representantes de los Cuatrocientos, [los embajadores] que, como se ha visto [425], habían sido enviados para tranquilizar e informar a los atenienses de Samos, y, al celebrarse una asamblea,
2 intentaron tomar la palabra. Al principio los soldados no querían escucharlos, sino que gritaban que se matara a los que habían derrocado la democracia; pero luego, calmados
3 a duras penas, los escucharon. Los enviados declararon que el cambio de régimen no se había hecho para ruina de la ciudad, sino para su salvación, y que tampoco se pretendía entregarla a sus enemigos (pues habían tenido posibilidad de hacerlo cuando se produjo la invasión, es-

[423] Hermócrates y Tisafernes evidentemente. Respecto a las diferencias por el problema de la soldada, cf. *supra*, 29, 2; 45, 3.

[424] Único lugar de la obra de Tucídides en que aparecen los tres personajes. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 29.

[425] Cf. *supra*, 72, y 77 y n. 394.

tando ya ellos en el poder)[426]; que todos los Cinco Mil participarían por turno en la gestión de los asuntos públicos[427], y que los familiares de los soldados no eran injuriados, como Quéreas había declarado calumniosamente[428], ni sufrían daño alguno, sino que todos seguían en el país, en posesión cada cual de sus bienes. Expusieron otros 4
muchos argumentos, pero no por ello los soldados les hacían más caso, sino que mostraban su disgusto y expresaban diversas opiniones, pero sobre todo la de hacer rumbo contra el Pireo. Y parece que fue entonces la primera vez[429] que Alcibíades prestó un servicio, y mejor que nadie, a la ciudad, pues cuando los atenienses de Samos estaban dispuestos a hacer rumbo contra sus conciudadanos, con lo que de inmediato los enemigos se hacían dueños sin lugar

---

[426] Se refiere al ataque que desde Decelia efectuó Agis contra Atenas con los refuerzos llegados del Peloponeso. Cf. *supra*, 71, 1-2.

[427] Que los Cinco Mil participarían realmente en los asuntos de gobierno, sobreentendiendo *tôn pragmátōn*. Cf. *supra*, 65, 3; 72, 1. *Tôn te pentakiskhilíōn hóti pántes en tôi mérei methéxousin*. El problema de esta interpretación es el carácter excepcional de la construcción de *pántes* con un genitivo partitivo. Según otra interpretación, problemática, la traducción sería: «que todos los ciudadanos por turno participarían en la composición de los Cinco Mil»; todos podrían ser miembros de los Cinco Mil. Sobre el asunto, cf. *infra*, 93, 2; A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A Historical...*, cit., vol. V, págs. 285-286; D. Kagan, *The Fall of the Athenian Empire*, Ithaca-Londres, 1987, pág. 181.

[428] Cf. *supra*, 74, 3.

[429] Con la lectura *prôton*. Leyendo *prôtos*, otros entienden: «Y parece que entonces Alcibíades, primero y mejor que nadie, prestó un servicio a la ciudad...», en el sentido de que tomó la iniciativa, de que se destacó. Realmente, aquí Alcibíades, a juicio de Tucídides, evitó una guerra civil, al impedir el enfrentamiento directo entre los oligarcas y los defensores de la democracia. Sería su primer gran servicio, a juicio del historiador. Sobre la cuestión, cf. D. Kagan, *ob. cit.*, pág. 182, n. 90; S. Forde, *The Ambition to Rule...*, Ithaca, Londres, 1989, pág. 165, n. 47.

a dudas de Jonia y el Helesponto, fue él quien se lo impi-
5 dió. En aquellas circunstancias ningún otro hubiera sido
capaz de contener a la multitud, pero él les hizo renunciar
a la expedición y con sus censuras disuadió a los que esta-
ban enfurecidos con los embajadores por razones persona-
6 les. Fue él quien despidió a los embajadores contestándo-
les que no se oponía a que los Cinco Mil tuvieran el poder,
pero que les exigía que apartaran a los Cuatrocientos y
que restablecieran el Consejo que había antes, el de los
Quinientos. Y si para economizar se habían recortado al-
gunos gastos a fin de que el cuerpo expedicionario tuviera
más recursos para su sostenimiento [430], aprobaba totalmente
7 la medida. Por lo demás, les exhortaba a resistir y a no
ceder en nada ante el enemigo, puesto que mientras la ciu-
dad estuviera a salvo, había muchas esperanzas de llegar
a un acuerdo entre ellos; pero si sucumbía uno de los dos
bandos, el de Samos o el de ellos, ya no habría nadie con
quien reconciliarse.
8 También estaban presentes unos embajadores de Ar-
gos [431], venidos a ofrecer su ayuda a los demócratas ate-
nienses de Samos; Alcibíades les mostró su reconocimiento
y les dijo que acudieran cuando se les llamara y luego los
9 despidió. Estos argivos habían llegado con los hombres de
la *Páralos*, que, como se ha visto [432], habían recibido de
los Cuatrocientos la orden de vigilar las costas de Eubea
a bordo de un transporte de tropas, y que, con ocasión
de conducir a Esparta a unos embajadores atenienses en-
viados por los Cuatrocientos, a Lespodias, Aristofonte y

[430] Cf. *supra*, 1, 3; 4; 65, 3; 67, 3.

[431] La última aparición de los argivos fue la del contingente de mil quinientos hombres que, tras ser derrotado delante de Mileto en el 412, regresó a Argos. Cf. *supra*, 25, 1-27, 6.

[432] Cf. *supra*, 74, 2.

Melesias [433], una vez que estuvieron a la altura de Argos, apresaron a los embajadores, en la idea de que habían desempeñado uno de los papeles más importantes en el derrocamiento de la democracia, y los entregaron a los argivos; y ellos ya no volvieron a Atenas, sino que con los embajadores de Argos a bordo llegaron a Samos en la trirreme que tenían.

Tisafernes y la flota fenicia. Viaje a Aspendo

El mismo verano, Tisafernes, en ese 87
tiempo en que, por diversos motivos y sobre todo por la repatriación de Alcibíades, los peloponesios estaban particularmente irritados con él, por cuanto pensaban que ya se inclinaba abiertamente por los atenienses, quiso, según la impresión que dio, disipar las acusaciones que le hacían y se dispuso a marchar a Aspendo al encuentro de las naves fenicias, invitando a Licas a viajar en su compañía [434]; y en cuanto al ejército, dijo que lo confiaría a su lugarteniente Tamos, a fin de que atendiera a su sostenimiento en tanto él estuviera ausente.
Pero no hay acuerdo en lo que se cuenta y no es fácil 2
saber con qué intención se dirigió a Aspendo y una vez allí no trajo las naves. Porque está claro que las naves 3
fenicias, en número de ciento cuarenta y siete, llegaron hasta

[433] Respecto a Lespodias, cf. *supra,* VI 105, 2, n. 268. Aristofonte es desconocido; algunos lo relacionan con el político homónimo del siglo IV. A Melesias algunos lo identifican con el hijo de Tucídides, hijo de Melesias.

[434] Parece que fue Filipo quien acompañó a Tisafernes (cf. 87, 6 y 99). Tal vez la enfermedad de Licas (cf. *supra,* 84, 5) le impidió aceptar la invitación. Sobre Tamos, cf. *supra,* 31, 2. Respecto al capítulo, cf. D. LATEINER, «Tissaphernes and the Phoenician Fleet (Thuc. 8, 87)», *Transactions and Proceedings of the American Philological Assoc.* 106 (1976), 267-290; D. M. LEWIS, «The Phoenician fleet in 411», *Historia* 7 (1958), 393 ss.

Aspendo; pero sobre por qué no continuaron, se han hecho muchas conjeturas. Unos dicen que marchó para desgastar en su ausencia, tal como había proyectado, las fuerzas de los peloponesios (en todo caso, Tamos, a quien se había confiado el cuidado del ejército, no atendió mejor a su sostenimiento, sino que incluso lo empeoró); otros sostienen que había hecho acudir a los fenicios a Aspendo para sacarles dinero a cambio de dejarles marchar, puesto que no tenía ninguna intención de utilizarlos; otros, en fin, piensan que lo hizo por causa de la denuncia que contra él había llegado a Esparta [435], para que no se dijera que era culpable de faltar a su palabra, sino que era cierto que había partido en busca de unas naves verdaderamente equipadas.
4 A mí, sin embargo, me parece clarísimo que no trajo la flota porque quería desgastar las fuerzas griegas y tenerlas en suspenso [436]; quería debilitarlas mientras marchaba hacia allí y dejaba pasar el tiempo, así como mantenerlas en una situación de igualdad, evitando hacer más fuerte a ninguno de los dos bandos mediante su apoyo; porque, si hubiera querido, hubiera podido decidir la guerra apareciendo en escena de una manera inequívoca [437]; pues de haber conducido la flota, hubiera dado verosímilmente la victoria a los lacedemonios, que en aquel momento se enfrentaban al enemigo con una flota igual y no inferior.
5 Lo que sobre todo lo revela es el pretexto que adujo al no traer las naves, pues dijo que eran menos que las que el Rey le había mandado reunir; pero en este caso hubiera recibido un agradecimiento todavía mayor por no haber

[435] Cf. *supra,* 85, 2.

[436] Eran los consejos de Alcibíades. Cf. *supra,* 46.

[437] Otros entienden «si hubiera querido, apareciendo en escena hubiera puesto fin a la guerra de manera inequívoca».

gastado mucho dinero del Rey y haber logrado el mismo resultado con menos medios. En fin, fueran cuales fuesen sus intenciones, Tisafernes llegó a Aspendo y se reunió con los fenicios; y los peloponesios, por indicación suya, enviaron al lacedemonio Filipo con dos trirremes para hacerse cargo de las naves.

Alcibíades también viaja a Aspendo

Cuando Alcibíades se enteró de que 88
Tisafernes marchaba por la costa en dirección a Aspendo, también él se dirigió hacia allí con trece naves, después de prometer a los atenienses de Samos un servicio seguro e importante, afirmando que o traería personalmente las naves fenicias a los atenienses, o impediría al menos que fueran a unirse a los peloponesios. Conocía probablemente desde hacía tiempo la intención de Tisafernes de no traer las naves, y quería desacreditarlo lo más posible a los ojos de los peloponesios por la amistad que mantenía con él y con los atenienses; y lo hacía con el fin de que por ello se viera más obligado a pasarse a su lado. Así pues, zarpó y navegó hacia el Este[438], rumbo a Faselide y Cauno directamente.

---

[438] Así se interpreta *ánō,* que otras veces se refiere al Norte o a otras direcciones; indicaba «hacia el Este» probablemente por analogía con su significado normal «hacia el interior», en este caso desde la costa de Asia Menor. Fasélide estaba en la costa oriental de Licia, en la parte occidental del golfo en el que se encontraba Aspendo, a unos cincuenta kilómetros. Sobre Cauno, cf. *supra,* I 116, 3; VIII 39, 3. Su mención en este caso parece indicar que Alcibíades seguía una ruta costera, sin rodear la isla de Rodas. Están citadas en orden inverso.

Caída de los Cuatrocientos. Batalla de Eretria. Establecimiento de los Cinco Mil

Crisis de la oligarquía en Atenas

89 Cuando estuvieron en Atenas de regreso de Samos los embajadores enviados por los Cuatrocientos y dieron cuenta del mensaje de Alcibíades [439], en el que exhortaba a los atenienses a resistir y a no ceder en nada ante el enemigo, y les decía que tenía muchas esperanzas de reconciliarlos con el ejército y de vencer a los peloponesios, entonces reforzaron mucho más los ánimos de la mayor parte de los que estaban comprometidos con la oligarquía, que ya antes estaban arrepentidos y que hubieran abandonado con gusto el asunto con
2 tal de no correr ningún riesgo. A partir de entonces se pusieron a formar grupos y a criticar la situación, teniendo como jefes algunos elementos importantes [estrategos] [440] de las filas de la oligarquía y de los cargos del gobierno, como Terámenes, hijo de Hagnón, Aristócrates, hijo de Escelias [441], y otros, que tenían un papel destacado en la nueva situación, pero que ahora, según decían, estaban espantados, con un gran temor al cuerpo expedicionario de Samos y a Alcibíades, así como a los embajadores enviados a Esparta, no fuera que causaran algún daño a la ciudad sin contar con la mayoría; así declaraban su deseo de apartarse de una oligarquía excesiva [442], afirmando que en su lu-

[439] Cf. *supra,* 86, 6-7.

[440] Se considera una glosa.

[441] Sobre Terámenes, cf. *supra,* 68, 4. Aristócrates fue uno de los estrategos ejecutados después de la batalla de las Arginusas.

[442] Texto corrompido, objeto de diversas correcciones e interpretaciones; pero el sentido general parece claro. Preferimos la conjetura *houtōs*

gar había que designar a los Cinco Mil de hecho, y no de una forma puramente nominal, y establecer un régimen político más igualitario. Pero eso era un pretexto político 3 esgrimido de palabra, y la mayor parte de ellos adoptaba aquella postura por ambiciones personales, siguiendo un camino en el que por lo general encuentra su perdición una oligarquía nacida de una democracia, puesto que desde el primer día todos no sólo no pretenden ser iguales, sino que cada uno aspira a ser el primero con mucha diferencia; en un régimen democrático, en cambio, cuando se celebran elecciones, cualquiera acepta más fácilmente su resultado porque nadie se considera menoscabado por sus iguales. No obstante, lo que les incitó de una forma más 4 clara fue la sólida posición de Alcibíades en Samos y la sensación de que la oligarquía no iba a ser duradera; y en vista de ello cada uno competía por llegar a ser el primer líder del campo popular [443].

Los oligarcas radicales envían una embajada a Esparta y fortifican Eetionea en el Pireo

Los Cuatrocientos que se mostraban 90 más opuestos a esta política, y que además ocupaban los puestos más importantes, eran Frínico, quien, como hemos visto [444], ya había tenido diferencias con Alcibíades cuando era estratego en Samos, Aristarco, uno de los más acérrimos y más antiguos enemigos de la democracia, así como Pisan-

éphasan apallaxeíein a *ou tò* † *apallaxeíein*. Según otra interpretación sería: «aun sin declarar su deseo de apartarse de una oligarquía excesiva, afirmaban que había que designar...», «no declaraban su deseo de acabar con una oligarquía excesiva, pero sí que había que designar...».

[443] Cf. *supra*, II 65, 10-11, donde se hacía referencia igualmente a la lucha por la jefatura; el poder y la rivalidad como móviles de la actuación humana están muy presentes en Tucídides.

[444] Cf. *supra*, 48, 4-51, 3.

dro, Antifonte y otros influyentes personajes [445]. Ya antes, en cuanto ocuparon el poder y luego, cuando las tropas de Samos se desligaron de ellos en apoyo de la democracia, habían enviado sus embajadores a Esparta [446], y se esforzaban por llegar a un acuerdo a la vez que se dedicaban a levantar el muro de la llamada Eetionea [447]; y aún pusieron más empeño en todo ello una vez que sus embajadores volvieron de Samos, al ver que tanto la masa como algunos de los suyos que antes parecían leales estaban cam-
2 biando de lado. Alarmados por la situación de Atenas y las noticias de Samos, enviaron a toda prisa a Antifonte, a Frínico y a otros diez embajadores con la misión de llegar a una reconciliación con los lacedemonios de cual-
3 quier forma que resultara medianamente aceptable. Y al mismo tiempo se dedicaron aún con más afán a la construcción del muro de Eetionea. La finalidad de esa fortificación, según decían Terámenes y los suyos, no era la de impedir el acceso al Pireo a los de Samos, si su flota trataba de forzar la entrada, sino más bien la de facilitar este acceso a los enemigos cuando quisieran entrar con sus na-
4 ves y sus tropas de tierra. Eetionea constituye un male-

[445] Aristarco aparece realmente en Tucídides como uno de los oligarcas más extremistas (cf. *infra,* 92, 6 y 9; 98, 1 y 3). Sobre Pisandro, cf. *supra,* 49, n. 295; 68, 1; y respecto a Antifonte, cf. *supra,* 68, 1-2, n. 365. En cuanto a los otros personajes influyentes, cf. Jenofonte, *Helénicas* II 3, 46, que cita a Aristóteles y Melantio junto a Aristarco.

[446] Cf. *supra,* 71, 3; 73, 1-75, 3; 86, 9. Sobre estas embajadas a Esparta, cf. A. Ferrabino, *L'impero ateniese,* Turín, 1927 (reed. Roma, 1972, pág. 372).

[447] Es la pequeña península que estrecha por el Oeste la bocana del puerto principal del Pireo. Su héroe epónimo era Eetión, objeto de un antiguo culto. Cf. R. Garland, *The Piraeus from the fifth to the first century B.C.,* Londres, 1987, págs. 126, 149.

PUERTA DE
LA CIUDAD
MUROS LARGOS
PUERTA
AFRODISIA
PUERTO
COFO
EETIONEA
MUROS LARGOS
DIISOTERIO
DIONISIASTAS
PIREO
ÁGORA
EMPIRION
MUNIQUIA
ARSENAL
CÁNTARO
TEATRO
ZEA
ASCLEPIEO
ACTE
FREATIS
MUROS
MURO DE TEMÍSTOCLES (?)
DEL
PIREO
Trazado del Muro de los Oligarcas
Trazado de la Muralla (?)

4. El Pireo

cón [448] del Pireo, e inmediatamente a su lado está la entrada del puerto. Se levantó, pues, el muro en conexión con el que ya existía por la parte de tierra, de tal forma que unos pocos hombres apostados en el interior del recinto pudieran controlar la entrada del puerto, ya que en una de las dos torres situadas junto a la estrecha bocana del puerto [449] terminaban el muro antiguo del lado de tierra y el de dentro, el nuevo que se construía por el lado del mar [450].
5 Aislaron también con un muro transversal el almacén más importante del Pireo [451], que estaba muy cerca, inmediatamente al lado de su muro; ellos mismos se encargaron de su control y obligaron a todo el mundo a depositar allí

[448] Tucídides la define como *chelḗ*, «pinza de cangrejo» (cf. *supra*, I 63, 1, n. 363; VII 53, 1, n. 291), término que se aplicaba a las lenguas de tierra, naturales o artificiales, espigones, diques o rompeolas, que cerraban un puerto. En este caso era un estrecho promontorio que formaba un malecón natural.

[449] Literalmente «junto a la bocana del puerto, que es estrecho», naturalmente en su embocadura.

[450] Este «muro antiguo del lado de tierra», «el que ya existía por la parte de tierra», era una prolongación de la fortificación que cerraba el puerto por el Noroeste y se extendía por la costa noroeste de la Península de Eetionea hasta la torre de la bocana; era el muro exterior. El muro nuevo se levantó en la otra costa de la península, la oriental, por la parte que daba al interior del puerto, y se unía por un extremo a la torre de la bocana y por el otro al muro exterior, con lo que Eetionea quedaba convertida en un reducto. Naturalmente, «el mar» no se refiere al del exterior del puerto, sino a las aguas del propio puerto (Krüger propuso cambiar *thálassan* por *liména*).

[451] Debía de ser la *makrà stoá* construida por Pericles (cf. Pausanias, I 1, 3; *Escolios* de Aristófanes, *Acarnienses* 547). Un muro transversal que se dirigiría hacia el sur desde el muro norte del puerto encerraría la *stoa*. Se utiliza aquí el verbo *dioikodomeîn*, que sólo se vuelve a encontrar en IV 69, 2, también con el significado de «cerrar con un muro transversal».

el trigo que ya tenían y el que entraba por mar, y a surtirse de allí para venderlo.

Advertencias de Terámenes. La amenaza de los ultras

Terámenes hacía circular rumores sobre 91
estas maniobras desde hacía tiempo, y, una vez que los embajadores regresaron de Esparta sin haber conseguido ningún acuerdo que tuviera en cuenta a todo el pueblo ateniense [452], insistió en ello declarando que se corría el riesgo de que este muro causara la ruina de la ciudad. Y coincidiendo con sus advertencias se dio la circuns- 2
tancia de que por esa misma época, en respuesta a la llamada de los eubeos [453], las cuarenta y dos naves del Peloponeso, entre las que había algunas unidades italiotas procedentes de Tarento y de Locros y siciliotas, ya se encontraban fondeadas en Las [454], en Laconia, donde se disponían a zarpar rumbo a Eubea al mando del espartiata Agesándridas, hijo de Agesandro [455]. Estas naves, decía Terámenes, acudían no tanto en ayuda de Eubea como en apoyo de los que fortificaban Eetionea, y si no se ponían

[452] Literalmente «un acuerdo válido para todos». Según nuestra interpretación, era posible que se hubiera logrado algún acuerdo parcial, en beneficio de los oligarcas (cf. *supra,* 70, 2). Otros no lo entienden referido «a todo el pueblo ateniense» o «al conjunto de los atenienses», sino que traducen «un acuerdo aceptable para todos los Cuatrocientos», «un acuerdo con los Cuatrocientos en su conjunto», es decir, un acuerdo que no era satisfactorio para el sector moderado capitaneado por Terámenes.

[453] Cf. *supra,* 5, 1; 60, 1-2.

[454] En la costa occidental del Golfo de Laconia, a unos diez estadios (1,7 km.) del mar según Pausanias, III 24, 6, y al sudoeste de Gitio, el principal arsenal de los lacedemonios (cf. *supra,* I 108, 5, n. 641).

[455] Agesándridas es un personaje poco conocido (cf. *infra,* 94, 1-2; 95, 3). Su padre parece que fue el mismo Agesandro que encontramos como uno de los embajadores del ultimátum de Esparta en I 139, 3.

en guardia de inmediato, serían aniquilados sin darse cuenta.
3 Y el caso es que algo de aquello debía de estar en la mente de los que eran objeto de su acusación, y no se trataba de una simple calumnia sin fundamento. Porque por encima de todo preferían un gobierno oligárquico que mantuviera el imperio sobre los aliados, y si no, ser independientes conservando su flota y sus murallas; pero si también se les cerraba este camino, no querían en modo alguno perecer antes que los demás a manos de la democracia restaurada, sino que preferían introducir al enemigo y concluir un acuerdo que, aun sin conservar las murallas y la flota, les permitiera mantener el control de la ciudad de la manera que fuese con tal de que su seguridad personal quedara garantizada.

Discordia civil en Atenas. Asesinato de Frínico, rebelión de los hoplitas y demolición del muro del Pireo. Se exige la instauración de los Cinco Mil

92 Por esta razón construían afanosamente el muro, dotado de poternas, entradas y pasadizos para introducir al enemigo, y
2 querían terminarlo a tiempo. Al principio, pues, los rumores[456] circulaban entre pocos y más bien en secreto; pero una vez que Frínico, a la vuelta de su embajada a Esparta, fue herido por un perípolo[457] en un atentado maquinado contra él en el ágora llena de gente, a escasa distancia de la sede del Consejo de donde acababa de salir, y murió en el acto, y que el asesino

[456] Cf. *supra,* 91, 1-2. Al principio, aunque Terámenes hacía circular los rumores, debía de hacerlo sobre todo dentro de los Cuatrocientos, en su grupo de moderados. Luego se traspasan estos límites.

[457] Sobre los perípolos *(perípoloi)* o guardias de fronteras y del territorio, como nuestra guardia civil, cf. *supra,* IV 67, 2, n. 366. En cuanto al nombre de este perípolo y a la cuestión de los asesinos de Frínico, cf. PLUTARCO, *Alcibíades* 25, 14, que da el nombre de Hermón (mencio-

huyó, y su cómplice, un argivo, apresado y sometido a tormento por los Cuatrocientos, no dijo el nombre del que había dado la orden ni ninguna otra cosa, salvo que sabía que muchas personas se reunían en casa del comandante de los perípolos [458] y en otras casas, entonces, al no producirse a raíz de ello ningún cambio en la situación, Terámenes ya pasó a la acción con mayor audacia, y lo mismo podemos decir de Aristócrates y de todos los otros que compartían las mismas ideas, estuvieran dentro o fuera del grupo de los Cuatrocientos. Se daba al mismo tiempo la 3
circunstancia de que las naves procedentes de Las, que ya habían dado la vuelta [459] y fondeado en Epidauro, habían efectuado una incursión contra Egina. Y entonces Terámenes dijo que no era normal que una flota que navegaba rumbo a Eubea penetrara en el golfo hasta Egina y luego volviera a fondear en Epidauro, a no ser que se hubiera solicitado su presencia con el objetivo que él siempre había

---

nado en seguida por Tucídides —párr. 5— como comandante de los perípolos de Muniquia, incluso después del asesinato, por lo que no es fácil que fuera él); Lisias, *Contra Agórato* 71, quien habla de Trasibulo de Calidón y Apolodoro de Mégara; Licurgo, *Contra Leócrates* 112, que da los mismos nombres con una diferente versión de los hechos; y los fragmentos conservados en el Museo Epigráfico de Atenas que encontramos en R. Meiggs, D. Lewis, *A selection...*, cit., núm. 85, con un comentario sobre el tema (págs. 262-263). Cf. asimismo A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, ob. cit., vol. V, págs. 309-311. De la presencia de extranjeros en la conspiración, como el mismo cómplice argivo citado por Tucídides, no debe deducirse que el perípolo en cuestión fuera también extranjero. En realidad, la creencia de que en el servicio de perípolos había extranjeros se basa en el supuesto de que Trasibulo era un *perípolos.*

[458] Era el comandante de todos los perípolos, no Hermón, jefe únicamente del contingente de Muniquia.

[459] Cf. *supra,* 91, 2. La vuelta se refiere a que habían doblado el Cabo Malea y la Península de Argólide para entrar en el Golfo Sarónico.

denunciado; ya no era, pues, posible permanecer inactivos.
4 Finalmente, después de muchas palabras que invitaban a la sedición y sembraban sospechas, se decidieron ya a pasar realmente a la acción. Los hoplitas que construían en el Pireo el muro de Eetionea, entre los que estaba Aristócrates, que tenía el cargo de taxiarco y estaba al frente de su tribu [460], arrestaron a Alexicles [461], un estratego de la oligarquía muy adicto a su grupo político, y lo conduje-
5 ron a una casa donde lo encerraron. Entre otras ayudas contaron con la de Hermón, el comandante de los perípolos de la guarnición de Muniquia; pero lo más importante de todo era que el grueso de hoplitas estaban de acuer-
6 do [462]. Cuando se comunicó la noticia a los Cuatrocientos, que se encontraban reunidos en la sede del Consejo, inmediatamente, todos los que no estaban de acuerdo con lo sucedido [463] se mostraron dispuestos a tomar las armas y

---

[460] Sobre los taxiarcos, cf. *supra*, IV 4, 1, n. 21.

[461] Personaje sólo conocido por este pasaje y VIII 98, 1, y por el dudoso comentario de LICURGO, *Contra Leócrates* 115, quien, en una versión diferente a la de Tucídides, dice que Alexicles fue condenado a muerte junto con Aristarco como defensores de Frínico.

[462] Sobre Hermón, cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, ob. cit., núm. 84, lín. 10, pág. 259. Muniquia era una colina del conjunto del Pireo en la que había un fuerte; al pie del montículo se encuentra el puerto del mismo nombre, el moderno Turcolimani o Microlimani, el más pequeño de los tres puertos del Pireo, en el lado occidental de la Bahía del Falero. En cuanto a los hoplitas, nótese que Tucídides distingue entre los hoplitas que construían el muro en el Pireo y el grueso de los hoplitas *(tôn hoplitôn tò stîphos)*, los de la muralla y los retenes (cf. *supra*, 69, 1).

[463] Es decir los que eran contrarios a la política de Terámenes y a las recientes acciones que tal política había provocado. Es una interpretación para la que aceptamos la supresión de un *plḗn* propuesta por Haase. En ella el *taûta* se refiere a lo que precede. Según otra interpretación, sin la supresión del *plḗn*, el *taûta* se refiere a lo que sigue, y en este caso debemos entender: «a excepción de todos aquellos que no estaban

empezaron a proferir amenazas contra Terámenes y sus partidarios. Pero éste, defendiéndose[464], dijo que estaba dispuesto a marchar en seguida para ayudarles a liberar al prisionero. Y haciéndose acompañar por un estratego que compartía sus ideas se fue al Pireo, adonde también acudió Aristarco[465] con el refuerzo de algunos jóvenes
jinetes. Se produjo una confusión enorme que provocó 7
el pánico, pues los de la ciudad pensaban que el Pireo ya había sido tomado y que el prisionero había sido ejecutado, y los del Pireo que los de la ciudad estaban a punto
de caer sobre ellos. A duras penas, gracias a que los 8
ancianos trataban de contener a los que en la ciudad corrían de un lado a otro para tomar las armas, y gracias a que Tucídides de Farsalo[466], próxeno de Atenas, estaba presente y les salía al paso decididamente diciendo a voz en grito a cada uno que no causaran la ruina de la patria cuando el enemigo se encontraba al acecho tan cerca, se fue restableciendo la calma y se evitó el encuentro entre
las dos partes. Terámenes llegó al Pireo y, dado que 9
también era estratego, se irritó con los hoplitas, aunque sólo de palabra; pero Aristarco y los del partido contrario

---

de acuerdo con aquellas medidas», es decir, los que querían tomar las armas para oponerse a la política de Terámenes y a la acción de los hoplitas del Pireo.

[464] Lo que prueba que estaba en minoría entre los Cuatrocientos.

[465] Era adversario de Terámenes: cf. *supra*, 90, 1.

[466] Es probable que sea hijo de aquel Menón de Farsalo *(Phársālos)* mencionado en el libro II (cf. *supra*, II 22, 3, n. 179). Cf. Marcelino, *Vida de Tucídides* 28. Sobre la proxenia, cf. *supra*, II 29, 1, n. 223; III 2, 3; 52, 5; 70, 3; F. Gschnitzer, «Proxenos», en *Paulys Real-Enciclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, Stuttgart, Suppl. XIII, 1973, 629-730; M. B. Walbank, *Athenian Proxenies of the Fifth Century B.C.*, Toronto, 1978; M. F. Baslez, *L'étranger dans la Grèce Antique*, París, 1984, págs. 111-125.

10 estaban enfadados de verdad. Los hoplitas, sin embargo, querían mayoritariamente pasar a la acción y no depusieron su actitud; preguntaron a Terámenes si creía que el muro se construía con buen fin, y si no era mejor que fuera derribado. Su contestación fue que si a ellos les parecía bien derribarlo, también se lo parecía a él. Entonces los hoplitas y muchos habitantes del Pireo subieron inme-
11 diatamente al muro y empezaron a demolerlo. La consigna que se daba a la masa era que quien quisiera que gobernaran los Cinco Mil en lugar de los Cuatrocientos tenía que ponerse manos a la obra. Porque, pese a todo, todavía se cubrían con el nombre de los Cinco Mil, evitando decir claramente «quien quiera que gobierne el pueblo», pues temían que los Cinco Mil existieran realmente y que por desconocimiento se pudiera dar un traspié si se decía algo inconveniente a uno de ellos. Por eso los Cuatrocientos no querían ni que existieran los Cinco Mil ni que se descubriera que no existían, pues por un lado pensaban que el hecho de instituir tantos partícipes en el poder equivalía claramente a una democracia, y por otro que la incertidumbre alimentaba el miedo recíproco [467].

Asamblea de los hoplitas. Conversaciones con los Cuatrocientos

93 Al día siguiente, los Cuatrocientos, a pesar de la confusión en que se encontraban, se reunieron en la sede del Consejo; y los hoplitas del Pireo, después de soltar a Alexicles, al que antes habían arrestado, y derribar el muro, fueron al teatro de Dioniso [468], junto

[467] Es decir, la desconfianza mutua entre los ciudadanos, lo que favorecía la estrategia de los oligarcas y los fortalecía en el poder.

[468] Teatro situado en la ladera noroccidental de la colina de Muniquia, en un lugar con una espléndida vista hacia el Puerto Grande y el Golfo Sarónico. Cf. R. Garland, *The Piraeus,* 1987, pág. 161; Lisias, XIII 32; Jenofonte, *Helénicas* II 4, 32.

a Muniquia, donde, sobre las armas, celebraron una asamblea, en la que decidieron dirigirse inmediatamente a la ciudad y, una vez allí, hicieron alto, de nuevo sobre las armas, en el Anaceo [469]. Se presentaron allí unos comi- 2
sionados de los Cuatrocientos que entablaron conversaciones con ellos, hombre a hombre, y trataron de persuadir a los que veían más moderados a mantenerse tranquilos y a contener a los demás afirmando que iban a designar a los Cinco Mil y que de éstos saldrían por turno los Cuatrocientos en las condiciones que los Cinco Mil decidieran [470]; pero entre tanto no debían de ningún modo causar la ruina de la ciudad ni ponerla en manos del enemigo. Tras numerosas exhortaciones de muchos ciudadanos a 3
otros muchos, todo el cuerpo de hoplitas se mostraba mucho más calmado que antes y temía sobre todo por el conjunto del Estado [471]. Y así se llegó al acuerdo de celebrar una asamblea en el teatro de Dioniso [472], en un día prefijado, con el fin de restablecer la concordia.

---

[469] Santuario de los Dioscuros, los *Anakes,* es decir, los Señores. De ahí su nombre, el Anaceo *(Anákeion)* o «templo de los Señores». Estaba al pie de la Acrópolis, en su lado septentrional. Cf. Pausanias, I 18, 1-2; Andócides, I 45; Polieno, I 21, 2. Debía de ser un lugar espacioso, en el que se realizaban paradas de caballería.

[470] Cf. *supra,* 86, 3.

[471] *Perì toû pantòs politikoû,* «por el conjunto de los ciudadanos» (cf. Heródoto, VII 103); «por la existencia misma del Estado», según la interpretación del escoliasta.

[472] En Atenas, al pie de la Acrópolis y al sudeste del Partenón. Estaba ligado al santuario de Dioniso Eleutereo, situado al lado: cf. Pausanias, I 20, 3.

94 *Alarma en Atenas ante la proximidad de una flota peloponesia*

Cuando llegó el momento de la asamblea [en el teatro de Dioniso] y se encontraban prácticamente reunidos, se anunció que las cuarenta y dos naves de Agesándridas se encontraban en aguas de Salamina procedentes de Mégara [473]. Entonces entre la masa [de los hoplitas] [474] todo el mundo comenzó a pensar que era eso mismo lo que desde hacía tiempo decían Terámenes y sus amigos, esto es, que el objetivo de aquellas naves era el muro, y así pensaron que su demolición había sido
2 un acierto. Es posible, desde luego, que Agesándridas merodeara por Epidauro y por aquellas aguas de acuerdo con un plan establecido, pero también es verosímil que, ante las discordias intestinas que entonces desgarraban a los atenienses, se entretuviera por allí con la esperanza de
3 presentarse en el momento oportuno. Pero lo cierto es que ante aquella noticia los atenienses en masa partieron a la carrera inmediatamente en dirección al Pireo, considerando más importante que su guerra civil la que el enemigo les traía de fuera, una guerra que no estaba lejos, sino que se estaba acercando a su puerto. Así unos embarcaron en las naves surtas en el puerto, otros echaron al agua las que estaban varadas y otros, en fin, acudieron a defender los muros y la bocana del puerto.

[473] Cf. *supra*, 91, 2; 92, 3. En la narración no se ha comentado el paso de esta flota de Epidauro a Mégara.

[474] *Kaì pâs tis tôn pollôn [hoplitôn]*. El texto es objeto de discusión. Suprimiendo *hoplitôn*, los *polloí* son la masa, la gente del pueblo, por oposición a los oligarcas.

Victoria peloponesia en Eretria. Atenas pierde Eubea

Entre tanto, las naves peloponesias, 95 tras navegar a lo largo de la costa y doblar Sunio, fueron a fondear entre Tórico y Prasias [475], y luego llegaron a Oropo. Los atenienses, a toda prisa y forzados 2 a servirse de unas tripulaciones no adiestradas [476], dado que la ciudad estaba dividida y querían acudir con rapidez en defensa de su posesión más importante (pues, desde que el Ática les estaba vedada, Eubea lo era todo para ellos) [477], enviaron a Eretria al estratego Timócares [478] con unas naves, que, a su llegada a Eubea, sumadas a las que ya se 3 encontraban allí, dieron un total de treinta y seis unidades. En seguida se vieron forzadas a combatir, pues Agesándridas, después del almuerzo, hizo zarpar de Oropo a su flota, y Oropo dista de la ciudad de Eretria unos sesenta estadios por mar [479]. Como el enemigo hacía rumbo contra 4

[475] Tórico está en la costa oriental del Ática, cerca de las minas de Laurio y a unos 10 km. del Cabo Sunio. Tenía dos puertos y era un enclave importante desde tiempos prehistóricos. Atenas lo fortificó en el 409 (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 2, 1). Sobre Sunio-Tórico, cf. *supra,* 4, n. 30. Prasias, lugar también importante desde antiguo (cf. PAUSANIAS, I 31, 2), se encontraba igualmente en la costa, a unos 15 km. al norte de Tórico, en la actual Bahía de Porto Rafti. Respecto a Oropo, cf. *supra,* II 23, 3, n. 189. Desde fines del invierno (cf. *supra,* 60, 1) estaba en manos de los beocios.

[476] No adiestradas a remar juntas, puesto que la situación de la ciudad no lo había permitido. Cf. *supra,* VII 14, 1; JENOFONTE, *Helénicas* VI 2, 12; 27-32; POLIBIO, I 61, 3-4; POLIENO, III 11, 7.

[477] Respecto a Eubea, cf. *supra,* II 14, 1; VII 28, 1. El hecho de que el Ática les estaba vedada se debía, naturalmente, a la ocupación de Decelia (cf. *supra,* VII 19, 1-3).

[478] Personaje que no vuelve a aparecer en Tucídides. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 1.

[479] Las dos ciudades estaban frente a frente. La distancia es de unos 10,5 km. (lo que implica un estadio de 175 m.). Cf. ESTRABÓN, IX 2, 6, 403.

ellos, los atenienses quisieron que sus tripulaciones embarcaran inmediatamente, creyendo que los hombres se encontraban junto a las naves; pero ocurría que se estaban avituallando para el almuerzo no en el mercado (pues allí no había nada para vender debido a una estratagema de los eretrieos), sino en unas casas de las afueras de la ciudad; el fin de esta estratagema era que se procediera al embarque con lentitud y el enemigo pudiera anticiparse en su ataque obligando a los atenienses a hacerse a la mar tal como se encontraran. Desde Eretria se había alzado una señal dirigida a los peloponesios de Oropo para indi-
5 carles cuándo debían hacerse a la mar. De tal suerte fue, pues, la disposición con que los atenienses se hicieron a la mar y entablaron batalla a la altura del puerto de Eretria. Pese a ello, resistieron un cierto tiempo, pero después se dieron a la fuga y fueron perseguidos hasta tierra.
6 Todos los que buscaron refugio en la ciudad de Eretria, por creerla amiga, sufrieron la suerte más cruel, pues fueron asesinados por sus habitantes. Sobrevivieron, en cambio, los que se refugiaron en el fuerte del territorio de Eretria, que estaba en poder de tropas atenienses, y también se salvaron todas las naves que consiguieron llegar a Cal-
7 cis[480]. Los peloponesios, tras apresar veintidós naves atenienses, matar a una parte de sus hombres y hacer prisioneros a otros, levantaron un trofeo. Y no mucho después provocaron la defección de toda Eubea, a excepción de Óreo[481] (que ocupaban los propios atenienses), y tomaron todas las demás disposiciones respecto a la isla.

---

[480] Calcis está a unos veinte kilómetros al noroeste de Eretria. Primero no se uniría a la sublevación, pero lo haría luego. Estas naves serían catorce (las 36 del párrafo 3 menos las 22 del párrafo 7).

[481] Óreo se levantó en el territorio de la antigua Hestiea tras ser expulsados sus habitantes y ser ocupada por colonos atenienses: cf. *supra,*

Pánico en Atenas. Esparta no aprovecha la coyuntura

96 Cuando llegó a los atenienses la noticia de lo sucedido en Eubea, se apoderó de ellos un pánico mucho mayor que los que en ocasiones anteriores habían experimentado. Ni el desastre de Sicilia, aunque a la sazón les había parecido grave, ni ningún otro acontecimiento les había nunca asustado tanto. Porque en un 2 momento en que el ejército de Samos se había sublevado y no había más naves ni tripulaciones, en que la discordia civil desgarraba a los ciudadanos y no se sabía cuándo estallaría la guerra entre ellos, al sobrevenir por añadidura aquel gravísimo desastre en el que habían perdido las naves y, sobre todo, Eubea, de la que sacaban mayor provecho que del Ática, ¿cómo no iba a ser normal que cundiera el desánimo? Lo que más, y más de cerca, les inquietaba 3 era la posibilidad de que el enemigo se atreviera, tras la victoria, a poner proa directamente contra ellos lanzándose sobre el Pireo, que se encontraba sin naves, y pensaban que ya estaba a punto de llegar. Y eso lo hubieran con- 4 seguido fácilmente los lacedemonios si hubieran sido más audaces, y con ello habrían agravado todavía la división de la ciudad simplemente al fondear frente a ella, o, si se hubieran quedado para someterla a un asedio, habrían obligado a la flota de Jonia, a pesar de su animadversión por la oligarquía, a acudir en ayuda de sus familiares y de toda la ciudad; y en esa situación habría quedado a su merced el Helesponto, Jonia, las islas y todo lo que había hasta Eubea; en una palabra, todo el Imperio Ateniense. Pero no fue ésta la única ocasión en que los 5 lacedemonios fueron para los atenienses los enemigos más

---

I 114, 3, nn. 706 y 707; VII 57, 2. Estaba en la parte central de la costa norte de Eubea.

cómodos por su modo de hacer la guerra; hubo otras muchas. Como eran muy diferentes en su manera de ser —rápidos los unos y lentos los otros, unos emprendedores y los otros indecisos— [482], los lacedemonios les resultaron muy útiles, sobre todo al tratarse de un imperio marítimo. Lo evidenciaron los siracusanos, que, al tener una manera de ser más semejante a la de los atenienses, fueron los que mejor les hicieron la guerra.

Destitución de los Cuatrocientos e instauración de los Cinco Mil. Juicio sobre este régimen

97 Ante las noticias recibidas, los atenienses equiparon, pese a todo, veinte naves y convocaron la Asamblea; celebraron inmediatamente una sesión, la primera que entonces se reunió en la llamada Pnix [483], que era el lugar donde se solían reunir anteriormente. En ella destituyeron a los Cuatrocientos y decretaron confiar el poder a los Cinco

---

[482] Cf. *supra,* I 70, nn. 400-407; 102; 118, 2; II 40; 62; 63; 64; III 82; IV 55, n. 300; VI 18; 87, 2, n. 215. Frente a las ideas de tranquilidad, paz, retraimiento o inactividad, indecisión *(hesychía, apragmosýnē, scholḗ,* etc.), están las de acción, riesgo, porfía, intervención, novedad, decisión *(polypragmosýnē, philoneikía, neōteropoiía,* etc.). Tucídides ha reflexionado en muchas ocasiones sobre estas actitudes y sobre la oposición de los «caracteres» ateniense y espartano. La guerra puso a prueba estos «caracteres» de los pueblos y forzó a los espartanos a la acción y a la audacia (cf. Brásidas, VII 18, 3, Gilipo, etc.), mientras en Atenas tampoco faltaron partidarios de la tranquilidad, como era el caso de Nicias. Respecto al análisis de todos esos conceptos, cf. P. Demont, *La cité grecque archaïque et classique et l'idéal de tranquillité,* París, Les Belles Lettres, 1990, en especial págs. 191-252, y la bibliografía allí citada. Hay probablemente una exageración en la afirmación de este pasaje. La flota espartana actuaba en una ruta de vital importancia para Atenas (VIII 99; 103, 1; 107, 2): cf. C. A. Powell, «Athens' difficulty, Sparta's opportunity: causation and the Peloponnesian War», *L'Antiquité Classique* 49 (1980), 87-114.

[483] La Pnix, colina situada en la parte occidental de la ciudad junto a las murallas, era, como se ve en este pasaje, el lugar en que se reunía

Mil (de los que formarían parte todos aquellos que pudieran procurarse el armamento hoplítico) [484] y no pagar sueldo alguno por ningún cargo público; y si alguien transgredía esta disposición, se le consideraría maldito [485]. Poste- 2
riormente tuvieron lugar otras muchas asambleas, en las que se procedió al nombramiento de *nomotetas* [486] y a la votación de otras medidas relativas a la administración del Estado. Durante su primera etapa [487] es cuando pare-

---

habitualmente la Asamblea. Ahora las sesiones volvían a celebrarse allí después de la interrupción de la época oligárquica, en la que se eligieron otras sedes (cf. *supra,* 67, respecto a la asamblea de Colono, y 93-94, respecto a la que se debía reunir en el teatro o santuario de Dioniso).

[484] No es fácil determinar este número en otoño del 411. Cinco mil era un máximo en el programa de VIII 65, 3, mientras que en ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenienses* 29, 5, aparece como un mínimo. El número sería nueve mil según LISIAS, XX 13. Y en realidad podríamos pensar en unos diez mil. Sobre estas cifras cf. A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *Commentary...*, vol. V, págs. 205-206, 329; D. KAGAN, *The Fall...*, cit., pág. 203.

[485] La maldición conllevaba la privación de los derechos de ciudadanía y la confiscación de los bienes. Esta decisión de suprimir las retribuciones públicas estaba de acuerdo con una disposición de los oligarcas que sólo contemplaba la paga para el servicio militar (cf. *supra,* 65, 3; 67, 3; 86, 6).

[486] Los nomotetas o nomótetas *(nomothétai),* «legisladores», encargados de redactar y revisar la legislación, como los que se preveían en VIII 67, 1. El título no aparece regularmente hasta fines del siglo v a. C. (cf. A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *ob. cit.*, vol. V, pág. 330; R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection...*, pág. 192).

[487] Es decir, al principio de este nuevo régimen. El texto admite otra interpretación: «Entonces por primera vez, al menos en mi tiempo, los atenienses parecen haber tenido un buen gobierno ...». En todo caso, Tucídides manifiesta claramente (como después hace ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenienses* 33, 2) su simpatía por esta oligarquía moderada o democracia controlada, por este régimen mixto que era el de los Cinco Mil, un régimen que se apoyaba en los hoplitas ricos y que excluía a la plebe sin capacidad económica. Desde la muerte de Pericles, el único

ce, al menos en mi tiempo, que han tenido mejor gobierno los atenienses, pues se dio un mesurado equilibrio entre los oligarcas y la masa, y eso fue lo que primero contribuyó a levantar la ciudad de la pésima situación en que se
3 encontraba. También decretaron que volvieran Alcibíades y sus compañeros de exilio, y a él y al ejército de Samos

político, a juicio de Tucídides, que tuvo la habilidad de controlar a las masas y conjugar la democracia con un régimen de autoridad personal (cf. *supra,* II 65, 9, n. 432), habían aparecido una serie de personajes que subordinaron los intereses del Estado a su propia posición y que, condicionados por el pueblo, no diseñaron la mejor política que necesitaba Atenas en aquellos años de guerra (cf. *supra,* II 65, 10-11). Eso había sido causa de muchos problemas y ahora, puesto que no abundaban los grandes políticos, había que limitar el campo de acción a los demagogos y reducir la influencia de las masas. Tucídides, como intelectual, parece situarse en el fiel de la balanza respecto a posiciones extremas; no es un oligarca, puesto que condena los excesos de la oligarquía, pero en su análisis de la guerra ha señalado los errores de una política demagógica sin altura de miras y sin rumbo decidido; por ello, sólo cabe definirlo como una personalidad independiente que admira la democracia dirigida por Pericles, pero que está en guardia ante las formas más radicales de democracia que, sobre todo en momentos difíciles, pueden poner en peligro los verdaderos intereses del Estado. Cf. I-II, «Introducción» de Julio Calonge, págs. 83-93; G. Donini, *La posizione di Tucidide verso il governo dei Cinquemila,* Turín, 1969; G. M. Kirkwood, «Thucydides' Judgement on the Constitution of the Five Thousand (VIII 97, 2)», *American Journal of Philology* 93 (1972), 92-103; H. D. Westlake, art. cit., *Bull. J. Rylands Library,* 1973; D. Proctor, *The Experience of Thucydides,* Warminster, 1980, págs. 46 ss., y reseña de J. D. Smart, *Classical Review* 32 (1982), 19-20; M. Pope, «Thucydides and democracy», *Historia* 37 (1988), 276-296. «Démocrate en politique, avec Périclès, il est resté aristocrate de tempérament (le parallèle avec Alexis de Tocqueville mérite d'être rappelé). Il fait partie de cette élite athénienne, issue de Solon, qui a recherché la juste mesure, la conciliation de la liberté et de l'ordre; nous le devinons aussi hostile aux grands et à leurs privilèges qu'à la masse et à ses appétits sans limites» (Ch. Lichtenthaeler, *Thucydide et Hippocrate vus par un historien-médecin,* Ginebra, 1965, págs. 223-224).

les enviaron mensajes exhortándoles a intervenir en los asuntos públicos [488].

Pisandro y otros oligarcas radicales se pasan al enemigo. Pérdida de Énoe. Con el fin de la oligarquía cesan las luchas civiles

Al producirse este cambio de régimen, 98
Pisandro y Alexicles con sus amigos y
todos los que habían desempeñado un pa-
pel importante en la oligarquía en segui-
da se retiraron secretamente a Decelia.
Aristarco (se daba la circunstancia de que
era estratego) fue el único de ellos que
tomó consigo apresuradamente algunos
arqueros, los más bárbaros [489], y se diri-
gió a Énoe. Era un fuerte ateniense en 2
la frontera con Beocia. Los corintios lo asediaban por su
cuenta, después de llamar en su ayuda a los beocios, a
causa de la masacre sufrida por sus hombres que volvían
de Decelia a manos de la guarnición de Énoe. Después 3
de tratar con los sitiadores, Aristarco engañó a los de Énoe,
diciéndoles que los atenienses de la ciudad habían llegado
a un acuerdo general con los lacedemonios y que ellos de-
bían entregar la plaza a los beocios, puesto que así lo con-
templaba una cláusula del convenio. Ellos confiaron en lo
que les decía por tratarse de un estratego y porque a causa
del asedio no estaban enterados de nada, y así salieron
del fuerte al amparo de una tregua. De esta forma cayó 4

---

[488] *Tôn pragmátōn,* referido a los asuntos públicos, tanto políticos como militares, y sobre todo a su intervención en el gobierno del Estado. Otros lo refieren solamente a los asuntos militares y entienden: «exhortándoles a dedicarse activamente a la guerra».

[489] En Atenas había un cuerpo de extranjeros, de rudos tracios o escitas en su mayoría, que, aparte de ir a la guerra, desempeñaban funciones policiales (cf. *supra,* II 13, 8, n. 111; ANDÓCIDES, III 5; ESQUINES, II 173). Aquí el término *bárbaros,* «extranjero» (cf. *supra,* I 1, 2, n. 8), usado en superlativo, ya tiene la connotación peyorativa, después usual en la palabra. Respecto a Énoe, cf. *supra,* II 18, 1, n. 142.

Énoe y la ocuparon los beocios, y en Atenas acabaron la oligarquía y las luchas civiles.

Operaciones en el Helesponto. Victoria ateniense de Cinosema

99 *Zarpa la flota peloponesia de Mileto rumbo al Helesponto*

Por la misma época de ese verano [490], por lo que se refiere a los peloponesios de Mileto [491], como no atendiera a su sostenimiento ninguno de los encargados que, como hemos visto, había dejado Tisafernes [cuando se marchó a Aspendo] [492], y como ni las naves fenicias ni Tisafernes habían aparecido de momento por ningún lado, y por añadidura Filipo, el que había acompañado a Tisafernes [493], y también Hipócrates, un espartiata que estaba en Fasélide, habían comunicado al navarco Míndaro que la flota fenicia no se presentaría y que en todos los aspectos estaban siendo burlados por Tisafernes, y en vista además de que Farnabazo los llamaba y estaba ansioso por hacer venir las naves y provocar también él la sublevación contra los atenienses de las ciudades de su provincia que todavía les quedaban, actuando

[490] Hacia fines de septiembre o primeros de octubre del año 411.

[491] Pasaje con un notable anacoluto. Empieza con un *hoi en têi Milêtōi Peloponnésioi,* «los peloponesios de Mileto», un *nominativus pendens,* una referencia inicial, que no está seguida por el verbo que esperaríamos y que más abajo, tras una serie de razones, encuentra su continuación en *hoútō dè ho Míndaros,* con un Míndaro, sujeto del verbo principal, que estaba al mando de estos peloponesios de Mileto. Para un caso similar, cf. *supra,* IV 73, 4, n. 402.

[492] Según se vio en VIII 87, 1 y 3, el encargo lo recibió Tamos. En cuanto a la frase «cuando se marchó a Aspendo», algunos piensan que no figuraba en el texto tucidídeo.

[493] Cf. *supra,* 87, 6.

como Tisafernes con la esperanza de obtener de ello alguna ventaja [494], ante todo ese cúmulo de circunstancias, Míndaro, con mucho orden y con una discreta señal de marcha, a fin de pasar inadvertidos a los de Samos, se hizo a la mar desde Mileto con setenta y tres naves y tomó el rumbo del Helesponto (ya antes, en ese mismo verano, habían navegado hacia allí dieciséis naves, que habían efectuado incursiones contra una parte del Quersoneso); sin embargo, sorprendido por un viento tempestuoso, se vio forzado a arribar a Ícaro [495], donde permaneció cinco o seis días debido a la imposibilidad de hacerse a la mar, y luego llegó a Quíos.

La flota ateniense de Samos también se dirige al Helesponto. Operaciones en Lesbos

Cuando Trasilo se enteró de que Mín- 100
daro había partido de Mileto, zarpó también él inmediatamente de Samos con cincuenta y cinco naves, apresurándose para que el otro no entrara antes que él en el
Helesponto. Pero informado de que esta- 2
ba en Quíos y creyendo que se detendría allí, puso vigías en Lesbos y en la parte de enfrente del continente, para que si las naves enemigas se ponían en movimiento en cualquier dirección no le pasaran inadvertidas; y él costeó hasta Metimna [496], donde mandó preparar harina de cebada y otras provisiones, porque, si se prolongaba la estancia, tenía la intención de efectuar incursiones
contra Quíos desde la base de Lesbos. Al mismo tiempo, 3

[494] Se suele referir el comentario a la rivalidad entre los dos sátrapas. Cf. *supra,* 6, 1.

[495] Cf. *supra,* III 29, 1. Ícaro, la actual Icaria, es una isla situada al oeste de Samos.

[496] En la costa norte de Lesbos (cf. *supra,* 22, 2), en la parte de la isla más alejada de Quíos, por lo que debía de ser un punto de avituallamiento, pero no su base de operaciones contra Quíos.

dado que Éreso de Lesbos [497] había hecho defección, quería hacer rumbo contra ella y conquistarla si podía. Lo que había sucedido era que unos exiliados de Metimna, que no eran de los ciudadanos menos influyentes, habían hecho venir de Cime a unos cincuenta hoplitas de su mismo grupo político [498] y habían reclutado mercenarios en el continente; y con un total de unos trescientos hombres, mandados por el tebano Anaxandro, en virtud de los vínculos de raza [499], habían atacado primero Metimna; pero, repelida su tentativa merced a la guarnición ateniense de Mitilene, que se había adelantado, y rechazados de nuevo en una batalla fuera de la ciudad, tras una marcha a través de los montes, habían conseguido provocar la defección
4 de Éreso. Así pues, Trasilo se presentó ante esa ciudad con todas sus naves dispuesto a lanzar un ataque. Previamente había llegado allí Trasibulo con cinco naves con las que había salido de Samos cuando se recibió la noticia del paso de los exiliados; pero, como llegó más tarde que ellos,
5 se fue a fondear delante de Éreso. Se les sumaron aún unas dos naves que desde el Helesponto volvían a Atenas

[497] Ciudad situada en la costa occidental al sudoeste de Metimna. Cf. *supra,* 23.

[498] Los exiliados de Metimna, «que no eran de los ciudadanos menos influyentes», dado que Metimna estaba de nuevo bajo el control de Atenas (cf. *supra,* 23, 4 ss.), eran naturalmente aristócratas. Cime, en la costa de Asia Menor, al sudeste de Lesbos, sería refugio de estos desterrados. A los hoplitas se les califica con el término *prosetairistoús,* palabra que sólo volvemos a encontrar en Dión Casio (XLII 51, 3; XLVIII 10, 3); serían de la misma facción o ideología que los organizadores de aquel movimiento y con ese término se indicaría sobre todo que se habían unido voluntariamente a la empresa, a diferencia de los mercenarios.

[499] Como beocios, los tebanos, igual que los lesbios, pertenecían a la Eolia. Sobre esta *syngéneia* entre lesbios y beocios, cf. *supra,* III 2, 3, n. 15; VII 57, 5; VIII 5, 2. Anaxandro (según algún códice, Anaxarco) es un personaje desconocido.

y otras de Metimna; en total había sesenta y siete unidades [500], con cuyas tropas se preparaban para tomar por asalto Éreso si podían, valiéndose de ingenios de guerra y de cualquier otro procedimiento.

La flota peloponesia de Míndaro llega al Helesponto

Entre tanto, Míndaro y las naves peloponesias que estaban en Quíos se avituallaron durante dos días y, después de recibir de los quiotas tres *tesaracostas* [501] quiotas por hombre, al tercer día, zarparon de Quíos a toda prisa, pero no tomaron la ruta de alta mar, a fin de no encontrarse con las naves de Éreso, sino que dejando Lesbos a babor hicieron rumbo al continente. Después de tocar en el puerto de Carteria [502], en el territorio de Focea, y tomar el almuerzo, costearon el territorio de Cime y cenaron en Arginusas [503], en el continente, en la costa situada enfrente de Mitilene. Desde allí, todavía en plena noche, siguieron costeando y llegaron a Harmatunte [504], en la parte del continente situada enfrente

101 (margin, at "Entre tanto") — 2 (margin, at "nente. Después de tocar") — 3 (margin, at "nente, en la costa")

[500] Con este total de sesenta y siete, dado que las de Trasilo eran cincuenta y cinco y las de Trasibulo cinco, si eran dos las de Atenas, las de Metimna debían de ser cinco.

[501] Las *tesaracostas (tessarakostai),* literalmente «cuadragésimas», eran, según nos dice el escoliasta, una antigua moneda local, cuyo valor y características no son conocidas con precisión.

[502] Carteria no ha sido identificada con seguridad. Según PLINIO, *Historia Natural* V 138, este topónimo aparece en un grupo de islas situadas cerca de Esmirna. Se ha pensado que podría ser una de las pequeñas islas que se encuentran enfrente de Focea.

[503] Con el nombre de Arginusas se conocía un grupo de pequeñas islas muy cercanas a la costa asiática a la altura del extremo sudeste de Lesbos. Este pasaje parece referirse a un lugar del mismo nombre en el continente. Sería un caso similar al de Síbota, nombre que se daba a un grupo de islotes de la costa de Tesprotia y a un puerto del continente situado enfrente (cf. *supra,* I 47, 1, n. 281; 49, 5).

[504] Harmatunte no aparece en otra fuente y no ha sido identificado

de Metimna; almorzaron allí y, tras costear a toda prisa Lecto, Larisa, Hamáxito [505] y otros lugares de aquella zona, llegaron a Reteo, ya en el Helesponto [506], antes de la media noche. También hubo algunas unidades que arribaron a Sigeo y a otros lugares de por allí.

Movimientos navales en el Helesponto

102 Los atenienses que estaban en Sesto con dieciocho naves [507], cuando observaron las señales que con fuego les hacían sus vigías y vieron las numerosas hogueras que de repente aparecían en la zona enemiga, se dieron cuenta de que la flota de los peloponesios entraba en el Helesponto. Y esa misma noche, todo lo deprisa que pudieron y ciñéndose cautelosamente al Quersoneso, costearon rumbo a Eleunte [508], con la intención de salir a mar abierto fuera del alcance de la flota enemi-
2 ga. Pasaron inadvertidos a las dieciséis naves de Abido [509],

con exactitud, pero se suele situar en la costa septentrional del Golfo de Adramitio, en la Bahía de Sivrice.

[505] Lecto es el promontorio sudoccidental de Tróade, en el extremo del Golfo de Adramitio, al norte de Lesbos, donde está el actual Cabo Baba. Larisa, aunque aquí aparece mencionada antes que Hamáxito, estaba más al norte. Hamáxito era una plaza situada al norte del promontorio de Lecto.

[506] Reteo estaba al éste de la desembocadura del Escamandro, ya en el Helesponto. Sigeo, en cambio, se encontraba al oeste del Escamandro, en la costa occidental de Tróade y aún fuera del Helesponto.

[507] Deben de ser las naves enviadas al Helesponto en VIII 80, 4 (donde no se nos daba el número). Dos unidades las vimos regresar en 100, 5. En cuanto a Sesto, recuérdese que Estrombíquides la había convertido en puesto de vigilancia (cf. *supra,* 62, 2-3) y que luego había regresado a Samos (VIII 79, 5).

[508] Ciudad situada en el extremo sudoccidental del Quersoneso tracio, junto a la entrada del Helesponto y enfrente de Sigeo.

[509] Respecto a estas dieciséis unidades, cf. *supra,* 99, hacia el final. La escuadra amiga que entraba era naturalmente la de Míndaro. En cuanto a Abido, cf. *supra,* 61, 1-62.

pese a que éstas habían sido alertadas por la escuadra amiga que entraba para que prestaran atención a la guardia por si el enemigo intentaba salir. Pero cuando al alba avistaron a las de Míndaro y éstas emprendieron de inmediato su persecución, los atenienses no consiguieron adelantarse a sus perseguidores con todas las unidades, sino que, mientras que las más lograron refugiarse en Imbros y Lemnos, las cuatro últimas fueron alcanzadas a la altura de Eleunte.
A una, que había encallado frente al santuario de Prote- 3
silao [510], la apresaron con sus tripulantes, y a otras dos sin ellos; y a otra abandonada la incendiaron junto a Imbros.

La flota ateniense de Trasilo llega al Helesponto y en Eleunte se prepara para la batalla

Después de esto, con las naves pro- 103
cedentes de Abido que se incorporaron a la flota, formando un total de ochenta y seis unidades [511], asediaron Eleunte durante aquel día; pero luego, como la ciudad no se les pasaba, se retiraron a
Abido. Los atenienses, por su parte, en- 2
gañados por la confianza puesta en sus vigías [512], y sin

---

[510] Santuario situado probablemente en el extremo del Quersoneso, junto a la entrada del Helesponto. Cf. Heródoto, IX 116, 2; Estrabón, VII fr. 52.

[511] Las setenta y tres unidades de la flota de Míndaro con la incorporación de las dieciséis naves de Abido darían un total de ochenta y nueve, del que en todo caso se podrían restar las dos unidades apresadas del párrafo 3, pero aun así nos encontramos con ochenta y siete. Las cifras de Diodoro (XIII 38, 6; 39, 2-3), que también ofrecen problemas, nos dan un total de ochenta y ocho unidades, y son tres las naves capturadas por los atenienses. Las cifras no nos han llegado, pues, con absoluta precisión, y, además de posibles corrupciones en el texto, es probable que se haya pasado por alto algún incidente menor que afectara a estos números.

[512] Cf. *supra*, 100, 2.

imaginar que el paso por Lesbos de las naves enemigas pudiera no ser advertido, seguían atacando tranquilamente las murallas de Éreso; pero cuando recibieron la noticia, abandonaron inmediatamente el asedio y acudieron a toda
3 prisa en ayuda del Helesponto. Apresaron dos naves peloponesias que toparon con ellos al haberse adentrado en alta mar con excesiva audacia en la persecución que hemos visto [513], y un día después llegaron a Eleunte y fondearon allí. También hicieron venir todas las naves que se habían refugiado en Imbros y durante cinco días se prepararon para la batalla naval.

Comienza la batalla de Cinosema

104 A continuación entablaron la batalla de la manera siguiente. Los atenienses, con las naves formadas en columna y manteniéndose junto a la costa, hicieron rumbo a Sesto; y los peloponesios se dieron cuenta y a su vez zarparon de Abido para ir a su
2 encuentro. Cuando comprendieron que iban a entrar en combate, los atenienses se desplegaron en línea delante de la costa del Quersoneso, desde Ídaco hasta Arrianos [514], con setenta y seis naves, y los peloponesios lo hicieron des-

[513] Cf. *supra,* 102, 2. Este apresamiento se habría producido antes de la reunión de la flota a la que se refiere el párrafo 1.

[514] Lugares de la costa del Quersoneso tracio no conocidos por otras fuentes y que pueden situarse con aproximación por el hecho de que Cinosema estaba en medio y por la posición de los peloponesios en la costa de enfrente. El número de naves atenienses, setenta y seis, debe de ser el resultado de la suma de las sesenta y siete unidades de VIII 100, 5, y una parte de las catorce que en el capítulo 102 vimos que escapaban de sus perseguidores; de éstas ahora sólo estarían las que se habían refugiado en Imbros, las únicas a cuyo regreso se ha referido Tucídides (103, 3). Respecto al número de las unidades peloponesias, cf. *supra,* 103, 1.

de Abido hasta Dárdano con ochenta y seis unidades [515]. En la formación de los peloponesios el ala derecha la 3 ocupaban los siracusanos, y la otra la tenía el propio Míndaro con las naves más marineras; y en la formación ateniense Trasilo ocupaba el ala izquierda y Trasibulo la derecha, y los otros estrategos se encontraban repartidos a lo largo de la línea. Los peloponesios estaban ansiosos por 4 tomar la iniciativa en el ataque; su plan, por la parte del flanco derecho de los atenienses, era rebasarlos con su ala izquierda a fin de cerrarles, si podían, la salida al mar exterior, y por el centro empujarlos contra la costa, que no estaba lejos; pero los atenienses cayeron en la cuenta y en la parte donde el enemigo quería encerrarlos extendieron a su vez la línea y les aventajaron en la maniobra; y entre 5 tanto su ala izquierda ya había doblado el promontorio de Cinosema [516]. Pero en la parte central, al producirse aquel movimiento, se quedaron con las naves en una posición débil y desperdigadas, sobre todo porque el número con que contaban era menor y porque la zona de Cinosema tiene un contorno agudo y anguloso, que no permitía ver lo que pasaba al otro lado.

---

[515] Dárdano estaba en la costa asiática del Helesponto, a unos 13 km. al sudoeste de Abido y a unos 21 al nordeste de Troya. Cf. HERÓDOTO, VII 43, 2, que dice que «linda con Abido»; ESTRABÓN, XIII I, 28, 595.

[516] Cinosema, literalmente «Sepulcro de la Perra», puesto que se decía que estaba allí la tumba de Hécuba, que según la leyenda había sufrido esta metamorfosis después de la caída de Troya (cf. DIODORO, XIII 40, 6; ESTRABÓN, VII fr. 56; EURÍPIDES, *Hécuba* 1265-1273). Estaba en la costa del Quersoneso tracio.

Victoria de la flota ateniense

105 Lanzándose, pues, los peloponesios sobre el centro, empujaron hasta la costa a las naves atenienses y saltaron a tierra contra el enemigo, aventajándolo amplia-
2 mente en esta acción. No podían prestar ayuda al centro ni los de Trasibulo desde el ala derecha, debido al gran número de naves que los acosaban, ni los de Trasilo desde la izquierda (pues no se podía ver nada a causa del promontorio de Cinosema, y al mismo tiempo se lo impedían los siracusanos y otros enemigos, formados frente a ellos con fuerzas no inferiores). Esto fue así hasta que los peloponesios, debido a que al llevar la mejor parte se pusieron a perseguir sin ningún miedo a distintas naves por separado, comenzaron a perder el orden en algunas
3 partes de su formación. Cuando los de Trasibulo se dieron cuenta, interrumpieron de inmediato el despliegue de su ala y en una rápida maniobra de conversión rechazaron a las naves que los atacaban y las hicieron huir; luego sorprendieron a las naves dispersas del sector peloponesio que vencía, les causaron averías y pusieron en fuga a la mayor parte sin llegar a entablar combate. Y los siracusanos, que por su parte ya habían cedido ante las fuerzas de Trasilo, se dieron más decididamente a la fuga cuando vieron que los otros también estaban huyendo [517].

[517] Sobre esta batalla, cf. asimismo DIODORO, XIII 39-40. Sobre las fuentes respecto a la batalla de Cinosema, cf. M. K. KUMANIECKI, «Quelques remarques sur les sources orales chez Thucydide», *Actes du IXe Congrès, Rome 13-18 avril 1973*, París, 1975, tomo I, págs. 152-165.

La victoria infunde alientos a los atenienses

Al producirse la derrota y refugiarse 106
los peloponesios, en su mayor parte, primero en el río Midio [518] y después en Abido, los atenienses apresaron sólo unas pocas naves (pues el Helesponto era estrecho y ofrecía al enemigo refugios a escasa distancia), pero esta victoria conseguida en la batalla naval les resultó enormemente oportuna. Porque, mientras que hasta enton- 2
ces temían a la flota peloponesia tanto por las derrotas en batallas de menor importancia [519] como por el desastre de Sicilia, ahora acabaron de criticarse a sí mismos y de creer que el enemigo era digno de alguna consideración en el campo naval. Pese a lo dicho, apresaron al enemigo 3
ocho naves de Quíos, cinco de Corinto, dos de Ampracia y otras dos de Beocia, y de Léucade, Esparta, Siracusa y Pelene, una de cada ciudad [520]; y ellos perdieron quince unidades. Levantaron un trofeo en el promontorio donde 4
se encuentra el Monumento de la Perra [521], recogieron los pecios, devolvieron sus muertos al enemigo en virtud de una tregua, y enviaron una trirreme a Atenas para que anunciara la victoria. Los de la ciudad, cuando llegó la 5

[518] *Meídios,* Midio. Su identificación no es segura, pero se piensa que es el actual Koca Çay, al este de Cinosema, entre Abido y Dárdano, en el que otros quieren ver el antiguo Rodio (cf. Estrabón, XIII 1, 28). Otra lectura de los manuscritos es *Pýdios,* Pidio, topónimo no identificado.

[519] Se puede pensar en la de Eretria (cf. *supra,* 95), aunque la pérdida de Eubea era también un desastre de envergadura (que en el párrafo 5 merecerá una mención especial), y en casos como el de la batalla de Sime (VIII 42), la victoria quiota de VIII 61, 3, las pérdidas de Abido (62, 3), Tasos (64, 4) y Éreso (100, 3) y el reciente encuentro de Eleunte (102, 2-3). Otros, siguiendo al escoliasta, interpretan el *katà brachý* en el sentido de derrotas «sufridas recientemente».

[520] Cf. Diodoro, XIII 40, 5.

[521] *Tò kynòs sêma:* cf. *supra,* n. 516.

nave y oyeron la noticia de aquel éxito inesperado, tras los recientes reveses de Eubea y el enfrentamiento civil, recobraron en gran manera su moral, y pensaron que aún les era posible controlar la situación si reaccionaban con entusiasmo.

Los atenienses toman Cícico

107 Tres días después de la batalla naval [522], los atenienses de Sesto, tras poner apresuradamente sus naves en condiciones, hicieron rumbo contra Cícico [523], que había hecho defección. Al avistar fondeadas a la altura de Harpagio y Príapo [524] las ocho naves de Bizancio, pusieron proa contra ellas y, tras derrotar en una batalla a los hombres que habían desembarcado, se apoderaron de las naves. Luego llegaron a Cícico, que no estaba amurallada, la pasaron de nuevo a su bando, y le impusieron el pago de una contribución en dinero.
2 Entre tanto, los peloponesios también se hicieron a la mar, desde Abido rumbo a Eleunte, donde recuperaron todas sus naves que habían sido apresadas y que estaban en buen estado (pues los de Eleunte habían prendido fuego a las otras); y enviaron a Eubea a Hipócrates y Epicles para que trajeran las naves que estaban allí [525].

---

[522] *Hēmérai tetártēi,* lit. «al cuarto día», es decir, «tres días después», con cálculo inclusivo.

[523] En la costa sur de la Propóntide, el actual Mar de Mármara, en el istmo de la Península de Arctoneso.

[524] Las dos estaban en la costa sudoccidental de la Propóntide; Príapo al oeste de la desembocadura del río Gránico, y Harpagio al este (cf. Estrabón, XIII 1, 11-13). Harpagio se encontraba a unos 45 km. al oeste de Cícico, y Príapo a unos 60. En cuanto a las ocho naves de Bizancio, cf. *supra,* 80, 4.

[525] Las cuarenta y dos naves de Agesándridas (cf. *supra,* 94, 1) y las capturadas a los atenienses (95, 7). Respecto a Hipócrates, cf. *supra,*

Alcibíades de nuevo en Samos. Antandro expulsa a la guarnición persa con el apoyo de los peloponesios

Por estas mismas fechas, Alcibíades 108
regresó a Samos con sus trece naves desde Cauno y Fasélide[526], y anunció que había evitado que las naves fenicias fueran a reunirse con los peloponesios y que había logrado que Tisafernes se mostrara más amigo de los atenienses que en el pasado. Luego equipó nueve naves para 2
unirlas a las que tenía, exigió una importante suma a los de Halicarnaso y fortificó Cos[527]. Y después de hacer esto y de dejar un comandante en Cos, cuando el otoño ya estaba cerca, regresó a Samos. En 3
cuanto a Tisafernes, cuando se enteró de que la flota peloponesia había zarpado de Mileto rumbo al Helesponto, también levantó el campo y desde Aspendo se dirigió a Jonia. Cuando los peloponesios ya estaban en el Helesponto, los 4
antandrios[528], que son un pueblo eolio, introdujeron en su ciudad a unos hoplitas que habían hecho venir por tierra desde Abido a través del monte Ida; habían sido maltratados por el persa Arsaces[529], un lugarteniente de Tisafernes, el mismo que, al establecerse los delios en Adramitio, cuando fueron obligados a emigrar de Delos por los

35, 1. En cuanto a Epicles, personaje desconocido, cf. Diodoro, XIII 41, 1, que sólo le nombra a él.

[526] Cf. *supra*, 88.

[527] Cf. *supra*, 41, 2, donde se hace referencia a que la ciudad de Cos no estaba amurallada.

[528] Antandro estaba en la costa de Asia Menor, al nordeste de Lesbos, en el Golfo de Adramitio, el actual Edremit.

[529] Arsaces era lugarteniente o subgobernador con competencias en una zona del territorio gobernado por Tisafernes. Su zona debía de ser Adramitio, del mismo modo que Tamos estaba al mando de Jonia (cf. *supra*, 31, 2).

atenienses con motivo de la purificación de la isla [530], había convocado a los mejores de ellos, aduciendo un enemigo sin determinar, para que participaran en una expedición militar; y los había hecho salir en calidad de amigos y aliados y, aguardando el momento del almuerzo para rodearlos con sus soldados, los había acribillado. Temiendo, pues, los antandrios, a causa de esa acción criminal, que acabara cometiendo igualmente alguna fechoría contra ellos, y dado que por añadidura les imponía cargas que no podían soportar, expulsaron a su guarnición de la acrópolis.

Preocupación de Tisafernes, que decide acercarse a los peloponesios. En Éfeso ofrece un sacrificio a Ártemis

109 Dándose cuenta Tisafernes de que esto había sido obra de los peloponesios, igual que lo había sido lo ocurrido en Mileto y en Cnido [531] (donde también habían sido desalojadas sus guarniciones), pensó que las acusaciones le habían desacreditado muy seriamente ante ellos y tuvo miedo de que todavía le causaran algún otro daño; por otra parte, le incomodaba la idea de que Farnabazo, que tenía a su lado a los peloponesios desde hacía menos tiempo y con menos gastos, pudiera tener más éxito en las operaciones contra los atenienses. Por todo ello decidió ir a su encuentro al Helesponto, tanto para quejarse de lo ocurrido en Antandro como para defenderse de la mejor manera posible de las acusaciones relativas a las naves fenicias y a otros asuntos. Y llegando primero

---

[530] Respecto a la expulsión de los delios, cf. *supra,* I 8; III 104 y V 1. Adramitio o Atramitio se encontraba en la parte sur del fondo del golfo del mismo nombre. Cf. HERÓDOTO, VII 42, 1; ESTRABÓN, XIII 1, 51, 606.

[531] Respecto a Mileto, cf. *supra,* 84, 4. En cuanto a Cnido, cf. *supra,* 35, 1-4, donde, sin embargo, no se hablaba de una guarnición persa.

a Éfeso, ofreció un sacrificio a Ártemis [532]. [Cuando aca- 2
be el invierno que sigue a este verano, se cumplirá el año vigésimo primero] [533].

[532] Era la divinidad más importante de Éfeso: cf. HERÓDOTO, I 26, donde los efesios consagraban su ciudad a la diosa amarrando un cable desde el templo hasta la muralla.

[533] Se trata del invierno del año 411-410 a. C. El Códice C omite esta adición, que se ha considerado añadido editorial.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL